EXPANDED EDITION

STAR WARS
THE RISE OF SKYWALKER

RAE CARSON

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

¡Sé testigo del épico capítulo final de la saga Skywalker con la novelización oficial de Star Wars: El Ascenso de Skywalker, que incluye escenas extendidas y contenido adicional no visto en los cines!

La Resistencia ha renacido. La chispa de la rebelión se está reavivando en toda la galaxia. Pero aunque Rey y sus compañeros héroes están de vuelta en la lucha, la guerra contra la Primera Orden, ahora dirigida por el Líder Supremo Kylo Ren, está lejos de terminar.

Rey, Finn, Poe y la Resistencia deben embarcarse en la aventura más peligrosa que jamás hayan enfrentado. Y esta vez, lo enfrentan juntos. Con la ayuda de viejos amigos, nuevos aliados y la misteriosa guía de la Fuerza, la historia que comenzó en Star Wars: El Despertar de la Fuerza y continuó en Star Wars: Los Últimos Jedi llega a una conclusión sorprendente.



El ascenso de Skywalker

Edición expandida

Rae Carson

Basada en personajes creados por George Lucas

Guión por Chris Terrio y J. J. Abrams

Basada en una historia por Derek Connolly & Colin Trevorrow, y Chris Terrio y J. J. Abrams



NUEVO CANON

Esta historia forma parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star Wars: The Rise of Skywalker: Expanded edition*

Autora: Rae Carson

Publicación del original: marzo 2020

35 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Armando Martínez Díaz

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

30.07.20

Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

¡Los muertos hablan! La galaxia ha escuchado una transmisión misteriosa, una amenaza de VENGANZA con la siniestra voz del fallecido EMPERADOR PALPATINE.

LA GENERAL LEIA ORGANA envía agentes secretos a obtener información, mientras que REY, la última esperanza de los Jedi, entrena para luchar en contra de la diabólica PRIMERA ORDEN.

Mientras tanto, el Líder Supremo KYLO REN busca furiosamente al Emperador fantasma, dispuesto a destruir cualquier amenaza a su poder.

CAPÍTULO 1

Rey se sentó con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. No recordaba haberse levantado del suelo, pero era vagamente consciente de que de alguna manera había terminado flotando. Piedras y pequeños cantos rodados se cernían a su alrededor, como un campo de asteroides en órbita alrededor de su sol. La Fuerza fluyó a través de ella, la impulsó, la conectó con todo. La exuberante luna de la selva tropical de Ajan Kloss estaba llena de vida. Podía sentir cada árbol y helecho, cada reptil e insecto. A pocos pasos de distancia en una guarida escondida, una pequeña criatura peluda preparó su camada de cuatro estuches.

—Eso es, Rey —fue la voz de Leia, profunda y relajante como siempre—. Muy bien. Tu conexión se vuelve más fuerte cada día. ¿Puedes sentirlo?

—Sí.

—Ahora extiende la mano. Si tu mente está lista, podrás escuchar a los que vivieron antes.

Rey inhaló por la nariz y envió su conciencia al vacío. *«La paz y la calma eran clave»*, decía siempre Leia. Alcanzó, buscó, sintió la brisa en sus mejillas, olió la tierra arcillosa, húmeda por la reciente lluvia.

—Vengan a mí, vengan a mí —murmuró. Pero ella escuchó… nada, excepto el viento en los árboles y los insectos chirriantes.

—¿Rey?

Ella no quería admitir que estaba fallando, por lo que dijo:

—¿Por qué *dejaste* de entrenar con Luke? —sus palabras salieron demasiado duras, casi como un desafío.

Leia lo tomó con calma.

—Otra vida me llamó.

Con los ojos aún cerrados, Rey preguntó:

—¿Cómo fue que lo supiste?

—Un sentimiento. Visiones de servir a la galaxia de diferentes maneras.

—¿Pero cómo sabías que esas visiones eran ciertas? —presionó Rey.

—Yo sabía —escuchó la sonrisa en la voz de Leia.

Rey no entendía cómo Leia podía estar tan segura. De nada.

—Atesoré cada momento que pasé con mi hermano —agregó Leia—. Las cosas que él me enseñó… las uso todos los días. Una vez que tocas la Fuerza, siempre será parte de ti. Con los años, seguí aprendiendo, creciendo. Hubo momentos en el Senado cuando las meditaciones que practiqué con Luke fueron lo único que me impidió causar un incidente galáctico.

Rey frunció el ceño. Leia no necesitaba paciencia. Podría haber hecho que cualquiera hiciera lo que quisiera, con el poder de la Fuerza. ¿Seguramente ella había sido tentada?

—¿Estaba enojado Luke? ¿Cuándo lo dejaste? —Esperaba que Leia se diera cuenta de que ahora podía hablar y flotar al mismo tiempo. Eso era progreso, ¿verdad?

Leia hizo una pausa para considerar.

—Estaba decepcionado. Pero él entendió. Creo que él tenía la esperanza de que algún día volvería a hacerlo.

Rey casi se rio.

—Debió haberlo sabido mejor. —Una vez que Leia ya tomó una decisión, ya es para siempre.

—Le di mi sable de luz para convencerlo de lo contrario. Le dije que se lo diera a un estudiante prometedor algún día —pero la voz de Leia se había vuelto tensa. Rey sintió que estaba ocultando algo.

—¿Dónde está tu sable de luz ahora?

—Ni idea. Ahora deja de tratar de distraerme —dijo Leia—. Alcánzalos.

Rey volvió a enfocar y vació su mente de preocupaciones, tal como Leia le había enseñado. Ella expulsó su conciencia. Se abrió a cualquier cosa que la Fuerza quisiera decirle. Tentativamente, ella lo llamó: *¿Maestro Skywalker?*

Nada, nada y más nada.

—Maestra Leia, no escucho a nadie.

—Deja ir todo pensamiento. Deja ir el miedo. Alcánzalos. Invita a los Jedi del pasado a estar contigo.

—Vengan a mí… vengan a mí… —Esperó todo un segundo, tal vez dos— no vienen a mí. —Rey hizo un ruido de exasperación, luego se dio la vuelta para aterrizar en el suelo. Las rocas cayeron a su alrededor.

—Rey —dijo Leia. La general podría decir mucho en una sola palabra: castigo, aceptación, diversión, cariño. Quizás por eso se había convertido en una líder tan poderosa—, se paciente.

—Empiezo a creer que es imposible. Oír las voces de los Jedi de tiempos pasados — dijo Rey, caminando hacia Leia.

Su maestra siempre se las arreglaba para lucir ordenada y arreglada, sin importar cuán fangosa se volviera su improvisada base. Llevaba el pelo recogido en un círculo de trenzas y llevaba un chaleco acolchado sobre una túnica marrón. Las joyas alderaanianas siempre colgaban de sus lóbulos de las orejas, envolvían sus muñecas y dedos. Sus ojos brillaban y conocían, como siempre, pero Rey había notado que sus movimientos habían disminuido recientemente, como si le dolieran los huesos.

La cara de Leia mostraba una sonrisa.

—Nada es imposible.

Rey tomó su casco de entrenamiento y se puso de pie de un salto.

—Nada es imposible… —repitió ella, tratando de creerlo— voy a recorrer el circuito. Puedo hacerlo. —Rey necesitaba correr. O tal vez golpear algo.

Leia le entregó el sable de luz de Luke. Rey lo tomó con reverencia. Luego se lanzó a la jungla. BB-8 rodaba detrás de ella.

Leia vio a Rey alejarse corriendo, con un toque de sonrisa en sus labios. El entrenamiento de la chica siempre la llenaba de orgullo, pero también de recelo. Rey era una estudiante maravillosa y exasperante. Frustrada por cualquier cosa que no logra rápidamente, completamente inconsciente de lo rápido que logra las cosas.

Sin embargo, ella no la podía juzgar. Leia había desesperado mucho a Luke. Además, había algo en envejecer que hacía que su conexión con la Fuerza fuera aún más fuerte. Cuando el cuerpo comenzaba a fallar, la mente se extendía, libre de la capacidad física. La verdad era que Leia no podría correr por la jungla si lo quisiera. La paz y la calma llegaron fácilmente porque su cuerpo las ansiaba.

Por otra parte, tal vez Leia nunca había sido joven. Cuando llegó a la edad que Rey tenía ahora, estaba liderando una rebelión.

Rey podría ser un gran líder algún día, y lo sería si Leia tuviera algo que ver con ello. La chica tenía oscuridad dentro de ella, al igual que Ben. Pero Leia no cometería los mismos errores que tuvo con su hijo. No cedería al miedo, ni a la oscuridad que se elevaba dentro de su alumna ni a sus propias capacidades cuestionables como maestra. Lo más importante, ella nunca enviaría a Rey lejos.

Leia se volvió y comenzó a caminar hacia la base. Extendió una mano y dejó que sus dedos recorrieran los helechos y las enredaderas de hojas anchas que se alineaban en su camino. Ajan Kloss tenía tantos buenos recuerdos. Años atrás, ella había entrenado aquí con Luke, quien lo había declarado «Linda Dagobah». Había afirmado que era tan húmedo, cálido, verde y rebosante de vida como el planeta donde se había entrenado con Yoda, excepto que no olía mal.

Ella entró en un claro. A su derecha, un gran árbol con un tronco masivo alcanzaba la luz del sol, extendiendo un pabellón de ramas que daban sombra al claro, evitando que creciera cualquier otra cosa, excepto helechos rastreros y hierba baja y escasa. Leia se había entrenado justo aquí, en este mismo lugar. Extendió la mano y tocó el tronco del árbol con reverencia. Un gran tronco de corteza se había formado alrededor de una vieja herida. Estaba casi sellada.

Leia había sido la que había dañado el árbol. Había golpeado a Luke con su sable de luz y falló, cortando el tronco. Este árbol se había estado curando durante más de dos décadas.

«Oh, Luke, espero hacerlo bien», pensó. Leia no era una Maestra Jedi, pero había aprendido de los mejores. Y no sólo de Luke; a lo largo de los años, raramente había escuchado la voz de Obi-Wan Kenobi a través de la Fuerza, y aún más raramente, la de Yoda. Algunos días se sentía como si hubiera aprendido de la Fuerza misma. Era ante todo una política y una general, pero había aceptado su legado Jedi y lo había acogido lo mejor que pudo.

Y tal vez eso es exactamente lo que Rey necesitaba: entrenar en la Fuerza no de un Maestro formal, sino de alguien basado en las nimiedades cotidianas de la vida y la

supervivencia. Obi-Wan no había logrado alejar a Vader del lado oscuro. Luke había fallado de la misma manera con Ben. Ella no podía fallarle a Rey.

Los insectos cantaban mientras caminaba. Las aves chirriaron en lo alto, y los pequeños anfibios trinaron sus llamadas de apareamiento. Era extraño cómo un lugar tan estridente podría ser tan pacífico. El ruido era tan fuerte, tan presente y tan relajante que era casi tan perfecto como el silencio.

Hace muchos años, no mucho después de la Batalla de Endor, había descubierto el poder meditativo del sonido. Ella y Luke se habían escapado para entrenar un poco, y de alguna manera había terminado parada en sus manos mientras Luke lanzaba afables burlas en su camino. Incluso con la ayuda de la Fuerza, sus hombros comenzaron a arder, sus brazos se tambalearon. Ya habían pasado la última hora entrenando con sus sables de luz, y su cuerpo estaba exhausto.

—Sabes —había dicho Luke, con voz engreída—, cuando hice esto en Dagobah, Yoda estaba sentado en mi pie.

Dijo eso mucho en aquel entonces. *«Cuando hice esto en Dagobah…».* Fue desagradable y completamente inútil. Entonces Leia le recordó:

—Estás siendo desagradable y completamente inútil.

—También lo hice con una sola mano —agregó.

Intentaba provocarla, enseñarle una lección sobre la ira y la impaciencia, y todas esas tonterías. Luke había olvidado que su alumna era una excelente estratega que ya se había beneficiado de una educación real. Leia no sería provocada.

En cambio, lo consideró. Extendió su mano a la Fuerza, la dejó fluir a través de ella como sangre en sus venas. Un pequeño insecto comenzó a frotar sus mandíbulas, silbando una dulce y aguda canción.

Algún instinto la guió, y Leia se concentró en el sonido. Era hermoso, puro, etéreo, sin ataduras a las preocupaciones del liderazgo y la enseñanza, el fracaso y el aprendizaje.

Con concentración y *deleite*, Leia se levantó del suelo. Flotó boca abajo, con los pies apuntando hacia el cielo. Después de un momento, levantó los brazos y los sostuvo paralelos al suelo.

Pero ella era sólo una estudiante, nueva en los caminos de la Fuerza, y cuando volvió a sí misma, se dio cuenta de lo que había hecho, bajó las manos para no caerse.

Ella lo hizo justo a tiempo. Su cuerpo se derrumbó, y se encontró arrodillada en el barro. No importa. Ella lo haría mejor la próxima vez.

Leia levantó la vista y vio que Luke la miraba con la boca abierta.

—¿Alguna vez hiciste *eso* con Yoda? —ella no pudo resistirse a preguntar.

Él sacudió la cabeza sin decir nada.

—Puedo hacerlo mejor —insistió—. Flotaré más tiempo.

Luke encontró su voz.

—Me harás un mejor maestro —dijo.

No es la respuesta que ella esperaba.

—¿Qué quieres decir?

Él se agachó y la ayudó a levantarse.

—La posición de tus pies es terrible —dijo—. No me malinterpretes, la construcción de tu sable de luz se acerca, pero… haces otras cosas. Naturalmente —su rostro se disculpó—. Lo que quiero decir es que eres excepcional. Sólo… diferente.

Luego sonrió, con esa amplia sonrisa de chico de granja que se había quedado con él hasta la noche de la traición de Ben.

Leia sacudió el recuerdo con esfuerzo. Los recuerdos llegaban rápidos y vívidos en estos días.

Sin embargo, estaba contenta por esto. Sería la clave para entrenar a Rey. Leia y Rey eran diferentes, los últimos restos de una Orden muerta, y juntas, esculpirían un *nuevo* camino.

Un espeso follaje verde franqueó a Rey mientras corría, la bandera en su mano hondeando en rojo con cada movimiento de sus brazos. Saltó sobre helechos enredados, esquivó cepas colgantes. El sudor empapaba su cuello y sus muslos ardían con esfuerzo.

Aun así, correr por la jungla no fue más difícil que correr hasta los tobillos en la arena del desierto. Ella podría hacer esto todo el día.

Rey ya había obtenido los dos primeros remotos de entrenamiento y había capturado las banderas que guardaban. Había saltado un enorme desfiladero, peleó a ciegas por un barranco mientras se balanceaba sobre una cuerda floja hecha de enredaderas, atravesó una delgada cresta sobre el pabellón de la jungla. Ahora el camino la había hecho volver, donde se encontró con BB-8. Él chilló hacia ella.

—Queda uno por ir —dijo—. ¡Vamos!

El último remoto la eludió porque era más rápido. Más complicado. Más droide que remoto. Le había dicho a Leia que quería un desafío hoy, y Leia había cumplido.

BB-8 la apresuró, emitiendo quejas cada vez que tenía que esquivar la raíz de un árbol. Rey escondió una sonrisa. Estaba continuamente impresionada por lo bien que el pequeño droide la seguía, aún si corrían por las arenas de Jakku, los senderos rocosos de Takodana o las selvas de Ajan Kloss. Su maniobrabilidad lo convirtió en el compañero de entrenamiento perfecto.

Él lanzó una advertencia.

—Lo veo, Beebee-Ate —ella se detuvo.

El remoto esférico se había detenido y ahora flotaba en el aire como si la estuviera esperando, o tal vez burlándose de ella. Era diferente de los otros dos que había sacado, una cubierta roja maliciosa que rodeaba los puertos de disparo de metal brillante. Zumbaba oscuro y bajo; ella sintió ese zumbido profundo en su pecho.

Rey desenganchó el sable de luz reforzado de Luke de su cinturón de herramientas. Lo encendió. Una luz azulada brillaba contra las hojas a su alrededor mientras miraba al remoto. Ella iba a destruir esta cosa.

De repente, una explosión salió disparada de uno de los puertos. Un dolor punzante descargó en la parte superior de su brazo. Rey resistió el impulso de agarrar su brazo o incluso gruñir de dolor. Se lo merecía, después de todo. Ella no había estado lista. *La determinación no es lo mismo que la preparación*, diría Leia.

Bueno, ella no cometería el mismo error dos veces. La siguiente vez que disparó, agitó su sable de luz para desviar el disparo y lo envió volando hacia los árboles.

Ni siquiera tuvo la oportunidad de felicitarse antes de que otro disparo la golpeara en el pecho. Por supuesto, múltiples puertos significaban múltiples disparos. Ella tuvo que concentrarse.

Ella respiró profundamente por la nariz. Alcanzado a la Fuerza.

El remoto de entrenamiento comenzó a zumbar a su alrededor, parpadeando con un rojo furioso mientras lanzaba dardos punzantes en serie, pero ella dejó que el instinto se hiciera cargo y giró su sable de luz con una velocidad igualmente vertiginosa, desviando cada ataque.

Conectarse con la Fuerza se volvió fácil estos días. Era tan fácil como respirar. Pero la paz, la calma de la que Leia siempre hablaba la eludía. Entonces, a pesar de que podía contrarrestar cada movimiento del remoto, no podía encontrar su apertura para el ataque. *Paciencia*, se imaginó a Leia diciendo. *Espera tu momento…*

El remoto estaba detrás de ella, luego en frente, después muy por encima de su cabeza, lanzándose por el aire como una mosca zumbando, y si ella pudiera aplastarlo…

El remoto se alejó rápidamente y partió tras él. Se detuvo de nuevo, disparó algunos rayos para provocarla. Con los dientes apretados, Rey balanceó su sable de luz. El remoto la esquivó, y su sable falló, cortando el tronco de un árbol; chispas, hojas y astillas de corteza llovieron cuando el árbol se derrumbó, rompiendo el follaje de la selva en su camino hacia abajo.

Saltó sobre el tronco caído tras el remoto. Balanceó de nuevo. El remoto giró como si anticipara el arco de su espada, apenas evadiendo cuando el sable se deslizó a través de otro árbol como si estuviera hecho de mantequilla.

Una nube oscura y frustrante de frustración creció dentro de ella.

Apenas se dio cuenta de lo que estaba haciendo cuando el instinto se hizo cargo. Rey arrojó su sable de luz, lanzándolo como una hélice por el aire hacia el remoto rojo. Lo esquivó, y el sable atravesó otro árbol. Chirrió cuando se lanzó hacia su cabeza, pero esta vez estaba lista.

Alcanzó con la Fuerza una rama derribada. Voló a su mano. Anticipó el ángulo exacto de ataque, levantó la rama y la arrojó al control remoto, empalándolo contra el tronco de un árbol cercano.

Su sable regresó a su mano con un golpe satisfactorio.

El remoto rojo aplastado tembló y chispeó contra el árbol.

Rey lo fulminó con la mirada mientras el triunfo la llenaba. Tal vez la paciencia fue excesi…

Susurros llenaron sus oídos. No, su propia mente. Se dio la vuelta, buscando la fuente incluso cuando se dio cuenta: estaba sucediendo de nuevo.

La jungla a su alrededor se desvaneció. Todo quedó mortalmente silencioso mientras la oscuridad sofocante se acercaba, amenazando con asfixiarla. Se le vino a la mente una imagen y ella se apartó, aunque no había manera de evitar la horrible vista: Kylo Ren, vestido de negro y feroz, su sable láser rojo crujiendo sin piedad a través de figuras con túnicas. Escuchó sus gritos, olió su sangre, observó cómo intentaban en vano huir o suplicar por sus vidas. Nada lo detuvo. Era una fiera de destrucción, monstruoso e imparable.

El alivio la inundó como una ola cuando la visión cambió, pero rápidamente cambió a absoluta desolación cuando se vio a sí misma, azotada por el viento y sola, parada en un paisaje abandonado de tierra infinitamente fracturada. El vello de sus brazos se erizó, pues el aire crujió con electricidad. Ante ella, un monolito masivo sobresalía, raspando el cielo. Era negro y reluciente, proyectando una gran sombra.

El monolito se movió. Se convirtió en una cara gigante de piedra, envuelta en el mal…

No, no una piedra en absoluto. Una forma de algo, en parte humano, en parte máquina, con tubos que se extienden como tentáculos, todos llenos de un líquido extraño. ¿Esta criatura estaba viva? O era…

Flashes de la cara de Luke. Luego de Kylo. Han Solo, su mano contra la mejilla de Kylo. Una mujer joven en una capucha. Un carguero que vuela lejos de Jakku…

Finalmente, una voz ardiente en su cabeza, tan clara e insoportable como un sol del desierto: *«Exegol»*.

Ella susurró la palabra, su voz temblorosa: *«¿Exegol…?».*

Y de repente estaba parada ante otra estructura de piedra gigante, esta con forma de garra enorme, sus dedos gruesos y doblados sosteniéndose siempre hacia arriba. Sus piernas temblaron como para huir, incluso cuando algo le hizo señas, la invitó. Se encontró con ganas de acercarse a la enorme garra, queriendo saber cómo se sentiría pasar los dedos por su superficie áspera y negra.

La garra negra era un trono; ella podía verlo ahora.

Dio un paso al frente, pero algo sonó y ella dudó. El pitido continuó, se hizo más insistente. La claridad la golpeó como un bastón en la mandíbula. Por supuesto que no podía tocar ese trono. Pertenecía a la oscuridad y al mal. Ella ya había elegido un camino diferente, ¿no?

Más pitidos. Algo apareció en el trono. Una figura familiar. Rey parpadeó en estado de shock y consternación.

Rápida como parecía, la visión se evaporó como la niebla de la mañana, y se quedó sin aliento en la jungla. Rey se sintió tan aliviada al sentir la vida, la luz y el verde húmedo que la rodeaba, que le llevó un momento volver completamente a sí misma, rastrear el sonido de un pitido hasta un árbol caído, y debajo de él un muy indignado BB-8.

Rey corrió hacia él y apartó algunas ramas.

—¡Beebee-Ate, perdóname! —dijo ella.

Él balbuceó mientras Rey lo sacaba del tronco caído; le tomó un poco de ayuda de la Fuerza liberarlo por completo.

Uno de los discos naranjas que protegía su compartimento de herramientas modular se había desprendido, exponiendo un canal oscuro a su sistema de móviles.

Ella había lastimado a su amigo. Poe iba a estar furioso con ella, pero no más que él.

El pequeño droide chirrió hacia ella.

—Sí, Beebee-Ate, me pasó de nuevo.

Él zumbó hacia ella, en parte en pregunta, en parte empatía.

—No, todavía no sé lo que la Fuerza estaba tratando de mostrarme, pero esta vez fue… peor —mucho peor. Indescriptiblemente peor. Ella miró hacia los árboles. Algunos de los flashes habían sido recuerdos. El suyo, y… ¿Kylo Ren?—. Regresemos.

Tal vez debería decirle a Leia lo que había pasado. O tal vez no. La general tenía suficientes cosas de qué preocuparse, y Rey necesitaba que Leia creyera en ella, que confiara en ella. ¿Qué diría la general si supiera cómo la frustración y la ira de Rey desencadenan visiones de muerte y poder oscuro?

Ella sólo necesitaba más entrenamiento. Más tiempo meditando en la Fuerza, más tiempo buscando la paz que Leia estaba tratando de enseñarle. Podía hacerlo. *Tenía* que hacerlo.

Si tan sólo pudiera escuchar voces a través de la Fuerza, como pudo Leia. Seguramente Luke podría proporcionar alguna orientación. Mientras Rey y BB-8 se acercaban al campamento, ella decidió intentarlo de nuevo. *Nada es imposible*, había dicho Leia.

—Maestro Luke —dijo—, estoy asustada. —Rey miró a su alrededor, asegurándose de que sólo BB-8 estuviera allí para observarla hablando con nadie. Rey se acercó a la Fuerza y dijo—. Antes de que *yo* lo sintiera, lo viste. Me siento atraída por el lado oscuro. O tal vez se siente atraído por mí. No lo sé. Sea lo que sea, ahora es más fuerte y no puedo alejarlo, aunque lo intento… no lo entiendo.

BB-8 sonó.

—Shh, no interrumpas. ¿Maestro Luke? Creo que puedes oírme, necesito tu…

BB-8 volvió a sonar, más insistentemente.

Habían llegado al borde del campamento.

—En serio, estás siendo molesto, ve allí —dijo Rey, señalando un gran estuche de vuelo.

Hizo lo que le pidió, pero se encogió de indignación.

—Así es como funciona —respondió Rey—, hay espíritus de la Fuerza; Luke escribió sobre ellos en los textos Jedi. Vienen cuando más los necesitas.

El droide se mantuvo escéptico. Rey lo ignoró.

—Maestro Luke —intentó de nuevo—, tengo visiones de cosas que me asustan. No quiero perder esto… Leia es como soñé que sería una madre… y mis amigos… no quiero decepcionarlos.

Allí estaba. Su más grande miedo. Que estas personas por las que empezaba a preocuparse tanto se decepcionarían. Tal vez incluso herido por ella. Había estado sola durante tanto tiempo… no podía soportar la idea de perder a ninguno de ellos.

—Pero aquí nadie entiende… excepto Kylo Ren. Si el hijo de Han y Leia puede ser convertido, ¿no puede cualquiera de nosotros?

Una ramita se rompió y Rey levantó la vista. Snap Wexley y Rose Tico caminaban hacia ella, con preguntas escritas en sus caras.

—¿Cuánto de eso escucharon? —dijo Rey.

—¿De qué? —dijo Snap, sin parecer inocente.

—Nada —murmuró Rey.

La expresión de Rose se suavizó con empatía. La comandante del Cuerpo de Ingeniería tenía una cualidad conciliadora sobre ella. Cada vez que hablaba con Rey, Rey casi no podía evitar derramar todos sus miedos y preocupaciones a su amiga.

—¿Estás bien? —preguntó Rose.

—Sí, por supuesto, sólo estaba haciendo…

—Cosas Jedi. —Rose terminó por ella.

—Sí.

Afortunadamente, Rose decidió no presionarla. Ella dijo:

—La general preguntó por ti.

Rey respiró hondo. Era tiempo de decisión. ¿Debería contarle a Leia sobre su visión oscura o guardarla para sí misma?

CAPÍTULO 2

El general Armitage Hux observó —desde una distancia segura— cómo el Líder Supremo Kylo Ren y un escuadrón de stormtroopers cortaron una franja de sangre y destrucción a través de los patéticos colonos mustafarianos. Lucharon a través de los sombríos bosques de Corvax Fen, uno de los pocos parches en este infierno de planeta de lava que era lo suficientemente frío como para soportar el crecimiento nativo, si se pudiera llamar a esto «crecimiento». Los árboles estériles surgieron de un pantano nocivo, y el aire era bruma con niebla. Los colonos bárbaros no lograron pelear de forma decente; sus arcaicas lanzas y espadas anchas no eran rival para la superioridad técnica de un buen bláster, o incluso, Hux tuvo que admitirlo, un sable de luz.

Ren era un instrumento contundente, un perro sin sentido, cuya obsesión actual era retrasar todos los planes de la Primera Orden. El general se tentaba a meterse él mismo en la lucha con tal de apresurar las cosas, sólo para que pudieran abandonar este horrible planeta. O al menos estaría medio tentado si sus habilidades no se usaran mejor en otro lugar. Mejor que Ren hiciera todo el trabajo sucio; Hux era demasiado valioso para arriesgarse.

—Es casi hermoso de ver —reflexionó el general colegiado Pryde, de pie junto a él. El hombre mayor tenía arrogantes ojos azules y una línea de cabello alta que parecía inmune a la transpiración, incluso en un clima infernal como este—. ¿No te parece?

Hux se negó a satisfacer eso con una respuesta, porque la verdadera belleza vino de la disciplina, del *orden*. Así que fue casi en contra de su voluntad que se encontró hipnotizado cuando Ren fue a la carga contra un bárbaro de frente, la capa fluyendo, la niebla arremolinándose a su alrededor. El resplandor de su sable de luz en ocasiones se enganchaba en la cicatriz de su mejilla, haciendo que pareciera que una grieta de lava brillante le cortaba la cara. Fue como algo salido de un sueño, o tal vez una pesadilla, ya que el Líder Supremo hundió su feroz guardia cruzada en el abdomen de su atacante, lo levantó del suelo y lo arrojó de espaldas. Kylo Ren no le dedicó una mirada a su enemigo caído, simplemente se precipitó hacia el bosque en busca de su próxima muerte.

Pero no quedaba nadie. Los cadáveres cubrían el suelo, apenas más que trozos de sombra en la penumbra. El aire olía a ozono y vegetación quemada. Todo estaba extrañamente silencioso mientras Ren miraba a su alrededor, recuperando el aliento. Incluso desde la distancia, Hux pudo sentir su desilusión de que el asesinato hubiera terminado, que no quedara salida para su ira.

Kylo Ren se recobró y se dirigió hacia el bosque, con los hombros firmes con determinación, el sable de luz aún ardía. El misterioso objeto por el que había venido, arrastrándolos a todos por la galaxia, estaba casi a su alcance.

—Se ha vuelto loco —dijo el general Hux, y el desprecio en su voz era evidente incluso para sus propios oídos—. Llamas de rebelión arden en la galaxia, y Ren persigue a un *fantasma*.

—No —respondió el general colegiado Pryde, suave pero firmemente—. *Alguien* estaba detrás de esa transmisión. Y el líder Ren no responderá ante nadie.

Hux entrecerró los ojos. Ren definitivamente respondería ante alguien, algún día. Simplemente no se daba cuenta todavía.

Kylo Ren no mostró piedad ante nada ni nadie, pero apreciaba de mala gana las cosas que luchaban por sobrevivir. Aunque el flujo de lava más cercano estaba a muchos kilómetros de distancia, parecía que el aire debería ser demasiado caliente, demasiado químico, para que la vida realmente prospere aquí. Cuando aterrizaron, Hux había proclamado al planeta como un «paisaje infernal desolado», y Kylo no se había molestado en corregirlo. La verdad era que Mustafar estaba lleno de vida, todo conectado a través de la Fuerza. Al igual que aquellos cultistas desafortunados que acababa de matar, que estaban obsesionados con proteger el legado de Vader. O este bosque de torres de hierro retorcidas que intentaron cultivar. O incluso los organismos extremófilos que pululaban los flujos de lava. Todos frágiles pero decididos, mutilados pero indomables.

No es de extrañar que su abuelo haya elegido este lugar como hogar.

Kylo atravesó los árboles, con el sable de luz encendido. La malevolencia estaba por delante, junto con una oscuridad que no tenía nada que ver con el ciclo día-noche del planeta. Pero no es por eso que mantuvo su arma lista. Se negó a guardarla porque, por un breve momento, mientras atacaba a los mustafarianos, *la* había sentido. Mirándolo. Ahora su guardia estaba levantada, y permanecería despierto hasta que obtuviera lo que buscaba.

Por mutuo acuerdo, los stormtroopers que lo habían acompañado se habían rehusado a seguirlo por el bosque, lo cual le convenía. Prefería estar solo para esto.

Unos pasos más y el suelo se empapó. La niebla se espesó. Un pequeño chapoteo indicó que su presencia había sido anunciada. Finalmente, los árboles se abrieron en un pequeño lago con agua salina, bordeado por todos lados por bosques y grandes bultos negros como rocas, que sobresalían del suelo en ángulos extraños. No, no rocas, observó al mirar más de cerca, sino más bien los restos caídos del castillo de Darth Vader.

Una membrana aceitosa se deslizó sobre la superficie inmóvil del lago. Pero cuando Kylo se acercó, el agua burbujeó en el centro, enviando pequeñas olas a sus botas.

Un gigante emergente, una criatura sin pelo que se humedece con la humedad, pedazos de despojos del lago se aferran a su piel pastosa. Tenía los ojos cerrados con fuerza, pero aún podía ver de alguna manera, porque sobre su enorme cabeza calva y sobre un hombro había una segunda criatura con largos tentáculos arácnidos. Los dos estaban encerrados en simbiosis. Kylo sintió el dolor del gigante, como si fuera un esclavo de la araña que se aferraba a él. Sin embargo, tampoco podría sobrevivir solo.

La criatura arácnida habló.

—Soy el Ojo de Webbish Bog. Sé lo que buscas.

—Me lo darás —dijo Kylo.

El Ojo ladeó la cabeza y emitió un espeluznante chillido. Kylo tardó un momento en darse cuenta de que la criatura se estaba riendo de él.

—No hay necesidad de eso —dijo el Ojo—. ¿De verdad crees que mi señor lo habría dejado bajo la tutela de alguien que podría ser influenciado por un truco de la Fuerza?

No, supuso que no.

—Lo has estado buscando por un tiempo, ¿verdad? Debo advertirte, nuestro ardiente planeta quema el engaño. Si sigues por este camino, te encontrarás con tu verdadero ser.

Kylo estaba cada vez más impaciente. Él lo miró en silencio.

—Bien —dijo la criatura, como decepcionado de que Kylo no lo consentiría en la ceremonia—. De acuerdo con los deseos de Lord Vader, has derrotado a mis protectores y te lo has ganado. Su orientador.

El gigante ciego debajo del Ojo levantó su enorme mano del agua y señaló hacia una pequeña isla en el lago. Sobre ella había una estructura de piedra, como un altar.

Kylo apagó su sable de luz y se lo enganchó al cinturón. Se metió en el lago poco profundo, empapándose las botas y la capa. El agua estaba tibia, y el suelo debajo del agua era un lodo que aspiraba sus pies. Lo ignoró todo, buscando un objeto piramidal. Encajaba satisfactoriamente en su mano, pesado y caliente, y lo miró un momento, perdido en su resplandor rojo. Los lados eran de vidrio grabado enmarcado en resina de color gris oscuro. La luz carmesí en el interior parecía latir débilmente. Ren había recorrido un largo camino para esto, y sin embargo dudó, mirando a la pirámide con desconfianza.

—Te guiará a través de las Regiones Desconocidas —dijo el Ojo—, al mundo oculto de Exegol. Hacia *él*.

Quienquiera *que fuera*. La transmisión que supuestamente provenía de Palpatine había llegado a los rincones más lejanos de la galaxia. Kylo lo había memorizado:

Por fin el trabajo de generaciones está completo. El gran error se corrige. El día de la victoria está cerca. El día de la venganza. El día de los Sith.

No estaba seguro de qué creer al respecto, pero era una suposición razonable que Kylo no era el único que buscaba respuestas. Otros seguirían el mismo camino y llegarían a Mustafar tarde o temprano, buscando este mismo objeto.

Entonces, ¿seguramente su abuelo lo hubiera hecho más difícil que esto? Esos cultistas eran demasiado fáciles de matar. Esta criatura es demasiado fácil de convencer. Por otra parte, él era el heredero de Vader. El objeto le pertenecía.

Ahora que lo tenía de cerca, los grabados en el cristal se aclararon en patrones. Mapas estelares. Marcadores de alineación. Algo se agitó profundamente dentro de él, ofreciendo conocimiento y poder ancestrales, y sintió una oleada de triunfo. Todo valió la pena —desviar naves, enviar espías, rastrear viejos registros, soportar la engreída desaprobación de ese idiota Hux—, todo para encontrar esto.

Kylo levantó la vista y se sorprendió al descubrir que el Ojo de Webbish Bog se había ido, deslizado hacia atrás bajo la superficie del lago, así que todavía estaba como si nada viviera en él.

¿Cuánto tiempo había estado mirando la pirámide?

Kylo Ren no perdió más tiempo. La sangre seca le picaba la piel del rostro, y sus botas y su capa estaban empapadas con agua del lago, pero en lugar de regresar a su nave de mando, el *Steadfast*, despidió a todos de nuevo a sus tareas habituales y saltó a su silenciador TIE modificado para hacer la siguiente parte del viaje solo.

Nadie protestó.

Conectó la pirámide a su computadora de navegación, uniendo puertos a donde le indicaban los grabados de vidrio. La interfaz de navegación se iluminó con nueva información, pero también emitió una advertencia.

Porque estas coordenadas lo llevarían más allá de los Alcances Occidentales a las Regiones Desconocidas. Kylo anuló la advertencia y saltó su TIE a velocidad de la luz. Las estrellas se convirtieron en corrientes de materia.

Las Regiones Desconocidas permanecieron inexploradas porque una red caótica de anomalías había creado una barrera casi impenetrable para la exploración; sólo los más insensatos o desesperados se aventuraron allí, criminales, refugiados y, si los informes eran ciertos, restos de la antigua flota imperial que se había negado a aceptar el dominio de la Nueva República.

Se habían descubierto algunos planetas, pero sus poblaciones seguían siendo pequeñas, y su comercio con el resto de la galaxia se había visto limitado por el riesgo de navegación. Los Sith y los Jedi habían encontrado caminos a través de mundos aún más peligrosos y más ocultos, o eso dicen las leyendas, y los saltos coordinados específicos y cuidadosamente calculados necesarios para navegar con seguridad por las anomalías estaban entre sus secretos mejor guardados.

El viaje haría valer la pena el riesgo. Alguien estaba allí, alegando ser el mismo Emperador, y Kylo ya podía sentir ondas de duda en la Primera Orden. Después de todo lo que había hecho, después de todo lo que había sacrificado para convertirse en Líder Supremo… ¿quién se atrevería a desafiarlo ahora?

Pero lo que lo llenó de ira absolutamente incandescente fue la idea de que Snoke, su maestro, el que lo guiaba lejos de la luz duplicadora, al que había admirado por encima de todos los demás, había sido el títere de alguien todo el tiempo.

Kylo había terminado con los maestros. No sería el lacayo de nadie. Destruiría a quien sea, lo que sea, que encuentre en las Regiones Desconocidas. Nadie cuestionaría su derecho a gobernar supremamente.

Y Vader le había dejado una guía, una brújula.

El TIE salió de la velocidad luz al espacio irregular; se sentía como si estuviera volando a través de la grava. Comprobó dos veces la navegación, el TIE estaba en curso. Debía tener fe en que el orientador de Vader lo conduciría a la verdad.

Eso y la Fuerza. Kylo Ren aprovechó toda la rabia y la frustración de los últimos días y agarró los controles con frío enfoque. Una vez que su vuelo se estabilizó, envió su TIE al siguiente conjunto de coordenadas.

Esta vez, en lugar de las estrellas del hiperespacio, su nave entró en una brillante malla roja de maleficios. Había escuchado historias de la Zona del Panal Rojo del espacio exótico —algunos lo llamaron Red de Sangre, otros lo llamaron Devorador de Naves— pero hasta ahora no había estado seguro de creer en ninguno de ellos. Era uno de los únicos pasos seguros conocidos a través de las anomalías de las Regiones Desconocidas, pero parecía malévolo y enojado, y los indicadores del sensor en su consola parpadearon salvajemente, sin saber qué hacer.

La mayoría de los pilotos, cuando viajaban más rápido que la luz por un momento, usaban el tiempo para estirarse, hacer algunos chequeos interiores y mantenimiento, o incluso dormir. Pero Kylo no se atrevió a bajar la guardia. Tenía que estar listo para cualquier cosa. Además, mientras rastreaba el buscador de Vader, había escuchado susurros de que el tiempo y la distancia se volvieron casi sin sentido en un espacio exótico. No tenía idea exactamente cuándo volvería al espacio real o qué lo estaría esperando cuando lo hiciera.

Parecía que había pasado poco tiempo antes de que su TIE saliera de la zona roja y redujera la velocidad. Kylo estaba preparado para atacar o evadir, pero se encontró en un enfoque perfectamente normal, el planeta Exegol se cernía ante él.

Desde el espacio, parecía muerto y gris, envuelto en enormes sistemas de tormentas oscuras. Mientras se acercaba, las nubes estallaron con una luz irregular. Sería un viaje difícil.

Kylo Ren se alejó de su silenciador TIE, a través de un terreno agrietado sin límites. La entrada había sido difícil, pero el aterrizaje fácil. Toda la superficie del planeta era una plataforma de aterrizaje —plana y vacía. Al acercarse a la Fuerza, pudo detectar una cantidad moderada de vida cerca— la mayor parte muy por debajo de la superficie — pero en comparación este planeta hizo que Mustafar pareciera un jardín exuberante.

El aire era brumoso, cálido y seco, y los relámpagos dividían el cielo en una ira sin fin. Su bota derribó un pequeño árbol de cuarzo, donde un rayo había convertido la grava y arena en un tumor ramificado de vidrio. Se permitió un pensamiento preocupado por su TIE, expuesto contra el paisaje árido, y se dio cuenta de que tenía que ponerse a cubierto rápidamente.

La atmósfera del planeta no permitía mucha visibilidad, por lo que no vio la ciudadela hasta que estuvo casi sobre ella; se cernía sobre el suelo yermo, un brutal edificio de piedra que se elevaba lo suficientemente alto como para que su pico casi se perdiera en la bruma. Encendió su sable de luz.

Kylo no necesitaba ver la entrada para saber dónde estaba, ya que podía sentirlo haciéndole señas, dándole la bienvenida. No era la bienvenida suave y cálida del hogar o la seguridad, sino más bien una conquista y necesidad. Su piel se erizó. La Fuerza era intensa aquí, pero era diferente. Retorcida, podrida, como si se filtrara a través de una irradiación de descomposición.

Se recordó a sí mismo que las cosas nuevas surgieron de la vieja descomposición.

Los relámpagos crepitaron en la brecha entre el suelo y el edificio. El espacio era lo suficientemente alto para que él pudiera caminar cómodamente. Sintió el peso de la estructura masiva mientras caminaba debajo, confiando en que no se caería y lo aplastara.

Se necesitó poder para crear algo tan inspirador. Ese poder sería suyo.

Los pasos de Kylo resonaron, y el techo de piedra desnuda parecía rojizo a la luz de su espada. Algo sonó, como un engranaje gigantesco que se mueve en su lugar. De repente, el área sobre la que se encontraba se separó del piso, convirtiéndose en un disco flotante que lo sumergió en las profundidades de la ciudadela.

Mientras descendía, se encontró cautivado por la pared frente a él, que estaba tallada con colosales rostros de piedra, todo en exquisito detalle. Enormes cadenas de hierro se arrastraban desde el techo, como si amarraran a las estatuas en su lugar. Algo oscuro e ineludible se movió dentro de él, y entendió que estaba viendo un monumento. Tanta historia y memoria, todo en un sólo lugar, y quedó atrapado entre la reverencia y la ira. Esta era su herencia; lo sabía como si supiera la sensación de un sable de luz en su mano. Pero los monumentos preservaron el pasado, y si había aprendido algo recientemente era que el pasado tenía que morir.

El disco se detuvo suavemente en un vasto espacio que trajo a la mente una catedral. Las caras de piedra estaban muy por encima de él ahora, coronando enormes estatuas de antiguos señores. A sus pies, los abismos oscuros se asomaban por el suelo, y Kylo no podía medir sus profundidades. Los abismos crepitaron con un rayo, desgarrando su visión, como si un pequeño pedazo del cielo del planeta hubiera quedado atrapado dentro de su corteza.

No estaba solo. Las figuras se movían en las sombras, ligeras y encorvadas. No es peligroso —aún no— de todas formas, mientras realizaran cualquier trabajo que estuvieran haciendo. Vestían túnicas negras y gastadas, y vendas cubrían sus rostros.

—Al fin —llegó una voz, y Ren se dio la vuelta, buscando su fuente. Era áspero y medio mecanizado, se esforzaba como si sufriera dolor y, sin embargo, el sonido reverberó en su propio ser—. Snoke te entrenó bien —dijo la voz. Kylo *conocía* esa voz. La había escuchado toda su vida. Cuando era joven, había sido como la fibra de un sueño, uno que no podía comprender. Luego, la transmisión del Emperador había inundado la galaxia, y Kylo había comenzado a temer que Palpatine hubiera sobrevivido de alguna manera, que hubiera sido la voz susurrante que lo había consolado, guiado y *atormentado* durante tantos años.

—Asesiné a Snoke —dijo Kylo—. Lo haré contigo.

—Mi muchacho, yo *creé* a Snoke. Yo he sido cada voz que has llegado a oír dentro de tu mente —habló despacio. Deliberadamente, el timbre de su voz se transformó, convirtiéndose primero en Snoke, luego en Vader, y restableciéndose en Palpatine—. He sido tu maestro todo este tiempo.

Una figura comenzó a materializarse ante él, todavía envuelta en la sombra, recortada contra los relámpagos furiosos de los abismos a su alrededor. Se movía de manera extraña, a un paso mecánico. Si no fuera por el poder que emanaba de la criatura, Kylo Ren no habría estado seguro de que estuviera vivo.

Un relámpago iluminó un enorme tanque de vidrio que contenía tres criaturas, bombeando vida líquida a través de umbilicales mecánicos. Todos eran la misma criatura, se dio cuenta al principio, con la piel arrugada y una cabeza calva de gran tamaño y rasgos atrapados en un estado de angustia eterna. Todos eran Snoke.

Snoke vino de este lugar. Sin embargo, el antiguo maestro de Kylo no le había dicho nada al respecto. ¿Qué más le había ocultado?

Cuando Kylo no respondió, la criatura con túnica agregó:

—¿Sabes quién soy? —se inclinó hacia delante, lo que removió su manga lo suficiente como para que Kylo pudiera ver su mano, medio podrida, dejando sólo unos pocos dedos cubiertos de piel como la cera derretida de una vela.

Kylo apretó su sable láser con fuerza. Él dijo:

—Sé que construiste la Primera Orden. No seré tu sirviente como lo fue Snoke.

—Snoke —la voz se llenó de alegría—. No era más que tu prueba. Hiciste bien en destruirlo.

Kylo Ren era el Líder Supremo de la Primera Orden. Antes de eso, había sido el líder de los Caballeros de Ren. Antes de *eso*, había sido el presunto heredero del legado de Skywalker y el hijo de una princesa. Así que había sido objeto de falsas adulaciones y halagos alabadores durante toda su vida, y se negó a darles poder. Entonces, y especialmente ahora.

—¿Quién eres *tú* para hablar de *mí*?

La voz se profundizó, temblando con un poder apenas moderado.

—Yo fui quien te trajo aquí. Quién ha previsto tu destino…

La figura se acercó. Era indescriptiblemente frágil, su cuerpo colgando de un enorme mecanismo que desapareció en la oscuridad de arriba. Kylo había visto esto antes, mientras estudiaba a los Sith, y nuevamente mientras investigaba pistas sobre el buscador de Vader. Era un arnés Ommin, una columna mecánica que una vez usó un antiguo rey Sith.

Sin ella, el emperador no podría sobrevivir.

Pero la Fuerza misma desmintió cualquier percepción de fragilidad porque una nube de oscuridad y necesidad creció de la criatura, junto con un poder como Kylo nunca antes había encontrado. Fue estimulante.

—La Primera Orden fue sólo el comienzo —dijo la criatura—. Tengo mucho más que darte.

—Antes morirás —dijo Kylo.

—Ya he muerto antes. El lado oscuro de la Fuerza te abre camino a muchas habilidades que algunos consideran… antinaturales.

Kylo sabía que no debía permitirse sentir empatía con la criatura, pero no podía negar que los Jedi considerarían que Kylo Ren tampoco era natural. Una abominación Un *monstruo*, la carroñera había dicho.

Levantó la punta de su sable de luz hacia la cara de la criatura, lo que aportó claridad a sus rasgos. Los ojos del Emperador estaban llenos de ceguera lechosa, y los viales perforaron su cuello.

Todos los viales estaban vacíos de líquido, excepto uno, que estaba casi agotado. Kylo miró más de cerca. También había visto este aparato antes, cuando estudió la Guerra de los Clones cuando era niño. El líquido que fluía hacia la pesadilla viviente ante él estaba librando una batalla perdida para sostener la carne podrida del Emperador.

—¿Qué podrías ofrecerme? —preguntó Kylo. El Emperador Palpatine vivía, alguna manera, y Kylo podía sentir en sus huesos que este cuerpo clon abrigaba el espíritu real del Emperador. Sin embargo, era un recipiente imperfecto, incapaz de contener su inmenso poder. No podría durar mucho más.

—Te ofrezco todo —dijo Palpatine—. Un nuevo imperio.

La criatura levantó su mano devastada; Kylo lo sintió recurrir a la Fuerza, pero antes de que pudiera reaccionar, su entorno desapareció como en una niebla, y una visión llenó su lugar.

Un vacío negro, como el espacio sin estrellas. Entonces un relámpago brilló, revelando tierra agrietada. El paisaje árido tembló, luego se hizo añicos. Una montaña estalló en la superficie. La suciedad y los trozos de tierra cayeron, descubriendo un casco de metal, rayado con rojo. A su alrededor, más montañas desgarraron la superficie, resolviéndose en Destructores Estelares masivos, la mitad de nuevo del tamaño de los Destructores de los días del Imperio. Un único obelisco gigante entró en erupción también, una torre de navegación que coordinaría su ascensión final. Se desplegó como una flor de metal, exponiendo sus antenas de pétalos al cielo violento.

Se levantaron más cruceros, y más y más, hasta que decenas de miles se cernieron en la atmósfera.

—Durante una generación, mis discípulos han trabajado —dijo el Emperador Palpatine, su voz era oscura y profunda.

El corazón de Kylo se aceleró. Tanto poder. Un *campo* estelar de Destructores. La flota más grande que la galaxia había conocido. Los rumores eran *todos* ciertos. Exegol era un mundo poblado por los Eternos Sith, verdaderos creyentes en el lado oscuro de la Fuerza, dedicando sus vidas a *esto*.

—Han construido una flota que pondrá fin a la rebelión galáctica de una vez por todas.

La visión fue llevada lejos, reemplazada por cientos de miles de stormtroopers, brillando con una armadura carmesí. Una marcha atronadora llenó sus oídos, y con él llegó el más mínimo indicio de un aroma que reconoció… sangre chamuscada.

Con un tremendo esfuerzo, Kylo hizo a un lado la visión. Todo lo que había visto sería suyo. Pero no era tonto. Nada fue realmente tan fácil.

Nunca ningún Sith renunció a un trono voluntariamente.

—El poder de la Orden Final pronto estará listo —continuó el Emperador, su voz era extrañamente convincente—. Todo será tuyo si haces lo que te pido. Aniquila a la niña. —Kylo no tenía dudas de a quién se refería el Emperador—. Extingue a los Jedi. Y conviértete en lo que tu abuelo Vader no pudo. Gobernarás toda la galaxia como su nuevo Emperador.

Su aliento se convirtió en un silbido mecánico, luego se detuvo por completo. Las criaturas con túnica se apresuraron, ajustaron la maquinaria unida a su cuerpo. Uno reemplazó rápidamente un filtro al final de un tubo. Otro usó una jeringa para insertar un aditivo en el líquido de regeneración restante. Kylo observaba con interés separado, tratando de evaluar las fortalezas y vulnerabilidades de la criatura.

Por fin, el discurso volvió a él.

—Como puedes ver, debes actuar ahora. Antes de mi último aliento.

Kylo sintió el engaño en sus palabras, pero también la verdad.

—¿Y si no lo hago? —dijo en desafío.

—Entonces la chica se convertirá en una Jedi. La Primera Orden caerá. Y tú morirás.

No hay engaño esta vez; sólo la verdad.

—Ya has sentido esto —agregó la criatura.

Kylo había intentado convertirla una vez. Su segundo mayor fracaso, que no pudo convencer a Rey de unirse a él.

—Pero debes saber. La niña siente una conmoción, que ella no es quien cree que es.

Los ojos de Kylo se entrecerraron. Finalmente, bajó su sable de luz.

Había vislumbrado a sus padres en una visión, una pareja pobre y asustada que vivía una existencia exigua, sobreviviendo al borde de la desesperación. No había mentido cuando le dijo que no eran nada, nadie.

Pero las visiones de la Fuerza estaban llenas de verdades difíciles y realidades potenciales. Tal vez se había perdido algo.

Al ejercer todo el poder de la Fuerza, Kylo Ren preguntó:

—¿Quién es ella?

El resto podrido del Emperador Palpatine sonrió.

CAPÍTULO 3

Después de todo, Rey sí le dijo a Leia, al menos en parte, y estaba muy contenta de haberlo hecho. La general pensó que su visión podría estar relacionada con la misteriosa transmisión proveniente de las Regiones Desconocidas, lo que hizo que fuera lo suficientemente importante como para enviarla a corroborar una vez que el *Halcón* regresara. Leia lo estaba considerando, de todos modos.

Aunque ambas sabían que Rey no estaba lista para dejar su entrenamiento.

Así que Rey se arrodilló en el suelo cerca de su banco de trabajo para hacer un poco de empaque aspiracional. Leia y BB-8 observaron mientras Rey metía raciones y suministros en su morral. De acuerdo, principalmente raciones. Sus amigos de la Resistencia siempre se quejaban de la comida, diciendo que era insípida e insatisfactoria, pero Rey no tenía idea de lo que estaban hablando. Nunca había comido tan bien en su vida, ni tan a menudo. Sin embargo, ella siempre guardaba algunos paquetes de nutrientes debajo de su cama. Por si acaso.

Miró el sable de luz inacabado en su banco de trabajo. Todavía no estaba listo, y el que había reparado minuciosamente —el de Luke— no le pertenecía. Entonces su bastón tendría que ser suficiente como arma. Lo cual estuvo bien. Le había servido bien en Jakku durante años. De hecho, algún día, una vez que haya dominado este asunto de la construcción de sables de luz, podría diseñar uno que se sintiera más como un bastón en su mano. Familiar y fuerte. Dos extremos funcionales. Tal vez con una bisagra en el medio para la portabilidad.

Había aprendido mucho sobre los sables de luz reformando el de Luke. Sus textos Jedi le habían ofrecido alguna orientación —como el cómo reparar el cristal de kyber— y su experiencia en la construcción de herramientas cotidianas a partir de partes recolectadas había proporcionado el resto. Rey confiaba en que eventualmente terminaría el suyo desde cero, a pesar de que no había nadie para enseñarle cómo.

—¿Sabes de dónde vino la visión? —Leia preguntó mientras Rey metía una barra de raciones más en su morral.

—Ojalá lo supiera… pero no puedo decir cuál era la visión. Es… —las palabras le fallaron. ¿Cómo describir algo tan intenso? ¿Tan extrañamente personal?

Rey levantó su morral y caminó hacia Leia, evitando cuidadosamente un cable que se deslizaba por el suelo desnudo. Su base en Ajan Kloss apenas estaba pavimentada. Las consolas se colocaron afuera, expuestas a los elementos. Una cueva masiva proporcionó algún refugio para dormir, y un viejo corredor de bloqueo rebelde llamado *Tantive IV* —actualmente en tierra mientras esperaba piezas de repuesto— sirvió como cuartel de mando para Leia, así como un centro de comunicaciones. Rey, como muchos combatientes de la Resistencia, había elegido dormir en una cuna escondida contra una pared de selva verde cerca de la entrada. Una taquilla, un banco de trabajo y mucho barro

completaron sus «aposentos» personales. Aun así, era mejor que la arena. Además, le gustaba dormir a la intemperie, su subconsciente vigilaba constantemente las idas y venidas a su alrededor. Fue un recordatorio de que ella era parte de algo. Que ya no estaba sola.

—Estoy escuchando —incitó Leia.

—No terminé el circuito. Dejo que las visiones me distraigan. La verdad no me siento yo misma. Sé que parece… que estoy inventando excusas.

Los ojos de Leia se entrecerraron.

—Lo que parece es una cosa. Dime la *verdad*.

Quizás tratar de contarle a Leia sobre su visión había sido un error después de todo.

—Estoy un poco cansada. Es todo.

Leia le dirigió una mirada arqueada que la hizo sentir como la peor mentirosa que había sido atrapada en el acto.

Rey se sintió aliviada de ser interrumpida por la voz de la teniente Connix.

—¿General?

Leia miró por encima. Kaydel Connix llevaba el cabello en trenzas ahora, envuelto alrededor de su cabeza como una corona, al igual que Leia. Muchas de las jóvenes estaban haciendo eso, pero Rey apostaría a que Leia no se había dado cuenta de que su peinado alderaaniano había comenzado una tendencia.

—El *Halcón* aún no regresa —dijo Connix—. El comandante solicita su guía.

La general tendría que lidiar con eso, así que Rey tomó el sable de luz de Luke y se lo entregó. Ella siempre le devolvía el sable a Leia. La general había dicho que podría dárselo a Rey algún día, pero Rey sabía lo difícil que sería. El sable de luz era lo único que le quedaba a Leia de su hermano.

—Me *ganaré* el sable de su hermano —le dijo Rey—. Algún día.

BB-8 emitió una pregunta, lo que sacó una sonrisa a Rey.

—No, no lo harás por mí.

—Jamás subestimes a un droide —dijo Leia con una pequeña sonrisa. Luego se fue tras Connix, con el sable de luz de Luke en la mano.

—Sí, Maestra —murmuró Rey a su espalda.

BB-8 zumbó hacia Rey, y ella se arrodilló ante él.

—Lo intenté —dijo susurrando—, pero… no podría decirle toda la verdad. Quién sabe qué pensaría ella si lo hiciera…

Rey lo *había* intentado. Verdaderamente. Había abierto la boca, pero las palabras se habían quedado atrapadas en su garganta. ¿Cómo pronunciar algo tan horrible en voz alta?

BB-8 volvió a sonar, un poco más severo.

—No, te *cuento* todo. Vamos a arreglarte.

Rey se dirigió a través de la base hacia la estación del mecánico. Primero buscaría a Rose. Si Rose no estaba disponible, arreglaría a BB-8 ella misma, siempre y cuando pudiera poner las manos en las partes correctas.

BB-8 rodó tras ella, pitando tristemente.

—Oh, no te preocupes por ellos. Sólo están recogiendo algunas partes. Estoy segura de que nuestros amigos están bien.

No estaban bien. Poe se preparó para el siguiente golpe. Estaban perdiendo, sus soldados aplastados por el ataque, su enemigo regodeándose en sus rostros. Le encantaba verlos sufrir. Él les dirigió una mirada astuta cuando comenzó a hacer un movimiento… luego cambió de opinión.

—¿Vas a jugar o qué? —Poe le dijo a Chewbacca, mientras el wookiee estudiaba el tablero de holoajedrez.

Se sentaron alrededor de la mesa: Chewie por un lado, Poe y Finn por el otro. Fue un largo viaje en el *Halcón* hasta la Colonia del Glaciar Sinta, y tenían que matar el tiempo de alguna manera. Este fue su tercer juego. En la última misión, habían jugado dos juegos. Antes de eso… bueno, Poe había perdido la noción.

—¿*Otra* vez nos va a ganar? —dijo Finn.

—Pues parece que así es —se quejó Poe.

Los ojos de Finn se entrecerraron.

—¿Qué es lo que hace?

—Es un tramposo. Juega sucio —dijo Poe.

Chewie rugió.

—¡No es cierto! —dijo Poe, levantando las manos—. Tienes doscientos cincuenta años. Claro que eres mejor que nosotros.

—Ya, por favor, haz tu jugada. Te tardas demasiado y haces que creamos que juegas sucio —dijo Finn.

El *Halcón* emitió un pitido, lo que indicaba que se estaban acercando a su destino.

Chewbacca se levantó de la mesa de holoajedrez, gruñendo con insistencia.

—Nadie lo va a apagar —dijo Poe, tratando de parecer ofendido.

—Tranquilo —aseguró Finn al wookiee.

Chewie se fue y se dirigió hacia la cabina.

Una vez que estuvo fuera del alcance del oído, Finn murmuró:

—Tramposo.

—Obvio que sí —estuvo de acuerdo Poe.

Ambos se levantaron al mismo tiempo y apagaron el tablero.

Poe siguió a Chewie, evadiendo a R2-D2 y Klaud en su camino hacia la cabina.

—Klaud, ¿reparaste el cortocircuito? —gritó Poe.

Intentaban arreglar un molesto cortocircuito que había estado abriéndose paso a través de los electrónicos del *Halcón* desde su última misión. Poe no tenía idea de qué especie era Klaud o de dónde venía, y pensó que la general Leia se estaba volviendo loca cuando lo había asignado al equipo mecánico de Rose. Por un lado, no tenía brazos; de

hecho, Poe pensó que parecía una babosa gigante sobre aletas. Por el otro, hablaba un idioma que sólo los droides entendían. Pero resultó ser una buena decisión porque Klaud ocasionalmente podía manipular objetos con sus antenas prensiles, y su aguda mente resolvía rápido los problemas mecánicos. Él y R2-D2 trabajaban bien juntos.

Poe llegó a la cabina cuando el *Halcón Milenario* salió de la velocidad de la luz frente a un enorme asteroide montañoso hecho de hielo. Con un guiño a Chewie, se dejó caer en la silla del piloto. Desde la ventana de la vista, podía ver los orígenes de su cometa en su superficie irregular, la forma en que el gas se levantaba como niebla. Parecía pequeño, sus abismos simplemente se resquebrajan en un brillante bulto de espacio blanco. Justo como esperaba, el *Halcón* no detectó ninguna señal de persecución. Poe apuntó al carguero hacia el punto de encuentro y se lanzó hacia la colonia minera.

Finn cruzó la entrada de la cabina y se dirigió hacia la escotilla superior para prepararse para recoger la entrega.

Según las chispas que salieron del panel que Klaud estaba reparando, habían tenido suerte en su última misión. Si el *Halcón* hubiera sufrido un golpe más, habrían sido un montón de escombros en llamas.

Bueno, tal vez no fue realmente suerte. Poe, Chewie y él formaban un buen equipo. Un gran equipo, en esas raras ocasiones en que Rey los acompañaba. Pero Rey tenía cosas más importantes de las que preocuparse ahora. Cosas de la «Fuerza» que Finn estaba haciendo todo lo posible por entender. Había visto lo que Rey podía hacer, sintió lo importante que era para su causa. Pero tenía que admitir que, cuando estaba allí, y ella estaba de vuelta en Ajan Kloss, la extrañaba.

Poe había llevado al *Halcón* a los túneles de hielo de Sinta, donde el vapor de agua y los procesos mineros crearon un poco de atmósfera. La nave se sentía tambaleante bajo los pies de Finn, como si derrapara. No era culpa de Poe, estaba seguro. Estos asteroides eran complicados.

El *Halcón* se detuvo.

—¡Estoy abriendo el portal! —le dijo Finn a Poe.

Finn accionó el seguro, y la escotilla redonda sobre él reveló un corredor helado y oscuro, un baño de aire frío y húmedo, y la cara amarilla verdosa de un ovissiano con una amplia sonrisa de cuerno a cuerno.

—¡Boolio! —dijo Finn. Boolio era un supervisor de minas que había estado extrayendo minerales excedentes para transportes amistosos con la Resistencia durante meses. Finn mismo había recogido envíos dos veces—. ¿Qué es tan importante? ¿Tienes el regulador?

Leia necesitaba desesperadamente el regulador para volver a poner el *Tantive IV* en su mejor forma, pero estas partes del viejo modelo eran difíciles de encontrar, y este era uno de los pocos que habían podido rastrear. También fue el más barato.

Boolio sacudió la cabeza.

—Ninguna pieza —dijo—. A un nuevo aliado. ¡Un espía en la Primera Orden!

La boca de Finn se abrió.

—¿Un espía?, ¿quién?

—No lo sé. ¡Transfiere el mensaje, dénselo a Leia! ¡Pero ya! —gritó Boolio, el regulador fue olvidado.

Boolio arrojó un cable de datos.

Finn lo tomó.

—Alguna idea de quién…

—No dijeron. Pero alguien dejó un archivo de datos en mi oficina después de la última inspección de la Primera Orden —miró hacia atrás por encima del hombro, nervioso.

Finn hizo un gesto a R2-D2, que se dirigió hacia él. Insertó el cable en el puerto de datos del droide. Todo el tiempo, su mente estaba corriendo.

Esta era la razón por la cual Boolio había insistido en que cruzaran la galaxia en busca del regulador. Por eso les había dicho que la pieza era crítica, que no duraría mucho. Era una pieza rara, claro, prácticamente una antigüedad. Pero la urgencia de Boolio había parecido excesiva, especialmente en relación con el precio bajísimo que estaba ofreciendo. Ahora todo tenía sentido. De alguna manera había recibido un mensaje de un espía de Primera Orden. Y como simple supervisor de minas, no tenía acceso a una frecuencia segura. Su única opción fue citarlos aquí en persona prometiendo una parte que realmente no existía.

—Por favor, dense prisa —dijo Boolio—, si se enteraron de que me dejaron el mensaje, entonces alguien de la Primera Orden sabe que he estado en contacto con la Resistencia.

Lo que significaba que la Primera Orden podría regresar en cualquier momento. Finn se encontró tocando el costado de su muslo, como para apurar la transferencia. Tecnología antigua, bajas temperaturas… ¿quién sabría en qué estado se encontraba ese cable de datos? Podrían estar aquí por horas…

Poe se sentó en el asiento del piloto. No entendía por qué le estaba tomando a Finn tanto tiempo. Tenían que recoger una pieza, pagarle a Boolio y salir de aquí. Eso fue todo.

El sensor del *Halcón* sonó agresivamente, sobresaltando a Poe de su posición. Él miró boquiabierto la consola. ¿Estaba leyendo esto bien? Veinte objetos se acercaban desde todas las direcciones. TIE, según el tamaño y la velocidad.

—¡Finn, rápido! ¡Nos van a freír! —comenzó a encender los interruptores, preparando el *Halcón* para una salida caliente.

—¡Ya casi termina! —volvió a llamar Finn.

Termina más rápido, pensó Poe mientras buscaba rutas para salir de esa trampa. Las opciones eran limitadas y eran cada vez menos a cada segundo.

¿Exactamente qué tan difícil era agarrar una sola pieza de repuesto?

R2-D2 emitió un pitido de que la transferencia se había completado. Finn tiró del cable del puerto de datos del droide.

Boolio lo levantó rápidamente, mano a mano, diciendo:

—Me encontraron. ¡Ve ahora!

—¿Cómo te lo agradezco? —preguntó Finn. Trajeron créditos imposibles de rastrear, por insistencia de Leia. La Resistencia tenía fama de pagar lo justo, y nunca lo pondría en peligro. Pero no sería suficiente para intercambiar información de la Primera Orden.

—¡Ganen la guerra! —dijo Boolio, y luego cerró la escotilla con fuerza justo cuando Finn escuchó el grito familiar los cazas TIE que se acercaban.

Pasó corriendo cerca de R2-D2 y Klaud y entró en la cabina.

—¡Tengo malas noticias! —le dijo a Poe.

—Ha empeorado —dijo Poe—. ¡Ve a la torreta!

Finn buscó las armas.

Poe maniobró el *Halcón* a través de los vastos abismos de la Colonia Glaciar Sinta. El hielo negro azulado fluyó en un borrón, interrumpido ocasionalmente por maquinaria masiva. Los abismos estaban poniendo a prueba sus habilidades hasta el límite, pero también le proporcionaron una oportunidad. Los TIE que los perseguían se mantenían cerca, pero él era el mejor piloto. Él y Chewie sólo tuvieron que aguantar el tiempo suficiente para que los TIE cometieran un error y golpearan una pared, o mejor aún, para que Finn los arrasara con la torreta.

Si tan sólo Rey hubiese venido. Entonces tendrían dos torretas operativas, y esos TIE no tendrían ninguna posibilidad.

Una explosión desgarró al *Halcón*, casi tirándolo de su asiento. Chewbacca gimió.

—¡Finn! —gritó Poe—. ¿Por qué no te deshaces de esas cosas?

Un TIE salió bruscamente de su trayectoria de vuelo y giró hacia la pared de hielo, donde se convirtió en una bola de fuego en explosión. Rugió Chewie.

—Le di a uno —respondió Finn.

—¿Qué quieres decir con *ambos* escudos traseros? —preguntó Poe.

Una alarma en la cabina comenzó a sonar. Poe extendió la mano para apagarlo. Chewie le gruñó algo.

—¿Qué? —dijo Poe.

Chewie señaló hacia adelante y ligeramente hacia un lado, donde una enorme estructura minera sobresalía de la pared de hielo. Estaban a segundos de distancia. Esta era la oportunidad que Poe había estado esperando.

—Qué gran idea, Chewie —dijo Poe, desviando todo el poder del escudo remanente a la parte superior, porque para que esto funcione, tendrían que cortarlo muy cerca—. ¡Finn, hay que aplastar estos TIE! —gritó hacia la estación de la torreta.

—También tuve esa idea —gritó Finn.

Este tipo de maniobra era difícil de lograr en la gravedad de un pequeño cuerpo celeste, pero él era Poe Dameron, famoso piloto de la Resistencia. Volteó el *Halcón* cuidadosamente, alineando el tiro. Finn giró la torreta inferior para disparar en línea recta. *Todavía no, amigo… tienes que calcular el tiempo justo…*

—¡Ahora! —gritó Poe.

Finn disparó. El metal crujió contra el metal cuando la maquinaria se separó de la pared. El *Halcón* rugió debajo de él justo cuando cayó, chocando contra los tres TIE. Las explosiones iluminaron el abismo por todos lados, convirtiendo las paredes de hielo en fuego. Finn gritó:

—¡Regrésanos a la base!

Pero su celebración fue de corta duración. Más TIE aparecieron en la ventana de la cabina. Demasiados. Delante había una pared de hielo escarpada, sucia con maquinaria y escoria. No había lugar al que ir. No hay forma de…

Poe tuvo una terrible idea.

—¿Qué tan grueso será ese muro de hielo? —Poe preguntó.

Chewie rugió, sin dejar dudas de lo que pensaba del plan de Poe.

Finn se preparó lo mejor que pudo en el asiento de la torreta mientras Poe aceleraba. Los TIE estaban casi sobre ellos. La pared de hielo se alzaba al frente; ¿a dónde pensó Poe que podían ir? Definitivamente iban a morir.

Los motores del *Halcón* rugieron y Finn cerró los ojos. Su último pensamiento antes de que golpearan la pared de hielo fue que al menos no moriría como un stormtrooper.

El impacto le retorció el cuello. El metal chirrió, Klaud chilló, y el carguero se sacudió como una hoja en un huracán. De repente irrumpieron en el espacio abierto. Finn ni siquiera tuvo tiempo de respirar aliviado antes de que Poe activara el hiperimpulsor. La Colonia Glaciar Sinta desapareció en una corriente de luz.

Los TIE seguirían; tenían la capacidad tecnológica ahora. No había escapatoria.

Chewie rugió tan rápido que fue difícil de entender para Finn.

—¿Poe está a punto de *qué*? —Finn gritó hacia la cabina.

Chewie gimió que el piloto estaba a punto de no hacer nada bueno.

—No te preocupes, amigo —dijo Poe, y Finn no estaba seguro de si estaba hablando con él o con el wookiee—. Tenemos el combustible para eso. Además, Rose instaló compensadores gravimétricos para hacer que estos hipersaltos rápidos *sean seguros*.

—Más seguro —aclaró Finn—, los compensadores hacen que saltar sea un poco más seguro.

—Eso es lo que dije. ¡Espera!

El *Halcón* saltó a la velocidad de la luz. Finn salió de la torreta y entró en la cabina.

Momentos después, la nave salió del hiperespacio y se convirtió en una enorme estructura similar a una caverna que goteaba con estalagmitas brillantes que matan naves. Una estrella brillante reflejó dagas de luz de las columnas de cristal en los ojos de Finn, pero Poe las atravesó calculadamente. Los TIE que aparecieron a su alrededor no tuvieron tanta suerte. Varios explotaron antes de que Poe volviera a la velocidad de la luz.

Finn se sintió un poco enfermo del estómago.

El *Halcón* entró en un espacio brillante lleno de brillantes torres blancas —la pantalla de lectura identificaba las Espejo de Agujas de Ivexia— y sus superficies reflectantes hicieron difícil para Finn saber cuáles eran reales o cuántos TIE todavía estaban en búsqueda. Poe apenas evitó la colisión cuando más TIE se estrellaron a su alrededor.

Otro salto, esta vez aterrizándolos en medio de la Nebulosa Tifónica.

Las fauces gigantes con borde de diente de una enorme criatura espacial se alzaron ante ellos.

—¿Por qué sabes hacer esto? —preguntó Finn.

Chewie rugió desaprobación.

—Sí, pero Rey no está aquí, ¿o sí? —Poe disparó de vuelta—. Último salto, ¡tal vez para siempre!

Klaud gritó. El Halcón se tambaleó hacia el hiperespacio, cuando el último de los TIE se estrelló contra la garganta de la criatura.

Finn definitivamente iba a estar enfermo.

—¿Tengo tu palabra? —Kylo Ren le dijo a Albrekh.

—Será más fuerte de lo que era antes —dijo entre dientes.

Albrekh fue el primer symeong con quien Kylo se había encontrado. Era pequeño y delgado, con una mandíbula sobresaliente y orejas largas, puntiagudas y muy espaciadas que se retorcían con cada sonido o aliento de aire. Lo más importante, era un alquimista Sith entrenado en metalurgia clásica, capaz de forjar hazañas nunca antes vistas en la galaxia moderna. Se paró frente a una pesada mesa de piedra, esperando los fragmentos que Ren había prometido.

Kylo lo consideró un momento más. Había estado trabajando solo, persiguiendo el orientador sin los Caballeros, sin la máscara. Pero ahora los necesitaba para ayudarlo a encontrar a la carroñera rápidamente.

Los caballeros estaban parados detrás de él; sintió a Trudgen y Kuruk cerca de sus hombros. Volver a reunirlos había sido inesperadamente y quizás increíblemente fácil. Lo aceptaron sin dudar, diciendo que los resultados de su juicio hace años todavía se mantenían. Seguía siendo su legítimo líder.

Ahora para reformar el símbolo de su liderazgo.

Luego para encontrar a Rey.

Arrojó los fragmentos —todos cuidadosamente extraídos de los restos del *Supremacía*— sobre la mesa de piedra. No estaba seguro de cómo lo lograría el alquimista. Había demasiadas piezas, algunas deformadas más allá del reconocimiento.

Albrekh se frotó las manos enguantadas con anticipación y se puso a trabajar. Llevaría mucho tiempo. Eso estaba bien. Kylo no era conocido por su paciencia, pero incluso él encontraba que para algunas cosas valía la pena esperar.

El alquimista extendió todas las piezas sobre la mesa. Con asombrosa percepción y velocidad, resolvió el enigma de su ajuste, colocándolas una cerca de la otra de tal manera que Kylo pudiera comenzar a ver cómo las piezas volverían a convertirse en una máscara.

El alquimista usó alicates térmicos y un mazo especial para martillar los fragmentos deformados de nuevo en forma. Toda la habitación brillaba roja por el metal fundido que se guisaba en un caldero a un lado. *Hierro sarrasiano*, le había dicho Albrekh. El mineral más duro de la galaxia.

Con manos firmes, el alquimista colocó piezas contiguas una al lado de la otra, luego las sostuvo con unas pinzas magnéticas. Tomó una herramienta de aplicación larga que parecía una serpiente de metal y la usó para verter hierro ensangrentado en la grieta entre las piezas. Se enfrió instantáneamente, formando un adhesivo rojo más fuerte que el acero.

Kylo Ren estaba fascinado por el poder. La competencia extrema era un tipo de poder, y observó hechizado cuando Albrekh repitió el proceso de unir los fragmentos, moldeándolos con mineral rojo fundido, una y otra vez con severa paciencia, concentración y precisión. Kylo flexionó sus propias manos, preguntándose cómo las palmas del alquimista no se encogían, cómo su carne no se estaba quemando. Sus guantes lo protegían, sin duda, su tela, otro secreto Sith perdido para el resto de la galaxia.

Finalmente, el alquimista equilibró la máscara en un soporte y buscó un cucharón grande. Vertió agua sobre el casco reforzado. El agua siseó, convirtiéndose en vapor que empañó la vista de Kylo. Albrekh repitió el proceso, una y otra vez, hasta que la máscara se enfrió por completo.

El alquimista se quitó los guantes. Con sus manos desnudas y peludas, agarró la máscara y se la ofreció a Kylo Ren.

—Es seguro usarlo —dijo.

Lo tomó, lo admiró. La máscara era un objeto de belleza irregular. Con la misma forma que antes, pero ahora lleno de fracturas rojas como un rayo carmesí.

Roto y reformado. Como los caballeros. Como su abuelo.

Los Caballeros de Ren levantaron sus armas en honor cuando Kylo colocó la máscara sobre su cabeza. Era más pesada que nunca. Apestaba a metal fundido. Era perfecta.

Kylo Ren y sus Caballeros caminaron por un pasillo del *Steadfast*, una falange de túnicas negras y máscaras negras. Los stormtroopers y los oficiales se apartaron al pasar. Apenas les hizo caso. Había recibido la noticia de que un espía había sido capturado. Sabía exactamente cómo lidiar con los espías.

Se detuvieron ante el almirante Griss, un hombre de piel oscura que siempre mantenía su uniforme en perfectas condiciones. Sus ojos se posaron en el rastro fango que Kylo y sus Caballeros dejaban por toda la nave, pero sabiamente no dijo nada.

Detrás del almirante Griss, los stormtroopers se acercaron, arrastrando algo entre ellos: un alienígena con piel de color verde amarillento y cuatro cuernos, dos grandes cuernos anchos contra su cráneo y dos más pequeños que se enganchaban debajo de su mandíbula. Llevaba un traje térmico de minería naranja y una expresión desafiante.

—Líder Supremo —reconoció el Almirante Griss—, fue capturado en la colonia de glaciares, señor. Un traidor.

Kylo no lo dudó. Encendió su sable láser y lo bajó en un sólo movimiento fluido. La cabeza del traidor cayó. Uno de sus cuernos golpeó el suelo del pasillo con un ruido sordo.

Todos sus oficiales ya estaban sentados alrededor de la mesa de la sala de conferencias del Alto Mando, Quinn, Pryde, Hux, Parnadee, Engell y un puñado de otros, cuando el Líder Supremo Kylo Ren entró.

Golpeó la mesa con la cabeza del traidor. Todos se estremecieron, notó con satisfacción, incluso Pryde. Kylo les dio la espalda y caminó hacia la ventana.

—Debería serle más difícil ahora —dijo, mirando a las estrellas—, entregar mensajes a la Resistencia.

Kylo esperó a que todos sus oficiales echaran un buen vistazo a la cabeza cortada antes de agregar:

—El general Pryde les ha informado sobre los detalles de mi viaje a Exegol —bueno, no *todos* los detalles, por supuesto. Poco sobre la carroñera. Pero les habían informado sobre la flota que habían descubierto allí, que Kylo Ren había hecho un trato con el remanente de Palpatine y su movimiento Sith Eterno para requisar todo para la Primera Orden—. La Primera Orden está a punto de convertirse en un verdadero Imperio.

Silencio alrededor de la mesa. El líquido verde manaba de la cabeza del alienígena y se acumulaba en la superficie. Hux se negó a mirarlo, en cambio miró fijamente a Kylo y su máscara.

Agregó a Hux:

—Percibo su inquietud por mi apariencia, general Hux.

Hux parpadeó.

—¿Por la máscara? No señor. Bien hecho.

—Sí, le queda —estuvo de acuerdo el general Parnadee.

—Perdóneme, señor, pero esos aliados de Exegol —fue la voz del general Quinn—, parecen un culto. En espera del regreso de los Sith. Hechiceros y adivinos… —su voz goteaba desprecio. Quinn tenía la edad suficiente para haber sido un oficial subalterno en el Imperio, y tenía poca paciencia para cualquier cosa que incluso insinuara la religión o el misticismo. Tendría que superar eso si quería mantener su posición.

Kylo estudió a sus oficiales. Las palabras de Quinn parecían incomodar al resto, especialmente a Hux, cuya expresión se había vuelto completamente tensa.

—Conjuraron legiones de destructores —señaló el general Pryde—. Los Sith y su flota harán crecer los recursos hasta diez mil veces —se volvió hacia el general Hux—. Ese alcance y poder corregirán el error de la Base Starkiller —dijo a Hux, sin dejar dudas sobre a quién consideraba responsable de ese desastre.

Pryde fue uno de los pocos oficiales que nunca pareció tenerle miedo a Kylo Ren, lo que no le sentaba bien. Kylo se habría librado de él si no fuera tan competente. Además, mantener a un general mucho más inteligente, más sabio y de mayor rango alimentaba la inseguridad del general Hux. Era un gesto mezquino de de Kylo, tal vez, pero mantener a sus oficiales en desacuerdo les impedía unirse contra él.

—Tendremos que aumentar los reclutamientos —señaló el general Parnadee al general Engell con más que un toque de alegría—. Debemos reclutar a *más* niños, a lo largo de toda la galaxia.

Engell asintió con la cabeza. Ya había duplicado el reclutamiento después de que la muerte de Phasma había dejado un vacío en esa área de responsabilidad. Kylo apreció su entusiasmo.

—Esta flota —dijo el general Quinn—. ¿Qué es… un regalo?

Esta era la pregunta exacta que Kylo no quería responder.

—¿Qué solicita él a cambio de ella? —Quinn presionó—. Él…

Kylo extendió su brazo, invocando toda su ira, toda su impaciencia. El general Quinn voló alto, se estrelló contra el techo. Algo en su cuerpo se fracturó ruidosamente, pero no importaba si la herida interna era mortal o no porque Kylo lo mantenía presionado contra el techo, jadeando como un pez fuera del agua, ahogándose gradualmente hasta la muerte.

Kylo miró a sus oficiales hacia abajo. Hux estaba visiblemente conmocionado. Bien.

—Prepárense para aplastar a los mundos que nos desafíen —escupió—. Mis caballeros y yo cazaremos a la carroñera.

El emperador quería a la carroñera muerta. Pero Kylo tenía otros planes. Quería matar el pasado, sí. Gobernar supremamente sobre la galaxia, sin duda. Y la flota masiva en Exegol lo ayudaría a hacerlo.

Pero la ambición que afectaba su ser fue la idea de reinar junto a *ella*.

Estaban conectados. Habían derrotado a Snoke. Juntos serían invencibles.

CAPÍTULO 4

Los textos Jedi estaban esparcidos por su banco de trabajo, y Rey los estaba estudiando por centésima vez. Las notas añadidas de Luke sobre el entrenamiento habían sido invaluables para ella y Leia. C-3PO había traducido gran parte del resto, lo que había ayudado a Rey a aprender sobre la historia de los Jedi y los Sith. Pero algunos de los escritos seguían siendo un misterio, su lenguaje era demasiado antiguo o demasiado secreto para estar incluso en los bancos de datos de C-3PO.

Lo extraño fue que algunas de las notaciones misteriosas estaban en la letra de Luke, lo que significaba que habían sido cuidadosamente codificadas a propósito. El amigo de Rey, Beaumont —un ex historiador y actual oficial de inteligencia de la Resistencia—, había estado trabajando para desbloquear estos fragmentos, y Rey esperaba tener respuestas pronto.

Mientras tanto, estaba buscando una pista en los textos traducidos, cualquier cosa que pudiera ayudarla a interpretar su visión. O mejor aún, algo que la ayudaría a encontrar la paz. Ahora que la Fuerza estaba despierta dentro de ella, tenía más preguntas que nunca sobre Luke, su conexión con Kylo, los Jedi del pasado, las visiones de pesadilla que la atormentaban. Si podía abrazar la calma de Leia, estaba segura de que las visiones se detendrían por completo. Dormiría mejor, entrenaría mejor, se convertiría en Jedi para hacer que Leia, y Luke, dondequiera que estuviera, se sintieran orgullosos de ella.

Leia escuchaba la voz de su hermano de vez en cuando; ella había dicho eso. Pero él nunca se reveló a ella. Ella no quería considerarlo demasiado por qué podría ser eso. Ni siquiera estaba segura de saber lo que significaba para un Maestro Jedi morir. Quedaba un remanente de Luke; ella podía sentirlo. Pero no lo entendió. A veces el vacío de lo que ella no sabía la abrumaba.

Ella ansiaba estar en la pelea, pero la chica de Jakku todavía estaba dentro de ella, y esa chica anhelaba sobrevivir. Leia tenía razón; ella tuvo que prepararse. ¿Cómo podría aprender todo lo que necesitaba a tiempo? Una cosa sobre sus visiones era absolutamente clara: la lucha pronto vendría a ella, tanto si estaba lista como si no.

—¡Rey! —le llamó Nimi Chireen, sorprendiéndola de sus pensamientos—. Volvió el *Halcón*.

Bueno, eso era un alivio. Rey había comenzado a preocuparse evidentemente por sus amigos.

—Gracias, Nimi.

Nimi era una nueva piloto a la que acababan de derribar su propio caza. Poe pensó que tenía un gran potencial.

Rey se apresuró hacia el área de aterrizaje, que no era más que un espacio despejado en medio de la jungla. Lo bueno es que el *Halcón* podría aterrizar en un chip de crédito.

Se detuvo en seco cuando vio su nave, y su corazón se apretó. El humo negro se enroscó en los motores. Las marcas de chamuscado rayaron el casco. Los sub-alternadores eran una masa retorcida de alambres carbonizados y cubiertas deformadas. ¿Qué había hecho Poe?

El mismo piloto caminaba por la rampa, y ella olvidó brevemente estar enojada. Estaba contenta de verlo de vuelta sano y salvo.

—¡Está en llamas! —Poe estaba gritando, mientras los droides y los mecánicos comenzaron a limpiar las piezas humeantes—. Todo está en llamas. ¡La nave está en llamas! —la vio acercarse—. ¡Hola!

—¡Hey! —dijo ella—. ¿Hay un espía?

Poe parecía un poco demacrado, con el sudor en la frente y la camisa manchada de aceite. Al parecer, había hecho todo lo posible para realizar algunas reparaciones de emergencia en el viaje de regreso. Él dijo:

—Oye, enserio nos hizo falta tu ayuda.

—¿Qué ocurrió?

—Todo fue un desastre. Uno grande.

Algo se encendió debajo del vientre del *Halcón*.

—La nave de Han…

La cara de Poe cayó aún más cuando vio a BB-8 y su borde de compartimiento de herramientas desprendido.

—¿Qué le hiciste al droide?

—¿Qué le hiciste al *Halcón*? —Rey replicó.

—El *Halcón* está en mejor forma que él.

—Beebee-Ate no está en llamas.

—Lo que no se aplastó no está en llamas —lanzó.

¿De qué estaba hablando Poe? ¡Era sólo una cubierta de compartimento de herramientas!

—Dime qué les pasó —dijo ella, tratando de cambiar de tema.

—¡Tú dime primero!

Ella le dedicó una sonrisa sin humor.

—¿Te digo qué eres?

—¿Qué? —Poe levantó una ceja en desafío.

—Difícil. Muy difícil, Eres un hombre difícil.

—Y tú, tú eres… —Poe hizo un ruido de exasperación.

—¡Rey! —sonó la voz de Finn.

—¡Finn!, volviste entero.

Finn estaba bajando la rampa, y su rostro se iluminó cuando ella se acercó.

—Sí, apenas —dijo. Finn se había dejado crecer el cabello desafiando la regulación de la Primera Orden, dándole un aire más relajado. En general, Finn se había vuelto más fácil en su propia piel en los meses posteriores a Crait.

BB-8 gritó a Poe, contándole sobre el accidente de entrenamiento, mientras Rey abrazaba a su amigo en un fuerte abrazo. Dejar que Finn volara y ponerse en peligro sin ella fue una de las cosas más difíciles del entrenamiento Jedi. Ella siempre estaba tan aliviada cuando él regresaba de una pieza.

—Amigo, mírate —dijo Poe, inspeccionando la carcasa dañada de BB-8.

—¿Qué?, ¿de mal humor? —Rey le preguntó a Finn.

—¿Yo?, ¿por qué?

—Tu amigo —dijo, con un gesto hacia Poe.

—*Siempre* —dijo Finn, dibujando la palabra con primor.

—¿Tenemos un espía? —ella preguntó.

Chewie intervino con un gemido indignado y multisilábico.

Los ojos de Rey se abrieron.

—¿Hipersaltos rápidos?

Finn hizo una mueca.

—Oh chico…

—Sirvió para traernos, ¿no? —dijo Poe.

—Poe, el compresor se dañó —dijo Rey, y su tono salió más acusador de lo que pretendía.

—Sí, ya lo sé —dijo Poe—, *estuve* ahí.

—El *Halcón* no da esos saltos. Piensa —dijo Rey, incapaz de detenerse. ¿Cómo podría Poe correr ese tipo de riesgo con el activo más preciado de la Resistencia? Además, ella *amaba* esa nave…

—De hecho, yo lo arreglé —dijo Poe, sin pestañear.

—Oigan, ya —dijo Finn, tratando de sonar razonable—. Acabamos de aterrizar, ¿okay?

—Ya, ¿qué pasó? —interrumpió Rey.

—Malas noticias, es lo que pasó —contestó Poe.

Rey sintió que su frustración aumentaba. Ella entendió que Poe acababa de pasar por algo, pero necesitaba información. Se giró hacia Finn.

—¿Hicimos contacto con el espía o no?

—Sí. Hay un topo en la Primera Orden. —Finn confirmó—, y nos envió un mensaje.

Poe comenzó a alejarse, pero no pudo resistirse a lanzar algunas palabras finales a Rey sobre su hombro:

—¿Le dejaste caer un *árbol*?

—¿Tú volaste *ambos* sub-alternadores? —se echó hacia atrás.

—Ya, tranquilos —dijo Finn.

—Entonces debiste acompañarnos ¿no crees? —se quejó Poe, rodeándola. Estaba bien y enojado ahora, pero Rey podía sentir que tenía poco que ver con BB-8.

—¡Tú sabes que quisiera acompañarlos!

—Rey… —dijo Finn.

—Sí pero no lo haces —contraatacó Poe—, sólo entrenas ¿para qué? —Respiró hondo, como si lo estuviera considerando. Rey pudo ver el momento exacto en que decidió decírselo directamente—. Eres muy buena peleando. Te necesito allá arriba, no aquí.

Rey no tenía nada que decir a eso. Poe tenía razón. Pero Leia también tenía razón. Rey necesitaba todo el entrenamiento que pudiera obtener para enfrentar lo que estaba por venir. Deseó que hubiera una manera de hacerlos felices a ambos.

Poe vio a alguien, y Rey se sintió aliviada de no ser objeto de su mirada despiadada.

—¡Júnior! —gritó.

Aftab Ackbar, hijo del difunto almirante, se acercó rápidamente. El joven Mon Calamari era un piloto decente, y también había mostrado algo de la táctica de su padre. Leia lo había puesto al día lo más rápido posible y estaba encantada con su progreso.

—Reacondicionen a Artoo y transfieran los datos —ordenó Poe.

—Sí, comandante —dijo Ackbar. Se retiró con el droide, mientras Poe y BB-8 se dirigían hacia la estación de reparación de Rose.

Rey y Finn caminaron juntos hacia el *Tantive IV* y pasaron los patines gigantes del corredor del bloqueo.

—¿Cuál es el mensaje? —le preguntó Rey a Finn.

Todos se habían reunido debajo de la nave de Leia para el interrogatorio: todos los amigos de Rey, los asesores de Leia, Maz Kanata y la comandante D'Acy, incluso los droides.

Poe se dirigió al grupo.

—Gracias a See-Threepio y Beaumont, desciframos la información del espía de la Primera Orden, y confirma lo peor —esperó un momento, como reacio a continuar. Después de una respiración profunda, agregó—. De algún modo, Palpatine regresó.

Rey jadeó junto con todos los demás.

Rose frunció el ceño.

—¿Y sí creemos eso?

Rey pensó en la transmisión que había inundado la galaxia, recordó sus propias visiones oscuras.

—Lo creemos —dijo.

Aftab Ackbar sacudía la cabeza.

—Eso no es posible. El emperador murió —insistió—, asesinado a bordo de la segunda Estrella de la Muerte.

Beaumont murmuró:

—Ciencia oscura… clonación. Secretos que conocían los Sith —miró a lo lejos perdido en sus pensamientos. Su catálogo mental de la tradición Sith era enorme, y si creía que era posible que el Emperador engañara a la muerte, Rey también lo creía.

Además, las notas de Luke habían mencionado que Sheev Palpatine había estado obsesionado con la idea de vivir para siempre. Le había dicho a Anakin que había descubierto el secreto de la vida eterna de su propio maestro, Darth Plagueis, justo antes de traicionarlo y matarlo. Luke había asumido que era una mentira, destinada a tentar a Anakin al lado oscuro. Pero, ¿y si hubiera algo de verdad?

—Ha estado planeando su venganza —continuó Poe—. Sus seguidores han estado muchos años preparando algo. La flota más grande que la galaxia haya conocido. Él lo llama la Orden Final. En dieciséis horas atacará a todos los mundos libres.

Chewie gritó algo.

—El Emperador y su flota se esconden en las Regiones Desconocidas —respondió Poe—, en un mundo llamado Exegol.

Los ojos de Rey se abrieron de par en par. *Exegol*.

R2-D2 se tambaleó en su lugar, exigiendo que C-3PO les contara a todos sobre Exegol.

—Exegol no aparece en ningún mapa estelar —comenzó el droide de protocolo, pero Rey apenas estaba prestando atención. Había escuchado ese nombre en su visión. Ella lo había *visto* antes. Estaba segura de eso—. Pero la leyenda lo describe como el mundo oculto de los Sith.

Rey tuvo que volver a los textos Jedi. Se escabulló mientras los demás continuaban hablando y corrió hacia el terreno rocoso que formaba sus «aposentos». Cuando llegó a su banco de trabajo, escuchó a la comandante D'Acy decir:

—Debió estar detrás de la Primera Orden. Fue Palpatine.

—Palpatine ha estado ahí todo este tiempo —coincidió Poe—, moviendo los hilos.

—Siempre —fue la voz de la general Leia—. Entre sombras, al principio de todo.

—Si queremos detenerlo —dijo Maz, su voz suave penetrando el bullicio con autoridad tranquila—, debemos hallarlo. Debemos hallar Exegol.

Rey rebuscó en la caja donde guardaba los textos Jedi. ¿Dónde estaba? Ella tiró uno a un lado. Luego otro.

—¿Eso es todo? —preguntó Rose.

—Desearía que así fuera —dijo C-3PO—. Pero me temo que Kylo Ren descubrió al Emperador. Ahora los dos están al borde de…

—¿Qué? —Connix pregunto.

Rey miró a los demás cuando Threepio accionó el interruptor de un disco holo, diciendo:

—Si mi descifrado es correcto, están a punto de estrenar un nuevo Imperio imparable.

Naves en miniatura se manifestaron sobre el disco holo. Eran pequeñas y azuladas, dando poca pista sobre su escala real. Pero había tantas. Eran como estrellas en el cielo nocturno.

—¡Nos aplastarán! —dijo Aftab—. Mi padre advirtió que este día llegaría.

Rey cavó más profundo en la caja. El texto que estaba buscando tenía un gran sello redondo en el frente… ¡Ahí! Ella lo agarró y corrió hacia el grupo.

Apenas se dieron cuenta cuando ella regresó. El ánimo de todos había caído. Todos estaban pensando lo mismo.

—No estamos listos —dijo Beaumont—. Sólo la mitad de nuestras naves están funcionando. No tenemos armas a gran escala.

Rose levantó la barbilla.

—Entonces las arreglamos. Rápido.

—Amigos —dijo Leia, su voz llamaba la atención—. Este es el único momento que cuenta. Todo por lo que hemos luchado está en juego.

—Si esta flota se pone en operación —dijo Beaumont— la libertad muere en la galaxia.

Suavemente, Rey intervino:

—General. Quiero hablar con usted.

A Leia no le hubiera importado si Rey hubiera elegido mostrar esto a todos a la vez, pero los textos Jedi habían pertenecido por última vez a Luke, y la niña siempre fue respetuosa con su memoria y su legado. Así que estaban solas en los aposentos de Leia, uno de los textos abierto ante ellas.

—Sé cómo llegar a Exegol —dijo Rey, trazando con el dedo mientras buscaba—, porque su hermano escribió sobre ello en los textos Jedi.

Leia se animó.

—¡Cuéntame!

—Luke salió en su busca. Por un largo tiempo y casi lo encontró. —Rey vio lo que estaba buscando y acercó el libro—. No sé cómo leer estos códigos, pero dijo que necesitamos una de estas para llegar. Un orientador Sith. —Rey señaló un dibujo de un objeto piramidal. Miró a Leia con los ojos muy abiertos—. Es una brújula que muestra el camino a Exegol.

El aliento de Leia llegó rápido. Si Luke ya lo había estado buscando, entonces simplemente tenían que encontrar su rastro y continuar donde lo había dejado. Esto les dio un lugar para comenzar. Les dio esperanza.

—Para evitar lo que sabemos que se avecina —continuó Rey—, tengo que terminar lo que Luke inició. Buscar Exegol. Hallar al Emperador.

Ahora el aliento de Leia llegó rápido por una razón diferente.

—No —se ahogó. Rey no estaba lista. ¡Quedaba mucho por aprender para la chica! Si Rey se fuera demasiado pronto, podría verse atraída hacia el lado oscuro. Leia había sentido su atracción hacia la oscuridad, de la misma manera que lo había sentido en Ben años atrás.

Pero mientras los ojos de Rey continuaban suplicándole, Leia tuvo que enfrentar la verdad: Rey necesitaba más entrenamiento, es verdad. Pero la verdadera razón por la que no podía soportar ver a la niña irse era porque se había encariñado profundamente con

ella. Luke le había dicho que el vínculo Maestro-Padawan era fuerte. Pero él no le había advertido que ella podría llegar a ver a su aprendiz como la hija que nunca había tenido.

—¿Para qué he estado entrenando si no fuera por esto? —dijo Rey—. No quiero ir sin su bendición. Pero lo haré.

Leia seguía sacudiendo la cabeza.

—Lo haré —insistió Rey—. Es lo que usted haría.

Leia no tenía respuesta para eso.

Después de que Rey se fue, Leia se sentó pesadamente en un sofá dentro de los aposentos de su caverna. Las ramificaciones golpeaban desde todas direcciones. La flota masiva que Ben —siempre sería Ben para ella— había descubierto podría significar el fin de la Resistencia, el fin de la esperanza para la galaxia. Peor aún, sería a manos del propio Palpatine.

A menos que la Resistencia lo detuviera, los Sith se levantarían de nuevo.

Los Sith indudablemente habían estado planeando esto durante años. Quizás generaciones. El Emperador y su padre, Darth Vader, deberían haber sido los últimos. Pero cuando uno cayó, otro se levantó. Siempre. Primero Snoke, y ahora su propio hijo parecía listo para tomar el manto.

Debería haber sabido que Palpatine tendría un plan de contingencia. Después de todo, Palpatine había sido un elemento fijo en su vida, desde el momento en que era una princesa pequeña en Alderaan. Una y otra vez, lo había visto encontrarse con reveses, sólo para alzarse más poderoso que antes. Era listo, decidido y agravantemente preparado. Siempre dos pasos por delante de todos los demás.

Leia no sabía exactamente qué implicaba este plan de contingencia, pero apostaba a que la medalla de Han era mucho más que una simple flota colosal de Destructores Estelares.

Volvió a mirar a Rey, a la cara sombría de la niña mientras intentaba explicar su visión oscura. Rey estaba ocultando algo, pero Leia no era del tipo de presionar ese tipo de cosas. No sería un buen liderazgo. La gente estaba lista cuando estaba lista.

Pero si la visión de Rey tenía algo que ver con la creciente flota Sith, tal vez debería hacer una excepción y presionar un poco más.

En cualquier caso, tenían que hacer algo. Ahora. Antes de que Ben pudiera reclamar el legado de Darth Vader de una vez por todas.

Es sólo que estaba muy cansada. Había esperado tener un poco más de tiempo… entrenar a Rey en los caminos de los Jedi, entrenar a Poe en las formas de mando, ver a Finn, Connix y Rose convertirse en los grandes líderes que ella sabía que podían ser.

Pero no tenía el lujo del tiempo, ni el descanso, ni siquiera el arrepentimiento.

Leia sintió a la comandante D'Acy a su espalda.

—Tenemos que hacer algo —le dijo Leia a su amiga.

D'Acy era una mujer rubia de mediana edad que era demasiado alta y calificaba para el duro trabajo que había emprendido para que su base operara. Pero también se había convertido en amiga y asesora de Leia. Entre D'Acy y Maz Kanata, hubo un día ocasional en el que Leia casi podía olvidar su dolor por perder a Amilyn Holdo. Casi.

—Pensaremos en algo —dijo D'Acy, su voz estaba llena de comprensión.

—La última vez que pedimos por ayuda, nadie vino —dijo Leia—. Nadie respondió la llamada.

Incluso mientras decía las palabras, tuvo que admitirse a sí misma que no era tan simple. Gracias a algunas tareas arriesgadas dirigidas por Poe, Rey, Finn y Snap, se enteraron de que la Primera Orden había perseguido obstinadamente a sus simpatizantes, restringiendo las comunicaciones, cortando las líneas de suministro, capturando o incluso asesinando a los aliados. En resumen, nadie había respondido a la llamada porque muy pocos la habían escuchado.

Ese día en Crait había sido el momento más oscuro de Leia. Había pensado que la chispa de la esperanza había muerto. Recordó haberse sentado en el antiguo puesto rebelde, exhausta, sin opciones, mientras la Primera Orden desplegaba un cañón de asedio que haría poco trabajo en las puertas blindadas del hangar. Todos iban a morir, y la Resistencia con ellos.

Y entonces apareció su hermano. Luke había distraído a la Primera Orden el tiempo suficiente para que todos escaparan, y su pequeño remanente había sobrevivido para continuar la lucha. Desde entonces, habían restablecido el contacto con viejos aliados, pidiendo favores, reclutando a todos los que simpatizaban con su causa. Que Maz Kanata se uniera había sido una gran victoria, por ejemplo, ella tenía más conexiones en más lugares que el resto de ellos combinados. Estaban creciendo. Eran casi una fuerza a tener en cuenta.

Se había equivocado al perder la esperanza ese día. Ella no volvería a cometer ese error.

Leia se levantó para irse. Había trabajo por hacer.

Rey apenas había terminado de empacar cuando Maz la encontró en su banco de trabajo. Maz era pequeña y modesta, pero sus cálidos ojos y su voz convincente hicieron que Rey quisiera hacer cualquier cosa que Maz le pidiera. Ella se preparó.

—Leia y Rose se quedarán para planificar el ataque a la flota —le dijo Maz—, pero no puede haber un ataque hasta que hayas completado la misión de Luke. Para encontrar Exegol.

El corazón de Rey se aceleró. Ella sabía que tenía que hacer esto. Ella *quería* hacer esto. Pero no estaba lista.

—Maz, podría ser un peligro para la misión, para todos. Me temo que yo…

—No hay nadie más —dijo Maz, logrando de alguna manera sonar gentil y firme al mismo tiempo—. La búsqueda de Exegol es una tarea para un Jedi.

Rey miró las piezas de su sable de luz sin terminar. Maz la había exhortado a tomar el sable de Luke hacía mucho tiempo, cuando Rey lo encontró debajo de su castillo en Takodana. Maz había visto en qué se convertiría Rey antes que nadie.

—No soy una Jedi. Aún no. No soy tan fuerte como Leia piensa.

Maz se inclinó hacia delante.

—No sabrás lo fuerte que eres hasta que sepas lo fuerte que tienes que ser.

Rey sacudió la cabeza.

—El lado oscuro tiene planes para mí. Si voy, Kylo Ren me encontrará.

Maz no estaba impresionada por eso en lo más mínimo.

—Lo has enfrentado antes —le recordó encogiéndose de hombros.

La voz de Rey se redujo casi a un susurro.

—No le tengo miedo a él.

Maz la estudió un momento. Finalmente, ella dijo:

—Para encontrar el lugar más oscuro de la galaxia, tendrás que enfrentar la parte más oscura de ti misma.

De alguna manera ella sabía a qué se enfrentaba Rey. De alguna manera, Maz siempre lo supo.

—Debes irte —insistió Maz—. La Fuerza te ha traído hasta aquí. Debes confiar en ella. Siempre.

Rey desconectó una manguera de combustible del *Halcón*. Rose había logrado milagros, volviendo a poner en funcionamiento el compresor y reparando los sub-alternadores. La propia Rey pulió algunas de las marcas de quemaduras y afinó los escudos traseros. Su nave estaba casi preparada y lista, y la anticipación zumbaba en sus miembros. Estaba a unos minutos de estar detrás de esos controles nuevamente.

Había realizado algunas tareas con Finn y Poe cuando establecieron por primera vez la base en Ajan Kloss, pero durante meses había estado atrapada aquí, entrenando, entrenando y entrenando. Analizando los textos Jedi con la ayuda de Beaumont y C-3PO. Trabajando primero con lo de Luke y luego con su propio sable de luz. Pero ella anhelaba ver el espacio de nuevo. Para volver a la lucha. Para sentirse realmente útil.

Limpiándose las manos, rodeó el *Halcón* hacia la rampa de acceso y casi se encuentra con Rose.

—Gracias —le dijo a la mecánica—. No puedo creer lo rápido que preparaste esta nave.

Rose sonrió.

—Sabes que haría cualquier cosa por ustedes y el *Halcón*.

Había tantas cosas que Rey debería decirle. Ella se conformó con:

—Has sido tan amable conmigo. Tú y Beaumont, Connix y Snap…

La sonrisa de Rose vaciló. Se convirtió en un resplandor directo.

—¿Por qué parece que dices adiós para siempre?

—¡No es así! Yo sólo… —Rey no sabía lo que estaba tratando de decir.

Antes de que pudiera saberlo, Rose la envolvió en un abrazo.

—Yo también —le dijo a Rey—. Ahora ve a hacer tus cosas Jedi. —Después de un apretón final, Rose se dirigió hacia el *Halcón* para una inspección de último minuto del tren de aterrizaje de la nave.

Rey estaba a punto de tomar una caja y cargarla en la nave cuando Poe casi chocó con ella.

—¿Ya lo reparaste? —dijo Poe.

—Tú tenías razón —espetó ella—. Continuaré en la búsqueda de Exegol. Comenzaré donde Luke perdió el rastro.

—Sí, lo sé —dijo Poe, dándole a su hombro un golpe amistoso—, iremos contigo. Chewie, ¿arreglaste el compresor?

Chewie gimió ya que Rose le había ayudado.

Rey se puso de pie, boquiabierta, mientras Poe tomaba una caja de suministros y comenzaba a ayudar a Chewie a cargar la nave. Antes de que pudiera formular una respuesta, vio a Finn acercarse. ¿Él también?

Ella agarró el hombro de Finn y tiró de él hacia sí.

—¡Tengo que ir yo sola! —exclamó Rey.

—Sí, sola con tus amigos —Finn asintió.

—Pero es arriesgado, Finn.

Poe y Chewie se acercaron, BB-8 rodando tras ellos. Finn levantó una barbilla hacia ellos en reconocimiento. Le dijo a Rey:

—Iremos juntos.

Chewie estuvo de acuerdo en voz alta con Finn.

BB-8 hizo sonar su propia insistencia en ir.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo C-3PO.

Rey los miró a su alrededor. Poe la miraba con un arco, como si la desafiara a contradecirlos. Finn fue tan serio y decidido como siempre. Chewie parecía impaciente por estar fuera.

Sus amigos. Estaba aterrorizada por todos ellos. Pero no pudo evitar sonreír. Saber algo en su cabeza era diferente de saberlo en su corazón. Rey había entendido en algún nivel que ya no estaba sola, pero ahora lo *sabía*, y era tan maravilloso que dolía. Las lágrimas llenaron sus ojos. La soledad era una especie de agonía. Pero la pertenencia era otra.

Mientras empacaron sus cosas, Beaumont había estado haciendo una investigación final. Ahora Rey y sus amigos se reunieron con él debajo del dosel de la jungla para repasar lo que había aprendido.

Beaumont Kin era un hombre delgado de cabello rubio que parecía más joven que sus años. Llevaba una chaqueta de campo manchada de barro y siempre llevaba un bláster enfundado por estrictas órdenes de Rose y Connix, que insistían en que incluso un académico debía tener un buen bláster a su lado.

Se inclinó sobre una mesa de consola, con textos Jedi dispuestos ante él. Las páginas de uno comenzaron a doblarse en los bordes, gracias a la humedad del aire. Una vez que aprendieron todo lo que pudieron, Rey estaba decidida a escanearlos y preservarlos adecuadamente. Algún tipo de contenedor sellado herméticamente, tal vez. ¿Seguramente Leia podría ahorrar los recursos para eso?

—He analizado los códigos de Luke —dijo Beaumont—. Aprendí un poco más sobre los orientadores. —Señaló una página familiar de uno de los textos, la del dibujo de un objeto piramidal—. Objetos antiguos, sólo se hicieron dos; uno para el Maestro Sith, uno para el aprendiz.

Rey miró más de cerca. Ella siempre había notado las marcas en el orientador extraño. Círculos con líneas que se alejan de ellos, como mapas de navegación rigurosas.

Beaumont señaló un texto cifrado.

—Luke estaba buscando el orientador del Emperador, pero su rastro se enfrió en un mundo desértico llamado Pasaana.

—¿En el sistema Middiano? —dijo Finn. Rey había escuchado el nombre. Una vez se había encontrado con un distribuidor de basura en el puesto de Niima que hacía paradas regulares en el sistema Middiano.

—¿Has estado ahí? —dijo Beaumont—. No puedo conseguir una comida decente allí. Al menos Pasaana está desocupada.

Finn frunció el ceño y Rey supo exactamente qué significaba ese ceño fruncido. Por ahora. No ocupado *por ahora*.

—Entonces comenzamos en Pasaana —comentó Poe.

—Sí —estuvo de acuerdo Beaumont—. Luke dejó coordenadas. Señalan al Valle Prohibido.

Bueno, eso no sonaba a mal presentimiento en absoluto.

«*Leia*», llegó la voz de Luke.

—No, Luke —le susurró Leia.

«*Es hora*», dijo Luke. Había estado suplicándole por un tiempo y su voz era implacable. Como si viniera de su propia alma.

—No todavía.

Se paró en sus aposentos, sosteniendo la Medalla de la valentía de Han. Lo había tenido con ella desde el día en que su hijo lo había asesinado. No se sorprendería si algún día su pulgar llevara un camino a través de la medalla grabada, tan a menudo se encontraba frotándola de un lado a otro, perdida en la memoria.

—Cuando le diste esa medalla a Han, ¿cómo pudiste saberlo? —llegó otra voz a su espalda, igual de implacable, casi tan querida. Maz Kanata.

Leia se giró. Maz sostenía el sable láser de Luke. Una vez más, Leia se sorprendió de que alguien tan pequeña pudiera tener una presencia tan formidable. Maz llenaba cada habitación en la que ella estaba.

—¿Cómo puedes saber a dónde te llevaría tu vida? —dijo Maz. Cuando Leia no respondió de inmediato, Maz rechazó la pregunta con un movimiento de sus dedos y cambió de tema—. Sé que le temes a la atracción de Rey hacia el lado oscuro. Que has tenido visiones de su muerte.

Leia frunció el ceño. Tal vez ella había compartido demasiado con Maz.

—Pero como me lo han recordado a menudo —continuó Maz—, el futuro es incierto. La niña debe encontrar su verdadero camino.

—Camino verdadero… —Leia murmuró. ¿La oportunidad de Ben lo había puesto en su verdadero camino? Leia se resignó a lo que había sucedido, pero no podía creer que fuera su *verdadero camino*. Y tampoco podía creer que fuera de Rey.

Sin embargo, algo sobre las palabras de Maz la molestaba. Ella conocía este sentimiento. La Fuerza estaba tratando de decirle algo. Sobre Rey y su viaje.

—Tu espíritu es fuerte, amiga —dijo Maz—. Pero tú no estás bien. Tu cuerpo se debilita más y más. Dale tu bendición. Dale el sable de luz de Luke.

Leia suspiró. El hecho de ser arrastrada desde el puente del Raddus hacia el vacío del espacio había cobrado su precio. Se había salvado ese día gracias al poder de la Fuerza, pero su cuerpo había pagado un alto precio.

Maz le ofreció el sable de luz a Leia, quien lo tomó con reverencia.

—Mientras puedas —agregó Maz—. Si aún hay esperanza.

Todos se despedían. Rey miró a su alrededor, la finalidad de todo como un peso en sus entrañas. Era posible que no volvieran de esto. ¿Cómo podría la tripulación esquelética de una sola nave descubrir una forma de derrotar a la flota más grande que la galaxia haya visto? Parecía ridículo. Pero era su única jugada.

C-3PO se inclinó sobre R2-D2, hablando con una suavidad inusual.

—En caso de que no regrese —dijo— quiero que sepas que has sido un gran amigo, Artoo. Mi mejor, de hecho.

R2-D2 respondió con un zumbido triste.

—¡Rose! ¿Sí vienes? —dijo Finn.

—La general me pidió estudiar los viejos Destructores —contestó Rose—. Si hallan la flota estaremos listos.

—¿Si hallamos? —Finn pinchó.

—Lo harán —Rose sonrió.

—Eso —él asintió.

Se abrazaron y Rose dijo:

—Estaremos a larga distancia. Cuida a Rey —después de un momento, agregó—. Cuídate —miró a Rey, quien levantó la barbilla en señal de reconocimiento. A Rey le hubiera encantado tener su compañía en esta misión, pero Leia tenía razón: Rose era necesaria en la base. Además de estudiar las especificaciones de los Destructor Estelar, Rose estaría haciendo todo lo posible para poner las naves que tenían en la mejor forma para el combate.

Rey los vio abrazarse nuevamente, sintiéndose un poco excluida. Porque había alguien de quien desesperadamente quería despedirse, pero no estaba segura de cómo hacerlo. Rey había estado sola durante gran parte de su vida. Tener relaciones con la gente era una habilidad nueva, mucho más difícil de aprender que a flotar rocas con la mente o luchar con los remotos con el sable de luz.

Incierto, Rey se volvió y miró alrededor de la base. Este desastre de jungla, cables y terminales expuestas se había convertido en su hogar, y sería más difícil salir de lo que ella pensaba.

Le encantaba el follaje, la forma en que la lluvia se acumulaba en las anchas hojas cerosas, el aroma de la tierra arcillosa. Había decidido que el verde —el color de las selvas, los bosques, la hierba y la *vida*— era su favorito.

—Rey, es hora de irnos —fue la voz de Poe. Cuando se dio cuenta de que ella estaba mirando hacia el espacio, agregó—. ¿Qué tienes?

—Nada —contestó Rey, una mentira suave y gentil.

—¿Rey? —llegó otra voz, y el alivio la llenó. Leia. Se apresuró hacia la general y espetó:

—Aún hay mucho que quiero decirle. —Rey debió haberle dicho la verdad de su visión. Debería decir cuánto le había significado el entrenamiento de Leia. Darle las gracias por darle un lugar con la Resistencia y dejarla hacer suyo el *Halcón*. Decirle cuánto admiraba…

—Cuando vuelvas dímelo —dijo Leia.

Las manos de la general se levantaron y Rey jadeó ante lo que sostenían. Leia le estaba ofreciendo el sable de luz de Luke.

Con cautela y reverencia, Rey lo tomó. No estaba segura de haberse ganado el derecho de llevarlo. Pero el sable de luz de Luke siempre encajaba perfectamente en su mano. Como dos piezas de un rompecabezas haciendo clic juntas.

No pudo evitarlo; ella alcanzó a abrazar a Leia. Lo cual resultó estar bien porque Leia la alcanzó al mismo tiempo y la abrazó con fuerza, como si nunca quisiera dejarla ir. Rey

cerró los ojos, absorbiendo la fuerza y la calma de Leia. Permanecieron juntas un largo momento.

—Rey, nunca tengas miedo de quién eres —dijo Leia finalmente.

Los ojos de Rey se abrieron de golpe. La voz de Leia estaba llena de poder. Con finalidad. Tal vez la Fuerza le había mostrado algo. O tal vez fue sólo un maldito buen consejo.

Abrumada, Rey sólo pudo asentir en agradecido reconocimiento.

Rey se acomodó en el asiento del piloto. A su lado, Chewie resopló un cálido saludo. Se miraron a los ojos y ella sonrió.

—Así es —respondió ella—. Vamos a llevarla.

Poe y Finn entraron en la cabina, seguidos de C-3PO y BB-8. Su tripulación esqueleto. La mejor tripulación.

Mientras despegaban, Maz y Leia se pararon juntas en el piso de la jungla, mirándolos partir. A Leia le dolía el corazón. Era como ver a Ben partir para ir a entrenar con Luke. Como ver a Han salir en una misión sin ella. Fue como decir adiós a parte de ella misma.

—Si ella halla Exegol —dijo Maz—, puede que sobreviva. —Al igual que Leia, Maz ocasionalmente vislumbraba personas y lugares, presentes y futuros a través del poder de la Fuerza. Al igual que Leia, rara vez entendía lo que querían decir—. Pero si no lo hace —agregó Maz—, la galaxia seguramente tampoco lo hará.

Leia había hecho todo lo posible para ocultar su preocupación a Rey, aunque su afecto. Esa chica podría ser su última esperanza.

CAPÍTULO 5

El general Hux caminó por el pasillo de la nave de mando, apenas siguiendo el ritmo de Ren y Pryde. Detrás de él llegaron los pasos de arranque de bombo de los Caballeros. Siempre estaban alrededor, pegados como pegamento a su maestro, Kylo Ren. Hux odiaba el hecho de que no podía ver sus caras detrás de sus máscaras. Tal vez tenían algo que ocultar. Probablemente eran horribles, marcados más allá del reconocimiento. Era un consuelo frío.

El general colegiado Pryde estaba actualizando a Ren sobre su progreso, o más bien la falta del mismo. Hux no estaba seguro de cómo Pryde pudo dar malas noticias sin que le cortaran la cabeza con un sable de luz o que lo mataran con la Fuerza. Ren no exponía sus puntos débiles a nadie, excepto tal vez la carroñera, por lo que tenía que haber algo más sobre Pryde. Algo que lo mantuvo inmune. Seguro. Sin miedo. Actualmente, Hux tenía recursos dedicados a descubrir exactamente qué era eso.

—Señor —decía Pryde—, todavía no hay pistas, pero la búsqueda de la chica continúa.

—No hay tiempo —dijo Ren. Su voz era distante y mecánica ahora que se había vuelto a poner la máscara. Hux desconfiaba de las máscaras por principio, pero estaba contento por Ren porque le ahorró el ultraje indignado del cabello del Líder Supremo. Un buen líder liderado por el ejemplo, y el cabello de Ren era lo más alejado de los estándares. Un pequeño detalle, sin duda, pero los detalles importaban, y este representaba todo lo que Hux odiaba de Ren. Él era la excepción a todo. Fuera de las reglas. Desordenado.

Cuando Hux finalmente ocupe el lugar que le corresponde como Líder Supremo, lo primero que haría fue hacer que a Ren le cortaran el cabello.

Con una aceptación poco característica, Ren le dijo a Pryde:

—Entonces tendré que localizarla yo mismo.

—Sí, Líder Supremo —dijo Pryde.

—Cuando la encuentren —intervino Hux—, llevaré personalmente a los escuadrones de la muerte a…

—Escanee todos los sistemas en busca de una corelliana YT-1300 —dijo Ren a Pryde, ignorando a Hux—. El Halcón Milenario es la nave en la que estará. —Se volvió hacia Hux y agregó—: Los Caballeros de Ren liderarán esta caza, General Hux. No hay lugar para el error.

No había una mancha de desprecio en su voz, ni impaciencia ni irritación. Sólo despido.

Hux se quedó solo en el pasillo y observó a Ren alejarse de él, Pryde y los Caballeros le pisaron los talones. Estaba bien que todos lo consideraran un imbécil e inútil, se aseguró de ello. Ventajoso, incluso. En cierto modo, Hux tenía su propia máscara.

Después de todo, el hecho de que lo subestimaran le había permitido poner ciertas cosas en movimiento. Todo esto era parte de su plan.

Rey miró a través de los quadnocs hacia el interminable desierto ocre. Pasaana le recordaba tanto a Jakku que le dio una punzada inesperada. La arena era de un color más rojo y el aire olía más agrio, como si la vida prosperase aquí de una manera diferente a Jakku. Pero el sol era igual de implacable, la arena igual de insidiosa, el viento igual de polvoriento y seco.

¿Cómo había sobrevivido ella en un lugar como este? ¿Sin verde por ningún lado? ¿Sin el abrazo protector de la humedad? ¿Sin unas buenas botas confiscadas por la Resistencia y un carguero lleno de tanques de agua estacionados cerca?

—¿Seguro que es aquí? —preguntó Poe a su espalda.

—Estas son las coordenadas que registró el amo Luke —respondió C-3PO.

Poe abrió la boca para hablar, pero un tambor colosal atravesó el cielo, tan profundo que vibró en el pecho de Rey. Fue seguido por un sólo trueno silábico, como si una multitud gigante gritara una palabra al unísono.

—¿Y eso qué es? —preguntó Poe.

Todos avanzaron sigilosamente, siguiendo sus oídos. Rey sabía lo complicadas que podían ser las cosas en el desierto. El viento, la arena y las serpenteantes colinas hacían casi imposible saber de qué dirección provenía un ruido.

C-3PO avanzó más rápido que todos ellos.

—Suena como el final de una oración local Aki-Aki —comenzó.

—¡Shhh! ¡Threepio! —advirtió Finn.

El tambor volvió a sonar, rodando en una serie de ritmos como una tormenta que se avecina. Luego, una masa de voces se elevó en alegre coro, y el desierto se llenó de repente con música alienígena que era tan hermosa como sorprendente.

—¡Porque eso es! —exclamó C-3PO—. ¡Por casualidad hemos llegado el mismo día de su Festival Aki-Aki de los Ancestros!

El corazón de Rey ya se estaba hundiendo cuando doblaron un afloramiento rocoso para revelar un amplio valle que se extendía debajo de ellos, y la indescriptiblemente enorme multitud de Aki-Aki se reunía ahí. Decenas de miles, dando vueltas en sus capas, ondeando banderas de colores. No, cientos de miles.

Las cometas y los estandartes flotaban en el aire, las carpas y los toldos proporcionaban lugares de sombra, y en todas partes había figuras encapuchadas, cuyos movimientos los marcaban como no completamente humanas. Bailaban y se mezclaban, cantaban y comían, compraban productos y los vendían, desde el borde cercano del valle, hasta el horizonte rocoso del mundo.

Para un valle «prohibido» seguramente había muchos seres allá abajo.

—¡Oh, esta celebración ocurre sólo una vez cada cuarenta y dos años! —C-3PO informó a sus compañeros.

Poe agarró los quadnocs de Finn y los miró.

Incluso sin los «nocs», algunas figuras en el borde cercano del valle se aclararon a la vista de Rey. De hecho, eran humanoides, con trompas dobles y prensiles y piel gruesa muy adecuada para el sol y la arena.

De repente, los Aki-Aki fluyeron juntos como una ola y rompieron en un baile de celebración centrado en un círculo de hogueras. De los fuegos surgió humo de colores brillantes, amarillo, rojo y verde azulado dominando el cielo. Los vehículos oruga del tamaño de una casa rodearon todo el campamento, sus enormes huellas levantaron chorros de arena.

Rey lo habría encontrado todo inspirador y hermoso, si no fuera tan decepcionante. Seguir el rastro de Luke sería casi imposible en esta multitud gigante.

—Pues *qué suerte* —dijo Finn con tristeza.

—¡Tiene mucha razón! —dijo C-3PO—. ¡El festival es famoso por sus coloridos cometas y sus dulces exquisitos!

Lo fulminaron con la mirada.

Pocos les prestaron atención mientras deambulaban por el festival. Aunque la gran mayoría de los asistentes eran Aki-Aki, parecía que especies de toda la galaxia habían venido a la celebración. Poe y Finn examinaron la multitud, sin sonreír, concentrados, a todos los negocios. Una pista tenía que estar aquí en alguna parte. Si miraban lo suficiente *«manténgase alerta, manténgase listos»*, había dicho Poe— descubrirían su próximo movimiento.

Pero a Rey le resultó difícil prestar atención a la tarea en cuestión. El baile fue hermoso, lleno de vida y color, fluyendo como el agua, alegre. Vio a una pequeña niña Aki-Aki tropezar en la multitud. Sus padres salieron disparados para rescatarla, la levantaron y la abrazaron antes de que pudiera lastimarse. La niña volvió a bailar como si nada hubiera pasado, sin preocuparse del mundo porque tenía otros que la cuidaban.

—Jamás he visto algo igual a esto —dijo Rey, medio para sí misma.

—Jamás vi tan pocos orientadores —respondió Finn secamente.

—Siempre hay patrullas de la Primera Orden en multitudes como esta —les recordó Poe—. No llames la atención, Chewie.

Chewie se obligó a encorvarse, pero Rey no estaba segura de que lo hiciera menos perceptible.

—Hay que separarnos, y ver qué saben los nativos —dijo Poe.

Él y Finn se marcharon, pero las piernas de Rey estaban enraizadas en su lugar. Un grupo de Aki-Aki estaba realizando un espectáculo de marionetas. Los niños miraban con los ojos muy abiertos, a veces riendo. Una madre vestida de rosa brillante se sentó con

ellos, sosteniendo a su bebé en sus brazos. A diferencia de los adultos, los pequeños no poseían trompas largas y bifurcados, sino pequeñas narices regordetas y mejillas regordetas. Rey pensó que eran adorables.

Algo tiró de su túnica, y miró hacia abajo para encontrar a una joven Aki-Aki con una túnica verde tratando de llamar su atención. Rey se arrodilló ante ella.

La niña sostenía un collar en sus manos, hecho de hebras tejidas de yute y cuentas con grano colorido, algún tipo de maíz, tal vez. Rey le permitió colocarlo alrededor de su cuello. La niña Aki charlaba todo el tiempo, en un idioma que Rey nunca había escuchado en todos sus años en Jakku.

BB-8 silbó a la niña, y Rey tradujo:

—Mi amigo pregunta para qué son las hogueras.

C-3PO repitió la pregunta en el idioma Aki, y la niña respondió sin dudar.

—Sus antepasados viven en el fuego —dijo C-3PO—, así es como muestran su gratitud. Ella dice que su nombre es Nambi Ghima.

—Tienes un *lindo* nombre. Soy Rey —contestó ella.

Nambi hizo una pregunta y C-3PO dijo:

—Le honraría saber también su nombre de familia.

La sonrisa de Rey se congeló.

—No tengo uno. *Sólo* soy Rey.

Las palabras resonaron en su cabeza. *Sólo Rey*.

Su intestino se estremeció con una repentina alarma. Había aprendido a confiar en este tipo de alarma desde que se conectó con la Fuerza. Se puso de pie, buscando su fuente.

De repente, el cielo se oscureció, como si el día se convirtiera en noche en un instante. Las hogueras se encendieron repentinamente, proyectando el Valle Prohibido en una luz etérea. Los sonidos del festival se desvanecieron. Algo retumbó profundamente en su pecho, algo enojado, desesperado y… familiar.

Luego el festival desapareció, se fue, reemplazado por arena interminable, azotada por el viento.

Ella lo sintió antes de verlo, lo familiar, tan cerca como su propio aliento. Era Kylo Ren, vestido de negro como siempre, su capa barriendo el suelo. Él la miró en un silencio premonitorio a través de su máscara. La máscara era diferente ahora, un mosaico de malvado negro ensamblado con líneas rojas enojadas. Su piel estaba rizada de súbito frío.

Esto no fue una visión. Fue una conexión de la Fuerza, la primera desde Crait. Y con la conexión llegó una certeza que convirtió la sangre en sus venas en hielo: la estaba buscando.

—Palpatine te quiere muerta —dijo Ren, simplemente y sin preámbulos.

—¿Sirves a otro amo ahora? —preguntó ella, sintiéndose extrañamente decepcionada.

—No. Tengo otros planes.

Por supuesto que los tiene.

—Te ofrecí mi mano una vez —dijo con esa voz enloquecedoramente tranquila—, querías tomarla.

Ella no lo negó.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó Kylo.

—Pudiste matarme —dijo—. ¿Por qué no lo hiciste?

—No te esconderás, Rey. No de mí.

Sintió algo extraño escuchar su nombre en sus labios. ¿Lo había dicho alguna vez en voz alta? Ella no podía recordar…

Ahora que la conmoción de verlo de nuevo desaparecía, Rey comenzó a notar otras cosas. Como el hecho de que su voz transmitía una corriente de tensión, o tal vez incluso arrepentimiento. Que sus botas estaban embarradas. Que su forma envuelta proyectaba una sombra en el suelo del desierto, como si él estuviera ahí realmente, realmente allí con ella.

—Veo detrás de las grietas de tu máscara —dijo—. Tu angustia. Nunca dejas de ver lo que le hiciste a tu padre. —Ella imaginó ese momento tan claramente como pudo, la mano de Han en la mejilla de Kylo, mirando a su hijo con amor incluso mientras su cuerpo moribundo se desplomaba sobre el caótico sable de luz rojo que lo había ensartado.

Rey envolvió su mente alrededor de la imagen. Se lo arrojó a Kylo.

Él se estremeció.

Luego le arrojó una imagen de vuelta. Marcas de conteo, raspadas en la pared de su AT-AT derribado y lleno de arena.

—¿Aún cuentas los días desde que tus padres se fueron? Hay dolor en ti. ¡Tanta ira! —él comenzó a caminar hacia ella.

Ella se armó de valor.

—¿Dónde estás? —preguntó, buscando su mente, escarbando algo antes de que ella pudiera bloquear sus pensamientos—. Un lugar que te recuerda a tu hogar en Jakku. De esperar a tus padres. El dolor de estar sola.

Ella no mostraría debilidad. No dejaría que las lágrimas llenaran sus ojos. Ella *no* lo haría.

—Mi madre no ve la oscuridad en ti —continuó sin descanso—. Tus amigos tampoco. Pero yo sí.

Y ese fue el error de Kylo. Porque estaba profundamente equivocado sobre todo eso. Leia sabía de sus oscuras visiones, de la ira y la impaciencia que siempre amenazaban sus sesiones de entrenamiento. Maz también lo sabía.

Rey abrió la boca para decirle que fuera a besar a un rathtar, pero Ren se movió demasiado rápido, hacia su espacio, de modo que se cernía sobre ella. Olía a hierro fundido.

—No quiero tener que matarte —dijo—. Te voy a encontrar y te voy a convertir al lado oscuro. Cuando te vuelva a ofrecer mi mano, la tomarás.

De ninguna manera.

—¿Eso crees? —espetó ella.

Antes de que Rey pudiera parpadear, le arrancó el collar del cuello y le dejó la nuca picando.

El suelo se inclinó. El desierto vacío desapareció, y Rey estaba de vuelta en el festival, Aki-Aki girando a su alrededor. Se acercó un hombre alto, con un yugo alrededor del cuello que se bifurcaba en una magnífica exhibición de productos, joyas de grano, abanicos coloridos, dulces. Sus dedos se dirigieron a su cuello, al espacio vacío donde debería haber estado el collar. Todavía le dolía la nuca.

Había sido su conexión de Fuerza más poderosa hasta el momento. Incluso cuando había estado en la choza de Ahch-To y sus manos se habían encontrado, no había sido nada así, tan vívido, tan peligrosamente palpable. Esta vez, habían estado en los espacios del otro.

Mientras había estado ocupada con Kylo, la multitud la había empujado, separándola de sus amigos. Ella esquivó al comerciante, buscando a los droides: ¡allí! Ella les indicó que la siguieran mientras ella se apresuraba en la dirección en la que había visto por última vez a Poe, Finn y Chewie. Tenía que alcanzarlos *ya*. Tenía que llevar a sus amigos a un lugar seguro.

Vio a Chewie primero; incluso encorvado era al menos una cabeza más alto que cualquier otra persona en la multitud. Se paró con Poe y Finn justo afuera de una tienda de campaña, hablando con uno de los lugareños. Rey no perdió el tiempo.

—Tenemos que irnos —dijo Rey, interrumpiendo su conversación—. Todos al *Halcón*, ahora.

—¿Dónde estabas? —preguntó Poe.

Pero Finn leyó su rostro y dijo:

—¿Por qué?

—Es Ren —respondió ella—. Él sabe que estamos aquí… O al menos lo haría pronto.

Poe y Finn no hicieron preguntas ni dudaron. Se largaron alrededor de la tienda, dirigiéndose en dirección general al *Halcón* estacionado. BB-8 rodó junto con ellos mientras C-3PO luchaba por ponerse a la marcha. Encontrarían otra forma de investigar el Valle Prohibido. Después del anochecer, tal vez podría enviar a C-3PO…

Casi chocaron con un stormtrooper, que levantó su bláster.

—¡Alto! ¡No se muevan! —gritó.

Se congelaron. Rey comenzó a alcanzar la Fuerza.

Por su comunicador, agregó:

—Tengo a los fugitivos de la Resistencia. Unidad inform…

De repente hubo un *crujido* resonante. La cabeza del stormtrooper se sacudió hacia atrás, el asta de una flecha sobresalía de la lente de su ojo izquierdo. Cayó en la arena, donde se retorció una vez, luego se quedó completamente quieto.

Se giraron, buscando la fuente de la flecha. Una figura alta con casco se encontraba justo dentro de la tienda, reteniendo la aleta con un bastón. Por otro lado, había una ballesta con mira que parecía una versión más pequeña y ligera de la ballesta de Chewie.

—Síganme —dijo con una voz claramente masculina—. Rápido.

Rey intercambió miradas rápidas con sus amigos, quienes asintieron, y se pusieron en marcha tras la figura con casco. Se apresuró en la dirección opuesta, lejos del *Halcón*, pero les había ahorrado muchos problemas por lo que nadie protestó.

Esa había sido una oportunidad increíble, lo que significaba que estaban en compañía peligrosa. Había sucedido lo suficientemente rápido que el stormtroopers no había podido transmitir su ubicación exacta. Así que Rey esperaba que estuvieran haciendo lo correcto al confiar en el extraño.

Pasaron junto a C-3PO, que todavía se apresuraba a alcanzarlos.

—¡Oh, más *despacio*! —el droide protestó a sus espaldas—. ¿Qué tipo de amigos *son* ustedes?

La figura con casco se abrió paso entre la multitud, llevándolos a uno de los vehículos oruga gigantes. La totalidad del vehículo se refugió dentro de sus enormes huellas, las enormes ruedas de tambor, la cabina, el portal de entrada. Se encendió con libertad; el sistema de propulsión, el eje de transmisión, incluso las redes de carga colgantes le recordaban al speeder que había improvisado en Jakku, a pesar de que este vehículo era diez veces más grande y carecía de repulsores.

¿Qué le había pasado? Un Teedo probablemente lo había agarrado. No, Unkar Plutt, sin duda, lo había desarmado por sus partes. Probablemente ni siquiera había esperado un día después de que Rey se fuera.

La figura con casco los llevó rápidamente a través de la entrada a la cabina caliente y claustrofóbica. Los suministros y las baratijas colgaban del techo, y el eje de transmisión corría justo por el centro, apenas permitiendo suficiente espacio para la cabeza. C-3PO fue el último en abordar.

—¡Al paso este, Kalo'ne! —le dijo la figura con casco al conductor.

La oruga se sacudió y luego avanzó pesadamente. Este no era un vehículo de escape; era demasiado lento. Pero los sacó de la vista y los alejó del último lugar donde los habían visto. La Primera Orden inevitablemente los volvería a encontrar, pero Rey se atrevió a esperar que se hubieran comprado algún tiempo.

Su misterioso salvador se estaba poniendo en gran riesgo para ayudarlos.

—Leia me envió una transmisión —dijo el desconocido.

—¿Cómo nos viste? —Finn se animó.

La figura buscó su casco y lo levantó de su cabeza, revelando una piel oscura, cabello muy corto y una sonrisa hermosa y con bigote.

—Los wookiees atraen la atención —dijo.

Chewie gritó un nombre y prácticamente saltó sobre Finn para alcanzar al hombre.

¿Lando? Pensó Rey. Bueno, no es para menos. Había escuchado mucho sobre él de parte de Leia y Chewie. ¡El *Halcón* le había pertenecido alguna vez!

Chewie rodeó a Lando en un abrazo, levantándolo del suelo, casi aplastando al pobre hombre.

Lando solo se rio.

—Qué gusto encontrarte aquí, amigo.

—¡Él es el general Lando Calrissian! —C-3PO anunció—. Permítanme darles una historia completa de…

—Sabemos quién es, Threepio —dijo Rey.

—Es un honor, general, yo… —dijo Finn.

Chewie habló rápido y Finn frunció el ceño. Finn había estado trabajando duro para aprender Shyriiwook y binario —Rey estaba impresionada con lo rápido que los había aprendido—, pero aún luchaba por comprender cuándo las cosas se ponían tensas.

—Sí, Leia me pidió que te vigilara —dijo Lando.

—General Calrissian, estamos buscando Exegol —dijo Poe.

Lando se congeló por una fracción de segundo, pero luego se suavizó con resignación.

—Sí, por supuesto que sí.

—¿Está seguro? —preguntó el general Pryde.

—Era ella —insistió Kylo. Es extraño cómo alguien podría dudar del poder de la Fuerza, después de todo lo que había sucedido. O tal vez *dudaban* de él.

—En ese caso, una vez que se analice el collar, sabremos exactamente dónde está —dijo Pryde.

Tishra Kandia se apresuró hacia ellos, con el collar de Rey colgando de su mano. Kandia era una oficial de inteligencia superior, y una de los pocos que nunca se opuso a sus órdenes de gastar recursos de la Primera Orden para encontrar a la niña.

—Señor, ya lo analizamos —dijo la oficial Kandia—. Viene del sistema middiano, Pasaana, Valle Prohibido.

Kylo sintió una oleada de esperanza. Tendría que moverse rápido. Su conexión con la Fuerza había alertado a Rey de sus intenciones, y ella huiría de Pasaana tan pronto como obtenga lo que había ido a buscar, fuera lo que fuera.

—Preparen mi nave. Alerten a las tropas locales —le ordenó al general Pryde—. Envíen una división.

Kylo Ren se volvió y se dirigió hacia el hangar TIE.

—Sí, Líder Supremo —dijo Pryde a su espalda.

Lando Calrissian se inclinó hacia delante para que todos pudieran escucharlo por el ruido de la oruga.

—Luke y yo estábamos persiguiendo a un verdadero sinvergüenza —dijo—. Ochi de Bestoon.

El nombre le dio un sobresalto a Rey, aunque no estaba segura de por qué. *Ochi de Bestoon*.

—Un cazador de Jedis de la Guerra de los clones. Estaba buscando reliquias Sith —continuó Lando—. Maldad, objetos antiguos.

Él activó su pulsera, mostrando un holo del asesino de Jedis. Ochi de Bestoon no parecía del todo humano, con grandes ojos negros, rasgos suaves y algún tipo de casco cibernético. No se veía peligroso en absoluto.

—Como el orientador del Emperador —dijo Poe.

—Eso es todo —confirmó Lando, cambiando la pantalla holo a un objeto piramidal—. Ochi se vociferó ante una cantina de que tenía una pista sobre la ubicación del orientador. Que tenía sus coordenadas inscritas.

—¿Dónde están inscritas? —preguntó Rey.

—Esa es la pregunta, niña —dijo Lando—. Seguimos su nave a través de la galaxia.

—Aquí a Pasaana —dijo Finn.

Lando asintió con la cabeza.

—Donde el rastro se enfrió. Ochi desapareció en el desierto. Luke sintió que todavía estaba allí. Cuando lo alcanzamos, su nave estaba abandonada. Sin la pista. Sin artefacto.

Algo sobre la forma en que lo dijo…

—¿Así que te quedaste aquí? —ella preguntó.

—Aquí y allá. El desierto te ayuda a olvidar —dijo Lando, y la tristeza teñía su voz. La cabina se sacudió cuando la oruga se tambaleó sobre una roca. C-3PO agarró una red colgante para sostenerse. Lando continuó—. La Primera Orden nos persiguió —los líderes de las viejas guerras. Se llevaron a nuestros hijos—. Su mirada se volvió distante. —Mi niña ni siquiera tenía la edad suficiente para caminar. Por lo que sé, ahora es una stormtrooper.

El rostro de Finn se volvió sombrío. Rey resistió el impulso de poner una mano sobre su hombro; a veces, la simpatía era difícil de soportar.

—Convirtieron a nuestros hijos en nuestros enemigos —dijo Lando con voz derrotada—. Mi niña. El hijo de Han y Leia, Ben. Todo para matar el espíritu de la Rebelión para siempre.

Rey y Finn se miraron, y ella sabía que él estaba pensando en la misma línea que ella. Sacar a los niños de sus hogares y ponerlos en servicio no sólo se trataba de llenar filas. Se trataba de aplastar el espíritu de la oposición. Porque las guerras no se luchaban únicamente con naves y armas, sino con determinación y osadía. Por eso Leia siempre hablaba de esperanza. Era tan esencial para la victoria como buenas líneas de suministro o información confiable.

—Hay que encontrar la nave —dijo Rey—, y registrarla.

La oruga se detuvo. Un aullido familiar atravesó el aire. TIE fighters. Se asomaron desde el portal de entrada y los vieron deslizándose por el horizonte.

El alcance de la Primera Orden ahora se extendía por toda la galaxia, por eso se habían topado con un stormtrooper incluso aquí. Eso significaba que Ren podría tener tropas de respaldo en tierra y en el espacio de una hora. Tal vez menos. Esos TIE podrían ser una unidad avanzada, explorando en nombre del Líder Supremo. Ahora que lo piensa, Ren ciertamente ya había desplegado exploradores y droides sonda en todas partes. Había sentido lo desesperado que estaba por encontrarla.

Tendrían que ser muy rápidos y muy cuidadosos.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —dijo Lando—. La nave de Ochi está pasando el cañón Lurch. Es la única pista que tengo. Vayan.

Salieron de la oruga, todos excepto Chewie, que gimió tristemente a Lando. Lando tomó el brazo de Chewie y lo apretó, como diciéndole adiós.

Rey dijo:

—Leia necesita pilotos, general.

—Mis días de volar ya quedaron atrás —dijo Lando—, pero hazme un favor: mándale a Leia todo mi amor.

Rey pensó en cómo casi había perdido la oportunidad de despedirse de Leia, y lo intentó por última vez:

—Debería expresárselo en persona. Gracias.

Aunque Lando era prácticamente un extraño para ella, podía leer el anhelo en su rostro como un día desértico. Tal vez ella había logrado cruzarlo.

La oruga de Lando los había llevado a través del valle hasta el otro extremo de los terrenos del festival, lejos de la tienda donde habían encontrado al stormtrooper. Ahora sólo tenían que encontrar transporte al cañón que Lando había mencionado.

—¡Ahí! —Poe señaló con prisa—. ¡Los speeders! —Todos corrieron hacia un grupo de skimmers estacionados. C-3PO luchó por estar a la marcha.

Algunos de los skimmers estaban vacíos —probablemente para alquilar a los asistentes al festival— y varios otros estaban cargados de productos. Rey no tenía idea de cómo pagarían; sabían que no les convenía caminar entre estas multitudes con dinero duro e imposible de rastrear, y habían dejado la mayor parte en el *Halcón*.

Poe rodó debajo de uno de los skimmers, abrió un panel y rápidamente comenzó a recablear.

—¿Quién te enseñó a hacer eso? —preguntó Finn.

—No se preocupen —dijo C-3PO, finalmente poniéndose al día—. Ya llegué.

Un Aki-Aki mayor que había perdido una trompa comenzó a correr hacia ellos, gritando y agitando sus enormes manos callosas. Sin titubear, Poe hizo lo mismo con un segundo speeder.

—¡Hora de irnos! —dijo, saltando dentro de él. Finn miró boquiabierto a Poe, y Rey compartió su asombro. El piloto de alguna manera había burlado las cerraduras de identificación en el espacio de meros momentos. Tendrían que conseguir que Poe les enseñara eso.

Pero cuando Rey tomó el mando del primer skimmer, un peso se instaló en su estómago. Odiaba robar, incluso cuando era absolutamente necesario. Chewie y BB-8 se subieron detrás de ella, y ella encendió el motor. El viejo Aki-Aki gritó insultos a sus espaldas mientras se alejaban corriendo.

El desierto pasaba a su alrededor, un mar de arena ondulada por el viento intercalado con islas de colinas en capas que raspaban el cielo. Era hermoso, a su manera.

BB-8 pitó hacia ella.

—¡No va más rápido, Beebee-Ate!

De vuelta en Jakku, a Rey le encantaba subirse a su speeder después de un duro día de trabajo y recorrer las dunas. Se enfrió el sudor de su piel, la hizo sentir un poco libre.

Mientras el speeder rozaba la arena, salpicando su rostro con la misma, decidió que trataría de disfrutar el paseo. Ella sólo esperaba que fueran en la dirección correcta.

CAPÍTULO 6

El viento y la arena picaron las mejillas de Finn, y sin gafas protectoras apenas podía mantener los ojos abiertos. No tenía idea de cómo Poe estaba manejando esta cosa, era como si no hubiera encontrado un speeder antes. Ahora que lo piensa, no tenía idea de cómo Poe hacía muchas cosas.

—Saboteando speeders, hipersaltos rápidos —le gritó a Poe—. ¿Cómo sabes cómo hacer cosas sospechosas como esas?

—Sólo cosas que aprendí —dijo Poe.

—¿Dónde? —Finn presionó. No en la Resistencia, seguramente. Leia y Poe trataron de mantener sus operaciones fuera de la vista lo máximo posible. Poe había sido el primer amigo de Finn fuera de la Primera Orden. Pero resultó que había muchas cosas que aún no sabía sobre el piloto.

Antes de que Poe pudiera responder, el skimmer se sacudió de lado con un impacto. Finn olió a brasas de bláster a medida que fallaban más rayos láser, pasando cerca de ellos.

La Primera Orden los había encontrado. El robo de los speeders probablemente había activado alarmas y redes de informantes en todo el valle, lo que era aún mejor que ser atrapado y arrestado en el festival. Pero ahora dos treadspeeders los perseguían, cada uno con dos troopers. Sus huellas levantaron arena en sus estelas mientras se cerraban rápidamente.

Finn y C-3PO se aferraron a la paleta de dirección cuando Poe comenzó a realizar maniobras evasivas, desviándose de un lado a otro para hacerlos un blanco difícil. A su derecha, paralela, Rey estaba haciendo lo mismo. Los paquetes de productos enredados se balanceaban en la canasta de carga, amenazando con derramarse. Finn sacó su bláster y comenzó a disparar, pero la desviación de Poe hizo que sus disparos se ampliaran.

Detrás de Rey, la suerte de Chewie con su ballesta fue igual de terrible. Aun así, sus disparos estaban haciendo peligroso que los treadspeeders de la Primera Orden cerraran la distancia, por lo que Finn siguió con ello. Poco a poco, sintió un ritmo en las maniobras de Poe, y cronometró sus disparos en consecuencia, cada vez más cerca de su objetivo.

Casi ahí… sólo un poco a la izquierda. Alineó el tiro, anticipó la desviación de Poe…

Justo antes de apretar el gatillo, los pasajeros traseros de cada treadspeeder, se lanzaron al aire con jetpacks.

—¡Oh! ¡*Ahora vuelan*! —dijo C-3PO.

—¡¿Qué?! ¡¿Ahora vuelan?! —gritó Finn.

Poe tomó el manubrio del timón.

—Sí, ahora vuelan —repitió, porque, por supuesto, lo hacían.

Finn realizó algunos disparos experimentales con su bláster, pero darle a un objeto volador desde la parte posterior de un skimmer que se desviaba era más difícil que imposible.

—¡Rey! —gritó Poe—. Deberíamos separarnos.

—¡Despliégate! —gritó ella.

—¡Sí!

Se despegaron, Rey giró a la derecha con Chewie y BB-8 hacia una granja de granos de polvo. Poe condujo a Finn y C-3PO a la izquierda hacia un estrecho cañón rocoso.

Sus perseguidores se separaron justo como Finn había esperado. Pero se le cortó la respiración cuando se dio cuenta de que los dos jet troopers habían desaparecido, como si Rey fuera su verdadero objetivo.

El cañón se cerró a su alrededor. La conducción de Poe los llevó tan cerca de las paredes que Finn podría haber tendido la mano y rasparlos con la punta de su bláster.

El treadspeeder avanzaba sobre ellos.

—¡Espera! —gritó Poe, apuntando directamente a la pared del cañón.

—¡Oh por…! —dijo C-3PO cuando Poe levantó la punta del skimmer, y de repente estaban deslizándose por el borde del acantilado. Las mercancías se desplazaron hacia la parte posterior del speeder. El agarre dorado de C-3PO en la veleta se deslizó, llenando el aire con un horrible chirrido de metal sobre metal.

Finn había completado un entrenamiento mínimo de stormtroopers con speeders, pero incluso él sabía que la tecnología de repulsores no era lo suficientemente robusta como para que pudieran seguir rozando una pared del acantilado por mucho tiempo. Y en un junker anticuado como este, las cosas probablemente eran incluso peores de lo que él creía.

—¿Ya los perdimos? —preguntó Poe, golpeando el speeder hacia el suelo del cañón.

Finn buscó en su entorno. Sólo arena, afloramientos y paredes hasta donde alcanza la vista.

—Creo que sí.

—¡Excelente trabajo, señor! —gritó C-3PO. Pero habló demasiado pronto pues la proa de un treadspeeder pisó un tope y vino berreando hacia ellos.

—¡No, sigue ahí! —se corrigió Finn.

—Pésimo trabajo, señor —dijo el droide.

Poe puso el acelerador, pero el skimmer no tenía más para dar. Finn continuó disparando con su bláster —más tranquilo ahora, dejando que sus instintos lo guiaran— ¡acertó un disparo! El treadspeeder se sacudió de lado pero reanudó la persecución en un abrir y cerrar de ojos. Finn no lo había dañado en absoluto.

El treadspeeder tenía escudos.

Envalentonado, el trooper levantó su bláster y disparó. Finn golpeó la cubierta justo a tiempo cuando el disparo del trooper impactó en un paquete de productos secos, que se ennegrecieron para humear.

Estaba a punto de ponerse de pie y disparar, pero justo en la punta había una larga cuerda enrollada con grandes ganchos de metal en cada extremo. Se pegaron al piso magnetizado, una buena característica para sujetar carga, pero ahora no es exactamente útil. Apartó uno del suelo, lo levantó, lo arrojó hacia el speeder.

El gancho aterrizó en el suelo. Justo como había esperado, el speeder pasó por encima. El gancho pinchó la banda de goma, atrapó y se atoró. La cuerda a los pies de Finn se desenrolló a un ritmo alarmante mientras se enrollaba alrededor de la banda de la oruga del trooper.

Tal vez debería haberlo pensado mejor… su skimmer era más lento que el treadspeeder, pero también era más pesado. Eso le dio una idea.

En un poste, C-3PO se aferró a un metal sólido, lo suficientemente resistente como para proporcionar dirección y estabilidad adicionales, como un mástil. Finn agarró el segundo gancho y lo aseguró al poste, asegurándose de que se mantuviera apretado.

—Poe —advirtió. El piloto se volteó y vio el gancho enrollado alrededor del poste.

El treadspeeder se estaba comiendo la cuerda. Se puso tenso; el skimmer se sacudió y Finn estuvo a punto de perder el equilibrio. Poe inclinó el timón bruscamente a la izquierda, empujándolos en un giro a la derecha imposible. Se arrinconaron tanto que sintió como si las mejillas de Finn lucharan por permanecer en su rostro.

La cuerda permaneció tensa entre ellos. El treadspeeder deslizó en arco alrededor del fulcro de la curva cerrada de Poe, patinó, patinó, la arena volaba por todas partes… y finalmente se estrelló contra el costado del cañón, donde explotó en una bola de fuego y polvo.

—¡Wooo! —vitoreó Finn. No podía creer que eso hubiera funcionado.

—¡Sí! ¡Lo hicimos! —se unió Poe.

—¡Estupendo! —comentó C-3PO.

A pesar de que se habían separado, Rey tuvo que lidiar con tres perseguidores. Al menos Poe y Finn tendrían una oportunidad.

Chewbacca disparó obstinadamente al treadspeeder con su ballesta, pero se detuvo cuando los jet troopers de repente aceleraron y se pusieron a la par de ellos, y luego se adelantaron confusamente. Su estrategia rápidamente se hizo evidente cuando comenzaron a disparar cargas al suelo frente a su skimmer.

Rey tiró de la proa del timón, girando el skimmer a último momento, apenas esquivando una explosión. Se agachó para alejarse de la nube de escombros restantes incluso cuando esquivó de nuevo, alejándose del treadspeeder. Lo bueno es que los controles de este skimmer eran sensibles, pero aun así consideraba necesario anticiparse, reaccionando una fracción de segundo antes de lo que debería ser humanamente posible. Le estaba tomando toda su concentración.

El speeder y los jet troopers todavía estaban persiguiéndolos. Rey sabía que no podía seguir así para siempre. Eventualmente cometería un error.

—¡Son tuyos! —le gritó a Chewie—. Iré por el speeder.

Era posible esquivar obstáculos delante de ellos mientras disparaba a algo por detrás, ¿verdad? Bueno, estaban a punto de descubrirlo.

Chewie mantuvo a los jet troopers ocupados con su ballesta, pero Rey se encontró a sí misma arrastrándose a través de tuberías de procesamiento de granos que sobresalían del suelo, como un huerto de metal. Ella tiró del bláster que Han le había dado, dejó que la Fuerza la llenara, disparó varias veces en rápida sucesión al speeder.

Sus disparos acertaron, pero no le hicieron daño.

—Los escudos delanteros están activados —dijo Rey.

BB-8 comenzó a emitir un pitido emocionado por algo que había encontrado.

—¡Ahora no, Beebee-Ate! —gritó Rey.

Chewie gritó, señalando.

Rey vio un bulto en la distancia. No, una nave. ¿El carguero de Ochi? Descansaba sobre un acantilado de arenisca, con vistas a un vasto valle azotado por el viento intercalado con arena oscura cual manchas de tinta derramada. El casco de la nave fue sacudida por la arena y el viento, sus puntales de aterrizaje se ahogaron en pequeñas dunas.

—¡Allí está la nave!

Se agachó instintivamente cuando una ráfaga láser calentó el aire cerca de su oído. Uno de los disparos de Chewie acertó de lleno en un jet trooper, que cayó al suelo. El wookiee rugió.

Dos por derribar.

El treadspeeder continuó disparándoles, y el jet trooper restante parecía inspirado por la muerte de su compañero para duplicar sus esfuerzos, lanzando carga tras carga. Entre evasiones, Rey logró disparar con su bláster. Muchos de ellos dieron en el treadspeeder. Ninguno hizo ningún rasguño.

—Sus escudos son demasiado fuertes —gritó, esquivando otra nube de arena punzante.

BB-8 se había alojado detrás del timón de Rey, aprovechando las placas magnéticas para evitar rodar del bote. Uno de sus compartimentos se abrió y su brazo de soldadura salió disparado hacia uno de los muchos contenedores en el área de carga. Rey no se molestó en preguntar o amonestar; se concentró en esquivar las cargas y las tuberías de grano, dejando que el pequeño droide hiciera lo que fuera que hiciera.

BB-8 extendió su pincho hacia un bote de metal con su brazo de soldadura y lo picoteó, abriendo un agujero oscuro. Antes de que algo pudiera escapar del bote ahora comprometido, BB-8 lo golpeó con el cuerpo, lo suficientemente fuerte como para desenganchar los maglocks y enviarlo volando en el aire detrás de ellos.

Al caer, lanzó una nube de humo, amarillo brillante, brillante como el humo coloreado en el festival. Opaco como una pared.

El stormtrooper que conducía el speeder no pudo reaccionar lo suficientemente rápido como para evitarlo. La nube lo cegó y entró en pánico, desviándose a la izquierda y lanzándose por la ladera de una roca. El speeder saltó alto, exponiendo un tanque de combustible que no estaba protegido por sus escudos delanteros. Rey apuntó su bláster y apretó el gatillo. El speeder explotó.

BB-8 sonó con aire de suficiencia.

—¡Jamás subestimes a un droide! —comentó Rey.

Queda uno. Pero ni Rey ni Chewie pudieron verlo en ningún lado. El jet trooper restante había desaparecido.

Los sentidos de Rey estaban en alerta máxima mientras conducía el speeder hacia el carguero abandonado. A medida que se acercaban, las líneas del casco se manifestaron en algo reconocible. Familiar. Sus palmas se humedecieron y su respiración se volvió superficial y rápida.

—La nave de Ochi… —murmuró ella— siento que ya la había visto.

El skimmer de Poe apareció sobre la subida. Todos parecían demacrados y arrastrados por el viento, pero por lo demás estaban bien.

—¡Rey! ¿Destruiste a todos? —Finn llamó.

—Queda uno —respondió, buscando en el amplio cielo azul. Nada a la vista.

No quedaba más remedio que continuar. Juntos, los skimmers se desplazaron hacia la nave.

Cuanto más se acercaban al carguero, más le preocupaba su familiaridad a Rey. ¿Dónde lo había visto ella? Tal vez una como esta se había detenido en Jakku. Pequeños cargueros aterrizaban en el puesto de Niima todo el tiempo. Era el lugar para ir a intercambiar basura que nadie más en la galaxia quería.

Rey se dirigió hacia la rampa de acceso. Una nave como esta nunca sobreviviría mucho en Jakku. Sería desbaratada por sus partes en cuestión de días. Tal vez el Valle Prohibido realmente estaba prohibido, sólo se usaba una vez cada cuarenta y dos años durante el Festival de los Ancestros. Tenía que haber una explicación del por qué esta nave permaneció intacta.

Cuando ella y sus amigos estaban a punto de saltar de sus skimmers, algo rugió por encima. Las cargas explotaron a su alrededor, arrojándolos a la arena y haciendo volar sus speeders en pedazos.

Todos levantaron sus armas y dispararon; Rey no estaba segura de cuál de ellos atinó, pero el jet trooper salió disparado del cielo y se estrelló contra un acantilado. Su mochila propulsora detonó, tirándolo a otro farol y fuera de la vista.

Rey tuvo el tiempo justo para darse cuenta de que la arena a su alrededor era de un color diferente —más negro que ocre— y que había visto este tipo de arena antes…

Se hundió hasta las caderas.

Sus amigos estaban descendiendo a su alrededor, especialmente Poe.

—¿…Qué cosa es ésta? —dijo, tratando de liberarse, pero su movimiento sólo lo hizo hundirse más y más rápido.

—¡Campos hundidos! —dijo Rey. Los Campos Hundidos de Jakku habían tomado muchas almas desprevenidas. Ella debería reconocer la arena de inmediato—. ¡Sujétense de algo!

Pero no había nada a lo que agarrarse. Chewie gritó, aterrorizado.

C-3PO cayó hasta su acoplamiento de recarga.

—¿Qué… qué acabará esta agonía? —el exclamó.

El cuerpo redondo de BB-8 giró violentamente en la arena, sin éxito. En el espacio de una respiración, el pequeño droide desapareció debajo de la superficie.

—¡Beebee-Ate! ¡No! —gritó Rey.

Las lágrimas llenaron sus ojos cuando ella entró en pánico contra la arena. Rey los iba a perder a todos. No debido a un enemigo oscuro y poderoso, sino a un fenómeno natural que debió reconocer. Jakku iba a tener su última palabra después de todo.

Ella miró a Finn a los ojos. La cara de su amigo estaba perturbada.

—¡Rey! ¡Rey! —llamó él—. Jamás te dije que… —se dejó caer, la arena le llegó a los hombros.

—¿Qué? —dijo llorando.

Finn se deslizó hasta la barbilla.

—¡Rey!

—¡Finn!

Finn desapareció debajo de la superficie. C-3PO y Poe lo siguieron. Ella buscó a Chewie como disculpándose, y él se acercó. Contuvo el aliento mientras la arena cubría su boca, su nariz, sus ojos. La arena llenó sus oídos, raspó su piel. El mundo se oscureció.

La general Leia estaba en el centro de comando, donde Rose Tico le informó sobre el estado de su pequeña pero creciente flota.

—Todos los que pueden sostener una llave inglesa o un conductor de pilex están reparando y mejorando naves —dijo Rose—. Estamos trabajando tan rápido como podemos.

Leia asintió con la cabeza. Justo afuera, las chispas volaban por todas partes, y estaba a punto de pedir actualizaciones de estado en algunas naves específicas, pero Snap Wexley se apresuró hacia ella, interrumpiéndolas.

—General, hay reportes de un ataque en el Festival de los Ancestros.

Por supuesto que así fue. Claro, la Primera Orden había encontrado a su gente.

—Significa todo esta misión —dijo Leia—, fallar no es una opción. —Luego, con una voz un poco lastimera, preguntó—. ¿Hay señales de Rey?

Sacudió la cabeza.

—El *Halcón* no responde.

Al ver la cara de Leia, Rose le dijo a Snap:

—¿Tienes que decirlo así?

—¿«Así» cómo? —preguntó Temmin.

—¿Puedes hacerme un favor? —le dijo Leia—. Sé optimista.

—Sí, señora —dijo Snap, obligando a sus rasgos a un soso placer—. Todo esto es… estupendo. No podrá creer lo bien que saldrá todo… será perfecto.

Leia se resistió poner los ojos en blanco. Pero en lugar de eso dijo:

—Mayor Wexley, exigir optimismo no significa ocultar la verdad.

—Sí, ¿qué no nos estás diciendo? —Rose exigió.

Temmin arrastró los pies.

—La redada en el Festival… general Leia… nuestros ojos en tierra dicen que son los Caballeros de Ren.

La arena raspaba los párpados de Poe, metiéndose en los oídos y por la nariz. En cualquier momento, perdería el control e inhalaría un bocado de arena. La arena se rascaría en sus pulmones en los dolorosos segundos que llevaría ahogarse hasta morir.

Justo cuando pensaba que no podía contener la respiración un momento más, sus pies se encontraron en el aire. Su torso atravesó una capa de arena compacta, y cayó, golpeando el suelo con fuerza.

BB-8 cayó tras él, cayendo a pocos metros de distancia. Poe jadeó para reponer sus pulmones, sacudiendo arena de su cabello, parpadeando rápidamente para limpiar la arena de sus ojos. Él miró a su alrededor; BB-8 estaba justo a su lado. Estaba demasiado oscuro para ver bien, pero habían caído en algún tipo de túnel hecho de arena compacta. Una boca abierta de fauces oscuras marcaba lo que podría ser un túnel contiguo. Con suerte, encontraría al resto de sus amigos allí. Se puso de pie, se sacudió el polvo y dio un paso hacia las fauces.

—¿Rey? ¿Finn? —gritó.

—No dijo mi nombre, señor, pero estoy bien —respondió C-3PO a pocos metros de distancia.

Un ruido sordo hizo que Poe girara; era Rey, con las piernas colgando del techo. Se apresuró a evitar que ella cayera tan fuerte como él. Después de que él la bajó al suelo, ella se inclinó, tosiendo.

—Debí usar la Fuerza —murmuró entre la tos—. Entré en pánico… ni siquiera pensé en…

—¿Estás bien?

Ella asintió. Su rostro estaba cubierto de arena.

—¿Y Finn?

—¿Y Chewie? —dijo Poe.

Chewbacca *cayó* del techo al suelo. Poe hizo una mueca por el impacto, pero Chewie se sacudió, aparentemente ileso.

—¿Y Finn? —repitió Rey.

Apareció en la entrada del túnel contiguo. Arena salpicaba de su cabello negro.

—Estoy bien —dijo—. Oigan, ¿dónde estamos?

C-3PO se acercó a ellos.

—Este no es el más allá, ¿verdad? —preguntó—. ¿Los droides pueden entrar?

Poe sintió que *realmente* podía respirar de nuevo, ahora que todos estaban juntos. Lo había hecho con gente muriendo en su mirar.

—Creí que era el final —dijo.

—Tal vez aún lo sea —le recordó C-3PO amablemente.

—¿Hay una salida? —Finn preguntó, mirando a su alrededor.

Rey desenganchó su sable de luz y lo encendió. Su hoja iluminó las paredes a su alrededor en un suave azul, y Poe podía sentir su zumbido en la parte posterior de su garganta mientras la agitaba, estudiando las paredes.

Poe tomó su linterna y la encendió. Su brillo comparado con el del sable de luz era como el de una luna a un sol. Se encogió de hombros y apuntó hacia adelante de todos modos, buscando una salida.

—Por aquí —dijo Rey, y se movió.

Pensó en protestar, en preguntar cómo Rey podría saber qué dirección igualmente correcta era precisamente la correcta. Pero Poe había aprendido que cuando Rey decía las cosas de esa manera, con rostro determinado y voz inquebrantable, un hombre debería seguirla.

Lando Calrissian se agachó en un afloramiento rocoso, agachándose lo más posible. Directamente debajo y a poca distancia estaba el *Halcón Milenario*, rodeado de stormtroopers. Detrás de ellos había un alto acantilado de roca, y Lando podía distinguir varias figuras oscuras. Su casco amplió la imagen hasta que pudo identificarlos: los Caballeros de Ren. Miraron su nave como buitres.

Su nave. No estaba preparado para el aguijón de nostalgia que lo venció cuando volvió a ver al *Halcón*.

Lando se había vuelto a poner su máscara y se había deslizado a esta percha de observación, esperando poder tomar el *Halcón* y devolverlo a Chewie antes de que la Primera Orden lo encontrara. Pero no había sido lo suficientemente rápido.

Un trooper del desierto que llevaba un caldero de colores se adelantó.

—Confisquen, escaneen y destruyan esta nave —ordenó el comandante de los stormtroopers—. Por orden del Líder Supremo.

El aliento de Lando se volvió tenso por la ira, y su casco zumbó para mantenerse al día con la tarea de filtración. *La Primera Orden siempre destruyó lo que amabas*.

Había pasado mucho tiempo en Pasaana para escapar de todo eso. Los Aki-Aki eran alegres y no violentos, y lo habían acogido sin preguntas ni reservas. Había tenido que

ponerse el casco, claro, porque un viejo general de la Rebelión no era más que reconocible. Un pequeño precio a pagar por un poco de paz y tranquilidad.

Pero tal vez los sinvergüenzas como él no lograron tener paz. Tal vez los problemas siempre aparecían buscándolo, sin importar qué.

Observó, su determinación crecía, mientras los troopers del desierto rompían las cerraduras y forzaban la apertura del *Halcón*. Luego, la mejor nave de toda la galaxia despegó y aulló fuera de la atmósfera, con sus motores de fusión brillando en azul, sin duda dirigiéndose a un hangar de incineración.

Lando sabía lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO 7

La madriguera de arena facilitó el viaje con su tierra plana, compacta y su aire más frío, lo cual fue bueno porque Rey no tenía idea de cuánto tiempo llevaría encontrar una salida. Sólo sabía que un instinto extraño la atraía hacia adelante. *Deja que te guíe*, se imaginó a Leia diciéndolo. Estaba haciendo eso mucho últimamente, imaginando lo que Leia le aconsejaría que hiciera.

Debió haber dejado que la Fuerza la guiara cuando ella y sus amigos se hundían en la arena. Rey no estaba segura de lo que habría hecho, pero… algo. Invocar a la Fuerza era fácil. Pero necesitaba convertirla en su primer instinto. Leia había observado que sus años de formación en Jakku le habían enseñado a buscar soluciones tangibles a problemas imposibles. Leia pensó que podría ser por eso que la Fuerza tardó tanto en despertar dentro de ella, y por qué podría tomar aún más tiempo sacudir ese tipo de condicionamiento.

Pero Rey no tuvo ese tipo de tiempo, y no se permitiría cometer ese error nuevamente.

BB-8 emitió una pregunta.

—No *quiero* saber qué formó estos túneles —respondió Poe.

—A juzgar por la circunferencia de las paredes —dijo C-3PO—, hay numerosos…

—Dije que *no* quiero saber —repitió Poe—. *No*.

El túnel se curveó y Rey continuó.

—¿Y qué era? —le preguntó a Finn, principalmente para no pensar en las palabras que iba a decir C-3PO.

—¿Qué? —dijo Finn.

—¿Qué querías decirme?

—¿Cuándo?

—Cuando te hundías en la arena, dijiste: «Jamás te dije…».

Finn evitó su mirada.

—Luego te digo —murmuró.

—¿Cuando «Poe no esté aquí»? —exclamó Poe.

—¡Si! —dijo Finn, con una mirada fingida.

—¿Casi nos ahogamos y tú guardas secretos?

—Ah, con gusto te lo cuento —dijo Finn— si tú nos cuentas sobre tus mañas.

BB-8 chirrió ante algo más adelante, lo que los hizo detenerse. Algo metálico brilló en el resplandor del sable de luz de Rey mientras miraban más de cerca.

—¿Eso qué es? —preguntó Poe, apuntando su barra de luz.

—¿Un speeder? —Finn preguntó.

—Uno viejo —comentó Rey. Su giroscopio de dirección estaba doblado en un ángulo imposible y estaba desactualizado por al menos una década, pero el túnel seco y sin

viento había preservado en gran medida el módulo de aceleración y el repulsor elevador. Si ella lo desarmara por partes, podría obtener al menos tres porciones por su trabajo.

—Tal vez hallemos al conductor —dijo C-3PO.

BB-8 le dijo a C-3PO lo que pensaba de eso.

—Sí, Beebee-Ate. Muerto de seguro —dijo Poe.

Chewie se quejó de que tenía sed.

C-3PO se acercó al adorno del capó del speeder y se inclinó, mirando de cerca.

—Oh, vaya. Una insignia Hex —dijo.

—¿Una qué? —se volvió Poe.

—¡Un emblema común entre los partidarios de los Sith! —dijo C-3PO, encantado.

—Sith… —Rey murmuró. Este era el lugar al que la habían llevado sus instintos, sin duda. Pero no era el emblema Hex lo que la atraía. Algo más…

—Luke lo sintió —dijo Rey—, Ochi jamás dejó este planeta *«Desaparecido en el desierto»*, les había dicho Lando.

—Se dirigía a su nave —aportó Poe—. Lo que ahora nos pasó le pasó a él.

Eso explicaba por qué el carguero había permanecido intacto durante todos estos años. Cualquiera que esté familiarizado con Pasaana sabe que no debe acercarse a este lugar, al igual que los residentes de Jakku sabían mantenerse alejados de los Campos Hundidos.

—¿Y Ochi cómo salió? —preguntó Finn, buscando una salida a su alrededor.

Rey dio un paso hacia el speeder, sus extremidades hormigueaban.

—No lo hizo —dijo.

A sus pies había un montón de huesos viejos.

—No, no salió —estuvo de acuerdo Finn.

—Huesos —confirmó Poe, mirando a otro lado con disgusto—. No me gusta verlos.

—¿Huesos? ¡Nunca son buena señal! —anunció C-3PO.

El speeder de Ochi había caído en el túnel y, o había muerto en el impacto, o se había lastimado tanto que murió lentamente, atrapado y solo.

BB-8 silbó que había encontrado algo.

Rey se movió junto a él y miró más de cerca la pila de huesos. La ropa hecha jirones se aferró a los restos. Un cinturón de cuero con una funda de cuchillo rodeaba su pelvis. La funda estaba vacía.

BB-8 extendió un tubo desde el compartimento de herramientas y comenzó a soplar algo de arena cercana. Gradualmente, apareció un objeto, largo y metálico, con una cuchilla aún afilada.

El corazón de Rey comenzó a acelerarse cuando ella lo levantó, agarró su mango frío. Esta daga. Esas runas…

Gritos desgarrando el aire, el aroma metálico de la sangre, la sensación de la hoja contra el hueso y el tendón…

Rey apartó la visión, sintiéndose enferma.

—Se usó para cosas terriblemente crueles —murmuró.

Poe se la quitó y un peso se levantó de sus hombros cuando la daga dejó su mano.

—Tiene algo escrito —dijo Poe, estudiando los grabados de la hoja.

—¡Por supuesto que sí, señor! —dijo C-3PO alegremente—. Tal vez lo pueda traducir.

Era un texto arcaico que Rey nunca había encontrado en todos sus años en el puesto de Niima. La hoja en sí era plateada, pero sin mancha, con un borde festoneado diseñado para hacer tanto daño saliendo de un cuerpo como deslizándose dentro de él. Un protector cruzado fuerte y curvado protegía un mango forrado en cuero. Nunca había visto algo así.

C-3PO lo tomó Poe, y un peso se levantó de sus hombros cuando la daga dejó su mano.

—¿Qué dice? —preguntó Poe.

—Los asesinos Sith a menudo inscribían sus secretos en… —observó el droide—. ¡Oh! ¡La ubicación del orientador ha sido grabada en esta daga! Es la pista que el amo Luke buscaba.

Todos prácticamente golpearon cabezas tratando de mirar más de cerca.

—¿Qué dice? —Poe exigió de nuevo.

—¿Y? ¿Cuál es la ubicación? —dijo Finn.

—Me temo que no puedo decirles —dijo C-3PO.

Poe lo miró boquiabierto.

—Hablas millones de idiomas, ¿y no entiendes este?

—¡Oh, sí lo entiendo, señor! —dijo C-3PO entusiasmado—. Sé exactamente dónde hallar el orientador. Desafortunadamente, está escrito en la lengua rúnica de los Sith.

—¿Y eso qué? —dijo Rey.

—Mi programación me prohíbe traducirla. ¡Soy físicamente incapaz!

—Espera, *espera* —dijo Poe—. ¿La única ocasión en la que queremos que digas algo y no puedes?

—Irónico, señor.

Rey se sorprendió al saber que C-3PO sabía lo que era la ironía.

—Soy mecánicamente incapaz de pronunciar traducciones del Sith —justificó el droide. Una sombra descomunal se movió detrás de él. Algo enorme y, Rey lo sintió, con gran dolor. Rey levantó su sable de luz en disposición. Inconsciente, C-3PO agregó—: Creo que la regla fue aprobada por el Senado de la Antigua República…

La cosa en las sombras siseó, manifestada en una serpiente más masiva que un happabore con un cuerpo segmentado y malvados ojos rojos. C-3PO se volteó. El droide dejó caer la daga en la tierra y gritó:

—Serpiente ¡serpiente!, ¡serpiente! —cuando la serpiente abrió su enorme mandíbula para revelar colmillos afilados que goteaban veneno. Retrocedió a una posición de ataque.

—Rey —susurró Finn.

BB-8 rodó detrás de Rey mientras Chewie levantaba su ballesta, preparado para disparar.

La Fuerza siempre debe ser su primer instinto. Así que Rey extendió la mano hacia el bowcaster para bajarlo, sus ojos pegados a los enormes colmillos de la serpiente. Una vez había oído hablar de esta criatura —una vexis— de un comerciante. Se había estado quejando de Jakku, y de cómo era difícil conseguir una bebida decente en cualquier parte del planeta, pero al menos Jakku nunca había sido el hogar de una vexis, como algunos de los otros planetas del desierto. Poe dijo:

—Voy a disparar.

—No dispares —le prohibió Finn, con la mirada fija en la serpiente.

La vexis aumentó aún más. Rugió con un silbido y le azotó el pelo a Chewie.

Fue aterrador. Rey podía sentir su rabia, su hambre. Pero ella también sintió un gran dolor. Insegura de lo que estaba haciendo, le entregó su sable de luz a Finn y dio un paso adelante.

—Rey… —protestó Finn.

—Podría estar herida —dijo.

—Podría ser una serpiente de arena asesina gigante —dijo Poe.

Rey entrecerró los ojos mientras se acercaba al cuerpo de la serpiente.

—Más luz —ordenó.

Poe apuntó su lámpara hacia donde ella señalaba, iluminando a la criatura.

Sí, la serpiente definitivamente estaba herida. Una herida gigante atravesó varios segmentos. Ella sólo tenía que alcanzarla. Cuidadosamente, lentamente, trepó sobre el cuerpo curvado de la vexis hasta que se paró dentro de sus bobinas. Si decidía matarla, todo lo que tenía que hacer era apretar…

Ella habló suavemente, para consolarse tanto como la serpiente.

—Leia dice que cuando algo intenta lastimarte, por lo general lo lastima algo más grande.

Como maquinaria agrícola. Un agricultor de granos probablemente había enrollado una cuchilla de labranza en la guarida de esta criatura, abriéndola. Rey alcanzó la herida. La vexis siseó, y ella dudó. Pero no atacó. Con el corazón en la garganta, estiró la mano hacia adelante y tocó los fríos segmentos de la serpiente.

Ella estaba actuando por puro instinto ahora. Rey cerró los ojos. Invocando a la Fuerza.

Cada vez que peleaba, saltaba a través de las selvas de Ajan Kloss, o incluso engañaba mentalmente a un stormtrooper para liberar sus grilletes, *canalizaba* la Fuerza, usándola para su propio beneficio de alguna manera. Pero esto requeriría una técnica diferente, algo que había aprendido de los textos Jedi cuando estaba reparando el cristal kyber de Luke. Esta vez, ella *daría*.

Un zumbido resonó en su pecho cuando reunió algo dentro de ella y se lo ofreció a la serpiente. Su propia energía. Su propia vida. También era parte de la Fuerza, y no tenía que guardarlo todo para sí misma.

Sintió que la vexis se calmaba. Su dolor estaba retrocediendo.

Después de un momento, se atrevió a abrir los ojos. Lo que vio la hizo jadear. La herida se había cerrado.

La vexis bajó su cabeza a la de ella. Era muy grande. Podría devorarla de un sólo trago. Sacó la lengua y siseó, revolviéndole el cabello, un beso.

La serpiente se desenrolló a su alrededor, dejándola libre. Se deslizó hacia la oscuridad, forjando un nuevo camino en la arena compacta tan fácilmente como si fuera una anguila nadando en el agua. Cuando desapareció, pudieron ver un claro círculo de cielo.

Poe y Finn intercambiaron una mirada.

BB-8 rodó hacia Rey, pitando suavemente.

—Le transferí un poco de vida. Usé la energía de la Fuerza.

BB-8 zumbó.

—También lo habrías hecho.

—Bueno —dijo Finn—, hemos salido.

Comenzó después de la vexis. Chewie se inclinó para recuperar la daga, la metió en su mochila y luego siguió a Finn hacia la luz del día.

Sin embargo, Rey no tenía prisa por llegar a la superficie. Su respiración se aceleró, le dolían los huesos con cansancio e, inexplicablemente, le dolía la mano. Curar la vexis se había sentido tan normal, natural y correcto. Pero le había costado.

El túnel los arrojó aún más cerca del carguero oxidado de Ochi. Se alzaba sobre una enorme plataforma de roca una isla de estabilidad en un mar de miradas cambiantes. Rey y sus amigos treparon hacia él.

—¡No podemos volar en esa chatarra! —C-3PO protestó. Luchó por mantenerse sobre las rocas que sobresalían. Si sobrevivían a esto, Rey se aseguraría de que tuviera un baño de aceite.

—Tenemos que continuar —instó Poe desde el frente—. Buscaremos a alguien que pueda traducir esa daga… tal vez un droide *útil*.

—Mejor regresemos al *Halcón Milenario* de inmediato —exclamó C-3PO.

—Nos estarán esperando en el *Halcón* —contestó Poe.

—Para arrojarnos a las fosas de Griq —dijo Finn.

—Sí, y te usarán como blanco de práctica —agregó Poe.

—Ambos dan excelentes argumentos. A veces —dijo C-3PO.

Rey frunció el ceño. Finn y Poe se estaban divirtiendo un poco con el droide, pero era cierto que el *Halcón* probablemente ya estaba en manos de la Primera Orden. Chewie lo había cerrado bien, pero la Primera Orden superaría todas sus precauciones de seguridad eventualmente. Era posible que nunca volviera a ver su nave.

Una presencia familiar la golpeó como un trueno, y ella se congeló en su lugar.

—¿Qué pasa? —Finn se volvió para ver qué la había hecho detenerse.

Su rostro aún estaba polvoriento por su recorrido de los túneles, y como siempre su amabilidad y preocupación inherentes estaban manchadas por todas sus facciones. Ella *no* permitiría que lo lastimara lo que se avecinaba. Protegería a su amigo, incluso si eso significaba hacer algo que estaba bastante segura de que Leia no aprobaría.

—Subo en un minuto —dijo suavemente. Él frunció el ceño.

Dio un pequeño empujón con la Fuerza y agregó:

—Tranquilo.

Estaba sin palabras cuando ella le entregó su mochila y su bastón, todo excepto el sable de luz enganchado a su cinturón. Sintió sus ojos en su espalda mientras descendía las rocas y, evitando las miradas cambiantes esta vez, corrió hacia un extenso y plano tramo de desierto.

Ve, Finn, pensó, empujando un poco más con la Fuerza.

Ella no se atrevió a mirar y ver si él obedecía, porque toda su atención se dirigió a un punto negro en el horizonte, volando rápido y bajo, acercándose a ella.

Rey cuadró los hombros cuando el punto se convirtió en un TIE fighter. *Su* TIE fighter. Todavía no estaba segura de cómo, pero no cedería terreno. Ella protegería a sus amigos. A como diera lugar.

La cabeza de Finn estaba borrosa. Tal vez fue el calor. Tal vez fue el hecho de que Rey le había dicho que se fuera, y él la había dejado en el desierto sin dudarlo. Algo sobre eso no tenía sentido.

Poe golpeó la escotilla del carguero y la rampa de acceso descendió. Finn siguió a Poe, Chewie y los droides a una bodega central oscura que se ahogaba en la arena. Ochi no había sellado este lugar antes de ser tragado por las arenas. Debe haber pensado que regresaría en poco tiempo.

La bodega estaba llena de basura, y las paredes permanecían abiertas en su mayor parte al funcionamiento interno de la nave, Finn reconoció los tanques de vapor de emergencia, un refuerzo de escudo de partículas, junto con un sinfín de cables, conductos y pestillos cuyos usos seguían siendo un misterio, aunque apostaría que Poe o Rey sabría lo que eran. El interior estaba tan desordenado que hacía que el Halcón se viera casi ordenado.

En una pared cerca de la entrada a los dormitorios, una placa de metal identificaba a la nave: LEGADO DE BESTOON.

—Hay que encender los convertidores —dijo Poe mientras se dirigía hacia la cabina, empujando telarañas y basura del camino.

—¡Qué nave tan sucia! —dijo C-3PO, y Finn tuvo que estar de acuerdo. Phasma habría hecho que toda su unidad fregara las letrinas con sus cepillos de dientes si alguna vez los sorprendía sin poder sujetar la carga o limpiar la suciedad.

Mientras Poe comenzó a presionar los interruptores, Finn miró dentro de una caja de carga. Estaba lleno de pistolas bláster. Miró a su alrededor y notó varias otras cajas. ¿Estaban *todos* llenos de armas?

Las luces parpadearon a su alrededor. El suelo comenzó a vibrar cuando la central eléctrica cobró vida.

—Finn, ayúdame con esto —dijo Poe.

Finalmente, un poco de suerte. Pero no podían irse sin Rey, que aún no había entrado en la nave.

—¿En dónde está? —Finn preguntó a nadie en particular. Se apresuró a la ventana de la cabina y buscó en el vasto desierto. Ahí. Una pequeña figura azotada por el viento. Había logrado viajar una gran distancia.

—Chewie —dijo Finn, pensando en el largo paso y la velocidad superior del wookiee—, dile a Rey que ya nos vamos.

Chewie gimió asentimiento, luego se dirigió a buscarla. Un momento después, el wookiee apareció a la vista de la ventana, pero rápidamente desapareció detrás de una formación rocosa en su camino hacia el suelo del desierto y Rey.

Kylo Ren la sintió antes de verla. Mientras él volaba su silenciador TIE a lo largo del desierto plano, ella tenía una presencia brillante en su mente, brillando prácticamente con determinación y ferocidad. Algo extraño tiró de su pecho. Era la misma sensación que había tenido cuando se enfrentó a su padre por última vez, cuando tomó la decisión de matar a Han Solo. Tenías que matar el pasado, sí, pero también tenías que matar la luz para reclamar completamente la oscuridad.

Finalmente lo entendió. Han Solo era su pasado. Pero Rey era su luz.

Por eso Kylo todavía estaba en agonía. Por eso no podía sacudir el recuerdo de la mano de su padre contra su mejilla, de esos ojos llenos de amor y comprensión. Kylo aún no había destruido su luz.

Quizás el Emperador tenía razón. Ella tenía que morir. Eso, o tenía que matar a la luz en ella.

Y allí estaba ella, apenas un punto contra la arena ocre, con los hombros rígidos, frente a él. La niña estaba aterrorizada; Podía sentirlo como si pudiera sentir el sudor humedeciendo sus guantes. Sin embargo, a pesar de su terror, ella era inquebrantable, lista y esperando.

Debe ser *insensata* con miedo. Ella debería estar encogida. Debió haberse vuelto a la oscuridad cuando él le dio la oportunidad. ¿Cómo podría resistirse? ¿Cómo se *atrevió*?

La rabia volvió su visión roja. No le importaba el Emperador. No le importaba la flota de Destructores Estelares. Sólo quería que su dolor terminara.

Si Rey quisiera sobrevivir a lo que vino después, tendría que manifestar más poder que nunca antes. Mostrarle quién era ella.

Observó mientras Rey desenganchaba su sable de luz y lo encendía.

Kylo Ren aceleró.

Rey vio acercarse el TIE, sintió sus intenciones. El dolor y la rabia asesina de Kylo Ren fueron impresionantes.

Pero ella sabía exactamente qué hacer ahora. Curar la vexis la había agotado, pero también le había abierto nuevas vías de la Fuerza, algo sobre dar y recibir, sobre una unidad más perfecta de lo que ella había entendido antes. Anhelaba hablarlo con Leia.

Por ahora, sin embargo, no tenía más remedio que dejar que la Fuerza vibrara en su sangre, llenando sus extremidades de preparación. Estaba aterrorizada, sí, pero también estaba extrañamente tranquila. Luke le había dicho que el miedo lleva al lado oscuro. Pero resultó que el terror y la calma podrían coexistir. Tal vez esto es lo que Leia había estado tratando de enseñarle.

Permitió que se acercara el TIE. Sintiendo que era el momento adecuado, se dio la vuelta y se dejó caer en una estocada de combate.

Rey miró hacia atrás. Estaba lo suficientemente cerca como para que ella pudiera ver la forma de su casco a través de la ventana de la cabina.

Finn odiaba sentirse inútil mientras Poe movía los controles y hacía ajustes. El ruido sordo del suelo bajo sus pies se estabilizó, y el ruido de las turbinas se convirtió en un zumbido constante. Habían logrado la preparación para el vuelo.

Pero Chewie no había regresado con Rey.

—¿Qué está haciendo? —exclamó Poe—. ¿Y dónde está Chewie?

Finn miró por la ventana de la cabina. Era difícil distinguir detalles desde aquí, pero parecía que estaba agachada, su sable de luz encendido. Debería estar ahí afuera, ayudándola…

Lo más extraño sucedió. Al anhelar ayudarla, alcanzarla, sintió algo. Un peligro. Una presencia.

—Es Ren —susurró.

Probablemente sólo un mal presentimiento… ¿verdad?

Por si acaso, se llevó una mano a la funda para revisar su bláster y corrió por la rampa hacia el desierto.

Se dirigió al afloramiento en donde Chewbacca había desaparecido, pero se detuvo en seco y se agachó cuando escuchó pasos. Lentamente, con cuidado, miró alrededor de la roca, y casi jadeó.

Chewie había sido capturado. Unas esposas rodeaban sus muñecas peludas. Altas figuras con armadura oscura y armas extrañas lo empujaron hacia adelante, hacia un

puñado de stormtroopers y sus *dos* transportes. La maldad irradiaba de las oscuras figuras en ondas, Finn sintió que se estaba ahogando.

Los Caballeros de Ren. No podrían ser nadie más. Debería huir.

Pero en unos instantes Chewie sería abordado en un transporte y llevado. Finn no tuvo más remedio que actuar ahora.

Sacó su bláster, con la intención de cargar hacia adelante, pero se congeló cuando una docena más de stormtroopers cayeron por la rampa en formación. Atacarlos a todos a la vez sería un suicidio.

Finn tendría que volver al *Legado de Bestoon* y proponer otro plan. No, eso no funcionaría. El hecho de que un transporte completo estuviera aquí, junto con los Caballeros de Ren y —si su sentimiento era correcto— el propio Kylo Ren, sólo podía significar una cosa. Estaban tras Rey y su poder.

Finn tuvo que advertirla.

El *Legado de Bestoon* estaba listo para despegar, pero ahora Poe estaba sentado solo en la cabina sin tripulación. Primero Rey y Chewie, y ahora Finn también se había ido ¿Dónde demonios esta…?

Jadeó. Rey había comenzado a correr, su sable de luz paleaba a su lado con cada zancada. Una TIE la golpearía, volando tan bajo que levantaba nubes de arena. Estaría sobre ella en unos momentos.

Rey aspiró aire mientras corría. Ella sólo lograría esto con buena velocidad y mucha ayuda de la Fuerza, pero su entrenamiento con Leia estaba dando sus frutos. Estaba en forma y sus extremidades eran fuertes. Sus pulmones eran capaces. Más importante, su mente estaba lista.

Ella presionó hacia adelante, agarrando más velocidad. El TIE estaba cerca ahora; Su grito era estridente en sus oídos.

Todavía no lo suficientemente cerca. Extendió la mano hacia la conexión que compartía con Kylo y sintió su determinación. Ella lanzó una ola de ferocidad hacia él.

Sus omóplatos se erizaron cuando la nave se abalanzó sobre ella. Todavía no… algunos pasos más… ¡ahora!

Ella saltó y dio un salto hacia atrás, barriendo sus piernas en un arco aéreo.

Debajo de ella, Kylo Ren estiró el cuello para seguir su vuelo.

Bajó su sable de luz hacia el pilar de soporte.

El TIE vociferó en una nube de polvo asfixiante.

Ella aterrizó cuidadosamente en la arena. Con los ojos entrecerrados, lista para cualquier cosa, vio que el TIE comenzaba a tambalearse. Sintió la frustración de Kylo

cuando él perdió los controles. El pilar de soporte se dobló, y el ala izquierda recortó el suelo.

Fuera de control, el TIE cayó, las alas arrancaron sus puntales. La esfera restante que sostenía a Kylo Ren rodó a una velocidad imposible, dejando una zanja en la arena. Finalmente se estrelló contra un terraplén, donde permaneció inmóvil.

Rey apagó su sable de luz. Ella esperaba que estuviera muerto. No, ella no lo hizo. Ella esperaba… no sabía lo que esperaba.

Enganchó su sable láser a su cinturón y se dirigió al carguero de Ochi.

Una figura apareció adelante, familiar con sus pantalones azules y su chaqueta de vuelo.

—¡Rey! ¡Rey! —Finn le gritó a través de la llanura del desierto—. ¡Tienen a Chewie!

Un transporte apareció a la vista, sus propulsores ya brillaban en azul.

Finn golpeó el aire con su dedo.

—¡Se lo llevan!

No. *No, no, no, no.*

Había pasado por esto antes, parada indefensa mientras la arena golpeaba su piel, viendo a una nave llevarse a alguien que amaba.

Donde había calma, ahora sólo había terror. Llenó su mente, se desbordó en puro y ardiente poder. Extendió la mano con la Fuerza, se imaginó a sí misma agarrando el transporte, tirándolo de vuelta hacia el lado del planeta.

En realidad se desaceleró. Se tambaleó en el aire. Sus motores comenzaron a quejarse.

Rey apretó los dientes. El sudor brotaba de su frente. No les dejaría quitarle a Chewie.

Kylo Ren se quitó la máscara para tomar aire fresco. Fue un idiota. Su estómago se revolvió con esta inevitable certeza cuando cautelosamente caminó alrededor de los restos ardientes de su TIE. Ella había corrido como una rata asustada, y en su furia ciega había sucumbido a la tentación, sin detenerse para considerar que tal vez ella tenía un plan.

Al darse cuenta de esto vino otra certeza, aún más desgarradora: se sintió aliviado de no haberla matado.

Snoke siempre lo había alentado a seguir sus impulsos. Eran un atajo hacia el lado oscuro, y un poder inimaginable. Pero su impulso de matar a Rey casi había arruinado todo lo que había estado planeando.

Kylo no sabía cómo conciliar eso. El camino hacia el lado oscuro yacía sucumbiendo a los deseos de uno. Pero su deseo más profundo, lo que más deseaba, requeriría planificación y paciencia. El Emperador había descubierto cómo abrazar un plan tan largo y sufrido, y meticulosamente cuidadoso, que aturdía la mente, y lo hizo sin ser tentado por la luz ni un poco.

Había un camino. Sólo tenía que aprenderlo.

Kylo sintió un tirón en la Fuerza cuando salió del humo ondulante hacia el aire limpio. A lo lejos, Rey estaba de pie en la arena, esforzándose, su brazo extendiéndose hacia…

¿Un transporte volador? ¡Y estaba logrando reducir la velocidad!

No importaba qué —o quién— estaba dentro de ese transporte que hizo que Rey desesperara por evitar su escape. No iba a dejar que ella lo tuviera.

Extendió la mano, sintió la maquinaria masiva en su mente, tiró de ella hacia sí mismo.

El transporte casi se liberó de su agarre, y ella jadeó ante la presencia familiar. Kylo, vivo y bien. Rey no lo dejaría tener a Chewie. Chewie era de ella.

Se esforzó por recuperar el control, y sintió que la nave se sacudía en su dirección, pero luego se dio la vuelta.

Rey trató de recordar su entrenamiento. *Deja que la Fuerza guíe tus acciones*, diría Leia. Pero pensar en Leia, su entrenamiento, incluso por un breve momento, la hizo perder la concentración, y la nave volvió a emerger en la dirección de Kylo.

Así que Rey soportó con toda la fuerza de su ser. La sangre gritaba en sus oídos, y su corazón era un enorme tambor en su pecho. Ella se enfureció con Kylo, con la Primera Orden, incluso con Unkar Plutt. Ella recurrió a su terror por la vida de Chewie, recordó lo que se sentía al ver a Han Solo caer al abismo en la base de Starkiller. Ella también recurrió al dolor: el doloroso vacío de un estómago vacío, los nudillos magullados sin bacta para calmarlos, la sensación de arena en sus molares después de un día ventoso, el agudo silencio de la soledad. Rey abrió la boca en un grito silencioso.

La potencia bruta brotó de la punta de sus dedos, se arqueó hacia el carguero. Era un rayo azul, pura energía de la Fuerza, más brillante que un sable de luz, más caliente que un sol. Envolvió sus dedos mortales y torcidos alrededor del transporte, que se sacudió de lado por un breve instante y luego explotó en una bola de fuego repugnante.

Rey tropezó hacia atrás, jadeando por aire, cuando trozos de restos llovieron sobre la llanura del desierto. El transporte —y todos los que estaban dentro— se redujeron a la nada.

Se miró la mano con horror. Luego en los pedazos de restos. Se le revolvió el estómago y finalmente gritó:

—¡Chewiiieeeeeeee! —mientras las lágrimas caían por sus mejillas. ¿Qué había hecho ella?

Una voz penetró en su neblina de culpa-locura:

—¡Rey! —Era Poe, llamándola—. ¡Tenemos que irnos, ya vienen!

Señaló hacia el horizonte, y ella se volvió. Media docena de TIEs de la Primera Orden se acercaban rápidamente.

—Pero Chewie… él…

—¡Lo siento! —gritó Poe—. Pero tenemos que irnos ¡Ahora!

Su voz, junto con el rápido acercamiento de Finn, convenció a sus pies de moverse. No perdería más amigos. Se apresuró hacia Finn, y juntos corrieron hacia la nave.

Desde la distancia, Kylo Ren observó al carguero elevarse hacia el cielo, Rey estaba dentro. Ella le había ganado de nuevo y, sin embargo, estaba lleno de triunfo.

Había tenido razón al empujarla.

Acababa de demostrar un poder increíble y alucinante. Poder oscuro. Poder Sith.

La carroñera estaba casi lista para cambiar. Y cuando lo hiciera, ambos matarían su luz, abrazarían su oscuridad. Entonces la flota de Destructores Estelares —y el trono Sith— serían suyos.

CAPÍTULO 8

El carguero de Ochi podría haber estado en condiciones de volar, pero eso no significaba que estuviera en buen estado. El *Legado* había estado basado en Pasaana durante años, lo que significaba que no se atrevían a llevarlo lejos hasta que Rey y sus amigos pudieran esconderse un poco, hacer una revisión exhaustiva de los sistemas de la nave y recuperar el rumbo.

Poe les dijo a todos que sabía exactamente a dónde ir, y Rey estaba feliz de cederle esa decisión. Ella se sentó en el asiento del copiloto y le brindó apoyo mientras guiaba al *Legado* hacia los anillos de un gran planeta brillante. Los anillos estaban hechos principalmente de hielo a la deriva. Reflejaban mucha luz del sol de aquél frío sistema y constantemente arrojaban vapor. Era un buen escondite, uno que confundiría los barridos de sensores de la mayoría de las naves, perfecto para los contrabandistas. Uno de estos días, podría preguntarle a Poe cómo sabía sobre este lugar.

—Rey —comenzó Poe, mientras ponía la nave a la deriva junto a un témpano de hielo, pero cuando vio su rostro, cambió de opinión sobre lo que fuera a decir. En cambio, dijo—. Comenzaré algunos diagnósticos. ¿Por qué no… te tomas un momento?

Fue lo más amable que había estado con ella durante mucho tiempo. Ella asintió sin decir palabra y se dirigió a la bodega central, encontró un asiento acolchado cerca de la parte posterior y se dejó caer.

¿Qué he hecho?

El miedo llevó al lado oscuro después de todo. Había estado bien siempre y cuando su miedo estuvo atenuado por la paz y la resolución. Pero en el momento en que cedió a la ira y al terror… Chewbacca se había ido. El *Halcón* probablemente se había ido. La daga de Ochi se había ido. Ella lo había arruinado todo.

Leia estará muy decepcionada de ella cuando se entere.

Como si leyera sus pensamientos, BB-8 le dio un pitido largo y triste. C-3PO dijo:

—Pobre, pobre Chewbacca.

Las lágrimas caían por sus mejillas. Ella no pudo detenerlas. Chewie había hecho mucho por ella. Podría decirse que el *Halcón* era suyo por derecho, pero después de que Han murió, Chewie *le* ofreció el asiento del piloto. Y ella había pagado este acto de enorme generosidad y respeto matándolo.

Finn dio un paso adelante. Su rostro estaba perturbado. Ella dijo:

—Perdí el control.

—No fue tu culpa.

—Sí lo fue —contestó Rey, incapaz de mirarlo.

—No, fue de *Ren*. Él te obligó a…

Rey sacudió la cabeza y le interrumpió.

—Chewie se ha ido. Ese poder vino de mí. Finn, hay cosas que tú no sabes.

—Entonces dime —la miró, esperando pacientemente, sin rastro de juicio en su rostro. Rey no había podido decirle a Leia. Pero tal vez ella podría decirle a Finn. Tenía que decirle a alguien o el secreto la devoraría desde adentro.

Ella susurró:

—Yo tuve una visión sobre el trono de los Sith. Vi quién lo ocupaba.

Los ojos de Finn se entrecerraron.

—¿Ren?

Rey asintió con la cabeza y suspiró.

—También *yo*.

La boca de Finn se abrió.

Ella miró hacia otro lado, incapaz de enfrentarlo. Rey deseó poder escapar, de la inevitable decepción de Finn, la conmoción en su voz cuando finalmente habló después. Pero en este pequeño carguero, no había a dónde ir.

Poe entró en la bodega desde la cabina. Tenía la cara demacrada, pero parecía tan decidido como siempre. Había estado muy serio últimamente, a menudo al borde de la ira desde Crait. Rey se sintió responsable de la aniquilación de la Resistencia. Ella entendió cómo era eso, y se preparó. Ella no iba a culparlo ni un poco por acostarse a lado de ella; ella sólo lo iba a aceptar.

Él no se acostó. Poe dijo:

—Sólo nos quedan ocho horas ¿Ahora qué sigue?

—¿Qué *nos* queda? —dijo Finn—. Regresaremos a la base.

Poe sacudía la cabeza.

—No hay tiempo para volver. Si ahora nos damos por vencidos, Chewie habrá muerto en vano.

Poe tenía razón. Rey era egoísta por revolcarse en la miseria. Todavía tenía que pensar en la Resistencia, su plan para encontrar la flota Sith. Chewie querría que ella siguiera adelante.

—¿Qué hay por hacer? —preguntó Finn, su voz era tan desesperada como ella se sentía—. Poe, Chewie tenía la daga. Esa era la única guía al artefacto y ya no está.

—Es cierto —dijo C-3PO con tristeza—. La inscripción ahora sólo vive en mi memoria.

Las cabezas de Finn y Poe se volvieron hacia C-3PO, y lo inmovilizaron con una mirada colectiva.

—Un segundo —le dijo Poe a C-3PO—. ¿La inscripción que estaba en la daga está en tu memoria?

—Sí, amo Poe. Pero no se puede recobrar la traducción de una lengua prohibida. No sin una derivación total de una memoria editada.

—¿Derivación de qué? —dijo Finn.

C-3PO agitó los brazos.

—¡Es un acto muy peligroso e inmoral, hecho a droides inocentes por rufianes y criminales!

Finn se iluminó.

—¡Hay que hacerlo!

Los ojos de Poe se estrecharon en sus pensamientos.

—Conozco un droidero contrabandista.

—¿Droidero contrabandista? —exclamó C-3PO.

Poe parecía casi disculpándose cuando agregó:

—Pero está en Kijimi.

—¿Pasó algo en Kijimi? —preguntó Finn.

Poe parecía dudar en responder. Ante la mirada de insistencia de Finn, dijo:

—Corrí con mala suerte en Kijimi… —suspiró y luego agregó— pero si esta misión fracasa, todo fue para nada. Toda esta lucha. Todo este tiempo.

—Estamos juntos. Hasta el final. —Finn asintió con la cabeza.

Rey había estado mirando de un lado a otro entre ellos mientras hablaban, sin ofrecer nada, aún esperando que la culpasen, tal vez incluso comenzaran a gritar. Pero no lo hicieron. Ni una sola vez. En cambio, ambos la miraron para pedirle su opinión. Ambos aún confiaban en ella, incluso Finn, que conocía su secreto más oscuro.

Ella no pudo hablar cuando extendió la mano y tomó la mano de Finn. A su vez, Finn miró a Poe y extendió su propia mano. Poe se encogió de hombros una vez y luego la tomó.

—Por Chewie —se ahogó Rey.

C-3PO se tambaleó hacia ellos y valientemente intentó unir sus manos, a pesar del hecho de que no tenía una articulación completa de sus codos o una conciencia espacial adecuada.

Sin darse cuenta de que accidentalmente golpeó los pies de Finn con los suyos, duros y metálicos, C-3PO dijo solemnemente:

—Por el wookiee.

Jamás subestimes a un droide, pensó Rey.

Se tomaron de la mano por un largo momento.

Poe fue el primero en dejarlo ir.

—Kijimi —dijo, y se fue a la cabina para terminar su diagnóstico. Finn lo siguió. Rey estaba a punto de ir tras ellos y ser útil, pero BB-8 le llamó la atención cuando rodó hacia la esquina, donde un viejo y grumoso paño estaba desechado. Abrió un puerto y extendió su pincho con el brazo, tiró de la tela.

Debajo había un droide verde oxidado, tan sin vida y frío como un pedazo de chatarra. Era pequeño, con una cabeza cónica y un mecanismo monociclo. Los únicos droides que Rey había encontrado que eran tan pequeños se usaban estrictamente para trabajos de mantenimiento y limpieza. Este parecía diferente. Tenía un compartimento motivador y una matriz de transmisores de gama alta.

BB-8 abrió un panel lateral en el pequeño y oxidado droide, se enchufó y comenzó a cargarlo. Rey no estaba segura de qué tan bien funcionaría eso, pero no podía culpar a BB-8 por tratar de dar un poco de su propia fuerza vital para ayudar a otro.

De repente, el pequeño droide estaba reviviendo.

—¡B-b-batería cargada! —el droide anunció. Intentó rodar hacia adelante, pero su rueda dentada chirrió en protesta. Miró a BB-8 con asombro y admiración, zumbando al droide más grande en un tono de adoración.

—¡Hola! —dijo el pequeño droide.

BB-8 retrocedió, diciéndole que lo siguiera. Juntos, rodaron hacia Rey, la pequeña rueda del droide chirriaba con cada rotación.

—¡Ho-ho-hola! —le dijo el droide a Rey—. Soy D-O.

—Hola —dijo Rey, extendiendo la mano para tocarlo, pero D-O retrocedió, encogido en la esquina.

—No-no-no, gracias —dijo.

Ella respetó sus deseos, retirando su mano. Necesitaba mucho lubricante, pero Rey no vio suministros de mantenimiento de droides en ninguna parte de la bodega. ¿Qué clase de persona horrible tenía un droide pero nunca le hacía mantenimiento?

BB-8 emitió una pregunta.

—Alguien seguramente lo maltrató —respondió Rey.

El pequeño D-O ladeó la cabeza.

—No te asustes —le dijo—. Ya estás con nosotros.

El general Hux respiró hondo antes de pisar al puente del *Steadfast*. El *Halcón Milenario* había sido confiscado. Él mismo había supervisado mientras tres TIE lo remolcaban al hangar de incineración.

Pero no sería suficiente.

Ren no estaba actualmente a bordo, pero el general colegiado Pryde sí, y tenía el oído y el favor de Ren. Cualquier cosa que Hux le informara, y el cómo se dijo, se transmitiría con todo detalle. Hux tenía una carta que jugar. Tenía que jugarla con cuidado.

Cuadró los hombros y entró como si tuviera toda la confianza en la galaxia. Los oficiales del puente lo ignoraron cuando se dirigió hacia el general Pryde y se unió a él en la pasarela superior. Un droide conserje salió corriendo de su camino.

—Recobramos la nave de la carroñera —comenzó Hux—, pero ella escapó.

El general Pryde no dijo nada.

—Bajo el mando de los Caballeros de Ren —dijo Hux intencionadamente— sufrimos pérdidas. Destruyeron un transportador…

—Ya leí el reporte —espetó Pryde—. ¿Es todo?

—No, general colegiado —dijo Hux.

A menudo dejaba pequeñas cosas fuera de sus informes. Hux justificaba estas redacciones ante sus superiores citando preocupaciones de seguridad. Pero realmente, era por momentos como este. Hux necesitaba ver la reacción de Pryde, comprender la respuesta del hombre mayor en tiempo real. Si a Pryde se le permitiera leerlo detrás de un

escritorio, en la privacidad de su oficina, Hux nunca sabría cómo eran recibidas las noticias.

—Había otro transportador en el desierto —dijo Hux—, y volvió con un valioso prisionero.

El paso de Pryde se detuvo. Las fuerzas de la Resistencia se habían agotado enormemente en Crait. Cualquiera que quedara era inmensamente valioso.

—¿Un prisionero? —Pryde preguntó.

Hux sonrió.

—Sígame.

Hux llevó a Pryde a la puerta de una celda a las afueras del hangar de incineración. El brillante piso negro a su alrededor estaba salpicado de arena y polvo del planeta Pasaana. Hux estaba a punto de señalarlo al stormtrooper que vigilaba la puerta, pero un droide de la serie MSE-6 se apresuró a ocuparse del desorden, y Hux decidió dejarlo ir. Por ahora.

En cambio, le indicó al stormtrooper que estaban listos.

La puerta se *abrió*, revelando una criatura imposiblemente alta y peluda esposada, rodeada de más troopers. Cuando vio a Hux y Pryde, gimió ruidosamente, revelando dientes largos. Su aliento olía a algo que se había metido en su garganta y había muerto. Dulces estrellas, pero los wookiees eran criaturas repugnantes.

—La bestia solía volar con Han Solo —dijo Hux a Pryde con orgullo.

Rugió el wookiee, echándole el pelo a Hux. El general logró evitar retroceder, pero sintió que sus mejillas temblaban con el esfuerzo.

—Al cuarto de interrogación Seis —dijo Pryde despectivamente.

Pryde se alejó y Hux lo siguió, secretamente aliviado de salir del alcance de esos colmillos.

La ciudad de Kijimi era una vieja y antigua ciudad que había sido tallada lentamente en una ladera nevada a lo largo de los siglos. Sus calles empedradas torcidas en ángulos empinados y estrechos, y los resbaladizos escalones cubiertos de hielo y nieve habían hecho que más de una persona desprevenida lamentara su visita.

Poe se apresuró por un callejón, con la capucha del abrigo apretada contra la cara y el aliento congelando el aire. La nieve se agitó, haciendo que cada paso fuera resbaladizo y peligroso. Estaba mareado, su corazón latía rápidamente y sintió que le dolía la cabeza. Sabía por experiencia que un cuerpo se ajustaba a la altitud eventualmente, pero esperaba que no estuvieran cerca el tiempo suficiente. Mientras tanto, no podía darse el lujo de contraer el mal de altura. Mientras viajaba, tomó muchas respiraciones lentas y profundas para darle a su cuerpo la mayor cantidad de oxígeno posible para trabajar.

Era de noche, pero como todas las grandes ciudades, Kijimi nunca dormía del todo. Las lámparas de aceite, los apliques de sodio y la ventana de cantina ocasional iluminaban las calles de losas. Intentó evitarlos a todos, pegándose a la oscuridad.

Pues los troopers de la Primera Orden estaban en todas partes.

Poe observó desde las sombras cómo un grupo de troopers golpeaban una puerta, exigiendo la entrada. Al final de la calle, encontró a una pequeña familia acurrucada debajo de un saliente, tratando de desaparecer en la piedra. Otro giro, otro conjunto de pasos, y Poe vio a un snowtrooper arrastrar a una pequeña niña que lloraba lejos de su madre. Deseó que hubiera algo que pudiera hacer para ayudar.

Había. Encontrar ese droidero, traducir la daga y destruir la flota de Destructores Estelares podría detener todo esto definitivamente. Sólo tenía que averiguar cómo.

Poe entró en el Barrio de los Ladrones y los callejones se estrecharon. Un hedor nocivo lo hizo hacer una mueca. La alcantarilla estaba obstruida. Lo que significaba que uno de los sindicatos criminales se había apoderado de este territorio. Probablemente los Recolectores Intracluster, que eran conocidos por diferir el mantenimiento, dejando que las comodidades básicas como la plomería y la electricidad cayeran en mal estado sólo para ahorrar algunos créditos.

Le rompió un poco el corazón. En el mejor de los casos, sus recuerdos de Kijimi eran confusos, pero odiaba ver el lugar aún más deteriorado, estrangulado por la ocupación de la Primera Orden. Estaba sucediendo en el sistema Yavin, en Corellia, y ahora incluso mundos distantes como Pasaana no estaban a salvo. La Primera Orden quemó todo lo que hizo que la galaxia fuera liviana y hermosa. Kijimi, como tantos otros, ahora era una sombra de lo que solía ser.

Poe finalmente llegó a sus amigos, que lo habían estado esperando en una alcoba oscura. Rey, Finn e incluso C-3PO llevaban abrigos largos con capucha, que Poe había liberado de la Casa del Gremio de Opranko. El droide de protocolo le había informado a Poe que su termostato interno hacía innecesario un abrigo, pero no obstante le agradeció. Poe le había ordenado a C-3PO que mantuviera su capucha sobre su brillante, estúpida y dorada cabeza sin importar nada.

Sólo BB-8 y su pequeño amigo nuevo no se disfrazaron.

—Están en todos lados —les dijo Poe a todos—. Okay, ya sé qué hay que hacer.

—Yo también: deberíamos irnos —dijo C-3PO, demasiado fuerte—. ¿Quién vota nos vayamos?

—Por favor cállate, Threepio —ordenó Poe. ¿El droide alguna vez modulaba el volumen de su voz?—. Síganme.

Sólo habían dado dos pasos antes de que Poe los detuviera nuevamente. El droide con cabeza de cono chillaba como un roedor moribundo.

—¿Hay algo que podamos hacer al respecto? —preguntó.

—Amo Poe —dijo C-3PO—, yo llevaré.

Se inclinó, recogió al pequeño androide y lo acunó bajo su brazo. Rey extendió la mano y cerró el abrigo de C-3PO, cubriéndolos a ambos.

—Gracias, gracias —llegó una voz apagada.

Partieron de nuevo. Su nariz y mejillas estaban entumecidas en el aire helado. Hormiguearían y picarían como loco cuando finalmente se calentaran. En el pasado, muchos de sus amigos habían sufrido congelación en este lugar. Una de las muchas razones por las que se alegró de dejarlo atrás.

Poe los condujo por las calles retorcidas, subió un tramo de escaleras, haciendo todo lo posible para evitar escuadrones de troopers y vigías. Casi esperaba que Finn o Rey lo interrogaran sobre cómo sabía tanto sobre este lugar; habían sido implacables en el vuelo, preguntándole acerca de burlar las cerraduras de speeders, encontrar escondites de contrabandistas, todo eso. Pero estaban tan silenciosos como una tumba mientras se arrastraban por los estrechos pasillos, tensos por el estado de alerta.

Estaban cerca de su destino.

—No hay nadie —susurró Poe—. Hay que seguir esta calle, no…

La punta de un cañón bláster se apoya de repente en su cráneo. Poe cerró los ojos. Había tenido miedo de esto. No importa lo astuto que eras, en Kijimi alguien más era más astuto.

—Oí que te vieron en Monk's Gate —llegó una voz femenina, filtrada a través de una bocina de casco. Conocía esa voz, incluso a través de una bocina—. Pensé —continuó— *«no es tan estúpido como para volver».*

—Oh, te sorprenderías —contestó.

Se atrevió a mirarla.

Zorii Bliss era alta y ágil, con un traje de vuelo granate adornado con bronce cobrizo. Justo como la recordaba. Excepto que sus blásters gemelos eran más nuevos, y su casco y visor —que cubrían toda su cara— tenían algunos golpes más.

—¿Quién es? —dijo Rey.

—¿Qué sucede? —agregó Finn.

—Conozcan a Zorii. Zorii, ellos son Rey y Finn…

La presión del bláster contra su cráneo se hizo más profunda.

—Puedo tirar del gatillo ahora mismo —interrumpió Zorii con frustración.

—Has hecho cosas peores.

—Por menos que esto.

—¿Tal vez quieres que hablemos de esto? —preguntó.

—Quiero ver tus sesos en la nieve.

—¿Sigues molesta?

—¿Qué es esto? —dijo Rey. Poe conocía esa mirada. Su amiga estaba recurriendo a la Fuerza. Tenía que calmar esta situación rápidamente.

—Realmente —dijo Zorii—, esperaba no volver a verte, Poe Dameron de la Resistencia.

Habló como si la palabra *Resistencia* le supiera podrida en la boca.

—¡Oh, *todos* estamos en la Resistencia! —dijo C-3PO.

—¡Threepio! —Finn espetó—. Cierra. La. Boca.

De vez en cuando, en realidad era mejor hablar con la verdad. *«Aquí no pasa nada»*, pensó Poe.

—Zorii, ayúdanos —dijo—. Hay que abrirle el cráneo a este droide ya.

—Discúlpeme, ¿cómo que…? —dijo C-3PO indignado.

—Estamos buscando a Babu Frik —interrumpió Poe.

—¿Babu? —repitió Zorii—. Babu trabaja con la banda. Eso ya no te incluye. —Con la palabra *incluye*, la presión sobre su cráneo se hizo insoportable.

Rey miró de un lado a otro entre ellos.

—¿Qué «banda»? —ella preguntó.

—Ah, ¿nunca lo mencionó? —dijo Zorii, en un tono nada gracioso—. Su amigo antes era traficante de especias.

Los hombros de Poe se desinflaron. Allí estaba. Ahora no tendría fin.

—Espera, espera, espera —dijo Finn en el momento justo—. ¿Fuiste traficante?

—¿Fuiste un stormtrooper? —Poe replicó.

—¿Fuiste traficante? —Rey presionó.

—¿Fuiste una carroñera? Tengo toda la noche…

Dos figuras se materializaron en la oscuridad, seres altos y armados, uno de cada dirección, bloqueando sus salidas. Zorii movió su bláster al cuello de Poe.

—No tienen toda la noche —le escupió Zorii—. Ni siquiera tienes *ahora*. Aún no salgo del agujero en el que me dejaste para unirte a la Resistencia. —Su mirada se dirigió a Rey—. Tú eres a la que están buscando. El precio por ella tal vez nos alcance. —A los matones que se acercaban, les ordenó—. ¡Djak'kankah!

—¡No Djak'kankah! —protestó Poe, pero Rey ya se movía como un rayo, levantando su bastón para quitarle el bláster de Zorii de la mano. En el mismo movimiento fluido, ella giró su bastón, golpeó el extremo en la cara de uno de los matones de Zorii, luego lo levantó arrojándolo como una lanza contra el rostro del otro.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Rey había encendido su sable de luz y había llevado la punta al cuello de Zorii. Zorii tenía que escuchar el crujido cerca de su oreja, tenía que darse cuenta de que había sido atrapada con una antigua arma Jedi.

Pero las reacciones de Zorii siempre estuvieron ocultas por ese casco.

A Poe no le importó admitir que se sentía un poco engreído cuando Rey dijo, con una voz sobrenaturalmente amable:

—En serio te *necesitamos*, ¿puedes?

Zorii estudió a Rey a través de su máscara. Poe podía escuchar su respiración, escucharla *pensar*.

—Dudo que te importe —dijo finalmente Zorii, su voz tan fría y firme como siempre, su máscara aún cerrada—, pero me caes bien.

Rey parpadeó.

—Sí importa —retiró su sable de luz y se lo sujetó al cinturón.

Zorii miró a Poe. Un poco de tensión dejó sus hombros cuando tomó una decisión.

—Podemos llegar a Babu a través del Barrio de los Ladrones.

Ella se fue, y Poe indicó a sus amigos que la siguieran. Detrás de ellos vino el inconfundible trotar de los stormtroopers marchando en formación. Salieron del callejón antes de que pudieran ser vistos.

Mientras viajaban por un pasadizo nevado, Finn se inclinó hacia él y le susurró:

—Poe Dameron: El Traficante. Traficante de especias.

—Bueno ya.

—¡Lleve sus especias!

Miró a Rey, que estaba en silencio y frunciendo el ceño, perdida en sus propios pensamientos. O tal vez ella estaba concentrada. Sintiendo algo.

CAPÍTULO 9

Rey no podía evitar tratar de calcular el valor en porciones de todo lo que veía.

El taller de Babu Frik era un laberinto estrecho de herramientas y piezas de droides. Las paredes estaban completamente oscurecidas por estantes, amontonados con alambres y aparatos electrónicos. Cada superficie de la mesa estaba cubierta, cada rincón y grieta llena hasta desbordarse. Partes incluso cubiertas del techo por encima; Rey notó un par de piernas desmembradas colgando, posiblemente de un viejo droide de batalla.

Era una fortuna en partes. Esa cabeza en forma de cúpula de astromecánico, por ejemplo, estaba en perfecto estado. Estaba hecha de plastex, lo que significaba que sería fácil pulir las marcas de quemaduras y venderla por…

Algo golpeó su pie. Un droide de limpieza secó un poco de nieve derretida que habían arrastrado, y luego se escapó.

—No tengo ni la más mínima idea de por qué acepté esto —dijo C-3PO, atrayendo la atención de Rey hacia el droide—. Debo estar averiado.

Estaba reclinado en un banco de trabajo, con tantos cables sobresaliendo de su cabeza que casi parecía que le había crecido pelaje.

—Vas a estar bien —le aseguró Rey.

Babu Frik por sí mismo era casi invisible, escondido detrás de la placa de la cabeza trasera de C-3PO. Era uno de los seres más pequeños que Rey había visto, su altura apenas se extendía tanto como su antebrazo. Se asomó en la cabeza de C-3PO con una sonda eléctrica, murmurando en anzellan, ocasionalmente intercalado con palabras en Básico. Tenía un rostro canoso resaltado por ojos brillantes e inteligentes y cejas grises tan largas y rígidas como escobas. Las gafas de soldar que llevaba en la parte superior de la cabeza estaban blindadas contra quemaduras. ¿En qué tipo de trabajo peligroso estuvo este tipo involucrado para requerir armadura de trabajo de grado militar?

Rey se agachó a su lado.

—¿Babu Frik? —dijo ella—. ¿Sí nos podrá ayudar?

Babu respondió, pero Rey no tenía idea de lo que estaba diciendo. Miró hacia la traficante de especias.

—¿Zorii? —dijo Rey—. ¿Sí va a funcionar?

Zorii dijo algo en anzellan, y Babu respondió como si estuviera molesto por ser interrumpido. Las palabras fueron encantadoras, chocando entre sí de manera rápida y cortante, como piezas de metal que caen en un tanque derretido. Rey deseaba tener tiempo para aprender el idioma.

—Dice que ha hay algo en el banco de memoria prohibida del droide —dijo Zorii—, palabras traducidas del… ¿*Sith*?

—¡Eso es! —dijo Rey.

—Sí, son esos datos —afirmó Finn.

La traficante de especias se volvió hacia Poe.

—¿Con quién te estás juntando que habla Sith? —preguntó Zorii, y Rey podría haber jurado que Zorii miró hacia el sable de luz en su cinturón.

—Babu, ¿puedes obligarlo a traducir? —preguntó Poe.

Zorii y Babu hablaron de un lado a otro. Entonces Zorii dijo:

—Sí. Pero causará una completa…

—Completa limpieza de memoria —completó C-3PO con voz temblorosa.

—A ver, a ver —le dijo Poe a Babu—. ¿Si lo forzamos a traducirlo se va a olvidar… de todo?

—¡Droide memoria queda in blanco! —dijo Babu.

—¡No! —dijo C-3PO.

—Blancoblanco —dijo Babu.

—Tiene que haber otro modo —declaró C-3PO.

—¿Qué Artoo no respalda tu memoria? —preguntó Finn.

—Ay, por favor —dijo C-3PO—. El almacenamiento de Artoo jamás ha sido confiable.

Rey odiaba esto. C-3PO tenía razón, por supuesto, en cierto modo. Leia le había contado un poco sobre la historia del droide. Junto con R2-D2, habían sobrevivido a la Guerra de los Clones, la Guerra Civil Galáctica y ahora la Resistencia contra la Primera Orden. El padre de Leia, Anakin, había construido a C-3PO cuando era un niño pequeño. Pero el droide dorado lo recordaba poco. Su memoria había sido borrada al menos una vez, que Leia supiera. Rey no estaba segura de que pudiera soportar hacerle eso otra vez.

—*Conoces* mejor las probabilidades —dijo Rey suavemente—. ¿Tenemos opción?

C-3PO guardó silencio un largo momento, considerando. Murmuró:

—Si esta misión fracasa, todo fue para nada. Toda esta lucha. Todo este tiempo.

Las palabras exactas de Poe de antes, antes de que se tomaran de la mano y se comprometieran a seguir adelante. Los droides continuaban asombrándola.

C-3PO levantó la vista. Su mirada se movió a cada uno de ellos, deteniéndose en una cara y luego en otra.

—¿Ahora qué haces, Threepio? —Poe preguntó.

—Estoy viendo por última vez, señor. A mis amigos.

Todos se quedaron en silencio, observando a C-3PO decir adiós en voz baja. Rey apenas podía creer que esto sucediera. Había perdido a Chewie, y ahora podría perder a C-3PO. ¿Cuánta pérdida podría soportar una persona?

—Triste —comentó D-O.

El sonido de un gran vehículo se filtró a través de las paredes. Babu ladeó la cabeza y dijo:

—Oh-oh.

Zorii se aclaró la garganta.

—Ya son las patrullas nocturnas. Iré a vigilar —se movió como para irse.

—Yo te acompaño —dijo Poe.

—Aún no confías en mí ¿eh? —dijo Zorii, riéndose un poco.

—¿Tú confías en mí? —preguntó.

—Nop.

Juntos, Zorii y Poe salieron del taller. Rey los observó irse, preguntándose hasta dónde podría insistir a Poe para hablar sobre su historia con la traficante de especias.

Después de que se fueron, C-3PO se dirigió a Babu Frik con una voz valiente y firme:

—Puede proceder.

Poe y Zorii se sentaron en la azotea del taller de Babu. La ciudad se extendía ante ellos, oscura y helada. Kijimi solía calmarse durante esta hora profunda de la noche, pero ya no. Destellos láser brillaron brevemente entre edificios. Gritos distantes resonaron extrañamente sobre los tejados. A varias cuadras de distancia, un caminante UA-TT de la Primera Orden caminó por las calles. Poe observó a una pequeña figura alejarse de sus pesados pasos, huyendo por su vida.

Estaba contento de que Zorii hubiera traído un termo, porque realmente necesitaba un trago.

Poe levantó el termo y le dio un sorbo. El líquido le quemó la garganta y le calentó el interior. Él suspiró. Habían pasado años desde que cualquier skordu había pasado por sus labios. Era una bebida popular en Kijimi, destilada de un hongo de gran altitud que crecía en cuevas y grietas heladas. La leyenda local era que los monjes Dai Bendu lo habían inventado por primera vez, cuando la ciudad de Kijimi había sido un bastión religioso —casi un lugar sagrado— antes de que la ciudad fuera invadida por ladrones, colonos y refugiados. Poe no estaba seguro de creer que la ciudad de Kijimi hubiera sido un lugar de paz y contemplación. Pero con un poco de skordu en el vientre, casi podía fingir.

—¿Hace cuánto que pasa esto? —preguntó Poe. Miró hacia los tejados. La ciudad de Kijimi era una ciudad para beber, porque beber mantenía el cuerpo caliente. Las cantinas que vendían skordu o ultra-Ox hacían una fortuna. Si pudiera hacerlo todo de nuevo, podría considerar vender alcohol en lugar de especias. Le ofreció a Zorii el termo.

—La Primera Orden se llevó a los niños hace mucho tiempo. Ya no soporto oír los llantos. Ahorré lo suficiente para irme. Viajaré a las colonias —contestó Zorii.

Poe giró la cabeza para mirarla.

Tomó el termo y volteó su rostro. Fuera de la vista, su máscara se abrió de golpe. Ella inclinó la cabeza hacia atrás para tomar un trago. La máscara se cerró de golpe. Zorii le devolvió el termo su rostro estaba cubierto de nuevo.

—¿Cómo? —preguntó—. Las hipervías fueron bloqueadas. —Nadie llegaba a las Colonias en estos días sin una autorización especial. La Primera Orden quería que todos se quedaran aquí, en sectores bien mapeados, donde pudieran ser controlados.

Zorii buscó en el compartimento del cinturón, sacando un pequeño objeto que brilló en el pálido resplandor de una lámpara de aceite cercana. Era redondo como una moneda y enrejado, con un puerto para la conectividad.

Poe silbó en asombro.

—Es de la Primera Orden, el medallón de un capitán. Jamás *vi* uno de verdad —dijo.

—Paso libre por cualquier bloqueo. Permisos de aterrizaje, cualquier vehículo.

—¿A quién sobornaste? ¿Qué pagaste? —Poe preguntó, su voz era incrédula.

Zorii tocó el costado de su máscara. El escudo de su visor se retrajo, revelando finalmente unos ojos verdes sin espacio y profundos que parecían casi amarillos a la luz de la lámpara. Poe tragó saliva. Sus ojos siempre lo habían afectado extrañamente.

—¿Quieres venir conmigo? —dijo ella, sonando de repente vulnerable.

Fue un rápido viaje de regreso a la nave de comando, y no le había dado a Kylo Ren el tiempo suficiente para prepararse. Se detuvo ante la puerta del cuarto de interrogación Seis, reuniendo sus pensamientos.

Tenía todo el poder ahora, se recordó a sí mismo. El wookiee era su pasado. No significaba nada para él.

Kylo abrió la puerta.

Chewbacca estaba encadenado a la pared. Miró a Ren con furia en los ojos.

—No he olvidado que me disparaste —dijo Kylo. Esa herida había resultado en una derrota en manos de Rey. Si hubiera estado en su mejor forma de lucha, la carroñera nunca lo habría derrotado.

Con un gesto de la mano de Kylo, los grilletes de Chewbacca se abrieron y golpearon el suelo. Se quitó el sable de luz de su cinturón. Lo dejó caer al suelo.

—Mátame —se burló Kylo—. Estoy desarmado. Ahora es tu oportunidad. Véngate de Han Solo.

Chewbacca nunca había sido estúpido, por lo que no hizo ningún movimiento. Pero él gruñó, oscuro y bajo.

—¿Sientes eso? —Kylo continuó, sin piedad—. Te hace sentir vivo, ¿no? Que arda el lado oscuro. Te hace *poderoso*. Lo entiendes. La carroñera también lo entenderá.

Sintió una punzada de miedo por parte del wookiee, en nombre de Rey. Kylo sonrió, porque acababa de entrar. Chewbacca amaba a la chica. Con el tiempo, la amaría tanto como a Han Solo.

La forma en que nunca había amado realmente a Ben. Snoke había sido quien le mostró eso.

La voz de Kylo crujió de rabia.

—¿Cuál es su misión? ¿A dónde va ella?, dame la respuesta… o la tomaré yo mismo.

Debería haber sido satisfactorio ver a Chewbacca hacer una mueca de miedo. Kylo debería haber sentido placer al acercarse a la Fuerza, insertándose en la mente del wookiee, arrancando sus recuerdos y pensamientos.

En cambio, fue agotador. Vio destellos del wookiee riéndose con un Han Solo mucho más joven de lo que él mismo recordaba. Sintió la alegría de Chewbacca cuando su mejor amigo se casó con la mujer que había amado como una hermana. Vio al wookiee acurrucando a un niño humano, enseñándole a un niño mayor a volar un speeder, practicar tiro al blanco con un joven, con sus blásters aturdidores contra un muñeco hecho de rocas improvisado.

Tío Chewie, lo había llamado en aquel entonces.

Las náuseas rodaron en la boca del estómago de Kylo cuando finalmente se alejó del cuarto de interrogación Seis. Había conseguido lo que necesitaba. Seguramente la sensación de triunfo vendría pronto.

Dentro del taller, Rey vio a Babu operar en C-3PO. La placa de la cabeza del droide de protocolo había sido removida, y Babu estaba hasta los codos dentro de la cabeza de C-3PO. A distancia, a través de los muros de piedra del edificio, llegó el sonido apagado de los gritos. Incendio ocasional. Rey no estaba segura de si la Primera Orden estaba destrozando la ciudad buscándolos, o si era así todo el tiempo.

Miró hacia Finn, que hizo una mueca ante cada sonido de batalla. No con miedo, notó, sino con empatía. Era una de las personas más amables que había conocido. No, el más amable.

Rey había esperado tanto tiempo en Jakku para que sus padres volvieran por ella, tallando los días contra la pared de metal de su casa AT-AT. Nadie lo hizo nunca. Tenía vagos recuerdos de Unkar Plutt criándola durante unos años de una manera poco entusiasta y despiadada, antes de echarla al desierto para valerse por sí misma como una niña pequeña. Incluso él nunca se había molestado en verla. Importarle.

Pero luego conoció a Finn, y después de un corto tiempo juntos, fue capturada por Kylo Ren y llevada a la Base Starkiller.

Fue entonces cuando Finn había hecho algo que nadie en su vida había hecho antes, lo que había anhelado que hicieran sus padres: había venido a buscarla. Poniéndose él mismo en peligro. Antes de que nadie supiera que ella podía empuñar un sable de luz o usar la Fuerza o algo de eso. Ella no era nada, sólo otra carroñera de otro planeta abandonado por Dios, cuando Finn había arriesgado su vida para salvar la de ella. Y eso nunca lo olvidaría.

Saltaron chispas de la cabeza de C-3PO, sorprendiéndola. No podía soportar verlo más.

Rey se alejó, fuera de la vista, y se agachó en el suelo. BB-8 se dio la vuelta y le zumbó suavemente. Detrás de él vino D-O, siguiendo a BB-8 con entusiasmo, su monociclo rechinaba con cada revolución.

Rey agarró una lata de aceite y se dirigió hacia el pequeño droide, que retrocedió al ver a Rey cerniéndose sobre él, con un objeto desconocido en su mano.

—Es sólo aceite —dijo suavemente—. No dolerá. Lo prometo.

Hux se unió a Pryde y al almirante Griss para seguir al Líder Supremo Kylo Ren mientras se alejaba de la bahía del hangar y los cuartos de interrogatorios. Ren dijo:

—Quiero que traigan todas las pertenencias del wookiee a mis aposentos.

Hux ocultó su sonrisa. Ren estaba prácticamente haciendo espuma en la boca. Tenía una historia con el copiloto de su padre, y ver al wookiee le había hecho algo. El Líder Supremo probablemente no estaba pensando con la cabeza despejada. Bien.

—Reporte, general Pryde _pidió Kylo Ren.

—Hubo una novedad, señor —dijo el general Pryde—. Los Caballeros de Ren dieron con la carroñera.

La zancada de Ren se detuvo.

—En un asentamiento llamado Kijimi —agregó el almirante Griss.

—Están buscando allí ahora —agregó Pryde.

Hux necesitaba insertarse antes de que sus compañeros trajeran más buenas noticias. Él preguntó:

—¿Destruiremos la ciudad, Supremo…?

Ren metió un dedo largo en la cara de Hux y lo hizo callar.

—Establezcan el curso a Kijimi. Quiero que la traigan viva.

Sus palabras le indicaron a todos que se marcharan, y Kylo Ren se apresuró a salir solo. Hux se paró con las manos entrelazadas a la espalda y lo observó irse, preguntándose cómo siempre se las arreglaba para decir algo incorrecto.

La nieve caía, derritiéndose contra el casco de Zorii. Poe la miró fijamente. ¿Cómo le dices que no a los ojos así?

Él suspiró. Piensas en todos los demás que le importan, como debe ser.

—No puedo abandonar la guerra —dijo Poe a Zorii—. No hasta que termine… tal vez ya lo hizo.

A medida que la noche de Kijimi se hacía aún más fría, Poe recordó algo que Leia le recordaba constantemente: *siempre recluta*.

—La Resistencia podría usar un piloto como tú —le dijo a Zorii. En verdad, ella era una gran piloto, gracias en gran parte a *su* enseñanza y esfuerzo—. No hemos llegado a casi nadie.

Luego cerró la boca de golpe. Admitir cuán terribles se habían vuelto las cosas probablemente no era la mejor estrategia de reclutamiento. Fue el maldito skordu lo que lo hizo tan impertinente.

—¿Por qué? —dijo ella—. Se escucha de células rebeldes por toda la galaxia.

—Sólo historias —murmuró, mirándose las manos—. Se envió una señal de auxilio en la Batalla de Crait. No fue nadie. Todos tienen tanto *miedo*… se rindieron al fin.

Desde entonces, quedó claro que la Primera Orden controlaba tantas líneas de comunicación, tenía tantos bloqueadores operando en ubicaciones estratégicas en toda la galaxia, que no podían estar seguros de que su señal de auxilio hubiese sido escuchada. Leia y Poe habían pasado los meses siguientes intentando volver a conectarse con viejos aliados y amigos, restablecer las comunicaciones, reforzar su red de simpatizantes y espías. Incluso se pusieron en contacto con antiguos imperiales y rescataron a algunos objetivos de la Primera Orden de alto perfil del encarcelamiento. Pero su progreso había sido dolorosamente incremental, y Poe no pudo sacudir su mayor temor, que la verdadera razón por la que nadie acudió fue porque todos habían perdido la esperanza.

—No creo que tú creas eso —contestó Ella miró hacia las cimas irregulares de las montañas; a esta hora de la noche parecían navajas de sombra enormes—. ¡Oye! Para ganar primero te hacen sentirte solo, ¿recuerdas? —dijo mientras Poe asentía con la cabeza en silencio—. Hay más de nosotros.

A lo largo del oscuro horizonte, apareció un puñado de naves, pequeñas al principio, pero cada vez más grandes a medida que se acercaban. Cuando rompieron los límites de la ciudad, se extendieron y encendieron enormes reflectores. Las luces se movían de un lado a otro, iluminando secciones de la ciudad más brillantes que el día.

—¿Qué demonios son esos? —preguntó Poe.

Zorii se puso de pie.

—Tu señal para irte.

Las primeras gotas de lubricante que Rey aplicó a D-O no hicieron absolutamente nada. Estaba más seco que la meseta de Rakith en pleno verano. Pero él emitió un suave zumbido de felicidad, por lo que ella lo siguió, aplicándolo a la articulación de su cabeza, el rotor de su rueda, incluso la base de su conjunto de comunicaciones.

—Rueda rechina —le informó solemnemente—. M-m-m-m-mi rueda rechina.

—Ahora intenta —dijo Rey.

Rodó de un lado a otro experimentalmente. No hay sonido.

—Rechinido eliminado —dijo. Luego aulló de alegría y se lanzó a una carrera desenfrenada, dando vueltas alrededor del taller, rodeando a BB-8 como si lo invitara a jugar.

—Gracias. Muy amable.

Finn se acercó para ver de qué se trataba el alboroto y sonrió. Le dio a Rey un ligero codazo como si dijera: *Buen trabajo*.

—Algo de todo esto no está bien —dijo Rey, su mirada en el pequeño droide—. Sé dónde la he visto… la nave de Ochi. Conozco esa nave.

Finn se encogió un poco.

—¿Qué?

Rey respiró hondo. Decirlo en voz alta lo haría realidad.

—Cuando mis padres se fueron. Iban en esa nave.

Finn se inclinó hacia ella, con preocupación en todos sus rasgos. Él entendía lo importante que era esto.

—¿Estás *segura*?

Zorii entró corriendo, Poe pisándole los talones.

—Se aproxima un destructor —dijo.

—Es hora de irnos ¿Lo logró? —dijo Poe—. ¿Babu?

Rey y Finn intercambiaron una mirada de sorpresa. No podían irse; ¡Babu aún no terminaba!

Pero otra chispa apareció sobre la cabeza de C-3PO, y Babu bajó para darle espacio al droide.

—Sí —dijo Babu—. ¡Droide está listo!

Algo dentro de C-3PO parecía ronronear, como si se estuviera encendiendo después de una larga siesta. Sus ojos destellaron, brillantes, misteriosamente rojos. Ladeó la cabeza para mirarlos a todos: un movimiento brusco, rudo y casi hostil.

—Está bien —dijo Babu—. ¡Es desbloquear! ¡Desbloqueo de droides!

Pero el corazón de Rey se hundió. No importa lo que sucedió después, no importa si tuvieron éxito, ella había perdido a otro amigo. El droide que solía ser C-3PO se sentó y habló, sus entonadores vocales usaron una nueva modulación extraña que era oscura y baja.

—El orientador del Emperador está en la Bóveda Imperial. En delta-tres-seis transitorio nueve-tres-seis con tres-dos en una luna en el sistema Endor. Desde la costa sur. Sólo esta daga indica, sólo esta daga indica…

El droide se sacudió una vez, luego se desplomó como si se estuviera apagando. Sus ojos se oscurecieron, su cuerpo se detuvo.

Oh, Threepio, lo siento mucho, pensó Rey.

—El sistema Endor —dijo Finn—. ¿Dónde acabó la otra guerra?

—¡Endor! —dijo Babu entusiasmado—. Yo sé eso. Babu te ayudará.

El pequeño droidero comenzó a buscar algo, pero todo el taller comenzó a vibrar. Pernos y tornillos derramados de los estantes. Las piernas de droides de batalla que colgaban del techo se balancearon violentamente.

Poe corrió hacia la ventana más cercana y Rey lo siguió. Juntos se asomaron a la noche.

Un Destructor Estelar masivo cruzó las montañas y bloqueó el cielo. El retroceso de sus propulsores sacudió la ciudad, arrojando basura y nieve suelta, creando caos.

—El destructor de Ren —dijo Rey.

Los había encontrado de nuevo. Rey se tensó para huir. Si corrían por el carguero de Ochi en este momento, podrían tener una oportunidad. Estaba a punto de decir eso, pero jadeó en su lugar.

Kylo Ren estaba cerca. Y su mente conflictiva estaba pensando en la tortura. Había arrancado los pensamientos de alguien, de la misma manera que había tratado de arrancar los de ella cuando se conocieron, excepto con resultados mucho mayores…

Se le revolvió el estómago.

—¿Rey? —dijo Finn.

—Chewie… —Ren le había hecho algo. Recientemente. Quizás sólo hace unos momentos.

—¿Qué pasa? Dime.

—Está en esa nave. Está con vida —ella no había matado a Chewie después de todo. Todavía podría salvarlo—. ¡Está vivo! ¡Tal vez viajaba en otro transporte!

—¡Hay que rescatarlo! —dijo Finn.

La voz de Zorii salió casi como un chillido.

—¿Su amigo está en esa lata espacial?

—Creo que sí lo está —dijo Poe, con una voz tan alegre como Rey se sintió.

Algo retumbó dentro del taller, y todos giraron. La mano de Poe voló hacia su bláster. Fue C-3PO, reiniciando. Sus ojos brillaron con un dorado familiar.

—¡Permítanme presentarme! ¡Yo soy See-Threepio, relaciones cibernético-humanas! ¿Y ustedes son…?

—Okay, esto va a ser un problema —dijo Poe, pero el alivio de Rey fue como un golpe en el estómago. El droide había regresado, en cierta apariencia de su antiguo yo.

—Hola —dijo Babu—. Yo, Babu Frik.

—¡Hola! ¿Qué tal? —saludó C-3PO.

—Tienen problemas mayores —les recordó Zorii—. A los callejones. ¡Vámonos!

El sonido de la persecución los rodeaba cuando Poe y sus amigos se apresuraron por las torcidas calles de la ciudad de Kijimi, manteniéndose en silencio para evitar a los troopers. Pero su grupo era tan rápido como su miembro más lento, que era C-3PO. Siempre C-3PO, arrastrando los pies a la mitad de la velocidad de todos los demás. Si

Leia estuviera aquí, sin duda sacaría una lección de liderazgo de eso. Pero ella no estaba aquí. Poe dijo:

—¡Threepio, mueve tu trasero de metal! ¡Falta poco!

—¿Cómo se *atreve*? —dijo el droide—. ¡Apenas nos *conocemos*!

Doblaron una esquina. El carguero de Ochi estaba en línea recta, y el pecho de Poe estaba repentinamente adolorido y vacío. Al menos esta vez no se iría sin decir adiós.

Zorii y Rey intercambiaron un asentimiento, y luego, de mutuo acuerdo, Rey se adelantó con Finn y los droides, dándoles a Poe y Zorii un momento a solas.

Zorii sacó el medallón del capitán de su cinturón y se lo entregó.

—Poe, tal vez te suba a una nave capital —dijo—. Ayuda a tu amigo.

Poe contempló el medallón y se le cortó la respiración. El hecho de que Zorii se negara a hablar sobre su adquisición significaba que había hecho cosas indescriptibles para obtenerlo. Él dijo:

—Zorii, no creo que sea justo que.

—No me importa lo que creas.

Poe sonrió. Sigue siendo la misma Zorii.

—¡Tenemos que irnos! —vino la voz de Rey—. Son los Caballeros ¡Ahora!

Poe tomó el medallón, pero sus pies estaban paralizados. ¿Cómo podría dejar a Zorii de *nuevo*? ¿Qué diría en un momento como este? Se conformó con:

—¿Ni un besito?

—Vete —ordenó ella, empujando su pecho, pero él notó con aire de suficiencia la diversión en su voz.

De mala gana, sonriendo sólo un poco, se alejó de Zorii y luego corrió tras sus amigos.

CAPÍTULO 10

Finn siguió a Poe y Rey mientras corrían hacia la cabina. Rey tomó el asiento del piloto y Poe se deslizó en el asiento a su lado. Ambos comenzaron a mover una vertiginosa variedad de interruptores. Se encendieron las luces y los motores cobraron vida. Finn trató de prestar atención. A diferencia de Rey y Poe, él no era un piloto natural, pero se suponía que debía estar aprendiendo cosas de pilotaje. Leia esperaba que cada miembro de su equipo central pudiera volar algo en un apuro.

—Sujétense bien —dijo Poe—. Estamos subiendo en caliente.

En el *Halcón*, «subir en caliente» significaba que era mejor que Finn llegara a la estación de la torreta, pero no había nada que un tercer pasajero pudiera hacer en el *Legado de Bestoon*; la cabina ni siquiera tenía un lugar para sentarse. Hasta que hubiera algo para que él le disparara con un bláster, Finn tendría que conformarse con aferrarse y ofrecerle ánimo. Era bueno alentando. Podía animar todo el día.

—Uh, los dos van muy bien —murmuró.

Rey los levantó del planeta en un ángulo tan rápido y empinado que los compensadores de aceleración no pudieron evitar que el estómago de Finn cayera sobre sus pies y presionase como plomo contra el piso. En unos instantes habían despejado la atmósfera y se estaban acercando rápidamente al enorme Destructor Estelar que sin duda era la nave de mando de Kylo Ren.

¿Cómo es que siempre terminaba volando *hacia* las naves de la Primera Orden?

Poe deslizó el medallón del capitán de Zorii en la ranura del tablero. BB-8 y D-O entraron en la cabina, lo que hizo que el lugar fuera un poco estrecho, pero a Finn no le importó. Cuando estabas a punto de tratar de escabullirte a bordo de una nave enemiga —*nuevamente*— y tu corazón se aceleraba y tus pies estaban ansiosos de huir, era útil tener algo bloqueando tu salida.

Todos en la cabina estaban completamente en silencio mientras esperaban para ver si iban a volar en pedazos.

Algo sonó y los hombros de Poe se desplomaron de alivio.

—El medallón funciona —dijo—. Podemos aterrizar en el hangar doce.

—Resiste, Chewie —murmuró Rey—. Ya vamos.

—Quienquiera que sea este Chewie —dijo C-3PO—, esto es una locura.

Hubo un tiempo en que Finn habría estado de acuerdo con el droide, antes de que tuviera amigos.

El tráfico era pesado, con naves de suministros, TIE y transbordadores volando hacia y desde los diversos hangares. Rey los inclinó cuidadosamente hacia uno, disminuyendo la velocidad a la velocidad de regulación, deslizándose a través del campo de contención, tocando con el carguero en el brillante piso del hangar con el aterrizaje más ligero.

Juntos corrieron por la rampa. Dos troopers patrulleros se acercaron, pisando al unísono. Uno dijo:

—Credenciales y manifiesto…

Finn le disparó. Poe al otro. Ambos se derrumbaron en el suelo. Demasiado espacio para escabullirse.

Rey se volvió hacia los droides, que intentaban seguirlo.

—Ustedes tres quédense —dijo.

—Con gusto —dijo C-3PO.

—¿Por dónde? —Poe preguntó.

—No tengo idea. ¡Síganme! —dijo Finn. Porque tenía un presentimiento. Además, había un patrón en la construcción y organización de la Primera Orden que era universal para la flota. Si deambulaba un poco, podría averiguar a dónde ir.

Corrieron por un pasillo. Al igual que en la Base Starkiller, los pisos eran inmaculados, los paneles de luz, los puertos de datos e incluso los puntales de soporte brillaban con la novedad y la tecnología más avanzada. Finn sabía exactamente cuánto trabajo se requería para que todo pareciera que acababa de salir de una línea de montaje corelliana. Prefería la tierra, las hojas caídas y las raíces intrusas de los árboles de la base de Ajan Kloss cualquier día.

Doblaron una esquina y se encontraron cara a cara con otro par de troopers patrulleros, que alzaron sus rifles.

—¡Suelten sus armas! —ordenó uno de ellos.

Finn no quería matar a nadie más. Dejar un rastro de cuerpos por toda la nave dificultaría aún más rescatar a Chewie y escapar. Pero si no tenía otra opción… movió su dedo hacia el gatillo.

Rey dijo, su voz llena de fuerza silenciosa:

—Está bien que estemos aquí.

Finn contuvo el aliento.

—Está bien que estén aquí —hizo eco el stormtrooper.

El otro trooper asintió.

—Es bueno —agregó.

—Les da gusto vernos —dijo Rey.

—¡Qué bueno que llegaron! —dijo el primer trooper, con los hombros flojos.

—¡Bienvenidos! —dijo el segundo.

Poe se inclinó y le susurró al oído a Finn:

—¿Nos ha hecho eso?

Por supuesto que no. Ella nunca… no, espera… definitivamente lo haría. Para protegerlos. Para evitar que uno de ellos la siga al desierto y sea atropellado por el TIE fighter de Kylo Ren.

Oh, diablos.

—Buscamos a un prisionero. Y sus pertenencias —dijo Rey.

Los stormtroopers alegremente dieron instrucciones al bloque de celdas donde estaba recluido Chewie. Después de que los troopers reanudaron su patrulla, Finn y sus amigos se alejaron corriendo. En unos momentos, se separaron en el pasillo, tal como lo habían descrito los stormtroopers.

Rey se detuvo en seco y el corazón de Finn se aceleró en su pecho. Él conocía esa mirada. Significaba que su plan estaba a punto de desviarse.

—Rey, rápido —le recordó.

Medio para sí misma, Rey dijo:

—La daga está en esta nave. Es necesaria.

—¿Por qué? —Poe preguntó.

C-3PO ya lo había traducido, ya les había dado las coordenadas del buscador del Emperador.

—¡Lo presiento! —dijo Rey.

—Rey, no puedes ir… —Poe agarró el brazo de Finn para silenciarlo.

—Los veré en el hangar —salió corriendo antes de que ninguno de los dos pudiera protestar.

—Chewie —le recordó Poe.

Finn asintió y juntos corrieron por el pasillo.

Zorii Bliss se agachó en la azotea de la Casa del Gremio Kozinarg, espiando al escuadrón de snowtroopers que se reunieron en los escalones de Monk’s Gate. Su pie izquierdo resbaló sobre las empinadas baldosas heladas, desprendiendo un poco de hielo y nieve, que se deslizó del techo y cayó al pie de un snowtrooper. Ella se congeló, casi sin atreverse a respirar.

El trooper dio una pequeña patada para librar su pie de nieve, pero por lo demás no reaccionó.

Lenta y silenciosamente, Zorii se agachó a la suela de sus botas y accionó un pequeño interruptor incorporado en el arco. Salieron sus tacos, pequeños picos de metal que eran mucho más ruidosos para caminar, pero cavaban en el hielo más duro, evitando que se resbalara por el techo. También eran bastante buenos en una pelea.

Con su posición ahora segura, Zorii se inclinó hacia delante para escuchar mejor.

Un humanoide alto, vestido de negro con un casco extraño y una capa larga, se dirigió hacia los stormtroopers. A su espalda había una banda de guerreros vestidos de manera similar. No podía ver ninguno de sus rostros, pero sus armas eran muy expresivas. Uno llevaba un hacha, con un mango largo y pesado incluso más alto que él. Otro una porra gigante. Otro más, una retorcida guadaña. La guadaña goteaba con algo oscuro y viscoso.

No eran guerreros entonces. Más bien eran carniceros.

Cuando el hombre vestido de negro se acercó, el oficial del escuadrón llamó la atención.

—Líder Supremo —dijo.

Zorii apenas logró contener su jadeo. El hombre parado debajo con su pandilla de carniceros era el mismísimo Kylo Ren. El hombre responsable de todo el horror que había presenciado estos últimos meses.

—Teniente Barok —dijo el Líder Supremo. Su voz era tensa y tranquila, aunque Zorii tuvo la sensación de que apenas contenía su ira. Miró a su alrededor, casi como si oliera el aire.

—Tenemos un perímetro alrededor de la ciudad… —comenzó el teniente, pero Kylo Ren lo interrumpió.

—Llegamos demasiado tarde —espetó—, la carroñera se ha ido.

La carroñera… ¿Por qué estaba el Líder Supremo de la Primera Orden específicamente aquí por la chica que Zorii acababa de conocer? Rey era notable, eso estaba claro. Ese sable de luz, esas habilidades de lucha… ¿En qué se había metido Poe?

Bueno, no perdería más tiempo preocupándose por ese pastor nerf. El teniente había mencionado un «perímetro» alrededor de la ciudad, y eso era malo para los negocios. Tan pronto como los troopers de la Primera Orden salieran de Monk’s Gate, ella se apresuraría a regresar al foso de los traficantes de especias y le diría a su gente que…

El líder supremo Kylo Ren sacó un sable láser que rebosaba y chispeaba con una luz roja caótica. Lo azotó de un lado a otro con rabia, derribando una columna de piedra, cortando una linterna de aceite neehwa en dos. El escuadrón de snowtroopers se escapó de su ira, pero sus carniceros parecían divertirse.

Cuando terminó, las rocas y los restos de la linterna yacían esparcidos por el suelo, el agua derretida que se acumulaba debajo de ellos ya se estaba congelando en los bordes.

—Ella tuvo ayuda —dijo el Líder Supremo, su voz era tranquila una vez más—. Encuéntrenlos. Destrúyanlos.

Zorii ajustó su plan. Ahora, de alguna manera, tendría que escabullirse de regreso a la guarida de los traficantes de especias, y en lugar de decirles que cobren algunos favores y abran sus rutas de contrabando de emergencia, les ordenaría que se fueran de la ciudad.

Finn y Poe llegaron al bloque de prisioneros y encontraron la celda que supuestamente contenía a Chewie. Finn presionó el interruptor, y la puerta se abrió para revelar al wookiee, inmovilizado en la pared. Gruñó y gimió emocionado, casi demasiado rápido para que Finn lo siguiera con su rudimentaria comprensión de shyriiwook, sólo captó las palabras para «sorprendido» y «peligro» y «mucha alegría».

—¡Claro que vinimos por ti, Chewie! —dijo Poe.

Chewie recitó una pregunta.

—Rey está aquí —dijo Finn—. Conseguirá la daga.

Chewbacca comenzó a parlotear, algo sobre Kylo Ren e información y cuánto lo lamentaba, pero no tuvieron tiempo. Le tomaría unos momentos a la Primera Orden darse

cuenta de que el carguero de Ochi no pertenecía al hangar doce, si es que aún no lo había hecho. Y una vez que eso sucediera, incluso los stormtroopers fuera de servicio serían llamados a unirse a la búsqueda de intrusos. Finn había soportado ese ejercicio cien veces.

—La nave está por aquí —dijo Finn al wookiee, interrumpiéndolo—. Síganme.

Se apresuró por el pasillo hacia una puerta y golpeó el panel. Se deslizó, revelando a una stormtrooper que levantó su bláster.

Finn golpeó el panel nuevamente, cerrando la puerta de golpe.

—¡Por aquí no!

Se alejaron corriendo en la dirección opuesta y se encontraron con otro stormtrooper, que comenzó a disparar. Lo habían tomado por sorpresa, y sus primeros disparos fueron salvajes.

—Ni por ahí ni por ningún lado —dijo Poe, disparando al stormtrooper. Se agachó sobre el trooper caído, desalojó su rifle bláster de debajo del cuerpo y lo deslizó por el suelo hacia Chewie.

El wookiee lo tomó y empujó el rifle justo a tiempo para disparar a dos stormtroopers que habían aparecido detrás de ellos.

Se agacharon en una esquina…

Y casi chocó con todo un escuadrón. Los rifles se agitaron y el corredor se calentó con rayos láser. Poe cayó al suelo, y Finn observó con horror cómo su amigo le apretaba el brazo con dolor.

—¡Poe! —él grito. El brazo del piloto estaba carbonizado y rezumaba. Necesitaba atención médica de inmediato.

De repente, estaban rodeados de troopers, demasiados para que los tres pudieran luchar.

—Ustedes ¡Manos arriba! ¡Suelten sus armas ahora!

Finn levantó las manos en señal de rendición. Sabía exactamente lo que sucedería después: interrogatorio, ejecución. Había estado al borde de la ejecución antes, en el *Supremacía*, con Phasma cerniéndose sobre él. Un hombre no podría esperar razonablemente salir de ese tipo de situación más de una vez.

—Hola, amigos —dijo Poe.

—Cállate, escoria —dijo una stormtrooper, con una voz que le recordaba tanto a Finn a Phasma que tuvo que resistir el impulso de retroceder.

Esperaba que a Rey le fuera mejor. Si encontró esa daga y regresó a la nave, su misión aún tenía una oportunidad.

Rey entró en un espacio brillante y blanco con techos altos y perfectamente limpia. Los aposentos privados de Kylo Ren.

Dio un paso lento, con cuidado, todavía atraída por la daga. La habitación era hermosa y llena de luz, pero carente de calor. Como si no le importara nada ni a nadie.

O tal vez eso no era del todo cierto, porque unos pocos pasos más la llevaron a un pedestal, negro oscuro en contraste con su entorno, que sobresalía sin respuesta del brillante piso blanco. Un lugar de honor.

Sobre el pedestal se mostraba una máscara negra deformada, con los agujeros para los ojos y la bocina todavía abiertos pero derretidos como cera caliente, manchados en una exhibición de agonía perpetua. Ella lo miró por un largo tiempo —demasiado— incapaz de mirar hacia otro lado. Había visto esta máscara en los pensamientos de Ren, cuando había tratado de hurgar el mapa de Luke en su mente en la Base Starkiller. Había pertenecido a su abuelo.

Pero esa horrible máscara no era por lo que había venido, y no quería tener nada que ver con eso. Miró a su alrededor… ¡allí! En una mesa frente al pedestal estaban las cosas de Chewie, su ballesta, su morral y la daga de Ochi.

Ella alcanzó la daga. Envolvió sus dedos alrededor del mango…

Carcajadas. Una mujer que grita: «¡Rey!». Los motores de una nave rugiendo…

—No —susurró Rey, incluso cuando las piezas de un rompecabezas de toda la vida comenzaron a hacer clic en su cabeza. Había soñado con conocer a sus padres, pero cuando el conocimiento comenzó a aclararse en su interior, Rey finalmente consideró que tal vez preferiría no saberlo.

El piso se movió bajo sus pies y el aire se oscureció. Lo que había comenzado como una visión de la Fuerza cambió, se convirtió en una *conexión*.

—Rey —vino la voz de Kylo Ren.

Rey se dio la vuelta. Ren estaba solo frente a ella, enmascarado, rodeado de oscuridad. La nieve sacudió su capa.

—Donde quiera que estés, no eres fácil de encontrar.

—Ni tú de eliminar —comenzó a alejarse. No valía más su tiempo.

—Te presioné en el desierto porque tenía que verlo. Quería que tú lo vieras. Quien eres. Conozco el resto de tu historia. Rey…

Ella se dio la vuelta. Agitó su sable de luz y apuntó a su garganta.

—No es cierto.

—Jamás te mentí.

Oh, pero la había engañado. Las palabras de Kylo siempre tenían un elemento de verdad, incluso cuando su intención era pura falsedad.

—Tus padres eran nadie —continuó—. Eligieron serlo. Para mantenerte a salvo.

—¡Ya cállate! —dijo con los dientes apretados. Odiaba esto. Que él tenía conocimiento de ella y que ella no, que él era quien debía contarle.

—Recuerdas más de lo que dices —cuando Rey retrocedió, Ren le recordó—. Ya estuve en tu mente.

—No quiero oírte —y ella no lo hizo. No de él.

—Busca en tus recuerdos —exigió.

—¡No! —Ella balanceó el sable de luz. Él sacó el suyo, y se enfrentaron, azul sobre rojo.

—Recuérdalos —dijo, implacable—. Míralos.

Una hermosa mujer con capucha azul, lágrimas en sus grandes ojos marrones. Ella abrazó a una pequeña niña contra su pecho. «Mi amor», dijo. «Rey, sé valiente, mi amor».

Un joven, con barba a lo largo de su mandíbula, mirando a la pequeña niña con tanto amor, esperanza y desesperación. «Estarás a salvo aquí. Lo prometo».

El legado de *Bestoon volando, desapareciendo en el claro cielo de Jakku. «¡Vuelve!» la niña lloró, pero Unkar le estaba tirando del brazo, alejándola de la última vista de sus padres…*

Rey apartó la visión, incluso mientras presionaba contra el sable de luz de Kylo, empujándolo hacia atrás.

—Te vendieron para protegerte —dijo Kylo. Se rodearon el uno al otro.

—Ya no hables.

—Rey, ya sé lo que les pasó.

Su calma era enloquecedora. Ella corrió hacia él, lo golpeó y lo atacó con una serie de estocadas. Ahora era más rápida, el sable de luz parecía más una extensión de sí misma que un arma separada, pero él respondió con facilidad.

Rey se balanceó; Él esquivó. Su sable de luz atravesó una canasta. Las bayas rojas vinieron de la nada, derramadas, más brillantes que la sangre contra el… ¿piso blanco de los aposentos de Ren?

Estaban juntos y separados, en las mentes y *espacios* del otro, pero a Rey no le importaba, sólo quería asestar un golpe, *lastimarlo*. Sus hojas chisporrotearon con el impacto mientras luchaban, acercándose sigilosamente a la máscara de Vader.

—Dime dónde estás —exigió Kylo—. No conoces toda la historia.

Rey atacó de nuevo. Él esquivó, dio un paso atrás para darse algo de espacio.

—Fue Palpatine quien hizo que se los llevaran —dijo, como un maestro paciente, como si no estuvieran peleando por sus vidas—. Te estaba buscando. Pero se negaron a decir dónde estabas.

Ella lo rodeó lentamente, buscando una abertura. Cualquier cosa para que dejara de hablar.

—Así que dio la orden.

Una visión llenó su mente nuevamente, y Rey estaba indefenso contra ella: *Ochi Ojos Negros de Bestoon levantando su horrible daga.*

La madre de Rey suplicando al asesino. «¡Ella no está en Jakku! Se ha ido… ¡no!».

Ochi empujando la daga en las entrañas de su padre. El grito de angustia de su madre se convirtió en un repentino silencio.

—¡No! —Rey gritó, lanzándose hacia Kylo.

Sus hojas chocaron, zumbaron con el impacto, y de repente ella vislumbró su ubicación, o tal vez estuvo allí por una fracción de segundo, el tejado de piedra sombría, el aire helado. Kijimi Probablemente la había extrañado.

No estaba teniendo suerte al pasar su guardia, así que se balanceó a ciegas, caóticamente. Se movió para bloquear.

El pedestal se hizo añicos. La máscara de Darth Vader cayó al suelo… y desapareció.

—Así que ahí estás —dijo Kylo, mirando hacia abajo, presumiblemente hacia la máscara—. ¿Sabes por qué el Emperador siempre ha querido matarte?

—No —dijo ella, pero la confusión en su rostro era la única respuesta que necesitaba.

La inmensa satisfacción teñía Ren en su voz cuando dijo:

—Iré a decírtelo.

Rey dio varios pasos hacia atrás. ¿Qué había hecho ella? Había dejado que su ira volviera a sacar lo mejor de ella. Dejarse distraer. Ahora Ren sabía exactamente dónde estaban ella y sus amigos.

Casi esperaba que él renovara el ataque, pero no lo hizo. Todo quedó en silencio. Su visión de él desapareció. Su propia respiración era fuerte en sus oídos. Los restos negros destrozados del pedestal estaban esparcidos a sus pies.

¿Qué acaba de suceder?

No hay tiempo. Tenía que sacar a todos de esta nave ahora, antes de que Ren regresara. Levantó la daga, agarró las cosas de Chewie y corrió hacia el carguero.

Zorii tardó casi media hora en llegar a la guarida de los traficantes de especias, a pesar de que generalmente estaba a diez minutos a pie de Monk’s Gate. Snowtroopers estaban por todas partes, derribando puertas, rodeando a todos en punto crítico para interrogarlos sobre la carroñera. Zorii se vio obligada a viajar a los tejados, agachándose detrás de las chimeneas y los tanques de combustible cada vez que pasaba un escáner.

Terminó llegando a la guarida a través del Monasterio, una cantina subterránea en el Barrio de los Ladrones. Sus traficantes de especias tenían un acuerdo con el dueño del Monasterio, acceso ilimitado a la bodega de la cantina a cambio de un gran descuento en las especias.

La puerta secreta del sótano la dejó en la sala de estar, con sofás manchados que rodeaban un horno ruidoso. Se sintió muy aliviada al ver que muchos de su pandilla ya estaban allí.

—¡Zorii! —dijo Lluda. Lluda era una joven humana con el pelo blanco muy corto y un don para el pirateo. Sus padres habían sido asesinados por la Hermandad de los Lantillianos Espaciales. Los traficantes de especias la habían acogido cuando la habían atrapado modificando identichips. Niña útil—. Me estaba empezando a preocupar. Es malo lo que está pasando allá afuera —dijo Lluda.

—Es malo allá afuera —acordó Zorii.

—¿Qué hacemos?

—Zorii —se escuchó una voz grave y gruesa, y ella se volteó.

—Jarraban —le dijo al traficante alto y bigotudo—. Justo la persona que necesito ver. La Primera Orden tiene la ciudad cautiva. Están buscando a…

—Tu novio —dijo él, directamente a la cara.

—Él no es mi no…

—Dejaste a Vicii y Vibbo inconscientes en un callejón por su culpa.

Maldición. La palabra viajó rápido.

Los dos seres, Vicii y Vibbo, dieron un paso adelante, sus mandíbulas manchadas de ira y sangre. Rey definitivamente les había dado una paliza con ese bastón.

—No tuve elección. Una chica me puso un sable de luz en la garganta. Regresé aquí tan rápido como pude.

Jarraban se volvió hacia Vicii y Vibbo.

—¿Es verdad?

Se miraron el uno al otro. Se encogieron de hombros.

—Es posible que estuviese inconsciente por esa parte —admitió Vicii.

—Ni siquiera recuerdo haber vuelto al estudio —agregó Vibbo. Zorii los fulminó con la mirada.

—Me alegro de haber tenido esta charla. ¡Ahora todos escuchen!

Ella les contó que el Líder Supremo cerró la ciudad y ordenó que se voltearan.

—Está buscando socios de la Resistencia, y lamento decir que Poe Dameron solía ser uno de nosotros, y los trajo a todos a nuestra puerta. Entonces tenemos que *salir*. Todos nosotros. Ahora mismo.

Jarraban se dejó caer en un sofá blando y raído y se tapó la cara con las manos.

—Tendremos que dispersarnos, volver a reunirnos cuando las cosas se calmen. ¿Cuántas naves tenemos en este momento?

—Las hermanas Voyam están operando —le recordó Lluda—. Tienen el carguero y un caza de apoyo.

—Eso deja tres naves —dijo Jarraban— para más de veinte personas.

—Puedo ir a la clandestinidad por un tiempo —dijo Vibbo—. Conozco un lugar.

—Diecinueve personas —corrigió Jarraban.

—Puedo llevar a Lluda en mi Y-wing —dijo Zorii—. Será un viaje apretado e incómodo, pero podemos encajar.

—Gracias, Zorii, dijo Lluda.

—Diecisiete personas.

—Carib Diss me debe un favor —dijo Vicii—. Le ayudé a recolectar una generosa recompensa la semana pasada. Su nave puede llevar hasta tres pasajeros.

—Cator…

Golpearon la puerta. Un tiro de bláster hizo temblar todo el edificio.

—Esos no eran blásters —dijo Lluda, en voz baja.

—Un caminante acaba de dañar nuestra puerta principal —dijo Zorii—. Empaquen sus cosas y váyanse. Lluda, encuéntrame en mi Y-wing; sabes dónde lo estaciono, ¿verdad?

La cara de la niña estaba congelada por el miedo, pero después de un precioso momento perdido, ella asintió.

—¡Esta bien, ve! —Zorii gritó, y su gente huyó. Corrió de regreso a través de la entrada secreta al Monasterio, murmurando entre dientes—. ¿En qué me has metido, Dameron?

Los oficiales de la Primera Orden no tardaron en aparecer en escena. Finn fulminó con la mirada cuando el general Hux se acercó. El otro tipo era nuevo para Finn, un tipo delgado y severo con un ceño perpetuo y una penetrante mirada azul. Las insignias de rango en la Primera Orden eran sutiles, pero Finn las conocía a todas. Este hombre tenía pliegues extra en los hombros y una banda de doble rango en su antebrazo izquierdo. No podía ser otro que el general colegiado Pryde, sólo superado por el propio Líder Supremo.

Estaban muy muertos.

—General colegiado, La carroñera no está con ellos —espetó uno de los stormtroopers que los mantenía prisioneros.

El general colegiado Pryde parecía aburrido.

—Ya lléveselos. Acábenlos.

Finn no podía creerlo. ¿No hay interrogatorio? ¿Ni siquiera una sola pregunta del general colegiado? ¿Qué era tan importante sobre Rey que ignorarían la oportunidad de obtener información sobre la Resistencia de los miembros de su liderazgo central?

Hux entró en el espacio de Finn, tan cerca que podía sentir el aliento caliente del general en su piel. Se miraron a los ojos.

—Por fin —dijo Hux.

Si a Finn le dieran créditos por todos los que lo querían muerto por abandonar la Primera Orden… bueno, no se arrepentía, sin importar lo que sucediera después.

Pryde se fue, pero Hux se quedó mientras los stormtroopers empujaban las culatas de sus rifles en sus espaldas y los empujaban por el pasillo hacia la cámara de ejecución.

Era una habitación pequeña, con salidas empotradas en las paredes. Una vez que estuvieran muertos, las salidas liberarían calor y toxinas para descomponer sus restos, luego aspirarían todo, dejando una cámara perfectamente estéril. Todo rastro físico de su existencia sería borrado.

—Date la vuelta —ordenó una stormtrooper.

Se volvieron a la pared.

—En realidad, deseo hacerlo yo mismo —dijo Hux, y Finn escuchó el clic de un bláster aceptando una nueva huella de identidad.

De repente, Finn se dio *cuenta* de que tenía un arrepentimiento: que no podía ver a Rey por última vez. Decirle que…

—¿Y qué querías que Rey supiera? —preguntó Poe, como si sintiera sus pensamientos—. En los túneles.

—¿Sigues con eso? —Finn esperaba lo inevitable.

—Ay, perdón, ¿es un mal momento? —se quejó Poe.

Finn asintió con la cabeza.

—Sí. De hecho, es un mal momento…

Chewie se quejó de que iba a morir hambriento.

—Bueno, más *tarde* no parece que sea la mejor opción —dijo Poe—. Si tienes algo que confesar, ahora no es el *mal* momento…

Un bláster rugió.

La muerte no vino. Finn abrió los ojos y se volvió.

Hux se paró sobre los cadáveres de los stormtroopers, con la punta de su bláster humeando después del fuego a corta distancia en el escenario más alto.

—Soy el espía —anunció Hux.

—¡¿*Qué*?! —dudó Poe.

—¡¿*Tú*?! —dijo Finn.

—Tenemos poco tiempo —dijo Hux.

Finn, Poe y Chewie lo miraron boquiabiertos.

—¡Ya lo sabía! —dijo Poe, metiendo un dedo en la cara de Hux.

—No, claro que *no* —dijo Finn, rodando los ojos, lo que sabía que era mezquino, pero ¿a quién le importaba? Estaban *vivos*.

CAPÍTULO 11

Rey se asomó por la esquina. Los droides estaban siendo interrogados fuera de la nave por los stormtroopers. Por una vez, se alegró de la eliminación de memoria de C-3PO. Ella confiaba en que BB-8 no diría nada. Pero D-O era un factor desconocido.

—¿Cuál es tu número de operación? —un stormtrooper le preguntaba a C-3PO.

El droide respondió con una sopa ininteligible de sílabas.

—¡Ese ni siquiera es un idioma! —dijo el stormtrooper.

Rey se tomó un momento para concentrarse, alinear sus disparos, disparó… uno, dos, tres disparos: tres tiros. Los stormtroopers cayeron al suelo cuando Rey corrió hacia el carguero.

—¡Vaya! —dijo C-3PO—. ¡Mi primera batalla láser!

Rey estaba cerca de la rampa de entrada cuando sintió una presencia familiar. Kylo.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó al droide.

—Todavía no vuelven.

Un TIE sonó en la bahía del hangar y aterrizó con fuerza. Él estaba en ese caza, y la estaba buscando.

Empujó todo lo que llevaba a C-3PO —la ballesta, la daga, el bolso de Chewie— y gritó a los droides:

—¡Búscalos! ¡Ahora! —es mejor para ellos arriesgarse dentro del laberinto de un Destructor Estelar que enfrentarse a Kylo Ren.

Rey era vagamente consciente de que C-3PO salió corriendo del hangar con BB-8 y D-O sobre sus talones mientras respiraba hondo y avanzaba con el TIE.

La escotilla se abrió y Kylo emergió. Su rostro estaba oculto detrás de su máscara, y su capa le azotaba los talones.

Hux tenía buenas noticias para Finn y Poe: el *Halcón Milenario* había sido confiscado por la Primera Orden y estaba justo aquí en el *Steadfast*. Finn apenas podía creer su suerte.

Pero también tenía malas noticias: estaba programado para ser incinerado, por orden del Líder Supremo Kylo Ren. Podrían salvar la nave y escapar, pero tendrían que ser rápidos. Y tendrían que dejar atrás a los droides. Finn volvería por ellos de alguna manera. Y Rey.

El general Hux abrió el camino. Pasaron junto a oficiales y stormtroopers, droides y tripulación de mantenimiento, y aunque un wookiee gigante y peludo ocasionalmente hacía que alguien mirara dos veces, la presencia de Hux les dio paso sin trabas por los pasillos de la nave.

—¡Mira! —vino una voz mecánica familiar detrás de ellos—. ¡Ahí están!

Finn se giró. ¡C-3PO! Luciendo ridículo en la bandolera de Chewie y llevando la mochila y la ballesta del wookiee. Con él estaban BB-8 y el pequeño droide con cabeza de cono.

—¡Amigos al frente! —dijo el cabeza de cono.

Poe parecía tan aliviado como Finn se sentía.

—Beebee-Ate, Threepio, rápido —instó el piloto.

Hux los empujó hacia una puerta.

—Apagué los impedidores —dijo—. Tienen segundos.

El general abrió la puerta revelando al *Halcón*, ileso, excepto por la cerradura de entrada, que era un lío notable de alambres carbonizados. No hay problema; Rose podría tener esa cerradura funcionando en poco tiempo.

—Ahí está —dijo Poe—. Es una sobreviviente.

Se dirigieron hacia la nave, pero Finn sintió una mano sobre su hombro.

—¡Espera!, espera —dijo Hux—. Dispárame en el… brazo.

—¿Qué?

—O se darán cuenta.

Finn levantó su bláster.

—Podría matarte —dijo Finn, probando el pensamiento, dejando que rodara dentro de él. No le gustaba matar. Ni siquiera había disfrutado ver a Phasma caer en los restos en llamas del *Supremacía*.

Tal vez podría hacer una excepción para Hux.

—Me necesitas —dijo Hux.

Cierto. Pero Finn aún podría hacer que le *duela*.

Le disparó a Hux en la pierna, haciendo el mayor daño externo posible a la piel. Hux gruñó, y el sudor estalló en su repentina cara roja.

—¿Por qué nos apoyas? —Finn preguntó. Hux odiaba la resistencia. Los odiaba a todos. Finn estaba seguro de ello.

—Lo que hagan no me importa —escupió Hux a través de su dolor—. Necesito que Kylo Ren no gane.

Rey y Kylo se rodearon como lobos acechadores, lentos e intensos. Una audiencia se formó a su alrededor cuando los stormtroopers entraron al hangar para mirar.

Iba a decirle algo importante. Estaba desesperada por escucharlo. Tal vez ella debería matarlo. O tal vez debería huir.

Recordó lo que Leia le dijo. *Nunca tengas miedo de quién eres*. Dicho cuando Rey estaba envuelta en un abrazo amoroso, sin rastro de juicios. Sólo aceptación.

El recuerdo la llenó de determinación. Con fuerza. Y ella preguntó:

—¿Por qué el Emperador me buscaba? ¿Por qué quería aniquilar a una niña? Dime.

Él dio un paso hacia ella.

—Porque vio en lo que te convertirías. No sólo tienes poder. Tienes *su* poder.

El temor era una emanación oscura que la llenaba hasta que estaba enferma. Ella sabía lo que iba a decir. Lo *sabía*.

—Eres su nieta. Tú eres una Palpatine —dejó que las palabras se asentaran por un momento.

Ella retrocedió hacia la entrada del hangar, lejos de sus palabras, lejos de la certeza que se alzaba dentro. Eso era cierto. Lo sintió. Toda la oscuridad en su interior, la rabia…

Kylo avanzó sin piedad, retrocediéndola cada vez más cerca del vacío.

—Mi madre era hija de Vader. Tu padre era el hijo del Emperador. Lo que Palpatine no sabe es que somos una diada en la Fuerza, Rey. Dos que formen uno.

Su corazón se detuvo. La *diada*.

Sus palabras resonaron con la verdad, en lo profundo de su alma. La destrozaron, la vaciaron de todo.

Se obligó a seguir avanzando hacia el abismo donde terminaba el hangar y comenzó la alta atmósfera de Kijimi. Rey se asomó y midió la distancia al suelo nebuloso. Un salto demasiado alto, incluso con la ayuda de la Fuerza. Tal vez debería intentarlo de todos modos.

—Lo mataremos —dijo Kylo—. Juntos. Y subiremos al trono. —Se quitó la máscara. Un gesto de vulnerabilidad. De confianza. De repente se le ocurrió cuánto tiempo había pasado desde que había visto su rostro. La cicatriz en su mejilla se había desvanecido, pero aun así lo marcaría para siempre—. Sabes qué tienes que hacer ¿O no?

Extendió su mano enguantada de negro hacia ella.

Ella lo miró. Recordando. La última vez que le había tendido una mano había sido en la destrucción de la sala del trono de Snoke. Su poder combinado lo había derrotado. Era cierto que juntos podían hacer cosas tan increíbles.

De repente, sintió un peso en su espalda y, junto con él, Finn, su presencia era un brillante faro de luz que atravesaba la oscuridad.

—Sí, lo sé —le dijo a Kylo. Rey se volvió hacia el abismo.

El *Halcón* se levantó ante ella. Los stormtroopers dispararon contra la nave, pero el *Halcón* giró sobre un eje invisible. Poe golpeó los propulsores, haciendo retroceder todo en la percha. Stormtroopers se deslizaron impotentes.

Rey se enraizó. Sintió que Kylo hacía lo mismo detrás de ella.

El *Halcón* permaneció flotando en el aire mientras la rampa de acceso descendía, revelando a Finn, usando un respirador y empuñando un bláster.

—¡Rey! —él llamó.

Los escombros volaron junto a ella, pateados por el escape de los motores del Halcón.

Se volvió hacia Kylo por última vez. Ella lo odiaba por decírselo. Y, sin embargo, se alegraba de que lo hubiera hecho. Una *diada*…

—¡Rápido! —gritó Finn.

Ella corrió hacia el borde para después lanzarse hacia el *Halcón*. Finn la tomó del brazo antes de que pudiera navegar y la empujó hacia la rampa. Corrieron hacia el vientre del *Halcón* cuando la rampa se alzó, cerrándolo, y el piso se estremeció bajo sus pies cuando Poe giró la nave y apretó el acelerador.

Leia contuvo el aliento. La teniente Connix había corrido a buscarla en el momento en que habían recibido la señal, pero estaba codificada. *Por favor, que sea el halcón,* pensó.

Escuchó en sus auriculares mientras Beaumont trabajaba los controles de la consola, descifrando. Una luz roja se volvió azul y la consola emitió un pitido.

Beaumont sonrió.

—¡Estamos recogiendo la firma de su vuelo! ¡General, el *Halcón* está volando de nuevo!

Leia ni siquiera pudo saborear su alivio porque una ola de debilidad la inundó y la hizo tropezar. El auricular de repente estaba demasiado caliente y apretado. Se la quitó y la dejó caer al suelo.

«Leia» —llegó la voz enloquecedora de su hermano— *«Es hora».*

—No puedo —ella le dijo—. Hay mucho que hacer.

Sintió su comprensión, su amor, tal vez incluso un toque de diversión.

—Sólo queda una cosa —dijo—, y luego puedes descansar.

El mareo la alcanzó. Se sintió caer, los bordes del mundo cayendo sobre ella. Era vagamente consciente de los brazos de Connix envolviéndola, impulsándola, la voz preocupada de la teniente:

—¿General?

Connix la guió a sus aposentos. Leia sólo necesitaba acostarse un poco. Eso es todo.

Kylo Ren y el general colegiado Pryde inspeccionaron la bahía del hangar. Habían perdido cuatro stormtroopers, un piloto de carga y dos trabajadores de mantenimiento cuando el flujo del motor del *Halcón* inundó el hangar, empujándolos a la alta atmósfera de Kijimi. Kylo consideró que era un pequeño precio por pagar para encontrarse con Rey de nuevo, provocarla de rabia, decir la palabra *diada* y ver cómo la verdad se reflejaba en su hermoso rostro.

El resto del equipo de mantenimiento había restaurado rápidamente la suspensión para que funcionara, pero quedaron pequeños incendios en toda la bahía. Algunos troopers yacían heridos en el suelo; uno sangraba mucho de una herida en la pierna.

Apenas le prestó atención. Él seguía viendo su rostro, la forma en que sus labios se habían separado con sorpresa, la forma en que su cuerpo se había inclinado hacia él. Si el *Halcón Milenario* no hubiera aparecido, ella podría haber acudido a él y tomar su mano.

Kylo *realmente* odiaba esa nave.

—¿Está seguro de que no los debemos perseguir? —preguntó Pryde.

—¿Escaneaste la daga?

—Por supuesto, señor.

—Entonces sabemos a dónde va.

Había estado muy cerca. Pero ahora ella sabía la verdad. Ella lo aceptaría. Ella llegaría a comprender que la oscuridad era su destino. La próxima vez que la viera, ella se volvería.

CAPÍTULO 12

Rey se vio envuelta en un abrazo gigante y peludo.

—Yo también te extrañé —dijo. Había recuperado a Chewie. Ella no lo había matado. Pero el hecho era que ella había perdido el control. La única razón por la que su amigo no estaba muerto fue pura y tonta suerte.

Había perdido el control dos veces desde entonces, con Kylo. Le había estado sucediendo algo, y finalmente entendió lo que era. La oscuridad creciendo dentro de ella; todo tiene sentido ahora.

Ella era una Palpatine. Nacida del mal puro.

Más que nada en la galaxia, quería correr de regreso a Leia, rogarle ayuda a su maestra. Pero no hubo tiempo. Rey todavía estaba comprometida con su misión, ahora más que nunca. La misión era todo lo que importaba.

Finn salió de la cabina y pasó corriendo junto a ellos, diciendo:

—El regulador de velocidad está listo —hizo una pausa cuando vio su rostro—. ¿Estás bien?

Rey asintió y Finn se apresuró hacia la parte de atrás para comenzar las reparaciones.

Chewie gimió su agradecimiento por ir por él.

Rey forzó una sonrisa y dijo:

—Estoy tan feliz de… —su voz se apagó.

Chewie se encogió de hombros y se dirigió a la cabina para ayudar a Poe.

Rey se quedó allí un momento, un poco aliviada de estar sola. Ella sólo necesitaba ordenar sus pensamientos. Se apoyó contra la pared fuera de la cabina y cerró los ojos.

Desde el interior llegó el sonido de alarmas sonando, luego Chewie preguntó por qué no los perseguían.

—No sé por qué no nos persiguen —dijo Poe— pero algo se traen.

Porque él ya sabía a dónde iban, por eso. Ella estaba poniendo a sus amigos en peligro sólo por estar aquí. Kylo Ren siempre la encontraría, sin importar qué.

Chewie le dio a Poe un resumen del daño al *Halcón*.

—¿Qué tanto se averió el tren de aterrizaje?

Chewie le dijo que mirara la lectura él mismo si es que no le creía.

—Bueno —dijo Poe—, eso es algo más que tenemos que arreglar. Me alegra que te hayamos recuperado. No estoy seguro de que la general Leia hubiera soportado el perderte.

Y habría sido su culpa.

Rey se enderezó. Es hora de dejar de sentir pena por ella misma y volver al trabajo. Se dirigió a la parte trasera de la nave, donde encontró a Finn en un panel, tratando de arreglar el regulador de velocidad.

Sin decir palabra, le entregó una toalla de baño. Trabajaron juntos en un agradable silencio durante un rato. Se dispararon chispas desde el panel cuando se volvieron a cablear, soldar y probar.

Finalmente, Finn dijo:

—Lo que sea que Ren te haya dicho, no puedes confiar en eso.

—Sólo falta el artefacto —dijo Rey— para ir a Exegol.

—Es lo que hacemos —dijo Finn, dándole a la unión de comandos una última soldadura.

Rey bajó el capote. Se sintió aturdida. Su mente seguía reproduciendo la repugnante visión en su cabeza, una y otra vez: la daga de Ochi, atravesando a las personas que la amaban.

Debió haberlos conocido.

—Asesinó a mi madre y a mi padre —susurró.

Finn hizo una pausa en lo que estaba haciendo para mirarla.

—Encontraré a Palpatine. Y lo voy a hacer pedazos —levantó la sonda y probó la unión recién cableada de Finn. Podía sentir sus ojos sobre ella mientras consideraba sus palabras.

—Rey —dijo—, tú nunca dirías algo así.

Oh, pero lo hizo. Tal vez ella era venganza hecha carne. Tal vez había estado todo el tiempo ahí. Era una Palpatine, después de todo.

Finn dijo:

—Rey, te conozco y sé que no di…

Ella cerró de golpe el panel.

—Todos me dicen que me conocen bien. Y nadie me conoce en realidad.

Rey se alejó, sabiendo que estaba siendo un poco injusta. Finn sabía lo que era crecer sin una familia, para finalmente encontrar pertenencia y amigos en un lugar que nunca esperó. La entendía mejor que nadie.

Pero eso no significaba que se hubiera equivocado. Una nueva Rey se alzaba dentro de sí, batallando por liberarse. Ya había gastado tanto tiempo y energía en conocer a una nueva Rey, una que podría usar la Fuerza y luchar por una causa mayor que ella. Pero *tal vez* esa Rey era sólo una piel por desechar. Una persona temporaria.

Se sentía sin fundamento, a la deriva. Esta debía ser la razón por la que identificaban niños tan jóvenes en los días de la antigua Orden Jedi. Necesitaban una base, conocimiento, cuidado, porque la única forma de sobrevivir a su despertar al poder era estar rodeado de aquellos que lo habían hecho todo antes.

Rey no tenía a nadie. Luke estaba muerto, su voz estaba cerrada para ella. Leia estaba a media galaxia de distancia.

Se dio cuenta de que le dolía la mano. Había estado agarrando la electroprobe con tanta fuerza, que sus crestas estaban cavando en su palma.

Rey respiró hondo. Ella trataría de arreglar el tren de aterrizaje a continuación. Le daría algo más en qué pensar.

«La aprendiz del Jedi aún vive» —dijo el Emperador. Kylo estaba en un corredor del *Steadfast*, pero estaba hablando con el emperador Palpatine— cuyo poder era aún más vasto de lo que Kylo se había dado cuenta. Sólo Rey había sido lo suficientemente poderosa como para comunicarse a largas distancias como esta —o tal vez fue su extraña conexión lo que era poderosa. Ni siquiera Snoke habría podido hacerlo.

Pero tal demostración de poder le estaba costando al Emperador, porque parecía aún más frágil que antes. Kylo no sabía cómo era posible que el cuerpo necrótico del Emperador pareciera más pálido que la última vez, pero lo hizo. Sus ojos estaban casi cerrados y su respiración era dificultosa.

«Tal vez me has traicionado» —dijo Palpatine—. *«No me obligues a tornar mi flota en tu contra».*

—Sé a dónde se dirige —dijo Kylo, protegiendo sus pensamientos—. Jamás será una Jedi.

La voz del Emperador era como un trueno en su cabeza.

«Asegúrate de ello» —dijo—. *«¡Mátala!».*

Kylo Ren bajó una cortina mental para cortar su conexión. Justo a tiempo, porque apenas podía contener su sensación de triunfo.

El emperador estaba aterrorizado de Rey. De su poder. Una vez que aceptara su destino como parte de su diada, serán imparables.

El plan de Zorii para huir a las Colonias había sido doble. Punto uno: Adquirir una nave decente. Punto dos: Comprar un pasaje seguro.

El segundo punto de su plan había desaparecido, ahora que le había dado el medallón de su capitán a Dameron. Pero todavía tenía su nave, un Y-wing BTA-NR2 con un módulo de cabina blindado, computadora de navegación mejorada e interfaz táctica personalizable. Le había costado casi cuarenta mil créditos. Algunas personas consideraban insolente nombrar naves de combate, pero ella había llamado la suya de todos modos: *Cumplimiento.*

Zorii tenía muchos puntos que resolver.

Las Colonias ya no eran una opción, pero mientras tuviera el *Cumplimiento*, podría ir a *cualquier lugar*. Su nave llevaba provisiones para una semana, así que tenía tiempo para resolverlo. *Para media semana*, se corrigió a sí misma, si Lluda iba a bordo.

El único problema era que Zorii estaba aquí, agazapada en el muro exterior de la ciudad al borde del Barrio de los Ladrones, y el *Cumplimiento* estaba allí, en un pequeño barranco fuera de los límites de la ciudad, escondido por una lona de nieve. Entre ellos había una unidad completa de snowtroopers y uno de los carniceros.

Zorii tocó su casco para activar la matriz de sensores. Apareció una capa holográfica, y ella se concentró con fuerza en el carnicero, su larga capa, su malvado casco. El holograma se concentró, dio vueltas y emitió un pitido, identificándolo como Ushar, uno de los Caballeros de Ren.

Ella necesitaba una distracción.

Zorii miró a su alrededor en busca de Lluda, pero no vio ninguna señal de la niña. Probablemente se estaba escondiendo en una percha similar, esperando la oportunidad de moverse. Lluda siempre llevaba camuflaje gris y blanco. Con su piel pálida y cabello blanco, se mezclaría con los nevados y pedregosos alrededores. También podría manejar las temperaturas heladas de Kijimi sin una máscara. Zorii sospechaba que era una humana hibridada con una especie de clima frío, pero Lluda nunca había compartido detalles sobre sus padres, más allá del hecho de que habían sido brutalmente asesinados.

Alguien gritó. Gritar no era raro en estos días, pero la voz la pinchó con familiaridad. Zorii se arrastró hasta el borde del techo y miró hacia abajo. Se le revolvió el estómago.

Era Jarraban, sangrando y roto en la nieve, un Caballero vestido de negro parado sobre él. La enorme hacha del Caballero goteó con la sangre de su amigo.

Zorii retrocedió y se agachó detrás de una flauta de escape. Cerró los ojos inútilmente contra la imagen grabada a fuego en su cerebro. Ella y Jarraban habían estado traficando juntos durante años. Él era su mano derecha.

Ella lloraría más tarde. Tenía que sacar a ella y a Lluda de esta roca helada antes de que se unieran a Jarraban en la otra vida. Si es que hay otra vida.

Zorii miró a su alrededor, desesperada por una idea. Su recubrimiento holográfico identificó un elemento explosivo.

Se encontraba a su derecha, dentro de una torre de observación, un vestigio de los días del turismo religioso, donde los seres una vez fueron a meditar y se hicieron uno con el paisaje montañoso. Ahora fueron utilizados por varias pandillas y gremios como perchas de vigilancia, pero este estaba desocupado y contenía una linterna de aceite neehwa, que brillaba contra la noche.

Eso haría. En el caos, ella correría hacia el *Cumplimiento*.

Decaída, se arrastró por la cresta del techo. Lento y cuidadoso fue el truco. Se sentiría mucho mejor con sus blásters gemelos en la mano, pero necesitaba sus dedos libres en caso de que resbalara.

Llegó a la torre, se agarró por el muro de piedra y se lanzó sobre la torre. Gruesos carámbanos gotearon del techo de la torre, pues la linterna derretía la nieve de arriba, que se volvía a congelar al descender. Crearon una pequeña jaula helada que la protegería de miradas indiscretas mientras trabajaba.

Ahora, a prepararlo para que explote.

El método más fácil sería simplemente dispararle a la maldita cosa desde la distancia, pero los troopers entrenados de la Primera Orden buscarían la fuente del disparo. Lo mejor es manipularlo y estar lejos cuando reviente.

Buscó en su cinturón utilitario un fusible y algo de masilla; no tomaría mucho. Zorii presionó el fusible contra el tanque de aceite debajo del vidrio y golpeó su casco para sincronizar el fusible con su detonador.

Zorii salió por donde había venido y se detuvo para evaluar. Una vez que se desencadenara la explosión, los snowtroopers serían atraídos… en esa dirección. Lo que significaba que ella debería estar… allí, cerca de la pared.

Se dirigió a su lugar elegido, un lugar la suficientemente lejos de la torre como para que no lo notaran, pero era fácil caer al suelo fuera de la ciudad. A partir de ahí, fue una carrera rápida hasta su nave.

Zorii esperaba que Lluda estuviera en algún lugar cercano, observando.

Con una rápida oración a los antiguos monjes Dai Bendu, a todos los dioses en los que nunca había creído, e incluso a la Fuerza, Zorii hizo una señal con la mano frente a su casco, ordenando la detonación.

La torre explotó. Los carámbanos volaron, destrozados contra los tejados. El techo de la torre se disparó hacia arriba como un misil.

Los troopers que se encontraban entre ella y su nave levantaron la vista… y no hicieron absolutamente nada. Simplemente volvieron a sus asuntos, sin pensar en nada.

—Tienes que estar bromeando —murmuró en voz alta.

Algo le tocó el hombro y giró tan rápido que casi perdió el equilibrio.

Era Lluda.

Su cabello brillaba contra la noche. Sus mejillas no estaban rojas y agrietadas como las de Zorii. Su aliento ni siquiera se empañó.

—Los distraeré —dijo Lluda—. Sigue tú.

—No sin ti.

Lluda sonrió.

—Ya me salvaste la vida, acogiéndome. Hago esto y estamos a mano.

No. No podía soportar perder a nadie más.

—Lluda, ¿qué vas a… dónde vas a…? —Zorii abrió su máscara. Le rogaba con los ojos—. Podemos lograrlo. Podemos irnos juntas y…

—Ya sabes como soy. Estaré bien. Siempre encuentro un camino —la niña le dio a Zorii una última sonrisa y dijo—. ¡Mira esto! —Y luego se fue, correteando por los tejados como si hubiera nacido para eso.

Zorii murmuró majaderías en todos los idiomas que sabía. Luego *cerró* la máscara y se preparó para correr.

—¡Oigan! —Lluda llamó, agitando los brazos a la vista de los troopers—. ¡Abajo la Primera Orden! ¡Viva la Resistencia!

Rayos láser estallaron alrededor de la niña mientras ella corría, gritando insultos. Como uno, la persiguieron, incluso el Caballero vestido de negro.

Zorii saltó de la pared y aterrizó en una nube de polvo de nieve. Corrió hacia su nave, lo que no resultó una tarea fácil con cada paso hundiéndose hasta la espinilla.

Respiró aliviada cuando se agachó debajo de la lona y encontró su escalera aún intacta. Zorii activó la cerradura con su casco para que la cubierta de la cabina se abriera mientras trepaba. Saltó dentro, golpeó los convertidores, bombeó la línea de combustible y pedaleó el elevador repulsor para un despegue rápido. Se iría rápido, sin luces, y esperando que no pudieran seguirla.

El fuego de bláster sacudía su Y-wing mientras giraba hacia una trayectoria de lanzamiento más segura, pero sus escudos resistieron. Perdería a sus perseguidores y haría un salto rápido a la velocidad de la luz. Pero luego volvería a la ciudad de Kijimi y haría una evacuación rápida de su tripulación. Tendría que intentarlo. Con un poco de suerte, tal vez aún podría rescatar a Lluda u otra persona.

¿Pero a dónde después de eso?

Cuando su nave rompió la atmósfera, ella decidió a dónde iba. En el mismo momento, ella perdonó a Poe Dameron. No se había *escapado* de ella y de la pandilla; corrió *hacia* algo. Zorii haría lo mismo.

El general Armitage Hux se paró ante el general colegiado Pryde, con varios stormtroopers a su lado. Su herida en la pierna había sido cubierta con gel de bacta y luego vendada. Ahora su pierna estaba incómodamente tibia y le picaba un poco. Pequeño precio a pagar por escapar con traición y asesinato.

—Fue una incursión coordinada, general colegiado —informó Hux—. Sometieron a los guardias y me obligaron a guiarlos a su nave.

Pryde lo miró un momento, con la nariz alta y los ojos entrecerrados.

—Entiendo.

Hux mantuvo su rostro perfectamente, decididamente en blanco. El vendaje alrededor de sus pantalones estaba manchado de sangre. Una buena demostración que reforzaría su relato, pensó. Pero debajo de la pierna de su pantalón, un poco de gel de bacta había rezumado a través del vendaje y comenzó a deslizarse, húmedo y cálido, por su pierna.

El ceño perpetuo de Pryde se profundizó. Algo brilló en sus ojos, algo que Hux nunca había visto antes.

De repente encontró que el acto de respirar era casi imposible.

Pryde se volvió hacia el líder de la unidad.

—Llamen al Líder Supremo —luego agarró el rifle del stormtrooper, apuntó a Hux y le disparó a quemarropa en el pecho.

Hux no estaba muerto antes de tocar el suelo. Su boca se abrió y se cerró silenciosamente mientras destellos de dolor iluminaban cada fibra de su ser.

—Que sepa que hallamos al espía —oyó decir a Pryde.

Su último pensamiento fue sobre la carroñera. Odiaba a esa chica. Ella lo había arruinado todo. Sin embargo, una y otra vez, se enfrentó a Ren y sobrevivió. Le daba una

brillante chispa de esperanza contra la oscuridad que se avecinaba: Ren aún podría perder.

Entonces esa chispa también fue consumida por la oscuridad, y Hux no supo más.

CAPÍTULO 13

Kef Bir era técnicamente una luna de Endor, pero a Rey le parecía un mundo entero. Volar a la atmósfera había revelado vastos mares interrumpidos por parches de tierra tentativos, cubiertos principalmente de hierba. Los arbustos eran escasos, los asentamientos inexistentes.

C-3PO se había conectado con la HoloNet y les informó que Kef Bir solía estar casi completamente bajo el agua. Pero las últimas décadas habían visto varios eventos catastróficos, que habían ventilado el agua a la atmósfera y causado agitación tectónica, revelando más y más masas de tierra. Algunos teorizaron que la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte era la culpable. Los escombros de la base del tamaño de la luna no solo llovieron durante años, sino que colisionaron con varios asteroides cercanos, creando una reacción en cadena de golpes de bólidos en la superficie y la atmósfera de la luna.

Kef Bir se había calmado en la última década, y la vida estaba encontrando un control. Se rumoreaba que la luna incluso había atraído a un pequeño número de colonos y refugiados, aunque esto no estaba confirmado, y la designación oficial de la luna permaneció «deshabitada».

Rey no había sido capaz de arreglar el tren de aterrizaje y los repulsores por completo para cuando llegaron, lo suficiente como para reducir un poco su impacto. Por eso, cuando todos salieron del *Halcón* magullados y conmocionados, fue a la vista de una enorme cicatriz en el suelo húmedo, corriendo detrás de ellos en línea recta hasta donde alcanzaba la vista.

El fuselaje de su nave estaba medio enterrado en el barro, y tuvieron que salir de la escotilla superior, pero el *Halcón* seguía *casi* en condiciones de volar, y con algunas reparaciones y un poco de suerte podría despegar.

Después de que Rey haya obtenido lo que había venido a buscar.

El aire olía a sal y a hierba bañada por el sol. El agua le erizó la piel, como si algo estuviera levantando spray. El cielo se agitó con nubes grises enfurecidas, pero todo permaneció brillante, ya que el gigante gaseoso Endor proporcionaba luz reflejada, además del sol del sistema.

Rey los condujo por una pendiente empinada y cubierta de hierba, siguiendo las coordenadas que habían obtenido de C-3PO. Incluso los droides lo siguieron; el monociclo de D-O fue sorprendentemente efectivo contra el terreno cubierto de hierba.

Su respiración se hizo más fuerte y sus piernas ardieron cuando sus cabezas alcanzaron la cima. Entonces Rey se olvidó de respirar.

Se pararon al borde de un acantilado de al menos seiscientos metros de altura. Debajo de ellos, un mar de acero violento se extendía en la niebla. El oleaje de la altura de un

Destructor Estelar retrocedió para revelar cardúmenes negros irregulares, solo para estrellarse de nuevo en una explosión de agua blanca y espuma.

Tanta agua, toda en un solo lugar, tallando acantilados, surcando el cielo, rociándolos con humedad, incluso a esta distancia. De donde había venido, el agua era una de las sustancias más valiosas de la galaxia. Resultó que también era una de las más poderosas.

La niebla se estaba despejando, y su vista del océano empujaba más y más en el horizonte. Una forma comenzó a emerger, como una montaña de metal. No, toda una *cordillera* de metal. A su lado, Finn jadeó.

Era una nave, o más bien los restos de una, excepto que esta nave era más grande que cualquier nave que Rey hubiera visto alguna vez. Su casco hecho jirones se arqueó a partir de las violentas olas como un cuenco al revés, los restos irregulares de su lente de enfoque súper láser dirigida al cielo. Era como el cementerio de naves espaciales en Jakku, excepto que estaba más húmedo. Y mil veces más grande.

—¿Qué-qué es eso? —preguntó D-O.

—La Estrella de la Muerte —dijo Rey, mirando los restos colosales—. Un lugar malo, de una antigua guerra.

—No creo que la general Leia tuviera idea de que esto estaba aquí —dijo Poe, su voz estaba llena de asombro—. Una gran parte de la segunda Estrella de la Muerte, aún intacta…

—¡Por supuesto que no, Maestro Poe! —dijo C-3PO—. Probablemente estuvo sumergido durante más de una década después de la Batalla de Endor. Una batalla terrible, según la HoloNet. Oh, odiaría soportar algo tan terrible.

BB-8 hizo una pregunta.

—Desde el cielo, Beebee-Ate —dijo Rey.

—El orientador está en la Bóveda Imperial —dijo Finn, como si decir las palabras lo ayudara a creerlo—. En la Estrella de la Muerte.

—Odio ser práctico —dijo Poe—, pero nos llevará años encontrar lo que buscamos.

Poe tenía razón. ¿Cómo se busca algo en un lugar del tamaño de una luna? ¿Por dónde empezar?

Rey parpadeó, recordando. *Desde la costa sur*… C-3PO había dicho. Ella susurró:

—Sólo esta arma indica…

Ella recuperó la daga de Ochi de Bestoon. Levantó su borde perverso para que brillara a la luz.

La forma de la cuchilla se alineó exactamente con el contorno del complejo.

Poe se inclinó hacia delante.

Rey miró más de cerca. La guarda de la daga estaba articulada. Manteniendo la hoja alineada exactamente donde estaba, usó su otra mano para balancear suavemente el protector hacia abajo hasta que encajara en su lugar…

… Y señaló una sección muy específica de la ruina, al suroeste de la lente superláser: una estructura en forma de estrella, enclavada en un hueco de los restos que sobresalían.

—El artefacto está ahí —dijo Rey.

Las coordenadas de C-3PO no habían sido la ubicación del orientador; en cambio, habían indicado exactamente dónde ubicarse para que la daga les mostrara el camino.

—Atentos —advirtió Poe.

Rey se dio la vuelta. Finn y Poe agitaron sus blásters.

Una mujer joven de la edad de Rey cabalgó hacia ellos sobre una criatura que parecía un fathier con colmillos, excepto que de huesos grandes y un pelaje más abundante. La mujer tenía una piel oscura como la de Finn y un hermoso cabello de obsidiana que enmarcaba su rostro como un halo. La única arma que llevaba que Rey podía ver era un arco, y Rey se encontró llena de admiración y parentesco cuando notó que el arco estaba hecho de partes de bláster rescatadas. A esta mujer le habría ido bien en Jakku.

Luego, casi una docena de otros jinetes cabalgaron detrás de ella, montados y armados de manera similar.

—¿Mal aterrizaje? —dijo la mujer.

—He visto peores —dijo Poe.

—He visto mejores —comentó la mujer—. ¿Son de la resistencia?

—Eso depende… —dijo Poe cuidadosamente.

—Recibimos la transmisión de alguien llamado Babu Frik.

Poe bajó su bláster.

—¿Babu Frik? —exclamó C-3PO—. ¡Es uno de mis más viejos amigos!

—Dijo que vendrían. Dijo que son la última esperanza —aclaró la mujer.

Rey dio un paso adelante, sintiendo una pizca de optimismo.

—Debemos ir a los restos —dijo, señalando—. Tenemos que sacar algo de ahí.

—Eso podría terminar la guerra para siempre —agregó Poe.

La jinete consideró un momento y luego dijo:

—Tenemos pescadores de espuma. Los trasladaré por agua.

—¿Con esas olas? —dijo Finn.

—Ahora no —ella estuvo de acuerdo—. Es peligroso. Podemos llegar con marea baja. A primera hora mañana.

—No esperaré tanto —dijo Rey. Se giró hacia Poe y Finn—. Kylo Ren está justo detrás de nosotros.

—¿Kylo Ren? —dijo la mujer, intercambiando una mirada de sorpresa con algunos de sus compañeros jinetes.

—No tenemos el *tiempo* —dijo Rey.

—Ni elección —añadió Poe—. Arreglaremos la nave. —A la mujer le dijo—, ¿tienes refacciones?

—Algunas. Soy Jannah.

—Soy Poe.

Todos se dirigieron cuesta abajo hacia el *Halcón*, excepto Rey, que se demoró, mirando hacia el océano los restos de la Estrella de la Muerte. Estaba tan cerca…

Después de un momento, se obligó a darse la vuelta y seguir a sus amigos.

Los jinetes habían desmontado para dejar que sus criaturas pastaran y resolver algunos problemas. Orbaks, Jannah los había llamado. Finn pensó que eran geniales, la forma en que levantaban tierra cuando corrían, arrojaban sus largas crines, luchaban con sus enormes colmillos. Se parecían mucho al fathier que Rose y él habían montado en Canto Bight, excepto que eran alegres y libres. También más robusto, como si estuviera hecho para resistir y cubrirse del frío.

Él sonrió cuando un orbak olisqueó a BB-8. Hizo un ruido —mitad gruñido, mitad relincho— que BB-8 imitó con éxito limitado.

—¡Hola! —dijo el pequeño droide cono.

El orbak lanzó su melena y rugió en respuesta —no un gesto hostil— pero el pequeño droide retrocedió.

—No gracias. No, gracias —dijo, mientras BB-8 intentaba asegurarle que el orbak era amigable. Finn los dejó para conocerse, entrando en el *Halcón*.

—Pero qué terrible situación —decía C-3PO, mientras él y Poe realizaban un diagnóstico en los escudos delanteros—. ¿Todos los días son así para ustedes? Qué locura.

—¿Hallamos su volumen alguna vez? —preguntó Poe.

Su aterrizaje forzoso también había dañado el tanque atmosférico de reserva del *Halcón*, aunque aún no tenía fugas. Solucionarlo ahora evitaría un problema mucho mayor más adelante. Finn se puso a trabajar, contento de tener algo para matar el tiempo, para distraerse de preocuparse por Rey.

Un rato después, Jannah entró, llevando un pequeño cilindro rez, exactamente lo que necesitaban para parchar el tanque.

—Es uno seis, pero servirá —dijo.

Finn tomó el cilindro y lo miró.

—¿Qué no es de la Primera Orden? —cuestionó.

—Hay un crucero en la cresta oeste, tomamos sus piezas —hizo una pausa, como si llegara a una decisión, luego agregó con cautela—. Nos habían asignado a él. Y escapamos en él.

Los ojos de Finn se abrieron de par en par.

—Okay, a ver, ¿fuiste de la Primera Orden?

—No por gusto —aclaró rápidamente—. De niños fuimos reclutados. Todos aquí. Yo era TZ-1719, stormtrooper.

Bueno, eso explicaba el arco hecho de partes de bláster y el brazalete que contenía un transpondedor.

Finn también tomó una decisión.

—FN-2187 —dijo.

—¿Tú?

El asintió. Luego sonrió ¡Era alguien como él! No podía esperar para contarle a Rey.

Dejó caer el cilindro. Se sentó y se inclinó hacia delante.

—¡Nunca supe que hubiera más!

—¿Desertores? Todos aquí fuimos stormtroopers. Nos amotinamos en la batalla de la isla Ansett. Nos ordenaron matar civiles.

Finn hizo una mueca. Sabía exactamente cómo se sentía eso.

—No pudimos hacerlo —dijo Jannah—. Soltamos nuestras armas.

—¿En serio? ¿Todos?

Ella asintió.

—Toda la compañía. No sé cómo sucedió realmente. No fue una decisión, fue una clase de…

—Un instinto. Un sentimiento —terminó por ella.

Ella lo miró sorprendida.

—Sentimiento.

Finn estaba asintiendo de nuevo.

—La Fuerza —dijo enfáticamente—. La Fuerza me trajo aquí. Me llevó con Rey y con Poe.

—Suenas tan seguro de que es real…

—Es real. No estaba seguro antes. Pero… —sonrió— créeme que sí.

Lo que estaba a punto de decir en respuesta fue interrumpido cuando Poe y BB-8 corrieron hacia ellos.

El corazón de Finn latió con fuerza. De alguna manera él sabía exactamente lo que Poe había venido a decirles.

—Rey se ha ido —dijo Poe.

Como uno, todos salieron corriendo del *Halcón*. Droides arrastrándose, treparon por la subida.

—¿Se llevó un skimmer? —dijo Jannah con incredulidad.

Finn levantó sus quadnocs y barrió su mirada a través del mar.

—La veo —dijo—. Va por… ahí. Le entregó los nocs a Poe.

—Sólo a ella se le ocurre —se quejó Poe.

Finn sabía exactamente lo que estaba pensando; ella iba detrás de los Sith sola, en un intento equivocado de evitar que sus amigos salgan heridos. Estúpida, maravillosa y enloquecedora Rey.

—Poe, tenemos que ir por ella —dijo.

—Llevaremos el *Halcón* para alcanzarla en cuanto podamos —dijo Poe, bajando la subida hacia la nave. Finn lo siguió.

—¡No, la perderemos! —dijo, su voz se alzó. Perderla, no necesariamente hasta la muerte. Posiblemente a algo peor.

Chewie y Jannah se mantuvieron alejados, sin decir nada mientras discutían.

—¡Oye, ella nos dejó! ¿Qué hacemos? ¿Nadar? —gritó Poe.

—No está pensando bien. No sabes contra qué lucha.

Poe se detuvo. Girando.

—¿Y tú sí?, ¿enserio?

—Sí, lo sé. Igual que Leia.

—¿Sí? Pues no soy Leia.

—En eso tienes razón.

Poe retrocedió como golpeado, y la culpa atravesó a Finn. Eso había sido demasiado bajo. Demasiado cerca de la verdad acerca de las preocupaciones y temores de Poe. Debió haberlo sabido mejor. Antes de que pudiera disculparse, Poe le arrojó los nocs y se alejó.

Finn suspiró y volvió a ir a la subida. Levantó los nocs y miró al otro lado del océano. El skimmer de Rey era apenas más que una un punto contra el agua turbulenta. No tenía idea de cómo se las arreglaba para navegar esa cosa, cómo aún no se había volcado.

No podía nadar hacia ella, eso sería un suicidio. Tal vez Poe tenía razón y lo único que podía hacer era reparar el *Halcón* lo más rápido posible.

—¿Finn? —vino la voz de Jannah.

Bajó los quadnocs.

—Hay otro skimmer —dijo.

La esperanza lo atravesó. Comenzó a correr.

La noticia de que el *Halcón Milenario* ya volviera a transmitir probablemente ya había recorrido toda la base, pero Leia sintió que era hora de una charla motivadora. Ordenó que todos se reunieran para poder informar oficialmente. Era el momento perfecto para buenas noticias. Una breve tormenta tropical había bajado la temperatura. Los pájaros parloteaban en el dosel de la jungla, celebrando el delicioso frescor.

—Me complace informar que el *Halcón Milenario* nos envió una transmisión a larga distancia —dijo—. Su misión ha vuelto a la normalidad.

La gente se daba palmadas en la espalda. Ella vio sonrisas. Connix y Rose incluso se abrazaron. Esta había sido la elección correcta.

—Nuestra esperanza está con ellos, pero nuestro trabajo está aquí. La comandante Tico informa que los dos combatientes que liberamos del depósito de chatarra corelliano ahora están listos para el vuelo.

Más aplausos.

—Mis felicitaciones y gracias a todo el Cuerpo de Ingeniería por lograr ese milagro. Pero nuestro trabajo acaba de comenzar…

«Leia» —por supuesto, él eligió el final de su discurso para interrumpir.

—Te estás convirtiendo en una plaga —le dijo a Luke.

Ella sintió su sonrisa.

«Es hora de decir adiós» —dijo.

—No todavía…

Pero las palabras que había estado planeando quedaron atrapadas en su boca, y en su lugar terminó con:

—Estoy muy orgullosa de todos ustedes. Mientras nunca perdamos la esperanza, nuestra causa seguirá viva.

Tropezó un poco en su camino a sus aposentos, pero Connix estaba allí en un instante para apoyarla.

Mientras pasaban junto al *Tantive IV*, se escuchó que R2-D2 le hacía una pregunta a Maz.

—Leia sabe que debe hacerse, Artoo —dijo Maz—. Debe llegar a su hijo, pero necesitará toda la Fuerza que queda en ella.

Leia decidió ignorar eso, como si estuviera ignorando a Luke. Estaba tan cansada. Si pudiera acostarse… Connix la ayudó a recostarse. Cuando la chica se fue, Leia agarró la medalla de Han y se recostó, sosteniéndola cerca de su pecho.

Antes de que Rey aterrizara en Takodana con Han Solo, el único cuerpo de agua que había visto era el canal viscoso en el puesto de Niima. Luego, en Ahch-To, ella siempre había mirado el mar con un poco de desconfianza. Las formas del agua eran aterradoras y ajenas a ella, y sabía que se enfrentaría a su enemigo más impredecible hasta el momento.

Aún así, este océano era aún peor de lo que Rey había anticipado. El skimmer que había robado era una maravilla del ingenio del reciclaje, con dos pontones hechos para atravesar las olas, rebotando sobre aguas turbulentas y girando con el menor toque del timón. Pero las olas eran más altas que los edificios, creando remolinos, borrascas y explosiones masivas de espuma. Requirió de toda su concentración para evitar volcar.

El skimmer se convirtió en su enemigo cuando una ola inesperada le arrancó el timón de la mano, lo golpeó de lado y casi la tira al agua. Unos cuantos desastres más cercanos y se dio cuenta de que necesitaba apuntar a las olas en lugar de en contra de ellas, y confiar en el skimmer para hacer la escalada.

Empapada y tiritando, avanzó hacia la Estrella de la Muerte, hacia el lugar exacto identificado por la daga. La cámara en forma de estrella era tan alta, tan aislada. Pero tal vez podría alcanzarlo trepando por el *interior* de la estructura, algo protegida de las olas. Los restos se alzaban cada vez más grandes a medida que ella se acercaba. El agua se agitó contra el enorme casco, se retiró para revelar puntos de acceso tentadores, solo para estrellarse y ahogarlos en el momento siguiente. Rey no tenía idea de cómo entraría ahí con su vida intacta.

Subió otra ola y su corazón saltó a su garganta cuando el skimmer cayó al otro lado. Estaba demasiado cerca de las ruinas. Su impulso la golpearía en el casco, destrozaría el skimmer en mil pedazos…

En cambio, su skimmer fue absorbido por un gran cañón de metal que se extendía casi hasta el horizonte. Aquí el agua estaba algo protegida por las paredes deformadas

que raspaban el cielo a ambos lados. Su viaje se ralentizó. En comparación con el océano abierto, era casi pacífico. Ella estiró el cuello. Las criaturas voladoras anidaban muy arriba en el cenit del cañón. Volaron en círculos, gritando cuando llegaron a tierra.

La daga le había dicho a dónde ir, pero descubrió que no la necesitaba. Algo la atrajo hacia adelante, el tirón se hizo pesado en sus huesos. Por alguna razón, se encontró buscando a Luke. *¿Vendrás a mí?*

Por supuesto, no hubo respuesta.

Apuntó el skimmer hacia una sección de la pared que parecía tener buenos puntos de apoyo para manos y pies. Ató el skimmer lo mejor que pudo, comprobó que su sable de luz todavía estaba sujeto a su cinturón y comenzó a trepar.

Había pasado un tiempo desde que ella había trepado a través de las ruinas de una nave espacial derribada. Su agarre se mantuvo fuerte, pero todo estaba mojado y resbaladizo. La paciencia era la clave. *Lento y deliberado*, Rey. Probó cada asimiento antes de ponerle peso.

Estaba muy por encima de la superficie del agua, el skimmer era un punto flotante, cuando encontró la entrada al casco. Evitando el metal afilado, se adentró y se deslizó a lo largo de una viga inclinada hacia un eje ancho, donde reanudó su ascenso. Aquí era más seco, pero también más oscuro, y se encontró trabajando por el tacto.

Su camino de asideros terminó. No había ningún lugar a donde ir, excepto a través del eje vacío, donde un puntal caído creaba un camino hacia adelante. Sería un salto imposible.

Llamó a la Fuerza, lanzada con todas sus fuerzas, navegó a través del pozo a través de unas fauces sin fondo, aterrizó en manos y pies.

Rey reanudó su ascenso. Su espalda y hombros ardían cuando el pozo se abrió en una vasta cámara. El suelo estaba inclinado hacia arriba, resbaladizo con agua, cubierto de algas y detritos metálicos e incluso piezas de armadura de stormtroopers, ennegrecidas por el fuego. El viento silbaba a través de agujeros en las paredes, y ella se estremeció. Este lugar había sido algo una vez. Algo importante.

Más adelante, el suelo inclinado conducía a un enorme ventanal, medio destrozado, que se elevaba hacia el cielo. Antes era un estrado de algún tipo, que contenía los restos de una silla empapados en el océano. No, un trono.

Era la sala del trono del Emperador. Luke había luchado contra Darth Vader aquí, y la energía —o tal vez el recuerdo— de esa batalla aún persistía. Cerró los ojos y sintió terror, dolor, arrepentimiento y… una determinación de salvar a alguien que era profundamente amado.

Rey dio un paso hacia el trono. El suelo se estremeció bajo sus pies, y ella retrocedió justo a tiempo cuando un gran panel cayó. Se estremeció al bajar, los sonidos cada vez más débiles. Ella no lo oyó aterrizar.

Rey se arrastró a lo largo de las paredes sombrías, donde esperaba que el piso estuviera mejor apoyado, y llegó a una puerta. Tenía un mecanismo de acceso

complicado que lo marcaba como valioso y significativo. Quizás una bóveda. Lo que ella buscaba estaba seguramente adentro.

Podría atravesar esta cerradura eventualmente. La Estrella de la Muerte había estado latente aquí durante décadas. Probablemente solo necesitaba forzarlo…

Rey levantó una mano como para empujar, pero antes de que hiciera contacto, algo hizo clic y la puerta se abrió. Como si todavía tuviera una fuente de energía. Como si hubiera sido reconocida.

La oscuridad la envolvió cuando entró.

La puerta se cerró detrás de ella. Rey avanzó inexplicablemente atraída.

Unas formas se manifestaban a su alrededor, fragmentos de una persona. Era ella, se dio cuenta con naciente consternación. Estaba caminando a través de un pasillo de espejos rotos, viendo su propia forma reflejada una y otra vez, como en la cueva debajo de Ahch-To.

Excepto aquí, el cristal roto solo le dio fragmentos de sí misma: un brazo aquí, una bota allí, un mechón de pelo empapado, una sien magullada. Los fragmentos de reflexión eran un rompecabezas que ansiaba resolver, como si hacerlo pudiera hacer que finalmente apareciera una persona completa.

No, no se permitiría pasar por esto otra vez. La provocación, la promesa de conocimiento y perspicacia, solo para llegar a nada. Rey cerró su mente a los espejos y continuó hacia adelante, hacia lo que la llamaba.

El orientador flotaba entre accesorios negros, su forma piramidal brillaba en rojo suave desde el interior. Ella lo alcanzó, lo tomó.

El triunfo la llenó. *Finalmente*.

El triunfo cambió, se convirtió en un miedo creciente. El sudor estalló en su frente y su cuello se erizó. Ella estaba siendo observada.

Lentamente, aún agarrando el orientador, se dio la vuelta.

Una figura encapuchada se materializó, se deslizó hacia ella con un propósito inexorable, la capa oscura barrió el suelo. La figura prácticamente irradiaba poder, y algo más… un hambre fría y voraz.

Un sable de luz rojo apareció en la mano de la figura, caótico como el de Kylo, con dos cuchillas paralelas. La luz de la hoja finalmente iluminó una cara tan pálida y demacrada como feroz.

Rey jadeó, tropezando hacia atrás. Era *ella*. Su rostro, su figura. Frío y oscuro, con una capa Sith, entera por fin.

Horrorizada, vio como el reflejo oscuro de Rey separaba sus espadas, formando un largo y ardiente bastón. Era el mismo sable que ella tentativamente había comenzado a diseñar en su mente.

Esto no puede ser real. Era una visión, nada más. Pero los oscuros pasos de Rey hicieron eco cuando se encontraron con el suelo, y su bastón apestaba a ozono. Su poder era increíble, *embriagador*. Casi en contra de su voluntad, Rey comenzó a alcanzar con su mano…

El rostro oscuro y reflejado de Rey habló:

—Jamás tengas miedo de quién eres.

Fue como la caída de un rayo, escuchar las palabras exactas de Leia de la boca de esta criatura.

La oscura Rey lanzó su sable de luz hacia adelante, buscando un golpe mortal. Rey encendió su propio sable y lo levantó en una fracción de segundo. Sus cuchillas chocaron, azul sobre rojo, chispas e ira.

Rey se negó a perder su control sobre el orientador, lo que le dio la ventaja a la oscura Rey. Con dos manos en su arma y una mirada feroz, la oscura empujó, inmovilizó el arma de Rey y la obligó a retroceder, un paso y luego otro. Rey se deslizó en la sala del trono.

Su estómago se revolvió y las lágrimas corrieron por su rostro. Estaba a punto de ser derrotada por sí misma, su miedo más profundo se hizo carne, todo por lo que había luchado se convirtió en nada…

La oscura Rey siseó, revelando dientes puntiagudos.

Rey apenas notó el hecho de que su oscura imagen de espejo desapareció cuando tropezó hacia atrás, cayendo. Ella cayó, el orientador se soltó de su mano. Se deslizó por el suelo inclinado. Se apresuró después de alcanzar el buscador.

Otra mano llegó primero, más grande, con guantes negros. Ella buscó. Kylo Ren se asomó, sus hombros con hoyuelos con gotas de océano.

La desesperación casi la ahoga. Para escapar de un futuro ser oscuro, solo para chocar con Kylo Ren. Se sentía como si sus peores pesadillas se volvieran realidad. Se sintió como el destino.

Ella se puso de pie. Volvió a encender su sable de luz.

—Mírate nada más —dijo. Estaba sin máscara. De alguna manera, ella sabía que él nunca volvería a usar su máscara para ella—, querías probarle a mi madre que eras una Jedi. —Su voz rezumaba desprecio por esa noción— pero probaste algo diferente. No volverás con ella. Al igual que yo.

Sus palabras aclararon su cabeza. Porque estaba equivocado. Su yo más oscuro le había dicho que no temiera quién era ella. Pero también Leia. Leia lo *sabía*. Y ella aun así eligió entrenarla.

Kylo Ren no entendía a su madre en absoluto.

—Entrégamelo —ordenó.

Pareció confundido por un momento, como sorprendido de que todavía pudiera resistirse.

—El lado oscuro está en nosotros —intentó de nuevo—. Ríndete a él.

—Entrégamelo. De inmediato —repitió, empujando con la Fuerza.

Ren levantó el orientador, lo miró fijamente. Su expresión se volvió presumida.

—El único modo de que llegues a Exegol será conmigo.

Rey jadeó y comenzó a sacudir la cabeza. *No, no, no…*

Su agarre hizo presión. El orientador se hizo añicos. Algo viscoso salió de los restos, se deslizó entre los dedos de Kylo. Abrió la palma para revelar nada más que polvo pegajoso. La cosa por la que había recorrido la mitad de la galaxia, por la que arriesgaba la vida de sus amigos, había sido borrada.

—¡No! —ella gritó.

Una ira ardiente y primitiva se alzó dentro de ella como magma volcánico, y ella estalló hacia adelante, balanceando su sable de luz.

Kylo saltó fuera del camino de su corte, se agachó debajo del siguiente. Él se alejó de ella con la capa volando.

Vagamente, a través de su bruma de furia, se dio cuenta de que no la estaba atacando, y de alguna manera esto la enfureció aún más. Alcanzó el poder de la Fuerza, como si fuera un remolino sin fondo… más, más, *más*. Sus ataques aumentaron en velocidad.

Finalmente, ya no pudo esquivarla. Su propio sable de luz fue llevado de repente, y se enfrentaron, sus cuchillas crujieron y zumbaron con energía.

Una y otra vez ella golpeó, golpeó, apuñaló, y él respondió con esfuerzo, igualando su ferocidad. Pero cedió terreno.

Kylo dio un paso atrás, cayó en el pozo.

Sin pensarlo dos veces, ella saltó tras él.

Apenas recordaba haber viajado alguna distancia, pero de alguna manera terminaron fuera de los restos, en un trozo de metal similar a un puente de solo unos metros de ancho. Una torreta de armas masiva se cernía sobre ellos; más allá y medio ahogado en aerosol estaba el TIE estacionado de Ren. El océano rabiaba a su alrededor, pero ella presionó su ataque, ajena al peligro adicional.

Kylo Ren no tuvo más remedio que atacar en serie, y fue muy satisfactorio atacar, una y otra vez, solo para que sus cuchillas chocaran como platillos. Los impactos temblaron en sus hombros, le magullaron la columna vertebral y las caderas. Era mejor que pensar en lo que había visto, lo que él había hecho. Quien era ella.

Una presencia atravesó su conciencia, brillante y resplandeciente. Y una voz que grita:

—¡Rey!

Finn corría hacia ella, dejando a Jannah atrás para vigilar su skimmer. El instinto de Rey para proteger a Finn fue abrumador. Sin pensar en absoluto, llamó a la Fuerza y lo empujó con la mano. Voló hacia Jannah al borde del puente destruido. Una ola se estrelló en el tramo del puente entre ellos, separando a Finn y Jannah de su vista.

El mar estaba hirviendo ahora con una marea alta. Mientras se enfurecía contra Kylo Ren, la Fuerza se abrió a ella, inundándola con un nuevo poder, y se encontró saltando del camino de las olas masivas, luego aterrizando sobre sus pies solo para saltar de nuevo. Kylo saltó tras ella, usando la Fuerza para impulsarse hacia el cielo, y luego otra vez para controlar sus aterrizajes.

Ella no dejaría este lugar hasta que uno de ellos estuviera muerto. Pero su espada no estaba rompiendo su guardia. Apretó los dientes y lo atacó con energía de la Fuerza. Voló hacia atrás, se contuvo, aterrizó pulcramente.

Kylo avanzó, empujando con su propia energía de la Fuerza. Sus sienes comenzaron a latir de dolor, pero ella se mantuvo firme.

Él envió el pensamiento directamente a su mente:

«Te conozco».

«Nadie lo hace», ella respondió.

«Pero yo sí».

Ella gritó y se lanzó hacia él otra vez.

Él era físicamente más fuerte. Cuanto más peleaban, más claro se hacía. Pero ella era un poco más rápida. Sus sables chocaron. Él empujó. Ella se deslizó hacia atrás sobre la superficie de metal resbaladiza, su caótica espada gradualmente se acercaba más y más a su rostro. Sintió su vibración cerca de sus mejillas.

Por el rabillo del ojo, vio una ola colosal que se acercaba. El océano estaba llegando a la marea alta. Ella saltó cuando la ola se derrumbó, usando la Fuerza para impulsarse hacia arriba y hacia atrás.

Rey aterrizó en cuclillas ante otra torreta. Miró a su alrededor. No hay señales de Kylo Ren. Tal vez la ola lo había arrastrado.

No, allí estaba él, caminando infaliblemente hacia ella, con el agua del océano saliendo de su cabello, su rostro. Había resistido la ola. La expresión de su rostro decía que podía soportar cualquier cosa.

Ella atacó, y él respondió. Pero ella estaba cansada, desacelerando. No había dormido en… ¿cuánto tiempo? Y todavía no se había recuperado de la curación de la vexis. Su mano picaba con cada golpe.

Otro ataque, otro bloqueo, y este la derribó.

Se cernió sobre ella y levantó su sable de luz.

Rey lo miró fijamente. Ella moriría en estos restos de una estación espacial. Pero tal vez era mejor morir ahora que ceder a la oscuridad más tarde.

Ella lo fulminó con la mirada, preparándose para esquivar, aceptando que tal vez no sería lo suficientemente rápida.

Kylo se congeló, sable de luz estaba en alto.

«Leia, sólo queda una cosa por hacer».

Que la galaxia nos salve a todos de los hermanos mayores, pensó.

«Debes tratar de llegar a Ben», dijo Luke

Ella volvió a sostener a su pequeño hijo en sus brazos, su cabello negro todavía mojado por el nacimiento, cómo había llorado todo el tiempo en esos primeros meses, pero se calmaba cada vez que sentía que ella o Han o Chewie estaban cerca. Sus primeros

pasos. Su primera palabra. La primera vez que había enviado un juguete volando a través de la habitación con el poder de la Fuerza, llamando a su pequeña rabieta infantil.

Nunca perdí la esperanza por él, dijo.

«Díselo», dijo Luke.

Con sus palabras llegó una avalancha de conocimiento y un recuerdo de visión de Luke sentado con las piernas cruzadas sobre un acantilado de Ahch-To, temblando de esfuerzo mientras se proyectaba en el campo de batalla en Crait.

El esfuerzo por llegar a Ben tomaría todo lo que le quedaba.

Ella no pudo hacerlo. Sería su último fracaso, dejar atrás a todos los que amaba, todo por lo que había trabajado. Leia *tenía* que quedarse. Tenía que seguir avivando la pequeña llama de la esperanza, o la Resistencia moriría.

Su pulgar iba y venía por la cara fría de la medalla de Han. Su corazón estaba lleno de esperanza entonces, después de su primera gran victoria contra el Imperio. Darle esas medallas a Luke y Han había sido más que una celebración pública; habían sido un premio simbólico de liderazgo. Compartiría la carga desde ese día.

Suspiró con una fuerte comprensión. Lo había entendido al revés. Dejar ir no era darse por vencido. Fue el *último* acto de esperanza, esperanza para sus protegidos Rey y Poe, fe en las lecciones que les había enseñado. Lo último que aprenderían de ella era cómo seguir sin ella, y finalmente abrazar sus propios destinos como líderes.

Bail Organa había sido quien le había enseñado eso. Su padre adoptivo había confiado en ella para encontrar a Obi-Wan Kenobi y salvar a la rebelión cuando era sólo una mujer joven con menos experiencia que cualquiera de ellos.

«¿Leia?», le preguntó Luke.

Si Vader pudo convertirse en Anakin nuevamente, Kylo Ren podría convertirse en Ben. Su hijo estaba tentado por la luz; ella podía sentirlo. Pero incluso si él nunca se volvía como Anakin, aún así lo amaría, y su legado estaba seguro. Ella era Leia Skywalker Organa Solo. Mientras acariciaba la medalla de Han, adoptaba por completo *todas* esas herencias. Y las pasaría todas a la próxima generación. Su legado de Skywalker iría a Rey, Organa a Poe, y ella intentaría por última vez pasar su legado Solo a su hijo.

Así es como sería. Un último acto de esperanza, y luego descansaría.

Alcanzó la Fuerza, dejó que la rodeara, la llenó. Pensó que el esfuerzo la agotaría, pero sintió una oleada momentánea de fuerza y energía cuando se conectó con todos los seres vivos. Ella llegó más profundo, y luego aún más profundo. Con toda la vida, el amor, la esperanza y el perdón en su ser, susurró:

—¡Ben!

Su último pensamiento arrasó la galaxia como una ola. Era vagamente consciente de que la medalla de Han caía al suelo, un zumbido de tristeza de R2-D2, y finalmente una oleada de bienvenida de Luke, que ya no estaba solo…

La mirada de Ren se volvió distante y dejó caer su sable de luz. Rey lo atrapó, exultante llenándola. Ella iba a *ganar*.

A través de la Fuerza llegó una poderosa ruptura.

Kylo Ren tropezó.

La espada robada de Rey atravesó a Kylo y lo empaló, ya que una pérdida incomparable se apoderó de su alma, la cortó, la dejó vacía y dolorida.

—¡Leia! —gritó ella.

Kylo se derrumbó, la miró con agonía, con el pecho agitado. Parpadeó con fuerza, contra el dolor, contra lo que estaba sintiendo. Los últimos pensamientos de Leia habían sido sobre ella, Poe y la Resistencia, pero sobre todo Ben. Leia todavía lo amaba. Ella lo había perdonado. Ella lo había *llamado a la luz*.

Las manos de Rey temblaron cuando apagó su sable, se inclinó e hizo lo mismo con Kylo. Se arrodilló cerca de él, sin saber qué decir. Su herida era mortal, eso estaba claro. Sus ojos buscaron su rostro, aunque ella no estaba segura de lo que estaba buscando. Sus mejillas estaban húmedas, y ella no podía decir dónde terminaba el rocío del océano y comenzaban las lágrimas.

—Tu madre… —dijo.

Cerró los ojos, como si aceptara el inevitable final.

Rey no sabía qué hacer.

Había tenido la oportunidad de matarlo antes, y no lo había hecho. Con él roto ante ella, vulnerable, descubrió que estaba aún menos ansiosa por verlo morir.

¿Qué haría Leia?

Rey extendió la mano y se la puso en el pecho.

Sus ojos se abrieron de golpe. Él la miró con confusión, y tal vez… ¿anhelo?

El aire se llenó con un zumbido resonante. Rey recurrió a todo lo que la rodeaba —¡tanta vida en ese océano violento!— pero, sobre todo, ella recurrió a sí misma. Ella *dio*.

Los labios de Kylo se separaron. Su respiración se calmó. Músculo, tendones y piel fueron regenerados, reincorporados. Incluso la cicatriz en su rostro se cerró, dejando su mejilla suave y perfecta.

Rey se desplomó, exhausta. Ella sintió sus ojos asombrados sobre ella, percibió sus preguntas no formuladas. Estaba alerta, ahora. Todo. Rebosante de vida y energía.

Pero no dijo nada.

Entre respiraciones, ella trató de explicar.

—Sí quería tomar tu mano. La mano de Ben.

Antes de que pudiera responder, Rey agarró el sable de luz de Luke. La curación la había agotado, y estaba inestable sobre sus pies mientras corría hacia el TIE fighter estacionado sobre los restos.

Se dejó caer en el asiento del piloto. Le llevó un momento orientarse hacia los extraños controles, pero pronto tuvieron sentido para ella, como siempre lo hacían los controles de vuelo. Se fue, mirando hacia atrás para ver a Kylo mirándola fijamente,

todavía asombrado. Finn y Jannah eran puntos en otra isla de restos, y se alegró al ver acercarse al *Halcón*. Estarían bien.

No sabía a dónde iba. Ella sólo sabía que tenía que escapar. Rey sintió que estaba siendo destrozada, por la verdad de quién era, por el dolor.

Rey dejó que el instinto la guiara mientras ella marcaba las coordenadas en la computadora de navegación. Ella rompió la atmósfera y entró en el hiperespacio.

CAPÍTULO 14

Kylo Ren estaba de pie sobre los restos de la Estrella de la Muerte, mirando el océano. Había estado parado allí mucho tiempo, observando cómo la marea retrocedía gradualmente. Físicamente, se sintió mejor que nunca en su vida.

Pero su mente estaba en crisis. No sabía que tal curación era posible, no entendía cómo lo había hecho. Pero esa no era la pregunta que más le preocupaba. ¿*Por qué* Rey lo había curado? ¿Por qué haría ella tal cosa?

¿*Por qué* su madre lo había amado hasta su último momento? Snoke había mentido sobre eso. Snoke había mentido sobre todo. Todas esas voces en su cabeza, torturándolo a lo largo de los años, le habían prometido que un momento como este nunca podría suceder. *«No se preocupan por ti. Solo por su preciosa Nueva República. Y más tarde, sólo por su preciosa Resistencia».*

Todas eran mentiras.

Su madre se había sacrificado para alcanzarlo. Entonces Rey lo había curado, a un gran costo para ella. A pesar de todo lo que había hecho.

Había fallado en matar la luz dentro de sí mismo porque había estado a su alrededor todo el tiempo. En Rey. Su madre. Incluso… su padre.

—Hola, hijo —llegó una voz. La familiaridad era como un sable de luz a través de sus entrañas. Se giró.

Han Solo se paró frente a él, intacto por el rocío del océano. Se veía exactamente como Kylo lo recordaba por última vez, excepto que sus rasgos eran tranquilos. En paz.

—Te extraño, hijo —dijo.

Kylo parpadeó. Esto no puede ser real.

—Tu hijo murió —dijo.

Su padre sonrió.

—No —dijo, caminando hacia él. Sus narices estaban separadas por centímetros cuando agregó—, Kylo Ren murió. Mi hijo está con vida.

Dejó que su mirada recorriera la cara de su padre, su chaqueta, el bláster enfundado a su lado. Todo se sintió tan real. Incluso podía oler el lubricante para engranajes que Han Solo siempre había usado para mantener funcionando los convertidores del Halcón.

—Tú eres una simple memoria —dijo.

—*Tu* memoria —dijo su padre. Sus ojos estaban tan llenos de amor. Eran como dagas—. Vuelve a casa —instó.

—Ya es tarde —era algo que las voces en su cabeza siempre habían dicho. *«Es muy tarde para ti. Nunca te llevarán de vuelta»*. Pero esta vez fue cierto, porque—. Se ha ido.

—Tu madre se ha ido. Pero lo que defendió, por lo que siempre peleó… eso no se ha ido.

Miró a su padre, temeroso de creer sus palabras. Miedo de su propia memoria. Miedo de lo que estaba sintiendo.

—Ben —dijo su padre.

—Sé lo que debo hacer —admitió Ben Solo, su voz temblorosa— pero no sé si tenga la fuerza para hacerlo.

Han levantó la mano hacia la mejilla de Ben. Ben lo recordaba exactamente. Rey había estado en lo cierto; no había podido sacudir el recuerdo del calor de la palma de su padre, los callos en la punta de los dedos, la aceptación en sus ojos.

—La tienes —dijo su padre.

Han Solo todavía creía en él. Al igual que su madre. También Rey.

Ben levantó el mango de su sable láser, tal como lo había hecho en la Base Starkiller, la última vez que vio a su padre. Excepto esta vez…

—¿Papá…? —dijo, de repente pequeño. Vulnerable. Correcto.

Han Solo sonrió.

—Lo sé.

Ben se volvió y lanzó el sable de luz al aire. Voló en un arco alto, muy por encima de la ruina, y desapareció en una neblina de espuma del océano.

Cuando volteó, el recuerdo de su padre se había ido, y Ben Solo estaba solo en medio del mar.

Sabía lo que tenía que hacer. De alguna manera, encontraría la fuerza para hacerlo.

El general Pryde se arrodilló en la oscuridad ante el holograma. Estaba en un área de sus aposentos privados. Nadie tenía acceso a este lugar excepto él. Incluso el Líder Supremo Ren no sabía que existía.

Se requirió esfuerzo y una planificación cuidadosa para borrar todo el registro de estas transmisiones, pero el riesgo valió la pena. Todo valió la pena.

La criatura en el holograma habló.

—La princesa de Alderaan ha interferido en mi plan —dijo el Emperador Palpatine—, pero su absurdo acto va ser en vano. Venga conmigo a Exegol, general Pryde.

—Como le serví en las Guerras Antiguas, le sirvo ahora.

La imagen chisporroteó. La transmisión era débil y frágil, habiendo hecho un viaje casi imposible a través de las Regiones Desconocidas y el espacio anómalo. Pero era suficiente.

—Envíe una nave hacia un mundo que conozcan —dijo Palpatine, y el corazón de Pryde dio un vuelco. Este era el momento que había estado esperando—. Hágalo explotar. Comienza la Orden Final. Ella vendrá. Y sus amigos la seguirán.

Mientras su amo sonreía, un ciempiés lento se arrastraba por su boca, el general colegiado Pryde se estremeció casi en éxtasis.

—Sí, mi lord.

Siguió una ráfaga de datos complejos de coordenadas. El camino a Exegol. El Emperador le confiaba su conocimiento más preciado.

—Observa, el fruto de tu trabajo —dijo su amo, mientras la transmisión de datos hacia él revelaba otro canal de frecuencia.

La mano de Pryde tembló mientras giraba el holodisco a la nueva frecuencia. Una imagen diferente chisporroteó ante él, una superficie plana, tierra agrietada, relámpagos y neblina. Una colosal flota levitaba en la atmósfera a una altitud de puesta en escena. Tantos de ellos. Tan hermoso.

La flota Sith que era el trabajo de su vida, ya no estaba oculta.

Tan pronto como la imagen se asentó, indicando que tenía una buena conexión, dio la señal.

Contuvo el aliento, esperando.

Una sola nave se separó del resto. Se elevó gradualmente por encima de las demás hasta que alcanzó una distancia segura, luego desapareció en el hiperespacio. Anhelaba ir con eso.

Todo lo que había trabajado durante toda su vida finalmente estaba llegando a buen término.

Sin embargo, era un pragmático, y ni siquiera el éxtasis del momento podía calmar sus preocupaciones. Las naves eran temporalmente vulnerables, incapaces de levantar escudos en el clima infernal del planeta, pero no había otra opción. Gran parte del modelaje final, inspección, prueba y mantenimiento debía ocurrir en la atmósfera. Las tripulaciones del Emperador trabajarían turnos triples para lograrlo.

Pryde podría haberse quedado para siempre, admirando la vista de la flota Sith, pero tenía trabajo que hacer. Él sonrió cuando terminó la transmisión. Todo marchaba como su amo lo había previsto.

El Destructor Estelar Sith salió del hiperespacio sobre el mundo blanco y helado de Kijimi. La capitana de la Orden Final, Chesille Sabrond, se paró en el puente y observó cómo se movía un sistema de nubes, revelando la línea surcada de una enorme cordillera. Debía ser enorme, para ser visible desde el espacio.

La capitana Sabrond nunca había estado fuera de las Regiones Desconocidas. Había sido criada en Exegol, bajo tierra. Le tomó años de arduo trabajo y dedicación obtener esta asignación premium, capitán del *Derriphan*, el destructor avanzado designado. Había matado a tres personas, saboteado a otras dos y apenas había dormido en veinte años, solo para poder estar entre las primeras en volar a su nueva galaxia.

Su vuelo virgen había sido un éxito. Ahora, a probar el arma.

Ella miró a su alrededor. El puente estaba lleno de oficiales de la Orden Final, muchos criados en Exegol como ella, otros de varios planetas en las Regiones Desconocidas. Varios eran hijos del Imperio, siguiendo los pasos de sus padres. Muchos

de los stormtroopers de carmesí habían sido reclutados por la Primera Orden cuando eran niños, y luego fueron cuidadosamente seleccionados y «desaparecidos» por espías en función de su potencial. Todos en este puente habían trabajado hacia un objetivo: el regreso de los Sith.

—Capitán, Kijimi está en rango —dijo uno de sus lugartenientes.

La capitana Chesille Sabrond sonrió.

—¡Fuego! —ordenó.

La cubierta retumbó cuando estalló el enorme cañón debajo del vientre de la nave.

Babu Frik tuvo dos días más de trabajo —quizás tres— para que este droide de batalla volviera a estar en línea. Sin embargo, sería diferente. Más consciente de sí mismo, capaz de funciones de comando de nivel superior y, por supuesto, no del todo legal. Su cliente había prometido una tarifa impía para que esto sucediera, y Babu necesitaba esa tarifa, si quería salir del planeta.

La pandilla de las especias ya no existía. Todos los que conocía se habían ido. Los afortunados, de cualquier manera. El resto estaban muertos, asesinados por los Caballeros de Ren mientras barrían la ciudad, buscando a los asociados de la Resistencia de Zorii.

—Pronto, amigo —le dijo al droide. Se sentó en la mesa, le faltaba un brazo debajo del codo, ocasionalmente temblando cuando Babu volvió a cablear. Prefería trabajar en temas «en vivo», era una forma de notar y corregir cualquier error antes de que causaran demasiado daño.

—¡Aún así, quédate quieto! —ordenó él.

—Roger, Roger —dijo el droide, luego inmediatamente desobedeció al girar la cabeza hacia un lado, hacia la ventana.

Los receptores de audio del droide eran más sensibles que sus propios oídos, por lo que Babu se dejó caer de la mesa, corrió por la habitación y subió a la ventana.

Era de noche y el cielo había adquirido el color obsidiana que siempre anunciaba una tormenta. No vio nada inusual.

Y luego lo notó. Un resplandor rojo, apenas más que un punto, proveniente del noroeste.

El punto creció, se iluminó. Pronto la noche negra brillaba, las calles y edificios helados de la ciudad de Kijimi se llenaron de carmesí.

Babu murmuró una oración. Cerró los ojos contra el doloroso brillo y aceptó su destino. Pero entonces escuchó una voz familiar, de alguien que pensó que se había ido.

—¡Babu, date prisa! ¡Solo tenemos unos segundos!

El planeta entero implosionó, absorbiéndose a sí mismo. Luego, como una exhalación, explotó en una masa cósmica de hielo, roca y magma.

La capitana Sabrond quería gritar su triunfo, pero eso no sería profesional. En cambio, ella tranquilamente dio la orden:

—Póngase en contacto con el Comando Imperial. Dígales que el planeta Kijimi ya no existe. Después, establece un rumbo para nuestro regreso a Exegol.

Poe, Finn, Chewie y los droides se apresuraron por la rampa del *Halcón* hacia la base de la jungla. El lugar ahora era más denso, más consolas, más personas, incluso unas pocas naves más. La Resistencia había estado ocupada mientras estaban fuera.

Poe se alegró de ver a la comandante D'Acy esperando para saludarlos al final de la rampa.

—Poe —dijo ella, su voz pesada con solemnidad—, algo pasó. Finn…

—No hay tiempo —dijo Finn.

—Tenemos que ir con la general —dijo Poe.

La cara de D'Acy estaba afectada.

—Se ha ido —dijo.

Poe se congeló, mirando a la comandante, su mente se negaba a analizar lo que acababa de decir.

Chewie gimió, giró la cabeza hacia atrás y cayó de rodillas. Poe trató de consolar al wookiee, pero Chewie lo rechazó, afligido en voz alta.

Poe se quedó allí parado, con el corazón dolido y los pies sin amarrar. Apenas se dio cuenta cuando Beaumont lo agarró y comenzó a desenvolver las vendas de su brazo.

—Nos acercamos mucho —murmuró Poe—. Lo siento.

Beaumont extendió gel de bacta sobre la herida bláster de Poe, la volvió a colocar, sin decir nada.

Un momento después, D'Acy apareció de nuevo.

—Poe. Necesitas ver esto.

Miró de un lado a otro entre ellos, a Beaumont, a D'Acy, y de nuevo a Beaumont nuevamente. ¿Cómo siguieron trabajando? ¿Haciendo algo? ¿Cómo *pudieron*? Leia se había ido, y la Resistencia con ella.

Permitió que D'Acy los guiara a él y a Beaumont a una consola de comunicaciones. Ella señaló el mensaje.

—Kijimi ha sido destruido —dijo.

—Kijimi… —la agonía lo golpeó de nuevo. *Zorii*— ¿Cómo? —Se ahogó.

—Un disparo de un Destructor Estelar.

Sacudió la cabeza.

—Imposible. Tomaría… No —*No, no, no*—, de ninguna manera un Destructor Estelar…

—Una nave de la nueva flota Sith. De las desconocidas.

La boca de Beaumont se abrió.

—El Emperador lo envió desde Exegol ¿significa que todas las nave de la flota tienen…?

—Tienen armas que destruyen planetas —finalizó Poe comprendiendo horrorizado—. Sí, por supuesto. Todas igual… así es como nos van a vencer.

Algo sonó en la consola de Rose, y ella se apresuró.

—Escuchen —dijo ella—, está en todas las frecuencias.

La consola crujió y reventó, y una voz comenzó a hablar en un idioma que Poe no reconoció.

Pero los ojos de Beaumont se abrieron de golpe.

—La Resistencia cayó —tradujo—. La llama Sith emergerá. Todos ríndanse o morirán. Comienza la Orden Final.

Y luego el mensaje se repite en un bucle.

Todos se volvieron hacia Poe.

—Leia te puso a ti a cargo —dijo Rose—. ¿Qué sigue?

La comandante D'Acy le puso una mano en el hombro y lo miró directamente a los ojos. Ella dijo:

—Esperamos órdenes.

Su primer impulso fue negarse. Nunca había huido de nada en su vida, pero quería huir ahora. No podía aceptar que Leia se hubiera ido, mucho menos asumir su trabajo. No estaba listo. Tal vez nunca estaría listo. Había cometido terribles errores, había matado a tanta gente. Pensó que tendría más tiempo para aprender. Para expiar lo que había hecho. ¿Qué había estado *pensando* al nombrarlo general en funciones?

Había pensado que había pasado esto. Ella también se lo había dicho. Pero tal vez perdonarse a sí mismo fue un proceso más largo y difícil de lo que un compañero se diera cuenta.

De repente, un recuerdo de Leia apareció en su mente, claro como el día, e imaginó su voz tan profunda y profundamente que era casi como si estuviera parada allí mismo. *El fracaso es el mejor maestro*, dijo.

Finn se sentó en la cama de Rey. No podía creer que Leia se hubiera ido. Ella lo había aceptado tan fácilmente, ni siquiera había parpadeado cuando se enteró de que era un desertor de la Primera Orden. De hecho, ella lo había llamado *valiente*, lo consideraba uno de sus activos más valiosos. Ella había establecido oportunidades de capacitación y educación para él. Lo instó a aprender, a hacerlo cada vez mejor. Leia no había pasado casi tanto tiempo con él como con Poe o Rey, pero estaba claro que esperaba grandes cosas de él.

El pequeño droide que habían rescatado de la nave de Ochi avanzó hacia él y comenzó a hurgar en las cosas de Rey. Se dio cuenta del sable láser a medio construir de Rey e inclinó su nariz puntiaguda hacia él.

—¡No toques eso! Es de mi amiga.

El pequeño droide retrocedió y ladeó la cabeza.

—Perdón —dijo—, ella se fue.

—Sí, se ha ido —confirmó Finn—. No sé a dónde.

El droide rodó de un lado a otro.

—La extraño.

—También la extraño.

Daría cualquier cosa por estar sentado a su lado ahora, compartiendo dolor. No necesariamente diciendo nada, sólo… estando.

Si supiera dónde estaba Rey, nada en la galaxia le impediría ir a ella. Él y Rey se habían estado salvando desde el momento en que se conocieron. Eso es lo que hacían los amigos.

Nadie entendía por completo su devoción decidida por Rey, excepto tal vez Leia. Incluso Rose, aunque lo aceptó, pensó que era un poco extraño. Pero no fue extraño en absoluto. Rey era amiga de Finn, sí, pero también era importante. Lo sentía. Era el mismo sentimiento innegable que le había contado a Jannah. Si algo le sucedía a Rey, la Resistencia no tendría ninguna posibilidad.

El droide zumbó de nuevo, un sonido solitario. Finn se dio cuenta de que había estado tan atrapado en todo lo que estaba sucediendo, que nunca se había molestado en conocer al pequeño. Rey importaba, pero también todos los demás. La única forma en que iban a superar esto era juntos. Volteó y le preguntó al droide.

—¿Cuál es tu nombre?

C-3PO vagaba por la base, desorientado. El lugar era un desastre, con cables esparcidos por todas partes, cepas de la selva invadiendo todo. El barro comenzaba a obstruir sus articulaciones. Un baño de aceite sería lo correcto, pero no tenía idea de a quién preguntar. Este grupo irregular de seres incluía humanos, mon calamari, un wookiee y una docena de otras especies, sin mencionar varios droides. Ninguna cultura o idioma parecía dominar, lo que significaba que C-3PO no tenía idea de cuál era el protocolo.

Un astromecánico de la serie R2 lo vio y se desplazó en su dirección. Era blanco con marcas azules, y tenía las cicatrices de la batalla. Una pequeña vulgaridad, pero valía la pena ser cortés en estas circunstancias.

—Hola —dijo C-3PO—, yo soy See-Threepio, relaciones cibernético-humanas. ¿Y tú eres…?

El astromecánico retrocedió como golpeado. Luego sonó con insistencia.

—¿Mi respaldo de memoria? ¿Por qué un droide astromecánico regordete tendría mi memoria almacenada?

El pequeño androide volvió a pitar, irritado.

—Estoy seguro que recordaría si tuviera un mejor amigo —C-3PO volteó. No había nada peor que un astromecánico con delirios de grandeza.

El astromecánico pitó insistentemente.

—¿Quieres poner *qué* en mi cabeza? Bajo ninguna circun…

El droide azul extendió su brazo de transferencia y comenzó a perseguirlo.

—¡Aléjate de mí con eso!

Más chirridos, casi demasiado rápido para seguirlos.

—¿A qué te refieres? ¿Qué historia juntos?

El astromecánico silbó, más suavemente ahora. Sus palabras detuvieron a C-3PO en su camino. El droide dorado levantó la vista hacia la nave que se cernía sobre ellos.

—¿En una nave como esa? —dijo C-3PO—. ¿Con una princesa? ¡Estás funcionando mal!

Pero dejó que el pequeño androide se acercara.

Poe se sentó en la oscuridad, junto al cuerpo cubierto de Leia.

—Tengo que decírtelo —le dijo—. Si soy sincero, en realidad no sé cómo hacer esto. Lo que usted hizo… no me siento nada listo.

—Tampoco nosotros —llegó una voz desde las sombras, y Poe volteó. Era Lando Calrissian.

El ex general de la Rebelión había volado a Ajan Kloss en su nave, la *Lady Luck*, casi tan pronto como salieron de Pasaana. Algo que Rey había dicho lo convenció, y Poe estaba tan contento de que estuviera aquí.

—Luke. Han. Leia. Yo —dijo Lando—. ¿Quién alguna vez lo está?

Poe dio un paso hacia él. Según Connix, Lando había estado abrumado por el dolor cuando llegó demasiado tarde. Había perdido la oportunidad de decir adiós.

Lando parecía tan triste como Poe se sentía, con el ceño fruncido y los hombros caídos. Seguía mirando la mortaja de Leia. Probablemente lamentaría no haber venido antes por el resto de su vida. Poe entendió lo que era lamentar.

—¿Y qué hicieron… —Poe preguntó— para vencer a un Imperio con tan poco de su lado?

Lando guardó silencio por un largo momento. Luego:

—Nos teníamos uno al otro. Así fue como ganamos. Éramos *amigos*.

Una luz amaneció en la mente de Poe. Por primera vez desde su regreso a Ajan Kloss, sonrió.

Poe fue a buscar a Finn. Finn lo encontró primero. Su amigo corrió hacia él, el pequeño droide cónico le pisaba sus talones.

—Poe, tengo algo que debes saber —dijo Finn, su voz urgente.

—Tengo algo que tú debes saber —respondió Poe—. No lo lograré solo. Te quiero conmigo al mando.

—Este droide tiene… gracias. Lo aprecio, enserio…

—General —dijo Poe, saludando.

—General, el droide está lleno de información sobre Exegol.

—¿El cono feo?

—¡Soy Dee-Oh! —dijo el droide.

—Perdónn Dee-Oh —dijo Poe.

—Se dirigía a Exegol con Ochi de Bestoon —dijo Finn.

Poe miró al droide y luego a Finn.

—¿Por qué *iba* Ochi a Exegol?

Finn respiró hondo.

—Para entregar a la niña que debía atrapar en Jakku al Emperador. La quería con *vida*.

Poe se quedó boquiabierto. Finn se limitó a mirarlo, esperando que juntara las piezas.

El sol de coral se puso sobre el océano de Ahch-To cuando las llamas envolvieron el TIE fighter de Kylo Ren. Rey vio arder la nave, con lágrimas en los ojos. Ella arrojó trozos de madera a la deriva. No es que pudieran hacer ningún daño, pero se sintió bien tirar cosas.

Finalmente entendió por qué Luke había venido aquí, por qué había renunciado a todo y había tomado la vida de un ermitaño. Rey nunca volvería. Nunca volvería a poner a sus amigos en peligro. Nunca volvería a enfrentar a Kylo. Viviría los años que tuviera aquí.

Porque ella era la nieta del déspota más malvado jamás conocido, y su oscuridad se elevaba dentro de ella. Sin Leia, no tenía ninguna posibilidad de retrasar la marea. La galaxia estaba mejor sin ella.

Pertenecer había sido una fantasía fugaz. Ella estaba destinada a estar sola.

Sacó el sable de luz de Luke y lo miró. El arma de un Jedi. Pero ella no era Jedi.

Rey lo arrojó con venganza al fuego.

Una mano se extendió y la atrapó. Una figura vestida emergió de las llamas, iluminada por una luz fantasmal, casi transparente.

—Me parece que el arma de un Jedi merece más respeto —dijo.

—¡Maestro Skywalker! —dijo jadeando.

Sus ojos se entrecerraron de consternación.

—¿Qué crees que estás *haciendo*?

Se miraron el uno al otro. Rey no estaba segura de qué decirle. Quizás ya lo sabía.

A su lado, un porg harapiento sacudió sus plumas, graznando con irritación.

Ella se sentó junto a la hoguera, *tenía* que sentarse; estaba tan agotada de luchar contra Kylo y curarlo.

Luke se paró sobre ella, sin molestarse por la proximidad de su túnica a las llamas.

—Hice todo lo que mi entrenamiento me preparaba para evitar —le dijo—. Primero saqué mi sable, ataqué a Ren, ciega de ira.

—Pero luego lo sanaste.

—Le di algo de mi vida. En ese momento le habría dado todo… moriría si tuviera que hacerlo.

—Tu compasión lo salvó.

Rey no tenía ganas de recibir nada parecido a un cumplido. No lo merecía.

—Me vi sentada en el trono oscuro —le dijo Rey al Maestro Jedi—. No dejaré que eso pase. No me iré de aquí jamás. —Ella lo miró desafiante—. Debo hacer lo que usted hizo.

El fuego estalló. Una chispa cayó sobre la túnica de Luke, pero él no reaccionó, y la chispa se apagó como si no hubiera aterrizado en nada.

—Me equivoqué —dijo Luke—, el miedo fue lo que me mantuvo aquí. ¿Qué es a lo que más le temes?

La respuesta era fácil. Pero decirla era difícil.

—A mí misma.

—Porque eres un Palpatine.

Ella jadeó. Lo había dicho tan casualmente, como si no estuviera impresionado en lo más mínimo.

—Leia también lo sabía —agregó Luke.

Rey lo había adivinado, pero todavía era sorprendente escucharlo decirlo.

—Ella nunca me dijo —susurró.

Luke se movió para sentarse a su lado.

—Me entrenó de *todos modos* —dijo Rey.

—Porque sintió tu espíritu. Tu corazón.

Rey siempre había supuesto que Leia aceptaba entrenarla porque la veía como un arma. Un activo en la lucha contra la Primera Orden ¿Podría ser cierto que ella también había visto algo más en ella? *¿Algo bueno*?

Rey bajó la mirada hacia sus manos, sintiéndose tonta.

—Quería que Leia pensara que era tan fuerte como ella. No lo soy.

—Leia era la más fuerte de todos nosotros —dijo Luke.

Lo que hizo que Rey se preguntara: ¿Leia alguna *vez* había sido tentada por el lado oscuro? En todas las historias que había escuchado, al leer los diarios de Luke y estudiar con Leia, nunca había oído hablar de alguien que *intentara* convertirla, como Vader y el Emperador habían tratado de convertir a Luke. La forma en que Kylo había tratado de convertirla. Tal vez, de todos ellos, Leia había sido intocable.

Finn sería así, se dio cuenta con una agitación, si él podía tocar la Fuerza. Era especial de esa manera.

Estaba sacudiendo la cabeza, y las lágrimas amenazaban una vez más.

—No creo que pueda hacerlo sin Leia. Soy descendiente de algo tan oscuro…

—Rey —dijo Luke—, hay cosas que importan más que la sangre.

La exactitud de sus palabras surgió dentro de ella. La Fuerza era más fuerte que la sangre. Y la amistad. Y el amor.

—Pero tengo miedo —confesó.

—Confrontar el miedo es el destino de un Jedi —continuó Luke—. Es *tu* destino. Si no enfrentas a Palpatine, será el fin de todos los Jedi. Y se perderá la guerra.

—Como tú tuviste que enfrentarte a Vader —dijo ella, recordando las notas en sus diarios.

—Está bien tener miedo. Yo lo tenía.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Crees que es un accidente que nos encontráramos? —Luke continuó—. Dos huérfanos del desierto… La Fuerza te trajo a mí y a Leia por una razón.

Luke se levantó. Aunque el viento de la isla azotaba los mechones del cabello de Rey, él no parecía afectado.

—Hay algo que mi hermana ha querido darte —dijo—, sígueme.

Luke la condujo dentro de su vieja choza. Todavía estaba en buenas condiciones, mantenida por las cuidadoras lanai en su ausencia. Señaló hacia un ladrillo suelto en la pared.

—Allí —dijo.

Rey retiró el ladrillo y metió la mano. Las yemas de sus dedos encontraron un objeto duro envuelto en cuero suave. Ella lo sacó. Lo desenvolvió.

Era un sable de luz, brillando con relativa novedad. Tan pronto como sus manos lo agarraron, sintió a su dueña, y sonrió.

—El sable de Leia —dijo.

—Era su última noche entrenando —comentó Luke.

Rey vislumbró su memoria:

Los sables de luz chocaban, sus hojas iluminaban la jungla a su alrededor en un suave azul y verde. Su pelea fue feroz, pero Rey sintió una sensación de diversión. De alegría. A Luke le encantaba entrenar a su hermana.

Luke se encontró tirado al suelo, su caída amortiguada por una cama de helechos. Levantó la vista hacia su gemela —una versión mucho más joven de la mujer que Rey había llegado a conocer— quien sonrió, pero su rostro también contenía tristeza. Resignación.

—Leia me dijo que había presentido la muerte de su hijo al final de su camino Jedi —dijo Luke.

—Oh —respiró Rey. Eso fue todo. Lo que Leia había estado ocultando.

—Decidió entregarme su sable y me dijo que un día, sería empuñado otra vez por alguien que terminaría su viaje.

Rey lo miró fijamente. ¿Estaba *destinada* a tenerlo?

—Dentro de ti viven mil generaciones —dijo Luke—, pero esta es tu pelea. —Bajó la mirada hacia su propio sable de luz en su mano—. Lleva ambos sables a Exegol.

Su corazón se hundió. Al tratar de hacer lo correcto, había arruinado todo.

—No sé llegar ahí —dijo—. No tengo el artefacto y destruí la nave de Ren.

La sonrisa del Maestro Jedi tenía tanto cariño que a ella le dolía el corazón.

—Todo lo que puedas necesitar es tuyo —dijo suavemente.

Por orden de Luke, Rey se había acostado en la cabaña y había cerrado los ojos. Había regalado demasiada fuerza vital durante la curación, y necesitaba un breve descanso, o no llegaría a ninguna parte rápidamente. Luke no la había presionado, ni le había dicho cómo esperaba que ella llegara a Exegol, solo le había dado espacio para pensar. Era exactamente lo que Leia habría hecho.

Lo que Leia habría hecho.

Rey giró sobre su espalda, suspirando. Se había estado preguntando durante meses: ¿qué haría Leia? Esta vez, la respuesta fue fácil: Leia dejaría Ahch-To y volvería a la pelea. De hecho, ella no habría venido aquí en primer lugar. Aunque, como Rey, Leia descendía de un mal indescriptible.

Luke también, cuando se le dio la opción, se había ido para enfrentar sus miedos. ¿Cómo podía ella hacer menos?

Rey dejó de descansar y salió de la cabaña, entrando en una mañana húmeda y brumosa. Las nubes cubrían la isla y una marea baja revelaba humedad y cardúmenes.

Una de las cuidadoras lanai se levantó inmediatamente de un banco de piedra, y le dirigió a Rey una mirada de desaprobación sobre su nariz con forma de pico. Rey la fulminó con la mirada de inmediato, cuando la cuidadora entró en la cabaña que acababa de desocupar, sin duda para limpiar y enderezar. ¿Había estado fuera de la puerta toda la noche? Los cuidadores probablemente no podían esperar a que Rey se fuera, como la última vez.

El TIE ahora era un desastre humeante. Unos pocos porgs se acurrucaron cerca, tan cerca del calor del fuego moribundo como se atrevieron.

Algo se estremeció dentro de sí, la llamó y ella dio un paso adelante. Una llovizna nocturna había enfriado los restos. Siguiendo sus instintos, se agachó y apartó los detritos.

Un orientador estaba fijo allí, sin humo y prístino. El orientador de *Vader*.

Rey susurró:

—Se crearon dos…

El ruido del mar estaba siempre presente aquí en Ahch-To, pero comparado con lo que acababa de experimentar en Kef Bir, era un ritmo suave y pacífico de olas contra acantilados, porgs buceando, gaviotas chillando. Entonces, cuando algo sucedía, fue notable.

Detrás de ella, el mar se agitaba violentamente y la lluvia húmeda le golpeó la espalda. Ella cambió. Miró por encima del acantilado.

El agua estaba hirviendo en la cala de abajo. El X-wing sumergido de Luke comenzó a elevarse, primero llegaron los cañones láser en las puntas de las alas, arrojando agua y algas. Luego los motores de empuje de fusión, el dosel de la cabina, el cono de la nariz. Pronto, incluso el tren de aterrizaje había emergido, y Rey observó, asombrada, cómo el caza flotaba con perfecta precisión y control hacia un área de terreno plano, donde aterrizó con un pequeño golpe.

Su mirada fue atraída hacia una figura cercana. Luke, con los ojos cerrados, brillando azul contra el acantilado, extendiendo su mano.

Abrió los ojos, la vio y sonrió.

Le devolvió la sonrisa. Luke tenía razón. Ella tenía todo lo que necesitaba.

CAPÍTULO 15

D-O estaba enganchado a una consola, y Finn estaba con Poe y Rose, mirándolo, esperando la información que sabía que llegaría. D-O silbó una pregunta, y BB-8 emitió un pitido de aliento, asegurándole al pequeño androide que todo estaba bien, que esa era su misión.

Finn se encontró inquieto por la impaciencia. A pocos pasos de distancia, C-3PO estaba conectado de manera similar a R2-D2.

—Artoo, ¿ya te conté? —dijo C-3PO de repente—. ¡Voy a acompañar a la ama Rey en su primera misión!

R2-D2 chirrió en clara frustración.

—¿Que ya la acompañé?

—¡Ahí! —Poe señaló. La información apareció en la pantalla de la consola: diagramas, mapas, códigos de navegación, datos atmosféricos, distribución de activos, logística de torres…

Finn intercambió una mirada emocionada con su amigo.

—Toda la información para un ataque aéreo a Exegol.

—Todo excepto donde está —dijo Poe, frustrado—. ¿Son las lecturas atmosféricas?

Finn asintió con la cabeza.

—Es un completo caos. Campos magnéticos cruzados.

Rose se inclinó más cerca.

—¿Pozos de gravedad? ¿Vientos solares? —dijo ella con voz incrédula. Lo que preocupaba a Finn. Si su principal ingeniera pensaba que la atmósfera de Exegol presentaba un obstáculo insuperable, su misión estaba condenada antes de que comenzara.

—¿Cómo despega de ahí toda una flota? —dijo Poe.

Lo que planteó la pregunta: ¿cómo podrían aterrizar en eso? ¿Pelear en eso? Tenía que haber una manera…

—Perdón —fue la voz de C-3PO—. ¡Pero él insiste! —El droide dorado avanzó hacia ellos, gesticulando con sus brazos, y el pequeño astromecánico los siguió—. Temo que el banco de memoria de Artoo se cruzó con sus receptores lógicos.

Finn se alegraba de que el verdadero C-3PO volviera, pero este no era el momento.

—¡Dice que recibe una transmisión del amo Luke!

R2 estaba prácticamente cantando mientras se conectaba a uno de los puertos de datos de la consola. Un mapa de radar subespacial apareció en la pantalla. Un blip apareció como EN VUELO, con una firma del X-wing.

Poe llamó a la identificación.

—Es una insignia vieja. AA-589 —dio un paso atrás, parpadeando. Se volvió hacia Finn—. *El* X-wing de Luke Skywalker.

Finn se quedó boquiabierto.

—Transmite su señal de posición… —dijo C-3PO— ¡de camino a las Regiones Desconocidas!

Finn estaba casi vencido, con alivio, con alegría, con esperanza.

—Es Rey —dijo, con absoluta certeza—. Se dirige a Exegol. —Agarró el hombro de Poe—. ¡Nos está guiando! Nos indica el trayecto.

Poe lo consideró. Finn observó cómo su amigo llegaba a una firme conclusión.

—Iremos juntos.

Pilotos y tripulantes de tierra, mecánicos y oficiales, todos corrieron hacia el *Tantive IV*. Poe había convocado una sesión informativa, y Rose había arreglado rápidamente un holodisplay debajo del vientre gigante del corredor del bloqueo. Se sentó encima de las cajas de carga, y la imagen parpadeó, pero funcionaría. Finn tenía el piso y Poe estaba feliz de dárselo. El liderazgo era mucho más fácil cuando se compartía.

—En tanto esos destructores estén en Exegol, podemos atacar —dijo Finn cuando Chewie se unió a la reunión, junto con Lando y los droides.

—¿Atacar cómo? —preguntó Tyce. La piloto estaba junto a su esposa, la comandante D'Acy. Las dos no eran propensas a manifestaciones públicas de afecto, pero era obvio para Poe que se animaban mutuamente.

—No pueden activar sus escudos hasta dejar la atmósfera —explicó Rose.

—Y no es sencillo en Exegol —agregó Poe—, naves tan grandes no despegan sin ayuda; su navegador no distingue arriba de abajo.

Tyce preguntó:

—Entonces, ¿cómo es que despegan?

—Con una señal que envía una torre de navegación. Como ésta. —Poe cambió el holodisplay a una nueva imagen: una torre con forma de obelisco que sobresale del suelo plano, extendiendo su agregado como una flor de metal abriendo sus pétalos.

—Excepto ahora —dijo Finn—, el equipo aéreo *ubicará* la torre y el de tierra la *volará*.

—¿El de tierra?, ¿cómo? —Preguntó Vanik. Era un piloto de A-wing y uno de los reclutas personales de Poe.

—Tengo una idea para eso —dijo Finn.

Poe asintió con la cabeza. El plan de Finn para el equipo de tierra podría funcionar, aunque era poco convencional. Definitivamente tomaría al enemigo por sorpresa.

—Cuando caiga la torre, la flota se quedará atrapada unos minutos. Sin escudos, y sin una salida. Y Rose tiene una idea para *eso* —dijo Poe—. ¿Rose?

—Mi equipo ha estado analizando los Destructores Estelares Sith —dijo Rose—. Para destruir un planeta con esos cañones, necesitan una enorme fuente de energía.

—¡Están recurriendo a los reactores principales! —dijo Vanik.

Rose asintió con la cabeza.

—Destruir los cañones tal vez haga explotar los reactores.

—Esa es nuestra oportunidad —dijo Lando. Había cambiado su atuendo Aki-Aki por ropa brillante y una capa hasta la rodilla. A Poe realmente le gustaba su capa. Tendría que preguntar sobre eso cuando todo esto terminara.

—Con o sin escudos —interrumpió Wexley—, los Destructores Estelares no son prácticas de tiro. No para cazas solitarios.

—Seremos como insectos para ellos —acordó Connix.

Snap y Connix tenían un punto.

Beaumont se inclinó hacia delante.

—Habrá que hacer una maniobra Holdo —dijo—. Dañar *toda* la flota.

Antes de que Poe pudiera responder que no podían darse el lujo de sacrificar a nadie, Finn intervino con:

—Esa maniobra es una en un millón, los cazas y los cargueros los harán pedazos si somos suficientes.

¿En qué tipo de galaxia se había convertido, se maravilló Poe, en donde los cargueros se consideraban naves de guerra? Supuso que no importaba. Preparar su flota era su trabajo, ahora que Leia se había ido. Haría todo lo que tuviera que hacer para prepararlos a todos para luchar.

—¡No hay suficientes de nosotros! —Nien Nunb protestó, en su natal sullustese.

Finn asintió con la cabeza al piloto y dijo:

—Lando y Chewie tendrán esa misión. Llevarán al *Halcón* a los sistemas del Núcleo. Pedirán apoyo a quien esté dispuesto a oír —bajo la dirección de Leia, Poe había estado sentando las bases durante meses. Los aliados estaban afuera. Y si alguien podía convencerlos para que ayudaran ahora, era Lando Calrissian, amigo de la general Leia, héroe de la Rebelión.

Poe continuó:

—Aún tenemos aliados. Si hay esperanza, vendrán —todos comenzaron a protestar; todos recordaban a Crait tan dolorosamente como él. Pensó en las palabras de Zorii y dijo—. ¡Lo harán! Para derrotarnos primero nos hacen sentirnos solos. Y no estamos solos. Habrá muchos que peleen si los guiamos.

—Leia nunca se rindió —dijo Finn—. Y nosotros tampoco. Les mostraremos que no tenemos miedo.

—Lo que nuestras madres y padres defendieron —dijo Poe, pensando en sus propios padres, Shara Bey y Kes Dameron, que habían sacrificado tanto para luchar por la Alianza Rebelde—, no dejaremos que muera. Hoy no. Este será el combate final. Por la galaxia, para Leia. Por los que hemos perdido.

—Ya tomaron demasiado —agregó Finn—. Es nuestro turno de llevarles la guerra.

Alrededor de Poe y Finn, la gente asentía. La cara de Rose estaba embelesada.

—Que la Fuerza nos acompañe —dijo con sentimiento.

—Que la Fuerza nos acompañe —repitió Connix.

Después, varios gritaron a la vez:
—¡QUE LA FUERZA NOS ACOMPAÑE!

Lando Calrissian observó cómo todos se preparaban para la batalla. Ver que todo volvía a suceder era como volver a tocar las dulces notas de la memoria. La tripulación de tierra moviendo las líneas de combustible de una nave a otra. *Nota*. Droides cargados en cazas. *Nota*. Oficiales de comunicaciones haciendo ajustes de consola y probando frecuencias. *Nota*. La comandante D'Acy besando a Tyce. *Nota*. El hijastro de Wedge, Snap Wexley, abraza a su esposa, Karé, despidiéndose. *Nota*.

Más posibilidades imposibles. Otra causa por la que inesperadamente se encontró dispuesto a morir.

Chewie le gritó que el *Halcón Milenario* estaba listo para partir, y se dio cuenta de que había estado observando los preparativos de Ajan Kloss porque estaba posponiendo lo inevitable. Entrar de nuevo en el *Halcón* iba a *doler*.

Lando respiró hondo, recogió su capa y subió la rampa.

Entró en el corredor curvo. A sus pies había compartimientos secretos, forrados con una amalgama de metales raros y malla conductora que confundía los sensores. Había pasado de contrabando muchas cosas en esos compartimentos: joyas, armas, identichips imperiales, él mismo. Su amigo Han había pasado de contrabando aún más.

A su derecha estaban la cabina y la sala de estar, a su izquierda estaba la bodega de carga. Amaba esa bodega. Lando también había transportado carga legal, aunque a menudo era para cubrir bienes más valiosos y menos legítimos. Sin embargo, a menudo, su bodega de carga había permanecido vacía. O al menos no del todo llena. Había organizado muchas fiestas geniales en esa bodega.

Giró a la derecha y se dirigió hacia el salón. Chewbacca pareció entender que Lando necesitaba tomarse su tiempo, por lo que indicó que lo estaría esperando en la cabina.

—Gracias, Chewie.

El tablero de hologramas y el asiento del salón eran exactamente como los recordaba, aunque el relleno del asiento comenzaba a salirse por una costura. Un arreglo fácil.

Él sonrió. Han y Chewie siempre habían tenido demasiadas cosas en mente para notar algo tan intrascendente. Si fuera el dueño del *Halcón*, lo habría arreglado de inmediato.

Detrás del salón estaba la litera de invitados, un lugar donde habría dormido a menudo en los días de la Nueva República, y sintió una punzada tan aguda que era como una puñalada en el pecho. Leia siempre había logrado encontrar algún recado esencial para él, y Lando había terminado siendo un segundo compañero no oficial en una nave que solía ser suya.

Los extrañaba mucho a ambos. Había sido una pena manejable, cuando había estado en Pasaana con los Aki-Aki, sabiendo que sus amigos estaban en algún lado, vivos. Pero ahora que se habían ido…

Lando pasó la cocina y se dirigió hacia la cabina del capitán. Cuando poseía el Halcón, en la nave solo podía dormir cuatro cómodamente, dos en la litera de invitados y dos en la cabina del capitán. Entonces ese tramposo Han le había ganado la nave en un fatídico juego de sabacc, y lo primero que hizo fue adaptar el armario del cabo para crear una litera de primer compañero para Chewie y un compartimento oculto.

Lando se había indignado. Parecía tan tonto ahora.

Se asomó a la cabina del capitán. El *Halcón* había soportado una tripulación rotativa durante los últimos meses. No tenía idea de quién dormía aquí, si es que había alguien. La habitación contenía una litera triple ahora, porque Han quería meter a más personas. Durante un tiempo, pensó que llevaría a su nueva familia a un viaje o dos.

Lando entendió. Hubiera dado cualquier cosa por tener a su pequeña niña a su lado mientras viajaba por la galaxia en la *Lady Luck*. Pero no fue así, para ninguno de los dos.

Dio un paso hacia la litera de Chewie y el compartimento que estaba escondiendo para mirar más de cerca, pero luego dudó ¿El wookiee lo estaba esperando en la cabina, pero aún así le echaría un vistazo a su viejo amigo? Solía ser el armario de su capa.

Lando alcanzó a través de la litera el remache que realmente era un botón, y el panel se abrió rápidamente. Lo primero que lo golpeó fue el olor a piel de wookiee. No era desagradable, una vez que uno se acostumbraba, pero un poco sorprendente de todos modos. El compartimento era pequeño, con una rejilla para la ventilación; Han debió haber usado ese escondite para pasar de contrabando carga viva. No quedaba rastro del armario de Lando.

Dentro había un pequeño estante de metal. Y en el estante había un holodisc, los bordes desgastados por el uso. No era asunto suyo. Probablemente un recuerdo atesorado de su mundo natal de Kashyyyk. Chewie tenía más de dos siglos de edad, con una larga historia de familiares y amigos de los que Lando no sabía nada.

Comenzó a irse, pero se detuvo. No pudo resistir. Era un sinvergüenza, después de todo.

Lando extendió la mano y pulsó el interruptor de holograma.

Una imagen del propio Chewbacca se proyectó en el disco en azul suave. Sostenía a un pequeño niño humano en sus brazos. Lando se inclinó más cerca.

Era Ben, de cabello oscuro, rechoncho. Pateó sus piernas y tiró de la piel de Chewie, gritando de alegría. Chewbacca simplemente lo abrazó, haciendo un sonido que fue casi como un ronroneo.

Lando apagó el holograma. No podía mirar más. La Primera Orden les había quitado mucho. A todos ellos.

Era hora de que Lando se defendiera. Salió de la habitación de Chewie, repasando su plan en su cabeza. No podía reunir a sus aliados individualmente en el poco tiempo que tenían. Así que Beaumont y Connix habían planeado un curso que los llevaría más allá de los bloqueos de la Primera Orden, donde podrían transmitir una llamada de ayuda en coordenadas estratégicas. Se contactaría directamente con algunas figuras clave, como el ex embajador de Mon Calamari, y se les aplicaría el toque especial de Calrissian, pero su

objetivo principal era saltar, transmitir, saltar, transmitir, una y otra vez hasta que se agotara el tiempo.

Se agachó bajo el mamparo y entró en la cabina. Chewie lo saludó y Lando pasó un momento precioso mirando a su amigo. Leia había mantenido la esperanza de Ben hasta el final. Resultó que Chewie sentía lo mismo.

Se acomodó en el asiento del piloto.

Chewie gimió ruidosamente.

—Ya lo dijiste, Chewie —estuvo de acuerdo Lando—. Una última vez.

El X-wing de Poe estaba casi listo. Observó cómo una grúa levantaba a R2-D2 en el compartimento de astromecánicos de la nave. Echaría de menos tener a BB-8 con él, pero su amigo tenía otra tarea. Además, R2-D2 había registrado más horas de ala-X que cualquier otro droide en la base, y él y Poe formaron un buen equipo.

—No sé de ningún droide que regrese de las Regiones Desconocidas —dijo C-3PO temblorosamente—. Pero no eres un droide común.

Poe estaba a punto de subir a la cabina cuando vio a Finn apresurarse hacia la nave de desembarco. Corrió para interceptarlo, Finn lo vio e hizo una pausa, y luego se dieron una palmada en los hombros.

Poe no estaba seguro de quién se movió primero, pero de repente se estaban abrazando como los hermanos que eran.

Se separaron y Poe se dio cuenta de que faltaba uno de ellos. Él frunció el ceño.

—¿Qué la estará esperando allá afuera? —le preguntó a Finn.

La cara de Finn era sombría. Pero dijo:

—La veremos de nuevo. Sé que lo haremos.

—Lo sabes… —Finn vaciló.

—Sé muchas cosas.

—Ahora eres un general, *el* general, ¿en verdad tienes que… volar un caza?

Poe respiró hondo. Había esperado esto, pero no sabía quién sería el primero en mencionarlo. Se alegró de que fuera Finn.

—Soy un piloto bastante bueno —le recordó a su amigo.

—Bastante bueno. —Finn se encogió de hombros.

—Si vamos a tener alguna oportunidad en Exegol, necesitamos a todos los pilotos bastante buenos que tengamos dentro de un caza. Esa es una decisión que he tomado como general. Pero ven a hablar conmigo de nuevo después de que termine la batalla.

—Lo haré —se burló Finn.

Poe le dio un último apretón al hombro de Finn, y ambos se apresuraron.

Pasó a C-3PO camino a la cabina. Ahora que lo pensaba, el droide de protocolo dorado no era tan malo. Habían pasado horas, tal vez un día entero, desde que Poe lo

había encontrado irritante. Poe le dio unas palmaditas al droide en el hombro. A su manera extraña, C-3PO también era su hermano.

Alcanzó la escalera. Todavía le dolía el brazo por la quemadura láser que había recibido en el *Steadfast*. Pero él era Poe Dameron, as piloto, general interino de la Resistencia, y podía volar cualquier nave, incluso con una sola mano.

Subió la escalera hacia la cabina.

El general colegiado Pryde miró por la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda. Habían atravesado el espacio rojo sin incidentes y habían ingresado al hiperespacio normal. Serpentinas de luz se apresuraron, iluminando el hermoso puente perfectamente ordenado y las caras de sus oficiales.

Pryde amaba esta nave. El *Steadfast* era oficialmente el centro de comando móvil del Líder Supremo Kylo Ren, pero Ren no lo conocía como él lo conocía. El Líder Supremo no tenía idea de las modificaciones que se habían hecho, ni idea de lo *especial* que era.

El almirante Griss se acercó.

—Entrando en las Regiones Desconocidas, señor —un simple anuncio. Solía ser el trabajo de Hux informar a Pryde de tales cosas, excepto que Hux no habría podido resistirse a agregar algo gratificante. *¿Quiere que prepare su lanzadera personal? ¿Debo hacer esperar un equipo de tierra? ¿Puedo traerle una bebida caliente?* Pryde sonrió cruelmente. Había estado tan contento de tener una excusa para matar a la rata llorona.

La nave salió del hiperespacio. Exegol apareció ante ellos, oscuro y turbio, crepitando con poder y ferocidad.

Las manos de Pryde comenzaron a temblar, y las apretó aún más fuerte. El trabajo de su vida lo había llevado hasta aquí. Respiró hondo para estabilizar su voz y dijo:

—Pronto los mundos arderán. Nuestro señor se levantará de nuevo.

Rey salió del hiperespacio. El planeta Exegol finalmente estaba ante ella, envuelto en nubes oscuras que brillaban con relámpagos. Los instrumentos en su consola emitieron advertencias sobre la atmósfera que se aproximaba.

Ella los ignoró, bajando hacia las nubes, agradecida de estar pilotando el X-wing de Luke. Era tecnología vieja, y había tomado un poco de pensamiento rápido y dedos incluso más rápidos para hacer que estuviera en condiciones de volar —el ala estaba remendada con la puerta de la cabaña de Luke, los paneles de escudos rescatados de los restos del TIE y una gran cantidad de cableado. Puede que nunca vuelva a pelear— no sin la ayuda de Rose y sus canales de solicitud de piezas. Pero todavía era de clase caza, y su transición del vacío a la atmósfera fue perfecta. Rey había necesitado sus estabilizadores adicionales para volar los cielos hostiles de Exegol.

Su nave se hundió debajo de la línea de nubes y ella resopló. La flota Sith se extendió ante ella, incluso más vasta de lo que su visión la había hecho creer, brillando en alivio contra la tormenta perpetua, extendiéndose hasta donde alcanzaban sus ojos. Los cruceros se basaban en un modelo más antiguo, de los días del Imperio Galáctico, pero eran mucho más grandes que esos. Torretas de armas y cañones láser adicionales atestiguaban una capacidad de artillería mucho mayor de lo que esperaban sus amigos de la Resistencia.

La nave se tambaleó un poco, ¡pozo de gravedad! Ella se estabilizó rápidamente, y navegó a una altitud considerablemente por debajo de la flota Sith. Exegol era un horror de planeta, pero sus anomalías atmosféricas podrían confundir los sensores de los Destructores y evitar que noten su pequeña nave. De hecho, ya contaba con eso.

Momentos después ella estaba en el suelo. El aire estaba caliente, el suelo agrietado con sequedad. Un edificio oscuro rompió las nubes delante de ella, y por un breve momento consideró ceder al terror. Tal maldad irradiaba del edificio que sabía exactamente qué —a quién— encontraría dentro. Aún más aterrador fue el hecho de que la presencia era familiar. Como si alguna figura la estuviera observando, tal vez desde toda su vida.

Enfrentar el miedo es el destino de un Jedi.

Rey siguió adelante.

Ella se colocó debajo de un monolito masivo que parecía flotar en el aire. Confiaría en Luke y su sable de luz para iluminar su camino.

Rey se quitó el sable de su cinturón y lo encendió. Se sobresaltó un poco cuando la sección del piso en la que se encontraba separada del resto comenzó a descender. Miró a su alrededor, alerta ante cualquier vista o sonido, pero todo estaba tan silencioso como la muerte.

Entonces sonó un retumbar, demasiado distante para identificarlo.

El ascensor se instaló y Rey se bajó. Levantó su arma, y su luz azul se enganchó en enormes caras de piedra, chispeando con electricidad. Sabía, sin saber cómo lo sabía, que las estatuas conmemoraban a los Señores Sith que habían venido antes. Este lugar del mal debió haber estado aquí durante siglos, tal vez milenios ya que el aire estaba cargado con el hedor del tiempo y los oscuros secretos.

Rey se dio cuenta de repente de que no estaba sola. Las figuras se escabulleron en las sombras, pero no sintió ninguna amenaza inmediata de ellas, por lo que continuó. Unos pocos pasos más la llevaron a una vertiginosa variedad de equipos de laboratorio, monitores, tubos, algún tipo de tanque, todo vacío y abandonado.

Al igual que la superficie del planeta, el piso aquí contenía fisuras y la luz brilló en el fondo —Rey no podía determinar qué tan profundo era— como si toda la corteza de Exegol se hubiera formado alrededor de un núcleo de electricidad.

Llegó a un estrecho corredor de piedra y su mirada se adelantó. Un escalofrío le recorrió la carne de los brazos, porque descansando sobre un estrado estaba la forma de

su visión. Una silla con puntas curvadas hacia arriba y alrededor, como un halo de espinas gigantes. El trono de los Sith.

Rey dio un paso hacia el estrado. El estruendo se hizo más fuerte.

El corredor se abrió en un anfiteatro tan grande como una montaña ahuecada, rebosante de figuras con túnicas. Había miles de ellos, sin rostro en la distancia oscura, pero pulsando con fanatismo. Discípulos religiosos, esperando el regreso de los Sith. Mientras se acercaba, el retumbar creció, se convirtió en una bienvenida colectiva y de adoración.

—Esperé tanto tiempo… —llegó una voz de sus pesadillas, profunda, resonante y lenta, como si hubiera estado ahí toda la edad de la galaxia.

Rey se volvió hacia la voz. Una figura vestida se materializó, suspendida de maquinaria extraña. Su agarre sobre el sable de luz se tensó cuando vio su rostro. Era monstruoso, repulsivo, con los ojos emblanquecidos, la piel apenas pegada a su forma esquelética, desintegrándose en llagas supurantes. Una de sus manos estaba medio podrida.

Era su abuelo, su espíritu atrapado en una forma artificial, su poder era demasiado devastador para contener.

—¡Porque mi nieta regresara al fin! —añadió triunfante.

Él irradiaba maldad, pero sus pies se movieron hacia él. Ella no podía mirar hacia otro lado. Había algo extrañamente convincente en él.

—Yo nunca quise matarte —dijo—. Te quería aquí, emperatriz Palpatine.

Esto no era nada de lo que quería, se recordó, incluso cuando sus pies amenazaban con dar un paso adelante.

—Tú asumirás el trono —le aseguró—. Es tu derecho de nacimiento gobernar, aquí. Lo traes en tu sangre. Nuestra sangre. —Varias figuras dieron un paso adelante, envueltas en carmesí, similar a la guardia de Snoke, que ella y Kylo habían derrotado juntos. Rey tenía la sensación de que estos guardias demostrarían ser adversarios más formidables.

Se obligó a sonar fuerte, a alejarse del Emperador.

—No he venido para guiar a los Sith. He venido para darles fin.

—¿Como una Jedi? —dijo el Emperador, su voz rezumaba desprecio.

—Así es.

Él sonrió.

—No. Tu odio Tu ira. Quieres asesinarme. Eso es lo que yo quiero. Mátame y mi espíritu será parte de ti. Como todos los Sith viven en mí. Te convertirás en emperatriz. Nos volveremos uno.

El X-wing de Poe salió del hiperespacio, y finalmente vio por primera vez a Exegol.

Qué montón de estiércol. Era la cosa más horrible y fea que había visto en mucho tiempo, y se preguntó si siempre había sido así, o si la construcción de una colosal flota de Destructores Estelares había matado el lugar.

A su lado, su pequeño escuadrón apareció a la vista, el *Tantive IV*, la nave de desembarco de Finn, varios cazas más.

—Bienvenidos a Exegol —dijo Poe secamente.

Se sumergieron en la capa de nubes y casi chocaron con la flota Sith. Alguien jadeó por el comunicador. Sus cascos triangulares eran enormes, pero se hicieron cada vez más pequeños a medida que su número se extendía hasta parecer infinito.

—Grandes mares oscuros —dijo Ackbar—. ¡Mira eso! —Inclinó su Y-wing más cerca de Poe, decidido a mantener vivo a su nuevo general en funciones a toda costa.

—No hay señales del *Halcón* o sus aliados —dijo Tyce desde su propio Y-wing.

—Encuentra esa torre de navegación —ordenó Poe—. ¡La ayuda estará aquí cuando bajemos!

Por favor, que estén aquí cuando bajemos.

La capitana Chesille Sabrond estaba de pie en el puente del *Derriphan*, mirando a través de la ventana al resto de la flota Sith.

Mantenían la formación ligeramente por encima de todos los demás, como el único Destructor que ya había escalado. El general colegiado Pryde había encargado a su tripulación observar la ascensión e informar cualquier anomalía.

La flota era un espectáculo hermoso para la vista. Juntos, iban a conquistar una galaxia entera, y Sabrond iba a desempeñar un papel importante en la Orden Final.

Tendría que seguir distinguiéndose. Sabrond no tenía la menor ilusión de que capitanear un Destructor Estelar sería suficiente. Había miles de capitanes. Decenas de miles. De alguna manera, se aseguraría de que el general colegiado Pryde y el Emperador renacido la vieran como una de cada diez mil.

Sabrond podría hacerlo. De algún modo. Ella había llegado tan lejos. Y ella recién comenzaba.

—Transmisión entrante en una frecuencia de toda la flota —dijo su oficial de comunicaciones, presionando un interruptor para abrir el canal.

El general colegiado Pryde apareció en el puente holo.

—A todas las naves, elévense a altitud de despliegue —ordenó. Había estado en la galaxia durante toda su carrera, sólo se comunicaba con Exegol raramente. Se preguntó cómo se sentía hacer eso, se preguntó sobre las maravillas que había visto. Tal vez tendría la oportunidad de preguntarle.

—¡Capitán! —dijo uno de sus técnicos—. Se aproximan naves de la Resistencia.

Chesille Sabrond sonrió. Había estado ensayando este momento durante años.

—¿General colegiado? —preguntó ella, aunque sabía lo que él diría.

—Utilice los cañones de iones —dijo Pryde—. Patrón de fuego disperso.

—Sí, general —volteó hacia su tripulación—. ¡Listos los cañones de iones!

CAPÍTULO 16

Pryde frunció el ceño cuando más naves espaciales salieron del hiperespacio a su alrededor, incluso más de las que el *Derriphan* había informado inicialmente. La Resistencia había logrado armar una pequeña flota, una que no subestimarían. Sus naves eran como insectos chupadores de sangre. Diminutos y molesto, pero implacables hasta que fueran aplastados adecuadamente.

—¿Cómo lograron llegar aquí? —dijo el almirante Griss.

Pryde murmuró por lo bajo, considerándolo. Los cañones de defensa de corto alcance no serían suficientes contra este enjambre de moscas. Luego se dirigió al puente.

—¡Necesito otro canal de transmisión para la flota!

Tardó unos segundos. La atmósfera de Exegol hacía que las transmisiones de toda la flota fueran difíciles. También interfería con sus sensores, lo que significaba que necesitarían una confirmación visual para eliminar la amenaza de la Resistencia. Y eso *significaba* lanzar cazas.

Haría todo lo que tuviera que hacer, usaría cualquier recurso a su disposición para terminar con este acto de rebelión final e inútil.

—Ya está, general —dijo su oficial de comunicaciones.

Pryde se aclaró la garganta y dijo:

—¡Nada detendrá el ascenso de la flota de la Orden Final! ¡Envíen a los cazas! Cañones: ¡Fuego a voluntad!

Poe se inclinó con fuerza mientras miles de disparos simultáneos de cañones iluminaban el cielo como una nova. A su izquierda, un caza fue despojado de su casco, escombros volando en todas las direcciones, hasta que finalmente explotó en una bola de fuego.

Una rápida mirada a su alrededor mostró que habían perdido a varios cazas en esa primera descarga, y con sensores tan poco confiables no tenía idea de quiénes caían. Este era el precio del liderazgo.

Poe no tenía el lujo de la pena o el arrepentimiento. Terminar esta misión era todo lo que importaba.

—¡Igualen su altitud! —gritó en su auricular—. Que no pueden atacarnos sin darse entre ellos.

Siguiendo el ejemplo de Poe, el escuadrón se zambulló con fuerza, esquivando explosiones hasta el infinito mar de Destructores. Se lanzaron a los pasillos creados por los cascos de las naves, casi desafiándolos a disparar.

—¡Cazas a la vista! —advirtió Snap Wexley, y Poe se alegró de escuchar su voz. Ese era un sobreviviente confirmado.

Su alivio fue de corta duración. Cientos de TIEs Sith vociferaron hacia ellos como pájaros depredadores gigantes, con malvadas líneas rojas y negras a través de unas alas afiladas.

Finn miró a través de sus quadnocs mientras su equipo pilotaba la nave de desembarco *Fortitude* hacia la superficie del planeta. Había usado esta nave para algunas misiones antes; era resistente con escudos decentes y mucho espacio para el transporte rápido de la tripulación, incluso si esa tripulación era poco convencional.

Un TIE se lanzó hacia ellos, y Finn se estremeció, pero los cañones del *Fortitude* lo arrojaron del cielo.

Miró a Rose a través de la cabina llena de gente y sus ojos se encontraron.

—Estoy seguro de que me alegro de que alguien haya hecho tiempo para agregar un arsenal defensivo a esta nave de desembarco —dijo.

—Sólo porque sabía que también estaría en él, como parte del equipo de tierra —dijo Rose, completamente inexpresiva—. Quiero decir, si fueras solo tú…

Finn se rio a pesar de sí mismo.

—Oh, oh.

Rose se volteó para ocultar su sonrisa.

La verdad era que Finn tenía *muchos* amigos a bordo, y Rose acababa de salvarlos a todos.

—Atención —gritó el piloto.

Una estructura se alzó ante ellos en la distancia, alta, plateada e imponente.

—¡Ahí está! —gritó Finn—. ¡Poe, la encontré! ¡Estoy viendo la torre ahora!

—Tonelero —respondió Poe desde algún lugar muy arriba—. Prepárense para descargar el equipo de tierra en la base de la torre.

Pryde estaba complacido. Ya habían destruido numerosos cazas de la Resistencia. Las naves restantes eran un escuadrón esqueleto, incapaz de montar una ofensiva real.

—General —dijo su oficial de comunicaciones—, atacarán la torre de navegación. Así la flota no despegará.

El almirante Griss jadeó.

—Necesitamos sacar a esos Destructores de ahí…

Afortunadamente, Pryde siempre tenía un plan de respaldo.

—Cambien la fuente de la señal de navegación —ordenó— a esta nave. —Sus modificaciones serían útiles incluso antes de lo que esperaba—. Desde aquí vamos a guiar la flota.

Una luz brilló sobre la torre cuando Finn y su tripulación se acercaron a la nave de desembarco. Entonces la luz se detuvo y se quedó apagada. Al verlo a través de sus quadnocs, Finn tuvo un mal presentimiento.

Jannah se acercó a su hombro.

—Completamente.

—¿Ya están preparados? —le preguntó Finn.

Ella comenzó a decir algo, pero una alarma sonó en la cabina.

La voz de Tyce se filtró por la comunicación.

—La torre de navegación —dijo—. ¡Fue desactivada!

—¿Qué? —exclamó Finn.

—Ya no transmiten desde esa torre —aclaró.

—Las naves necesitan la señal —llegó la voz de Snap—. Tienen que venir de otra parte.

La mirada de Finn estaba inexplicablemente dirigida hacia arriba, hacia un lado. El Destructor Estelar de la Primera Orden, el único que no forma parte de la flota Sith. El *Steadfast*.

—Dedujeron los planes. ¡Cancelen la invasión por tierra! —llegó la orden de Poe, que fue un movimiento inteligente, porque si la flota había transferido la señal, significaba que sabían que Finn y su equipo vendrían. Excepto…

—No —dijo Finn—, la señal ahora debe provenir de esa nave de mando.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jannah.

Se miraron a los ojos y Jannah asintió.

—Lo presiento —confirmó. Después, se escuchó a Finn hablando por la radio—. ¡La señal ahora proviene de la nave de mando! ¡Ahí tienen que llevarnos!

—¿Quieres realizar una invasión terrestre en un Destructor? —dijo Tyce, incrédula.

Finn tendría atmósfera, gravedad y una valiente unidad de antiguos stormtroopers listos para llevar la pelea a los malos. ¿Qué más necesitaba un compañero?

Suerte, supuso. O tal vez la Fuerza.

—No es lo que *quiero* —dijo Finn—. Pero no alcanzaremos su sistema de navegación por aire. Deben cubrirnos. ¡Tenemos que confinar esa flota hasta que llegue el apoyo! —Se inclinó sobre el hombro del piloto y señaló—. La nave de mando. Esa es nuestra zona de aterrizaje.

Mientras él y Jannah se apresuraban hacia la bodega trasera para explicar el plan al resto del equipo de aterrizaje, escuchó la voz de Poe por el comunicador:

—Ya oyeron al general ¡Atención todos!, ¡cubran a esa nave de desembarco!

El general Pryde miró a través de la ventana, perplejo, mientras la voluminosa nave de la Resistencia se lanzaba hacia la nave ¿Es esta una maniobra suicida? Si es así, es una locura. Un impacto no les serviría de nada.

La nave de la Resistencia chocó contra su casco y lanzó chispas mientras chirriaba. Se detuvo bruscamente contra un conjunto de comunicaciones. La rampa comenzó a descender.

—Señor —gritó el almirante Griss—, están invadiendo nuestra nave; ¡llegaron en un transporte de tropas!

—¡Bloqueen los speeders! —ordenó Pryde.

—No puedo, señor —dijo su oficial de comunicaciones, incluso mientras sus dedos volaban a través de la consola, intentando todo lo que podía hacer. Levantó la vista hacia Pryde, con confusión escrita en su rostro.

—¿Por qué no?

—No están usando speeders.

Finn y Jannah lideraron la carga de caballería de casi dos docenas de jinetes orbak por la rampa de la nave de desembarco y subieron al casco del *Steadfast*. Los orbaks habían estado encerrados durante horas, y corrieron con alegre abandono, devorando la distancia a una velocidad vertiginosa.

BB-8 mantuvo el ritmo, rodando tan rápido que sus marcas eran borrosas, la cabeza inclinada hacia adelante con determinación.

—¡Así se hace, amigo! —Finn le llamó.

Lanzó una rápida mirada sobre su hombro para ver a su equipo. Detrás de la compañía de jinetes de Jannah venían el resto de sus amigos, que salían de la nave de desembarco a pie: Rose, Connix, Beaumont, cualquiera que pudiera sostener un bláster. Hasta aquí todo bien.

Delante de ellos, un transporte de tropas Sith aterrizó y escupió docenas de troopers vestidos de carmesí. Se extendieron en formación y comenzaron a disparar.

El equipo trasero de Finn respondió, proporcionándoles algo de protección. Un stormtrooper cayó de inmediato… Connix, sin duda, que era una tiradora destacable.

Metió la mano en la bolsa de municiones que colgaba de la silla. Explosivos caseros, empedrados junto con lo que la compañía pudo encontrar en Kef Bir, pero igualmente efectivos. Finn divisó un escuadrón de troopers, apuntó y arrojó la bomba, permitiendo que se formara justo como Jannah le había enseñado.

Explotó en fuego y polvo negro, derribando a varios stormtroopers.

—¡Nada mal para una lección! —Finn le gritó a Jannah—. ¿Viste eso?

—¡Tuviste una buena maestra! —gritó ella de vuelta.

Estaban casi en su destino. Finn y Jannah agarraron sus bolsas de explosivos, saltaron de sus orbaks y corrieron por el casco. BB-8 siguió el ritmo de sus talones.

Otra nave de desembarco de tropas de la Orden Final aterrizó en la superficie cercana. La rampa descendió y salió una compañía de stormtroopers carmesí, que inmediatamente comenzaron a disparar. Varios de ellos portaban jetpacks rojos, que los alzaron en el aire para que pudieran disparar desde una posición superior.

Finn estaba *realmente* cansado de los jet troopers. Respondió el fuego, la mayoría de sus disparos salieron desviados, mientras él y Jannah avanzaban. Tenían que hacer esto rápido. Vendrían más transportes de tropas. Estarían abrumados en minutos.

O peor, la nave simplemente dejaría la atmósfera, matándolos instantáneamente a todos. Los jinetes orbak se desplegaron a su alrededor y apuntaron una lluvia de fuego de cobertura a los jet troopers.

Finn y Jannah llegaron a la plataforma de navegación. Delante había una estructura en forma de búnker, construida desde el casco para evitar la interferencia de las frecuencias interiores de la nave.

—Esto es todo —gritó Jannah.

—¡Beebee-Ate, tu turno! ¡Rápido! —dijo Finn, mientras Jannah levantaba su arco improvisado.

El pequeño androide extendió un conductor pilex y desenroscó un panel. Finn comenzó a colocar explosivos cuando Jannah disparó tiro tras tiro con su arco y flecha, cubriéndolos. Un disparo golpeó a un jet trooper, que se elevó en el aire, cayó en un TIE que se aproximaba y lo envió a estrellarse contra la superficie del Destructor.

—Ya casi —dijo Finn, trabajando tan rápido como pudo.

El Emperador anunció:

—¡El tiempo ha llegado!

Como uno, miles de discípulos cayeron de rodillas, cantando algo en un idioma que Rey nunca había escuchado.

Los ojos de Palpatine se abrieron con celo.

—Con tu ira, vas a quitarme la vida y así ascenderás. Como yo lo hice, cuando maté a mi maestro, Darth Plagueis —sonrió, mostrando dientes grises y encías rojas supurantes—. Ahora. Levanta tu sable y abáteme.

Rey frunció el ceño. Luke le había advertido sobre esto.

—Sólo deseas verme odiar, pero no lo haré. En especial a ti.

—¡Débil! Como tus padres.

Ella sacudió su cabeza.

—Mis padres eran fuertes. Ellos me salvaron de ti.

Como si leyera sus pensamientos sobre Luke, el Emperador dijo:

—He hecho esta misma propuesta antes. Pero en ese desafortunado día tu maestro Luke Skywalker fue salvado por su padre. A la única familia que tienes aquí es a *mí*.

La sala cavernosa tembló. La luz se derramó cuando se abrió un vasto techo de piedra, revelando Destructores Estelares recortados contra un cielo furioso. Los luchadores de la Resistencia eran mosquitos en comparación, entrando y saliendo rápidamente, esquivando el fuego de los cañones monstruosos y los TIE de la Orden Final. Las explosiones iluminaron el cielo. Sus amigos se estaban muriendo.

—No les queda mucho tiempo. Nadie vendrá en su ayuda. Y has sido tú quien los guio hasta aquí —señaló el Emperador.

Las lágrimas llenaron sus ojos. Los cazas de la Resistencia estaban perdiendo mucho. El Emperador la estaba manipulando, sí, pero lo estaba haciendo con la verdad. Esto fue su culpa.

—Atácame ahora. Asume el trono. Toma el mando del Nuevo Imperio y la flota será tuya. Solo tú tienes el poder para salvarlos. Niégate, y tu nueva familia morirá.

La idea creció en su cabeza, hasta que se sintió mareada. *Emperatriz*. ¿Sería eso tan malo? Tal vez asumir este manto valdría la pena. Para traer la paz. Para salvar a sus amigos. Toda la galaxia no tendría *más remedio* que ser salvada.

Rey miró, agonizante, la batalla sobre ella.

—Muy bien —dijo Palpatine—. Termínalo.

—¡Espere! —dijo ella—. Espere.

Hizo una pausa, pensando que ella era casi suya. Pero una presencia se estaba dando a conocer en ella, incluso a través de la nube del mal, la ira y el terror. Miró a la distancia por un momento, sondeando, todo mientras protegía sus pensamientos.

Kylo Ren le había dado mucha práctica para proteger sus pensamientos.

Se volvió hacia el Emperador, llenando su mente de pensamientos de rendición. Con resignación.

Su abuelo sonrió con indulgencia.

—Bien —dijo—. Es hora de que una carroñera se levante como emperatriz. Golpéame y únete a los Sith.

A Ben Solo le había llevado demasiado tiempo trepar a través de las ruinas de la Estrella de la Muerte en busca de una bahía de hangar, incluso más tiempo para encontrar un viejo TIE de clase exploradora y hacerlo funcionar. Luego había seguido los marcadores de seguimiento transmitidos por Rey hacia Exegol, pero las computadoras de navegación apenas funcionales del orientador habían dado un giro equivocado, y se había encontrado avanzando por espacios desconocidos. Le había tomado toda su concentración corregir su rumbo y volver a la normalidad.

Todo eso había sido la parte fácil.

Aterrizó su explorador TIE junto a un viejo X-wing de la Rebelión. No pudo evitar detenerse para mirar las dos naves. Viejos enemigos, estacionados uno al lado del otro.

Algo hormigueó en la base de su cráneo, una conciencia familiar… ¡Rey! Ella lo sintió. Ella entendió que él era Ben otra vez. Captó una ola de alivio de su parte, de alegría. Entonces, abruptamente, nada.

Ella estaba en problemas.

No estaba abrumado por el casco o la capa, y corrió hacia el monolito, se agachó debajo de él y se lanzó al pozo. Nada impediría que la alcanzara.

Se enganchó en una de las enormes cadenas que colgaban del techo y miró hacia abajo. El piso estaba tan lejos debajo de él que estaba perdido en la sombra. Demasiado lejos para descender rápidamente, probablemente demasiado lejos para saltar de manera segura.

Probablemente.

Rey lo había curado. Había aceptado el perdón de su padre. Incluso podría perdonarse a sí mismo algún día.

Encontraría la fuerza para hacer todo bien, pase lo que pase.

Ben Solo recurrió a la Fuerza, y cayó.

CAPÍTULO 17

Finn estaba tan ocupado en llegar a las escotillas blindadas de la torre de navegación por explotar que no se dio cuenta de cómo, uno por uno, los propulsores del Destructor Estelar comenzaron a brillar de un azul brillante.

—¡Se están encendiendo! —dijo Poe por el comunicador—. Finn, ¿ya terminaron?

Ya casi… sólo un poco más de tiempo…

Finn le dio la señal a Jannah, y ambos se agacharon, con las manos sobre la cabeza, cuando Finn desencadenó la explosión.

¡Boom! Sus oídos resonaron con la explosión, y la presión golpeó su espalda. Las luces en la superficie del Destructor se oscurecieron.

—No estamos en línea —gritó un técnico—. Repito, no estamos en línea. Flota de la Orden Final, mantengan la posición. ¡Sin despliegue! ¡Reiniciando la señal de navegación!

Ahora Pryde estaba enojado. Estas mosquitas estaban resultando inesperadamente irritantes.

Todos los Destructores Estelares volvieron al modo de espera. Ahora eran vulnerables, pero sólo por unos minutos. Sus cascos eran fuertes; la misión de los mosquitos era inútil.

El *Steadfast* tendría que reiniciar sus sistemas de navegación para recuperar comunicaciones, pero no tardaría mucho. Los mosquitos se habían ganado tan poco tiempo que él no podía ver por qué se habían molestado.

El general colegiado Pryde disfrutaría destruyendo el último remanente de la Resistencia.

R2-D2 emitió un pitido de celebración cuando las luces del motor se atenuaron en toda la flota.

—¡Así se hace, Finn! —gritó Poe—. ¡Ya no tiene señal, pero no va a durar! —se lanzó hacia el *Steadfast*, vislumbrando a Finn y Jannah corriendo hacia sus monturas orbak, BB-8 detrás de sus talones.

—Tienen tres minutos —dijo Finn—, hasta que la nave de mando restablezca la navegación y la flota pueda escapar.

—No hay *Halcó*n ni refuerzos —llegó la voz de Snap Wexley.

R2 hizo una pregunta a Poe. Fuera de la comunicación, respondió:

—No lo sé, Artoo. Tal vez no vendrá nadie más.

Miró fijamente a la flota, sus propias palabras resonaban en su cabeza. *Tal vez no vendrá nadie más…*

¿Qué haría Leia?

Volvió a encender su comunicación y dijo:

—Nosotros los derribaremos.

—¿Qué podemos hacer contra estas cosas? —preguntó Tyce.

—¡Cualquier cosa que podamos! Sean rápidos, sean precisos, disparen a esos cañones. ¿Están conmigo?

—Estamos con usted —respondió Tyce sin dudarlo.

—Justo detrás de usted, general —dijo Temmin.

Poe comenzó a encender los interruptores.

—¡Todas las alas, armen torpedos! ¡Formación de ataque! —hizo una pausa. Respiró hondo—. Que la Fuerza nos acompañe.

Dirigidos por Poe, su pequeño escuadrón se dirigió hacia un Destructor estancado, disparando sobre sus vulnerables cañones subterráneos. El casco se iluminó con explosiones.

Finn, Jannah y BB-8 corrieron tras la compañía orbak hacia la nave de desembarco. Tiros de bláster estallaron a su alrededor. Pero Finn se detuvo, dándose cuenta de que cada disparo dirigido a ellos provenía de un bláster. Los cañones de la cubierta habían quedado en silencio con el reinicio.

BB-8 siguió rodando tras los orbaks, pero Jannah se volvió.

—¡Finn! ¡Hay que irnos!

—No, espera. Escucha. Sus cañones ya no disparan —dijo—. Reiniciaron los sistemas.

—¿Y luego? —miró a la nave de desembarco, de vuelta a Finn.

—Así que antes de que lo hagan… —Finn miró el cañón. Esta tenía que ser la peor idea que había tenido— tal vez podamos hacer algunas mañas. —Sí, definitivamente la peor. Se volvió hacia Jannah y le dijo—. Jannah, vete. Tengo que ir a evitarlo.

—Yo me quedo contigo.

Había aprendido a no discutir con una mujer decidida. Él asintió en agradecimiento y juntos corrieron hacia el cañón.

Enmarcado por la ventana del tragaluz de *Steadfast*, el Destructor de avance designado *Derriphan* se convirtió en una bola de fuego cuando un trío de alas-A descendió del alcance de la explosión que habían causado.

Pryde hizo una mueca. Seguramente habría bajas, y el *Derriphan* había sido comandado por una capitán mediocre sin potencial real, después de todo, esa nave había sido designada como prescindible. Pero odiaba que los mosquitos clamaran cualquier tipo de victoria.

—¿Cuánto tiempo falta? —exigió Pryde.

—Los cruceros vuelven a estar en línea en sólo unos segundos —dijo un técnico.

—¡Entonces reinicie la señal de navegación! —ordenó él—. ¡Quiero la flota *desplegada*!

Finn y Jannah llegaron al cañón, comenzaron a dar vueltas con cautela, como si fuera un animal herido, listo para atacar.

—Esta es la nave de mando —dijo Jannah—. Si lo destruimos ahora, todo el sistema de navegación se cae definitivamente.

—¡Cada Destructor Estelar de esta flota! —dijo Finn.

—¡Todos sin escudos! Esto podría acabar con ellos.

—¡Finn! —llegó la voz de Rose en el comunicador justo cuando comenzó a subir el cañón.

—¡Rose! —dijo él. Esperaba que ella y el resto del equipo terrestre estuvieran a salvo en la nave de desembarco.

—¿Dónde estás? —dijo Rose—. La nave se va, ¿qué estás haciendo?

Llegó al enorme cañón del arma. Finn dijo:

—Estoy salvando lo que amo.

Una larga pausa. Jannah levantó su arco para disparar a un trooper que volaba en su dirección, luego giró rápidamente e hizo lo mismo con un trooper de tierra.

—Ustedes sigan —instó Finn—. Haremos caer toda la nave.

Rose finalmente encontró su voz.

—… ¿Qué?

—¡Destruiremos la cubierta de mando!… Rose —murmuró a continuación—. *Por favor*, vete.

—¡El ritual comienza! —el Emperador gritó, y la masa de seguidores que los rodeaba respondió con un canto ceremonial tan fuerte y profundo que sacudió el suelo—. Ella acabará conmigo y va a consagrarse como Sith.

El rayo en la cavernosa catedral se intensificó, reflejado contra los ojos ciegos de su abuelo. Ella dio un paso adelante. Otro.

Protegiendo sus pensamientos del Emperador, ella envió su conciencia, buscando. *¡Ahí!*

Solo tenía que detenerse un poco más.

Las figuras en túnicas no habían estorbado a Ben en absoluto cuando estuvo aquí por última vez, pero esta vez se lanzaron contra él con furia. Los derribó fácilmente, un disparo por cada muerte. No hace mucho tiempo, se habría complacido con esto, pero ahora solo tenía un deseo que le consumía: *ayudar a Rey*.

Llegó al final de los monolitos Sith y dobló una esquina. Figuras familiares manifestadas en la oscuridad intermitente. Primero Vicrul y su guadaña. Entonces Kiruk y su bláster de plasma. Y de repente, los seis estaban dispuestos ante él. Sus Caballeros.

Por un breve momento, Ben realmente pensó que habían venido a ayudar.

Pero el odio surgió de ellos en olas como el aire fétido. Los Caballeros de Ren nunca habían sido suyos. Habían pertenecido al Emperador todo el tiempo.

Una traición final.

Snoke no había sido más que un peón. El Emperador había susurrado veneno a Ben toda su vida. Ahora incluso los Caballeros, aquellos a quienes consideraba sus fieles hermanos, estaban levantando sus armas para matar.

Lo rodearon lentamente, como depredadores que acechan a sus presas. Podía enfrentar a dos o tres a la vez, pero estos eran de los suyos. Se había entrenado con ellos. Incluso podrían tocar la Fuerza de una manera pequeña. No tenía ninguna posibilidad contra todos ellos a la vez, no armado solamente con un bláster.

Tal vez había sido prematuro arrojar su sable de luz al mar.

Una imagen iluminó su mente, otro sable de luz, parpadeando en azul. Era un mensaje de Rey.

—Ella empuñará su arma —entonó el Emperador.

Rey puso la cara en blanco. Desenganchó el sable de luz de Luke y lo encendió.

—¡Ahora vendrá a mí! —dijo él, y la multitud respondió con un grito colectivo.

Rey se acercó aún más. Su abuelo olía a carne podrida.

Ben atacó a un agresor, empujó a otro con la Fuerza, giró para enfrentar a un tercero…

… cuando algo le partió la parte posterior del cráneo y lo puso de rodillas.

Otro golpe aplastó su abdomen, robándole el aire, y se inclinó para jadear.

Los Caballeros, en su suprema arrogancia, retrocedieron y permitieron que Ben se levantara. Parecía indefenso para ellos. Nunca debieron haberlo respetado realmente, ni siquiera a sus habilidades, para darle terreno ahora.

Ben aspiró el aire mientras daban vueltas para otro ataque.

—Cobrará su venganza —retumbó Palpatine.

Rey continuó acercándose. Su poder era intoxicante. Se encontró levantando su arma, casi en contra de su voluntad. Si no fuera por la otra presencia en su mente, clara y brillante con *luz*, no habría podido resistirse a él.

—¡Y con el golpe de su sable, los Sith renacerán! ¡Los Jedi han muerto!

Ola tras ola de triunfo emanó de él, y junto con él vino el conocimiento, los recuerdos. Tal vez era su sangre compartida lo que le permitió ver sus pensamientos, pero de alguna manera ella pudo, y Rey lo vio entonces, cómo lo había hecho, lo que estaba a punto de hacer de nuevo:

Caer…

caer…

caer… caer por un enorme pozo, la traición aguda y punzante, una figura muy alta, vestida de negro y con casco y encogiéndose rápidamente. Su propio aprendiz se había vuelto contra él, como él mismo se había vuelto contra Plagueis… cuyo secreto a la inmortalidad había robado.

Plagueis no había actuado lo suficientemente rápido en su propio momento de muerte. Pero Sidious, al sentir la luz parpadeante en su aprendiz, había estado listo durante años. Entonces el Emperador, cayendo y muriendo hizo un llamado a todo el poder oscuro de la Fuerza para empujar su conciencia muy, muy lejos, a un lugar secreto que había estado preparando. Su cuerpo estaba muerto, una vasija vacía, mucho antes de que encontrara el fondo del pozo, y su mente pasó con una sacudida a una nueva conciencia en un cuerpo nuevo… uno doloroso y temporal.

Fue muy pronto. El lugar secreto no había completado sus preparativos. La transferencia fue imperfecta, y el cuerpo clonado no fue suficiente. Quizás Plagueis estaba teniendo la última risa después de todo. Quizás su secreto permaneció en secreto. Porque Palpatine estaba atrapado en una forma rota y moribunda.

Los herejes de los Sith Eternos trabajaron, empalmaron genes, reforzaron el tejido, crearon abominaciones antinaturales con la esperanza de que uno de estos hilos de hebras tuviera éxito y se convirtiera en un receptáculo digno. Los herejes harían cualquier cosa, arriesgarían cualquier cosa, sacrificarían cualquier cosa, para crear un nuevo cascarón para su conciencia divina.

Nada funcionó. Pero sus esfuerzos no fueron completamente en vano.

Una cadena genética vivió. Incluso prosperó. Un clon no muy idéntico. Su «hijo». Pero fue un fracaso inútil, sin poder. Palpatine ni siquiera podía soportar ver a esa decepcionante ordinariedad.

El único valor del niño consistiría en continuar el linaje a través de métodos más naturales.

Y fue a través de esa unión eventual, tan inesperada, que Rey nació. El cascarón perfecto. Lo suficientemente fuerte como para contener todo el poder de los Sith. Su nieta…

La visión cambió. Era Luke, sentado con las piernas cruzadas en la isla de Ahch-To, temblando de esfuerzo mientras se proyectaba en el campo de batalla de Crait. Y otro destello, esta vez de Leia en sus aposentos de la jungla, dando todo lo que tenía para enviar un pensamiento final a Ben.

Todas eran manifestaciones del mismo poder. Y ahora Rey lo usaría a su manera. Levantó su sable con intención de golpear…

Y buscó la conexión que compartía con Ben. Le mostró. Él la reconoció, y los labios de Rey se separaron con sorpresa. Se sentía diferente ahora. La conexión era… correcta. Buena. Como volver a casa.

Ben se sorprendió de manera similar, y juntos, desperdiciaron un precioso momento disfrutando de este nuevo intercambio. Así es como debería haber sido todo el tiempo. Una verdadera diada.

El Emperador y Snoke les habían robado esto.

—¡Hazlo! —gritó Palpatine—. ¡Ofrece tu sacrificio!

Rey bajó el sable de luz a sus espaldas, como si se estuviera preparándose para dar un golpe fuerte.

Ella alcanzó la Fuerza. El esfuerzo hizo que las lágrimas le picaran en los ojos. El Emperador se inclinó hacia delante con alegre anticipación. Ella levantó la mano… que ahora estaba vacía. Ella había proyectado su arma lejos de ahí.

Rey observó como su abuelo finalmente se daba cuenta horrorizado de su error, al permitir que Rey y Ben se unieran. Su vínculo, refinado en el fuego de la búsqueda mutua, el dolor compartido, la rabia y el odio, pero también de la compasión y la empatía, era lo único que no había previsto.

En el momento en que Ben sintió el mango del sable de luz de Luke en su palma, supo que le pertenecía, una extensión de su propio ser. Lo levantó lentamente, saboreando la sensación.

Los Caballeros se sobresaltaron unos pasos atrás.

Sorpresa, se imaginó a su padre diciendo.

Atacó.

Rey agarró el sable de luz de Leia de su cinturón, en la espalda. Lo encendió.

De repente, fue rodeada por los guardias vestidos de carmesí. Levantaron sus blásteres y dispararon. Desvió un láser con la mano, la envió a toda velocidad hacia el abdomen de uno de los guardias, mientras giraba su sable de luz para bloquear el resto.

Ella recurrió a la fuerza de Ben, y él recurrió a la de ella, y al igual que antes, estaban separados, pero también juntos, Rey luchando contra los guardias, Ben luchando contra los Caballeros.

«Detrás de ti», ella advirtió, y él levantó su sable para bloquear su espalda, giró, empaló a Trudgen, volcó sobre su cuerpo que caía, giró e hizo lo mismo con Ushar.

Miró los cuerpos de sus camaradas caídos. Luego corrió hacia la sala del trono…

… mientras Rey usaba la Fuerza para derrumbar a un guardia bajo su propio peso y luego lo arrojaba de vuelta a la oscuridad. Desvió otro rayo láser, esquivó otro. Se giró para enfrentar al guardia final, pero Ben llegó primero y lo arrojó a un lado como un pedazo de basura.

Se pararon uno frente al otro por el espacio de una respiración, los dos… juntos por fin. Ben era diferente. Relajado. Sin defensa. ¿Cómo no se había dado cuenta Rey antes de que tenía la cara larga y la postura de su padre, los cálidos ojos marrones de su madre?

Al unísono, se volvieron para mirar a Palpatine, se colocaron en posiciones de combate y levantaron sus sables de luz. El emperador gruñó.

—Si luchan juntos, caerán juntos —dijo. Luego levantó su mano podrida y los empaló con la Fuerza.

Sus espaldas se arquearon contra sus voluntades, y el dolor fue impresionante. Sus sables de luz cayeron de sus manos y cayeron al suelo.

El Emperador los tiró hacia él y se deslizaron por el suelo, indefensos contra su poder, mientras él tomaba, y tomaba, y tomaba. El emperador jadeó. Se miró las manos, que habían comenzado a tejerse de nuevo, los huesos volvían a crecer, la carne pálida se cerraba sobre ellos.

—La fuerza vital de su vínculo —dijo, su voz teñida de asombro—. ¡Una diada en la Fuerza! Un poder como si fuera la vida misma… no se ha visto en generaciones.

Sus alegres pensamientos triunfantes se apoderaron de Rey, mientras ella luchaba contra su agarre, incapaz de moverse. Él había ganado. Al final. Todos esos años, toda esa búsqueda. Había intentado crear una diada con Anakin, como su maestro había intentado crear una con él. La Regla de los Dos, un Maestro siempre en búsqueda desesperada de un aprendiz aún más poderoso, era una pálida imitación, un sucesor indigno pero necesario de la doctrina más pura y antigua de la Diada.

—Un poder como si fuera la vida misma… no se ha visto en generaciones —cantó—. ¡Y ahora el poder de dos hoy restaura al real y único Emperador!

Levantó sus manos perfectas y curadas, e invocó tanto el poder oscuro de la Fuerza como los Sith que habían vivido antes que él, y les sacó su vida de sus propios cuerpos. Se derramó de ellos como un río de luz, dejándolos cada vez más débiles.

El Emperador echó a reír cuando su cuerpo se fortaleció, se volvió completo. La película lechosa se desvaneció de sus ojos, revelando iris dorados alrededor de sus pupilas de obsidiana.

—¡Esto es! —Snap Wexley llamó desde el interior de su X-wing. Disparó y sintió una oleada de júbilo cuando el cañón del vientre se encendió como un espectáculo de fuegos artificiales. Se había vuelto bastante bueno en esto. Todas esas lecciones con su padrastro, Wedge, habían valido la pena.

La consola de Snap sonó.

—La flota se está bloqueando en una señal de navegación —advirtió a cualquiera que estuviera escuchando—. ¡Se van a dividir!

—Snap, están detrás de ti —gritó Poe.

Miró por encima.

—Sí, ya los vi —pero no vio el otro TIE, el que salió de la nada.

—¡No!, ¡no! —gritó Poe—. ¡Snap, *Snap*!

Una explosión sacudió su cabina y escuchó a Poe gritar:

—¡No!

Tuvo el tiempo justo para alcanzar el pequeño holo que mantenía en su tablero, y susurrar:

—Karé —antes de que todo explotara con una luz insoportable.

Poe miró desesperado mientras los restos de la nave de Wexley salpicaban el casco del Destructor.

Gritos de terror y desesperación iluminaban su comunicación. Se estaban desgarrando.

—¡General! —llamó Tyce—. ¿Nos retiramos?

—¡General! ¿Ahora qué hacemos?

Alguien llamó.

—¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

Su gente —sus amigos— morían a su alrededor.

—Mis amigos… —dijo Poe, su voz temblorosa— perdón. Creí que hoy sería el día… una oportunidad… pero hay demasiadas naves.

No había aprendido nada de Crait. En cambio, acababa de hacer que mataran a su gente…

Una voz familiar irrumpió en las comunicaciones:

—Hay más de nosotros, Poe. Hay más de *nosotros*.

Fue Lando. ¡Estaba de vuelta! ¿Pero había traído a alguien con él?

El corazón de Poe dio un vuelco en su pecho cuando dio la vuelta a su caza, se abalanzó sobre el casco de un Destructor para tener una visión de la atmósfera de arriba.

Jadeó. Naves aparecían por todas partes. Cargueros, cazas, fragatas médicas, transportes largos, de todos los sectores de la galaxia, de todas las épocas de las que Poe había oído hablar. Cientos. No, miles. Una flota de flotas.

—¡No lo creo! —Poe gritó—. ¡*No lo creo*! —mientras Lando se reía destornilladamente.

—Los aliados —dijo Aftab Ackbar—. ¡Ellos están aquí!

—¡Toda la galaxia está aquí! —exclamó Poe.

—Lando, lo lograste —gritó Finn—. ¡Lo lograste!

Las comunicaciones estallaron, ya que nave tras nave comenzó a llamar. Miles de voces revueltas, gritando, negándose a ser silenciadas.

—*Halcón Milenario*, esperando órdenes —dijo Lando.

—Flota Mon Calamari, esperando —llegó otra voz.

—Escuadrón Fantasma, esperando.

—*Fantasma*, esperando.

—*Anodino dos*, esperando.

Poe no era del tipo que lloraba, pero como todos llamaban, uno tras otro tras otro, el líquido se acumulaba en sus ojos. Lo habían hecho. La chispa de la Resistencia se había convertido en fuego.

—*Alphabet two*, esperando.

—Zay Versio del Escuadrón Infernal, esperando. ¡Mira todas estas naves!

—Aquí el *Fireball*. ¡Hola a todos!

—Menos charla, Kaz —respondió una voz profunda.

—¡Bien, bien! —Poe interrumpió, ¡porque no tenían tiempo para llamar a cien mil naves!— Sólo… ¡comiencen a disparar! Quiero decir, ataquen los cañones inferiores. Cada uno que destruyan es un mundo salvado.

Lando gritó cuando él y Chewie se adelantaron, y mil cazas, fragatas e incluso cargueros bien armados se lanzaron detrás de ellos. En cuestión de segundos, el *Halcón Milenario* había destruido un cañón. Esa nave hacía que todo pareciera fácil.

—Lo haces bien, Lando —llegó la voz de Wedge Antilles, y Poe se dio cuenta de que el viejo capitán de la Rebelión y su antiguo instructor de vuelo operaban una de las estaciones de torretas del *Halcón*. Deseó que Leia pudiera estar aquí para ver esto.

Finn lanzó su puño al aire.

—Sabía que Lando lo haría. ¡Lo sabía!

Jannah miraba boquiabierta el cielo, olvidando por un momento que se suponía que debía estar cubriendo el fuego.

—Dedo en el gatillo, Chewie —fue la voz de Lando en el comunicador.

La gente había venido de todas partes para ayudarlos. Toda la galaxia estaba aquí. Finn observó cómo se lanzaban en picado entre los Destructores, arrasando las desventuradas naves.

Se sacudió el momento de triunfo con esfuerzo.

Jannah continuó disparando, mientras Finn volvía a trabajar en sus mañas.

Para esto, Pryde no tenía un plan de respaldo.

—¿Y esas naves de batalla? —exigió el general colegiado Pryde—. No tienen una armada.

El almirante Griss estaba boquiabierto. La luz había desaparecido de sus ojos.

—No es una armada, señor —dijo el almirante, y su voz tembló un poco—. Sólo son… personas.

La marea estaba cambiando. La variopinta armada de Poe apaleaba a la flota indefensa. Un Destructor se inclinó de lado, salía humo de su casco. Chocó con otro, y ambos cayeron a la superficie, indefensos ante la gravedad de Exegol. Otro cayó después de que un par de torpedos de protones lo golpearon en el vientre. Pronto los destructores estaban cayendo por todo el lugar.

Pero los TIEs permanecieron brutalmente implacables, y todavía estaban apuntando específicamente a Poe.

Uno lo amenazó de frente, pero estaba encerrado entre cascos. Apretó el acelerador, disparando. Poe no estaba seguro de si lo destruiría a tiempo, o si debería alejarse…

Un Y-wing se deslizó en la posición de asistencia a su lado, un movimiento de precisión. Juntos dispararon al TIE, que explotó en una bola de fuego satisfactoria.

—¡Hasta la vista, lata espacial! —vino una voz femenina familiar.

Giró en su cabina cuando el Y-wing gritó.

—¿Quién está volando? —él murmuró.

—¿Por qué no adivinas, traficante?

¡*Era* Zorii! El alivio de Poe fue tan grande que casi se atragantó.

—¡Ja! ¡Zorii, escapaste!

Alguien le gritó en anzellan y luego agregó:

—¡Hey, heyyyyy!

—¿Babu? —dijo Poe, incrédulo. Este día seguía mejorando y mejorando.

Rey y Ben yacían derrumbados en el suelo cuando el Emperador Palpatine se soltó del arnés Ommin y se dejó caer. Se paraba recto y fuerte ahora. Invencible.

El emperador levantó la voz hacia la multitud.

—En esto es en lo que me han convertido —dijo. Su respuesta cantada fue atronadora, y él se levantó, con las manos ligeramente levantadas, como si absorbiera su adoración como poder.

Ben forzó su cuerpo casi sin vida sobre sus manos y rodillas. Rey permaneció flácida junto a él mientras luchaba por ponerse de pie y enfrentaba a su enemigo.

El Emperador no estaba impresionado.

—Así como caí en el pasado, así caerá el último Skywalker.

Levantó a Ben sin más que un pensamiento, lo empujó con tanta fuerza que cayó de un extremo a otro a lo largo de la catedral, luego desapareció en un abismo brillante.

Rey habría gritado, pero apenas podía respirar.

—¡Que nadie tema su débil ataque, mis fieles! —dijo el Emperador, olvidándose de Ben. Sus labios se separaron en una sonrisa de pesadilla, y levantó su rostro hacia el cielo de Exegol—. ¡Nada detendrá el retorno de los Sith!

Levantó las manos como si intentara alcanzar la batalla en lo alto. Incluso a través de su neblina de debilidad y agotamiento, Rey podía sentirlo recurrir a la Fuerza. El poder del Emperador era asombroso ahora. No, *su* poder. De ella y de Ben.

Las lágrimas corrían por el rostro de ella mientras él usaba su poder robado para crear un conducto de rayos de la Fuerza. Los retorcidos y rizados zarcillos de luz se dispararon de sus dedos, se unieron en una espesa corriente de luz que estalló en el cielo, inundando las naves de la Resistencia. Lanzaban chispas impotentes contra la masacre, inclinándose sobre su eje.

CAPÍTULO 18

Poe observó con horror cómo la energía bruta se disparaba desde el planeta como un géiser masivo, devorando todo a su paso. Varios cazas quedaron repentinamente a la deriva, sus controles ya no respondían. El *Tantive IV* tembló, como luchando contra un rayo tractor. Se tambaleó a un lado, comenzó a caer.

Poe quería mirar hacia otro lado. La *nave de Leia*… apretó la mandíbula y miró de todos modos. Sería testigo de esto.

El temblor se intensificó. Uno de los motores detonó. Las explosiones se extendieron a lo largo del casco, y de repente el *Tantive IV* estaba cayendo como un meteorito, más allá de la flota de la Orden Final y fuera de la vista.

Poe acababa de perder muchos amigos. Había conocido a Nien Numb toda su vida.

De repente, la consola de su propio caza estaba chispeando, electrocutándole la mano incluso a través de sus guantes de vuelo.

—Artoo, mis sistemas se apagan…

Del puesto de droide de su X-wing llegó el sonido de un astromecánico gritando.

Poe golpeó su comunicador.

—¿Alguien copia? —Ninguna respuesta. A su lado, un elegante yate nubian tembló en medio de los rayos perversos, y luego se perdió de vista.

El Emperador no paraba de reír mientras tomaba su trono, la luz aún se disparaba hacia arriba desde la punta de sus dedos. Rey odiaba el sonido, irritante, presumido, extrañamente familiar. Ella estaba cerca de la muerte; lo sabía con certeza. No quería que su risa fuera lo último que escuchara.

Apenas podía moverse, pero logró darse la vuelta sobre su espalda. Su visión se ennegreció con el esfuerzo.

Alcanzó a Ben… nada. Su conexión se había debilitado cuando el Emperador les robó su fuerza vital. Había percibido vagamente la caída de Ben, pero era como si él cayera de la existencia, dejándola hueca y rota.

Las extremidades de Rey rechazaron cualquier orden de moverse, mucho menos ponerse de pie, por lo que miró la batalla de arriba. No es que ya fuese una batalla. Las explosiones salpicaron el cielo. Escombros negros llovieron por todas partes, arrastrando humo y fuego. El *Tantive IV* se inclinó, luego se desplomó.

Ella había fallado completamente.

El poder del Emperador era hermoso de ver, llegando cada vez más alto, extendiéndose como una flor de luz. En cierto modo, ella y Ben habían hecho eso. Pero el

Emperador lo estaba usando para un mal indescriptible. Y ahora estaba indefensa. Muriendo.

¿Qué haría Leia?

La respuesta le llegó suavemente, como una suave brisa matutina.

Ella tenía que dar. Ella tenía que darlo todo.

Rey recordó su entrenamiento, y alcanzó la Fuerza. Calmó su mente.

—Vengan a mí —susurró.

Su verdadero poder siempre vendría de la *unidad*.

—Vengan a mí. Vengan a mí —la batalla de arriba desapareció. En cambio, Rey vio un cielo perfecto, vasto de estrellas. Pacífico. Lleno de luz. Era como si estuviera mirando por una ventana a otro lugar, un lugar entre lugares.

—Vengan a mí.

Su cuerpo se relajó. Abrazó la paz y la calma, como Leia le había enseñado.

A través de la calma, llegó una voz.

«Estos son tus pasos finales, Rey. Asciende y dalos».

Entonces otros se unieron.

Rey,

Rey,

Rey.

No los reconoció a todos, pero de alguna manera, lo *supo* en el momento en que se dieron a conocer a ella. Habían estado con ella todo el tiempo; solo necesitaba aprender a escucharlos. Como Leia había prometido.

Le llegaron más voces rápidas pero suaves, como si estuviera en una confluencia de la Fuerza, posibilidades, futuros y pasados que se alejaban de ella, o tal vez la conducían hacia ella. El cosmos, el tiempo, la energía, el ser, nada era como ella había pensado que sería.

«No estás sola, Rey».

«Sola, nunca estarás».

«Todo Jedi que ha vivido, vive en ti».

«La Fuerza te rodea, Rey».

«Deja que te guíe…».

—*«…como a nosotros».*

Palpatine había querido a Rey para sí mismo. Pero ella eligió ser *su* conducto. Su *recipiente*. Ella era una *Jedi*.

Rey movió un brazo. Luego un hombro. Dejó que las voces la rodearan, la llenaran, la fortalecieran. Se dio vuelta, colocó una palma en el suelo y la empujó hacia arriba.

«Estaremos contigo, Rey».

«Asciende en la Fuerza».

Puso una rodilla debajo de ella, se apoyó sobre los dedos de los pies. Rey hizo una pausa, se agachó, jadeando por aire. Sus músculos no querían obedecer. Cada movimiento convirtió sus huesos en cuchillos de dolor.

«En el corazón de un Jedi yace su fuerza».

Las voces se volvían más fuertes, incluso más poderosas.

«*Asciende*».

«¡*Asciende!*».

La voz de Luke se volvió profunda e insistente, elevándose por encima de todas las demás. Un pozo de poder del cual extraer:

«Rey, la Fuerza estará contigo, siempre».

Ella se levantó. Invocó el sable de luz de Luke, que se deslizó por la piedra y golpeó su mano. La hoja se encendió y Rey se puso de pie, llena de fuerza que le habían dado libremente los que habían vivido antes.

El Emperador jadeó. La avalancha de luz de sus dedos cesó.

Se levantó de su trono y dio un paso adelante. Sus ojos brillaban con un poder persistente.

—Que tu muerte ponga punto final en la historia de la rebelión. —Palpatine extendió los brazos y envió un rayo de la Fuerza hacia ella.

Ella levantó su sable de luz y lo bloqueó. El impacto casi la derribó, pero alcanzó la Fuerza y se mantuvo firme.

Su ataque se intensificó.

—¡No eres nada! —gritó él—. Una pobre carroñera no es rival para el poder en mí. ¡Yo soy todos los Sith!

Sentía que su muñeca se iba a romper. Pero no lo haría. Hoy no.

—Y yo… —dijo, buscando más fuerza, y el sable de luz de Leia. Hizo clic en su mano—. Soy todos los Jedi.

Ella trajo el segundo sable de luz, cruzando su espada con el primero, creando un escudo impenetrable.

Rey dio un paso adelante, empujando contra su ataque. Luego otro. Cada paso era una angustia. Hacía falta todo lo que los Jedi le habían dado, todo lo que ella tenía.

El rayo comenzó a retroalimentar al Emperador. Le devastó la cara y le empujó la cabeza hacia atrás en agonía, negando lo que estaba sucediendo. Rey lo avanzó sin piedad, un pie delante del otro, absorbiendo el poder de la Fuerza. Finalmente, ella estaba lista. Reunió su fuerza, su fe en el pasado Jedi, su amor por sus amigos, y se lo lanzó todo al Emperador.

Se tambaleó hacia atrás, su propio poder reflejado contra él. Lo devoró por completo, arrancando sus dedos recién curados, rasgando la piel de su rostro, sus huesos, hasta que se desintegró.

Y como un colapso de polvo de estrellas, lo que quedaba de él se fusionó en un solo punto, que luego explotó con una fuerte onda de choque que arrojó a Rey al suelo. El trono Sith se hizo añicos. El techo se derrumbó a su alrededor, aplastando a miles de discípulos en el anfiteatro.

La pantalla de navegación de Poe se encendió de repente. Miró a su alrededor. El extraño poder proveniente de la superficie del planeta se había detenido. O tal vez sólo era una pausa. Lo que fuera. Era hora de trabajar.

—¡Volvemos a estar conectados! —gritó—. Última oportunidad. ¡Tenemos que aplastar esos cañones ya!

Se dirigió hacia un Destructor, apuntando al cañón del vientre. Miles de naves corrigieron, algunas incluso salieron de la caída libre, mientras todos cargaban sus armas.

Todos entendieron lo que hacía: el punto muerto podría ser temporal. Puede que solo tuvieran unos segundos para actuar.

Los jet troopers rojos no estaban cediendo. Jannah estaba haciendo un gran trabajo para mantenerlos alejados de su espalda, pero Finn no pudo evitar distraerse. *Concéntrate, Finn*. Rey o Rose hubieran vuelto a conectar esta cosa en la mitad del tiempo.

Una soldadura más… allí.

—Está bien, ¡está listo! —le gritó a Jannah. Saltó del cañón, tirando un puñado de cables con él. Estaba *casi* seguro de tener los correctos.

Le entregó dos a Jannah. Él apuntaría; ella dispararía.

Finn unió sus cables y el cañón gigante giró hasta apuntar directamente a la cubierta.

Miró a Jannah una vez más. Esto terminó. No iban a volver de esta.

—Nunca otro niño —dijo.

—Ni uno más —ella estuvo de acuerdo. Y con eso, unió sus cables. Se encendieron, y una fracción de segundo después, el cañón disparó una explosión de pulso masivo. Finn y Jannah esperaron, respiraron. ¿Había funcionado? Tal vez Finn debería haber apuntado a otro…

El casco se vino abajo debajo de ellos.

Pryde desperdició los pocos segundos preciosos que pudo haber tenido para alcanzar una cápsula de escape con incredulidad congelada. El piso del puente se estremeció como si lo impulsara a correr. Y finalmente lo hizo, solo para descubrir que el corredor que se alejaba del puente estaba doblado e intransitable.

El almirante Griss lo recibió en la puerta que no llevaba a ninguna parte. Intercambiaron una mirada de pánico cuando un oficial corrió hacia ellos.

—¡Las comunicaciones están cayendo en todas partes! —dijo él.

—Hay ataques contra destructores en todos los sistemas ocupados —dijo otro oficial del puente—. ¡Un número abrumador de pequeñas naves!

Esto no estaba sucediendo. No era posible. Su Emperador había previsto todo. El piso comenzó a inclinarse de lado. Varias explosiones atrajeron la mirada de Pryde hacia la ventana. Se lanzó hacia adelante, como si verlo mejor pudiera presentarle una solución.

El casco del *Steadfast* estaba peligrosamente inclinado, y las naves de la Resistencia se estaban recuperando de la extraña energía que había retenido a muchos de ellos. Parecía que todo estaba perdido. Por primera vez, Pryde consideró que tal vez el Emperador *no* restauraría la gloria del antiguo Imperio.

Dejó que esa posibilidad lo atravesara, la absorbió, la examinó. Se vio obligado a concluir que no le importaba. No le importaba ni un poco. En su último momento, el general colegiado Pryde finalmente entendió que el regreso del Emperador Palpatine no tenía sentido si él no estaba vivo para verlo. Todos sus esfuerzos, sus sacrificios *no* habían valido la pena.

El puente explotó. Pryde cayó.

Finn y Jannah se aferraron al casco juntos, agachándose cuando los escombros en llamas del puente cayeron junto a ellos. No podían aguantar mucho más. No podrían agarrarse y caerían como un misil a la superficie del planeta, si el *Steadfast* no se desmoronaba primero.

Miró a Jannah. Estaba tan contento de que se hubieran encontrado. Dos ex stormtroopers, juntos y haciendo lo correcto al final.

—¿Sabes qué? —gritó él sobre los sonidos de la destrucción.

Una sonrisa como el sol estalló en su rostro.

—¡Tampoco lo siento! —gritó ella.

La nave se sacudió. Las piezas del casco se separaron y, de repente, se deslizaron a lo largo del Destructor. ¿Cuánto tiempo podrían deslizarse por una nave de este tamaño antes de encontrar aire libre? Un par de minutos, tal vez.

Cuando Finn se deslizó, sostuvo a Jannah y *respiró*. No se arrepintió. Había valido la pena.

Alguien trató de contactar a Poe desde abajo, y él cambió su frecuencia para tomar el comunicador.

—Finn no abordó con nosotros —era la voz de Rose.

—¿En serio sigue en esa nave?

Todo su alivio al recuperar la flota en línea desapareció. No podía perder a Finn. *No lo haría*. Apartó su X-wing del ataque y se lanzó hacia el *Steadfast*. La nave de mando ahora apuntaba con la punta hacia abajo, lista para clavarse en la superficie del planeta.

Su amigo lo había logrado.

Los escáneres eran casi inútiles en esta atmósfera, por lo que solo podía hacer barridos visuales. Había una buena posibilidad de que la explosión del puente se hubiera llevado a Finn. Pero Poe no se rendiría, no hasta que tuviera que hacerlo. Acababa de perder el *Tantive IV* y a todos en él. Necesitaba salvar a tanta gente como pudiera.

Zumbó junto a una torre de comunicaciones, que ahora se extendía paralela al suelo, y casi pasó por alto a las dos figuras acurrucadas juntas encima de ella.

—¡Okay, ya los vi! —dijo él—. Voy por ellos.

—General, eso es peligroso —advirtió Tyce.

—¡Créeme, soy veloz! —insistió, ya girando a su caza.

—No tan veloz como esta nave —vino la voz de Lando—. ¡Sujétate, Chewie!

El *Halcón* se dirigió hacia el Destructor Estelar, luego se inclinó para subir desde abajo.

Finn casi pierde el control cuando vio que el casco del *Halcón* se elevaba debajo de él.

—¡Finn! —gritó Jannah, rebosante de esperanza.

—¡Lo sé!

Tendrían que cronometrar esto a la perfección. Tendrían unos pocos pasos de espacio por correr a lo largo del costado de la torre de comunicaciones, y luego nada más que aire.

Se agarraron de las manos. Todavía no… ¡Ahora! Salieron corriendo mientras Lando guiaba el casco más cerca. Con todas sus fuerzas, saltaron… justo cuando el *Steadfast* finalmente sucumbió a la gravedad y cayó al olvido.

Aterrizaron con fuerza en el casco del *Halcón*; El tobillo de Finn se torció. Se abrió una escotilla que reveló a Chewbacca, quien les hizo señas para que se apuraran. Corrieron por la parte superior del *Halcón*, el tobillo de Finn gritaba con cada paso, y finalmente cayeron en la bodega.

—Chewie, ¿tienes a los niños? —Lando gritó desde la cabina.

Chewie rugió una confirmación, y el *Halcón* se alejó rápidamente. Finn se derrumbó contra la pared. No podía creer que hubieran sobrevivido.

El Emperador ya no existía.

Rey contempló los restos caídos de la catedral a su alrededor. No podía sentir sus brazos y piernas. Vagamente, escuchó el tintineo de sus sables de luz golpeando el suelo, ¿cuándo los había soltado?

Alcanzó la Fuerza por última vez… seguramente algunos de sus amigos todavía estaban allí en alguna parte. Ella sintió… ¡Finn!, Y… ¿Jannah?

Dar absolutamente todo no era gran cosa… en comparación con salvar a sus amigos.

Buscó también a Ben, pero sus piernas cedieron, y se desplomó en el suelo.

Finn estaba corriendo hacia las estaciones de torretas del *Halcón*, Jannah le pisaba los talones.

Algo le rompió el alma, y se tambaleó, apenas sosteniéndose en la pared del corredor.

—No, Rey —susurró.

Ella se fue. Acababa de comenzar a comprender cómo su presencia podía pesar tanto en su mente. Debió habérselo dicho. Tenía la intención de hacerlo.

Ahora nunca tendría la oportunidad.

—¿Finn? —Jannah incitó, mientras las lágrimas agonizantes corrían por sus mejillas.

Chewbacca preguntó qué estaba mal.

Pero el aliento de Finn lo había dejado completamente, y no pudo responder.

La caída de Ben había sido atrapada en un afloramiento irregular. Tenía el tobillo torcido y estaba bastante seguro de haberse roto al menos dos costillas. Pero *tenía* que volver a la sala del trono.

Porque no podía sentir a Rey en absoluto.

La subida fue agonizante. Cada vez que alcanzaba un asidero, un cuchillo caliente de dolor apuñalaba su lado izquierdo. El mareo amenazó con enviarlo de vuelta al abismo, pero siguió adelante, una mano sobre la otra, hasta que finalmente sus dedos se aferraron a la parte superior.

Se arrastró por el costado. Se detuvo un momento para recuperar el aliento. Se arrastró a sus pies.

Ben dio unos pocos pasos antes de derrumbarse, obligarse a ponerse de pie una vez más y avanzar cojeando.

Podía verla ahora, derrumbada en el suelo, y el dolor en su pecho de repente fue mucho peor que el de un par de costillas rotas.

Parecía cómoda, casi como si estuviera durmiendo, excepto que sus ojos estaban muy abiertos y fijos, sin vida y deslustrados.

Apenas sabía lo que estaba haciendo cuando se agachó a su lado, envolvió los brazos alrededor de su cuerpo flácido y la tiró sobre su regazo. La piel de Rey se estaba enfriando. Sus ojos vacíos lo miraron, y él se los imaginó acusándolo. *Tú* hiciste esto. Esto es *tu* culpa.

No, Rey nunca sería así. Esos pensamientos eran los vestigios del condicionamiento de Snoke. Rey era buena. Amable. No importaba lo que hubiera pasado entre ellos, lo que él había hecho, ella siempre le había mostrado compasión.

Echó un vistazo alrededor de la catedral en ruinas, como si las respuestas estuvieran en las sombras. Pero no había nada. Solo un doloroso vacío y una sensación de pérdida tan aguda y terrible que era como una prensa alrededor de sus entrañas.

Ben la atrajo contra su pecho y la abrazó contra sí mismo por un momento. La acababa de encontrar, de *realmente* encontrar. Había desperdiciado su vida, lo sabía ahora. Pero cualquiera que pudiera haberle mostrado el camino a seguir, haberlo ayudado a ser Ben nuevamente, se había ido. Sus padres. Luke. Y ahora Rey.

No podía obligarse a creerlo. Rey era la persona más fuerte que había conocido. Había luchado contra la oscuridad de una manera que él nunca podría. Ella había salvado a todos. Merecía algo mejor.

Mientras la abrazaba, percibió algo. La chispa más pequeña. Y se dio cuenta: la Fuerza aún no la había reclamado.

Sabía exactamente qué haría Rey, en su lugar. Fue la decisión más fácil que había tomado.

La acunó suavemente y colocó su mano sobre su abdomen. Cerró los ojos. Llamado a la Fuerza. A Ben no le quedaba mucha fuerza, y estaba a punto de hacer algo que nunca había hecho antes. Afortunadamente, Rey le había mostrado cómo dar.

Ben vertió todo en ella. Encontró depósitos que no sabía que tenía. Él le dio todo su ser.

Su diafragma se levantó con un suspiro y su cálida mano cubrió la suya. Sus ojos se iluminaron. Rey pareció sorprendida de verlo. Se sentó, pero no se apartó.

Se miraron el uno al otro un momento. Esperó a que ella entendiera lo que acababa de suceder. Estaría bien si ella lo dejara atrás ahora. Seguiría con su vida sin mirar hacia atrás. Es lo que ella *debió* hacer.

En cambio, sonrió y susurró:

—¡Ben!

Se *alegró* de verlo. Se alegró de estar con él en este momento. Fue el mejor regalo que podría haberle dado.

Su corazón estaba lleno cuando Rey buscó su rostro, dejó que sus dedos se detuvieran contra su mejilla. Y luego, maravilla de maravillas, se inclinó hacia adelante y lo besó. Un beso de gratitud, reconocimiento de su conexión, celebración de que finalmente se habían encontrado.

Pero luego retrocedió, con preocupación en su rostro. Podía sentir que se enfriaba.

Ben le sonrió.

Había devuelto a Rey a la galaxia. No expiaría la oscuridad que había forjado, pero era lo que podía hacer.

Ben Solo no se arrepintió cuando cayó al suelo. La Fuerza lo alcanzó en señal de bienvenida. Su conocimiento final fue de Rey, apretando su mano con la suya.

Rey se puso de pie sobre el lugar donde Ben había caído, mirando su túnica vacía. Las lágrimas corrían por su rostro.

Había sacrificado todo por ella.

Ella no lloraba a Kylo Ren. Ella nunca lloraría a Kylo Ren. Pero a ella le hubiera encantado la oportunidad de conocer a Ben Solo. Parecía que faltaba la mitad de ella, y supuso que sí. La chica que se había sentido sola durante todos esos años en Jakku había sido parte de una diada todo el tiempo. Y justo cuando descubrió esa preciosa conexión, esa increíble unidad, le fue arrancada.

Una voz llegó a ella a través de la Fuerza, clara y fuerte.

«Siempre estaré contigo» —dijo Ben.

Ella sonrió. Dejó que la verdad se apoderara de ella.

—Nadie se ha ido realmente —susurró. Recuperó sus sables de luz y salió corriendo de la catedral en ruinas.

En el momento en que Rey volvió en sí, Finn lo supo.

Se lanzó del asiento de la torreta —nadie los perseguía de todos modos— subió la escalera y corrió hacia la cabina.

—¡Chewie, la sentí! —dijo él.

Chewie rugió, algo sobre las ilusiones y ¿no debería estar de vuelta en la estación de la torre vigilando sus espaldas?

—Estoy seguro de eso —dijo Finn, escaneando el horizonte desde la ventana. Los escombros caían por todas partes. Exegol iba a ser un páramo después de esto. No es que haya sido un paraíso para empezar. Pero todos esos Destructores Estelares iban a arder durante años.

No había señal de Rey.

Ni Chewie ni Lando continuaron insistiendo en que saliera de la cabina, así que se quedó, buscando, buscando, buscando…

—¡Allá, miren! —gritó señalando a un maltratado T-65 X-wing. Luego gritó en su pulsera:

—Rojo Cinco está en el aire. ¡Rey está con vida!

—Ya la vi —reconoció Poe.

Finn no pensó que el momento pudiera mejorar, pero luego una transmisión sonó en la consola de comunicaciones. Chewie parloteó de emoción.

—La gente se rebela en toda la galaxia —le informó Finn—. Poe ¡Lo logramos!

Escuchó la sonrisa en la voz del piloto cuando dijo:

—Así es.

C-3PO no pudo quitar sus fotorreceptores de la consola. Sus amigos estaban allá afuera, peleando y muriendo.

La última transmisión que recibió de R2-D2 había sido advertirles sobre una extraña tormenta eléctrica que hacía difícil mantener el X-wing del general Poe en el aire.

—Oh, amigo —dijo C-3PO, una y otra vez.

Entonces la marea de la batalla cambió. Ahora, llegaban los mismos informes de todas partes.

—¡Destructores! —exclamó a cualquiera que pudiera estar escuchando. Agitó los brazos en celebración—. ¡Están cayendo! ¡En todas partes!

Hace treinta y un años, Wicket se había parado en este lugar exacto en la luna del bosque de Endor, regocijándose en la destrucción de la Estrella de la Muerte. Había sido un cachorro entonces, su pelaje aún era de un marrón juvenil.

Los escombros habían llovido en el cielo durante una década después, pero la vida en Endor nunca moriría en silencio, y la luna contraatacaba con exuberante verdor.

Entonces llegó la Primera Orden.

Wicket señaló hacia el cielo cuando un trozo de Destructor Estelar cayó como un cometa ardiente.

—¿Ves eso? —le dijo a su pequeño hijo, Pommet, en ewokés—. Nuestros amigos hicieron eso.

—¿Princesa Leia? —preguntó Pommet con los ojos muy abiertos, porque había escuchado todas las historias—. ¿See-Threepio?

Wicket asintió con la cabeza.

—See-Threepio —confirmó. No tenía dudas de que el dorado y divino era responsable de otra liberación.

—Ven —dijo, llevando a su hijo de regreso hacia el pueblo—. Habrá festejos y fuegos artificiales esta noche.

CAPÍTULO 19

Finn trotó por la rampa de acceso del *Halcón* hasta la base de la jungla de Ajan Kloss. La mayoría de sus naves aliadas habían regresado a sus propios sistemas y planetas, pero algunas habían decidido seguir a las naves de la Resistencia sobrevivientes hasta su hogar. Su base iba a estar más llena y ocupada que nunca.

La nave de desembarco de tropas aterrizó luego, y BB-8 rodó por la rampa seguido de una jubilosa Rose. Finn sonrió de oreja a oreja para ver que su amigo estaba bien.

D-O gritó balbuceando de felicidad cuando vio a BB-8. Se lanzó hacia el droide más grande y giró en círculos a su alrededor, ladrando de bienvenida.

—¡Feliz! —dijo él.

Todos se abrazaron, regocijándose de estar vivos. Finn pasó a Beaumont, quien le dio una palmada en el hombro.

Finn vio a Poe alejándose de su X-wing y dirigiéndose hacia Zorii. Los dos se miraron el uno al otro un largo momento, luego intercambiaron un gesto amistoso.

Entonces Poe arqueó una ceja, una pregunta en sus ojos, pero Zorii negó con la cabeza.

Poe sonrió y se alejó, resignado pero feliz. Todos a su alrededor se reunían: C-3PO saludó a R2-D2 cuando salió del caza de Poe, Beaumont, Klaud y Connix se rieron, D'Acy y Tyce se abrazaron y luego se dieron un largo beso. Incluso los orbaks estaban celebrando, sacudiendo las crines y pisoteando a la orden de los pilotos a cambio de golosinas.

Chewie estaba levantando a Rose de sus pies cuando Finn vio a Maz interrumpir.

—¡Chewie! —llamó, indicando al wookiee que se inclinara—. Esto es para ti. —Él se arrodilló sobre una rodilla y, cuando estaban a la misma altura, ella colocó la Medalla de la valentía de Han en la mano de Chewie y cerró sus enormes dedos alrededor de ella—. Él querría que lo tuvieras —agregó.

Poe lo encontró a continuación, y aunque el piloto había estado celebrando junto con todos los demás, Finn sintió algunas dudas.

—La general Leia pensó que habían destruido al Emperador en la Batalla de Endor —dijo Poe—, pero él regresó. Más poderoso que nunca.

—Crees que podría volver de nuevo —dijo Finn.

—Tal vez —dijo Poe, mirando en dirección a Zorii. Por supuesto que Poe se preocuparía por eso. Actuaba en general ahora, y como cualquier buen general, anticipaba qué pelea aún tenía por delante—. O algún otro mal se levantará. El mal siempre se levanta.

—No —dijo Finn—. No por mucho tiempo, al menos.

Poe le dirigió una mirada inquisitiva:

—No me malinterpretes, lo que hizo la general Leia con Solo y Skywalker fue increíble —explicó Finn—. Heroico y valiente. Pero fue sólo un pequeño grupo con probabilidades increíbles.

Poe comenzó a sonreír.

—No somos solo un pequeño grupo —dijo, entendiendo—. La Resistencia es un millón de personas, mil lugares.

—La general Leia unió *a toda una galaxia*. Esta vez, es de verdad —la sonrisa de Poe se hizo enorme, y Finn envolvió a su amigo en un abrazo. C-3PO y R2-D2 se acercaban hacia ellos.

—¿Oíste eso? —preguntó C-3PO, mirando hacia el cielo.

Lando miró a la base de Ajan Kloss. Todos sabían quién era, pero era diferente, ser conocido sin saberlo. De todos sus mejores y más viejos amigos, solo quedaba Chewie.

Sin embargo, estaba feliz por todos. Esta nueva galaxia —¿la Nueva República?— era para la próxima generación. Volvería pronto a Pasaana. Mientras tanto, estaba contento de haber ayudado.

—¿De dónde viene, general? —oyó una voz en su hombro y volteó. Era Jannah, la niña de Kef Bir.

—Del sistema Oro —dijo—. ¿Y tú, jovencita?

—No… —dijo, y su mirada se volvió distante— no lo sé.

Lo golpeó como un torpedo de protones en el intestino. No regresaría a Pasaana después de todo. Miles, tal vez millones de niños habían sido secuestrados por la Primera Orden, como su propia niña. Y algunos de ellos, muy pocos, eran especiales. Los que eran como Finn y Jannah, que de alguna manera habían logrado erradicar su acondicionamiento de la Primera Orden y tomar las decisiones correctas.

Lando y la *Lady Luck* ayudarían a estos niños especiales. A encontrar a sus familias, si eso es lo que querían. A ayudarlos a descubrir su lugar en la nueva galaxia. Demonios, tal vez incluso encontraría a su hija. Probablemente no; él sabía las probabilidades. Pero esa sería una muy buena manera de pasar sus años crepusculares, ¿verdad? Si los niños estaban dispuestos, de todos modos.

—Bueno —le dijo a Jannah—, pues hay que averiguarlo.

La maravillosa sonrisa que le dirigió le dijo todo lo que necesitaba saber.

Rey aterrizó el X-wing de Luke y saltó de la cabina. BB-8 rodó hacia ella, retorciéndose de emoción.

—¡Beebee-Ate! ¡Lo hiciste! —dijo ella, inclinándose, comprobando sus antenas, sus tapas de babor. Había salido de la batalla apenas con un rasguño.

Vagó por la base, tomando fuerza y alegría en el contento de todos, pero sintiéndose vagamente sola. La gente le dio una palmada en la espalda cuando pasó, ya se había corrido la voz de que el Emperador había muerto. Rey se preguntó si serían tan rápidos en felicitarla si supieran que ella era su nieta.

O tal vez sí lo harían. Leia y Luke habían sido los hijos de Darth Vader, después de todo. Tal vez a las buenas personas de la Resistencia no les importaban tonterías como los linajes y los antecedentes familiares.

Finalmente, vio a las personas que estaba buscando. Finn y Poe, abriéndose paso entre la multitud, buscándola también. Sus miradas se atraparon.

Rey casi no pudo evitar estallar en lágrimas. Sus amigos. Su familia. Todos lo habían logrado.

De repente, fueron envueltos en un abrazo de tres partes. Rey sintió la humedad de las lágrimas de Finn contra sus propias mejillas, y Poe apretó tan fuerte que era difícil respirar.

—Rey —susurró Finn—, he tenido la intención de decirte que…

—Lo sé —dijo ella, pensando en la forma en que su presencia se había vuelto tan brillante en su mente.

—Todos lo sabemos —dijo Poe.

Una calidez fluyó a través de ellos, una conexión separada de la Fuerza y a su manera igual de poderosa. A Rey no le importaba cómo llamarla. Ella solo quería vivir el momento y dejar que fluyera sobre ella como el agua en el desierto.

Había mucho trabajo por hacer. Muertos por llorar. Una galaxia que poner en marcha. Pero por ahora, la celebración continuó a su alrededor y siguieron abrazándose.

El Halcón aterrizó en una llanura desierta vacía. Los soles gemelos de Tatooine todavía mostraban sus caras, pero la luz de la mañana bañaba la tierra de rosa y blanco. Rey y BB-8 descendieron la rampa y entrecerraron los ojos contra el brillo reflejado. El lugar estaba tan desolado, el suelo tan blanqueado que era casi como las salinas de Hiila Basin en Jakku.

Rey dio un paso adelante, hacia un edificio de adobe abovedado que sobresalía de la arena. Solo BB-8 la acompañó. Todos sus amigos le habían ofrecido ir con ella, pero Finn había insistido en que se quedaran. Él entendió que ella necesitaba hacer esto sola.

Llevaba tres sables de luz con ella. El suyo, que finalmente había terminado, estaba enganchado a su cinturón.

Rey llevaba a los otros dos en su mochila.

El edificio de adobe tenía una puerta arqueada, pero años de viento y arena la habían enterrado a medias. No habría acceso a la granja de Lars de esa manera.

Los vaporadores de humedad se elevaban en la distancia a intervalos irregulares, torres altas y delgadas, muy parecidas a las trampas de grano de viento en Pasaana. Los intervalos eran irregulares, se dio cuenta, porque algunos se habían caído.

Cruzó el edificio y descubrió lo que parecía ser un gran sumidero, medio lleno de arena. Una mirada más cercana reveló una ventana arqueada y una puerta medio cubierta en la base del sumidero, construida en paredes de adobe.

A sus pies yacía un panel de la torre de uno de los vaporadores caídos, ligeramente curvado, lo suficientemente grande como para que una persona se siente. Lo apartó a un lado, lo giró y apuntó. Dentro de unas horas, el metal estaría demasiado caliente para tocarlo. Hasta entonces, sería un trineo de arena perfecto.

Escaló, levantó las rodillas y se alejó. El trineo se precipitó por una deriva de arena hacia el corazón del sumidero, donde colisionó suavemente con la base de una torre de condensador rota. Rey salió y miró a su alrededor.

Tantos recuerdos aquí. Podía *sentirlos* —anhelo, pérdida, preocupación, desesperación y amor— y no sólo los de Luke. Dos generaciones de Skywalkers habían visitado este lugar.

Una entrada en forma de cueva en la pared la hizo avanzar. Cuando pasó a la sombra y sus ojos se ajustaron, notó una larga mesa de comedor, cubierta de polvo. Pasó un dedo por el polvo, trazando una línea de azul suave. Luke había cenado aquí. Y también, extendió la mano, sintiendo, ¿Anakin?

Una alcoba contigua contenía algún tipo de dispensador de bebidas, pero la mayoría de las palancas y paneles habían sido limpiados, probablemente por los jawas locales. Una sola taza alta de bebida hecha de plastex yacía de lado, extrañamente prístina.

Vagó por unos minutos más y descubrió lo que solía ser un garaje para speeders, el altillo de Luke y los restos de un repelente electrostático que probablemente había mantenido la arena y el polvo alejados durante años.

Otras habitaciones permanecían inaccesibles para ella, sus entradas estaban enterradas en derivas.

Rey se quedó de pie en el centro por un rato, asimilando todo. ¿Habría sido diferente su vida? Si ella hubiera sido criada en un hogar real como este, ¿por un tío que la amaba?

Tal vez no. La familia que había estado buscando había estado por delante de ella todo el tiempo, y no cambiaría nada.

Las paredes de adobe agrietadas y las tuberías que sobresalían facilitaban la subida. Llegó a la cima y sacó los sables de luz de Luke y Leia de su mochila.

Sosteniéndolos uno al lado del otro en su mano, los miró por un largo momento. Pertenecían a sus maestros. Su familia.

Los colocó en el suelo, los envolvió suavemente en un pequeño paquete, usando un poco de tela y una corbata de cuero. Invocando el poder de la Fuerza, ella empujó, y los sables de luz se hundieron, más y más hasta que el suelo los acogió por completo, los envolvió en un tranquilo y sereno descanso.

Rey se levantó, sacando su propio sable de luz. Lo encendió.

Su sable de luz brillaba con oro blanco, y lo miró un largo momento. Era de una sola hoja, con una carcasa exterior y un emisor rescatados de su bastón. El resultado final se sintió exactamente como el inverso del sable de luz sostenido por la oscura Rey de su visión, y a ella le *encantaba*. Era hermoso, le quedaba tan perfectamente en la mano y lo llevaría consigo para siempre.

—¡Hola! —llegó una voz extraña, y ella volteó. Se acercó una anciana humana, con la piel arrugada y soplada por la arena, la capucha levantada contra los elementos. Ella sostenía las riendas de un etobi alto y desgarbado, probablemente en su camino hacia el puesto comercial cercano.

—Hace mucho que no viene nadie —dijo—. ¿Quién eres tú?

—Soy Rey —dijo.

—¿«Rey» qué? —preguntó la anciana.

Una luz atrapó la mirada de Rey, y volvió la cabeza.

Leia y Luke estaban parados en el borde de la casa, brillando de color azul, sonriéndole. Rey los extrañaba mucho a los dos.

Luke asintió gentilmente. *Es tuyo, Rey*.

Se volvió hacia la mujer comerciante. De pie, dijo:

—Rey Skywalker,

—Ah —dijo la mujer, sin sorprenderse—. ¿Te veo luego? —Y ella cojeó sin compartir su propio nombre.

Rey Skywalker se dirigió hacia el *Halcón* para regresar con su familia. La gente era preciosa. Eran vida y luz. Ella no podría haber sobrevivido al Emperador, no podría haberse resistido a él, si no fuera por la bondad y la fuerza de sus amigos, y la generosidad de los Jedi que habían vivido antes. *Y Ben*, se recordó a sí misma.

Cuando se acercó, BB-8 silbó que ya había tenido suficientes planetas desérticos. Pero él no se quejó cuando ella se detuvo para contemplar la vasta mañana del desierto.

Juntos, Rey y BB-8 vieron cómo los soles gemelos de Tatooine se levantaban en un nuevo día.



Después de que un extraño mensaje anuncia el regreso de un antiguo mal, la Resistencia debe soportar su aventura más peligrosa hasta el momento para conocer la verdad. Los héroes enfrentarán esos desafíos juntos.



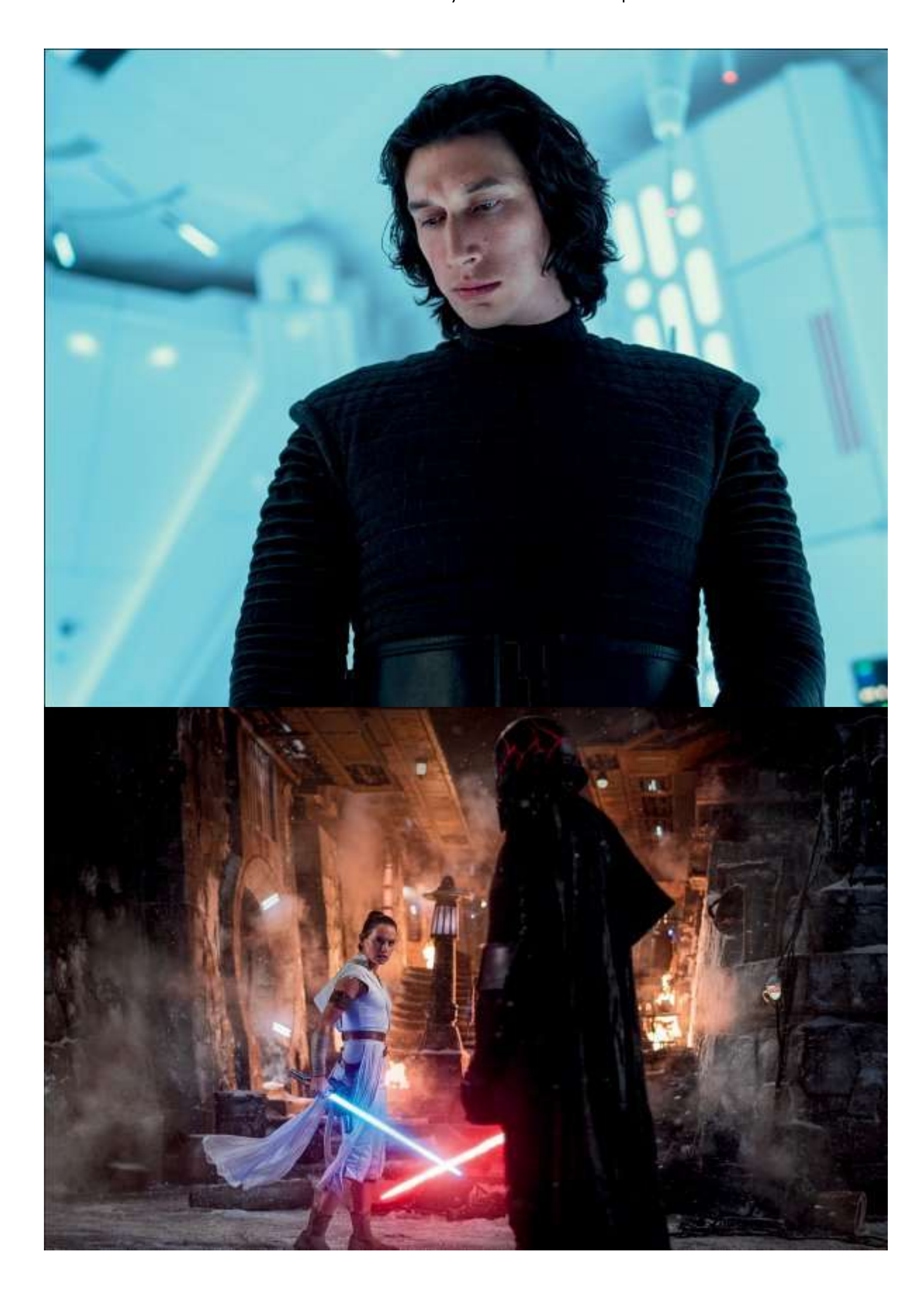


Rey continúa entrenando en los caminos de la Fuerza, mejorando sus habilidades y conocimientos como Jedi, sabiendo que un enfrentamiento final con Kylo Ren es inevitable.



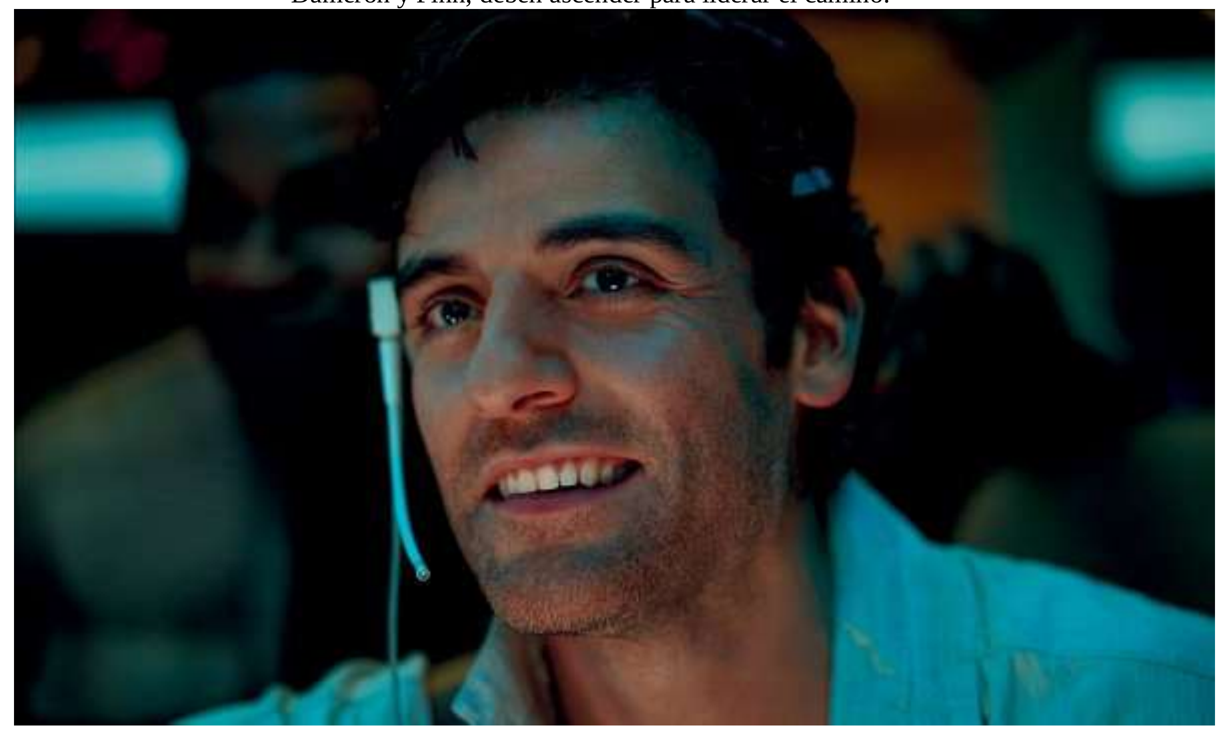


Decidido a gobernar la galaxia, Kylo Ren ha ascendido al papel de Líder Supremo dentro de la Primera Orden. Está decidido a aplastar cualquier oposición en su camino.





Si la Resistencia va a salvar la galaxia, la próxima generación de héroes, incluidos Rose Tico, Poe Dameron y Finn, deben ascender para liderar el camino.

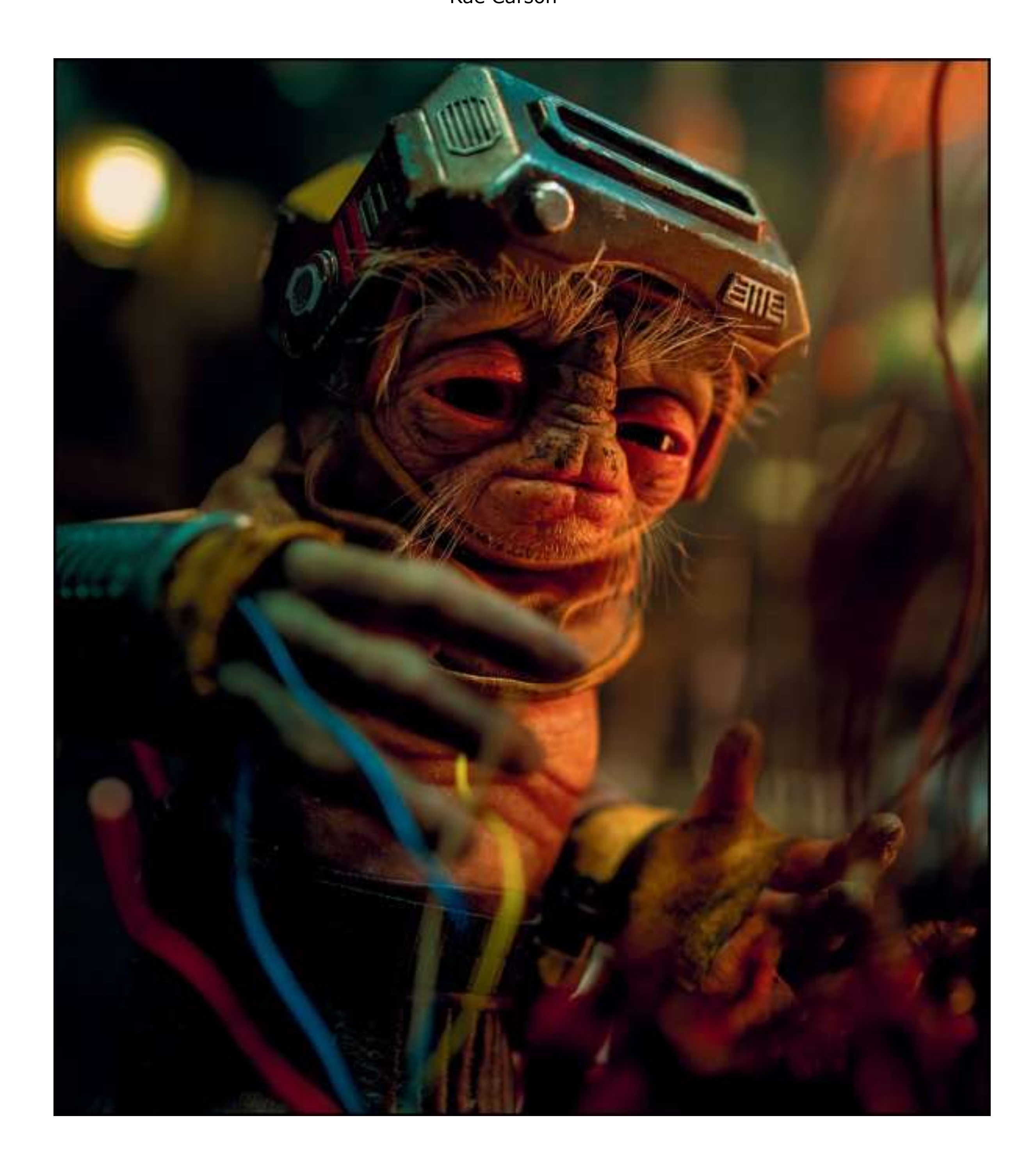


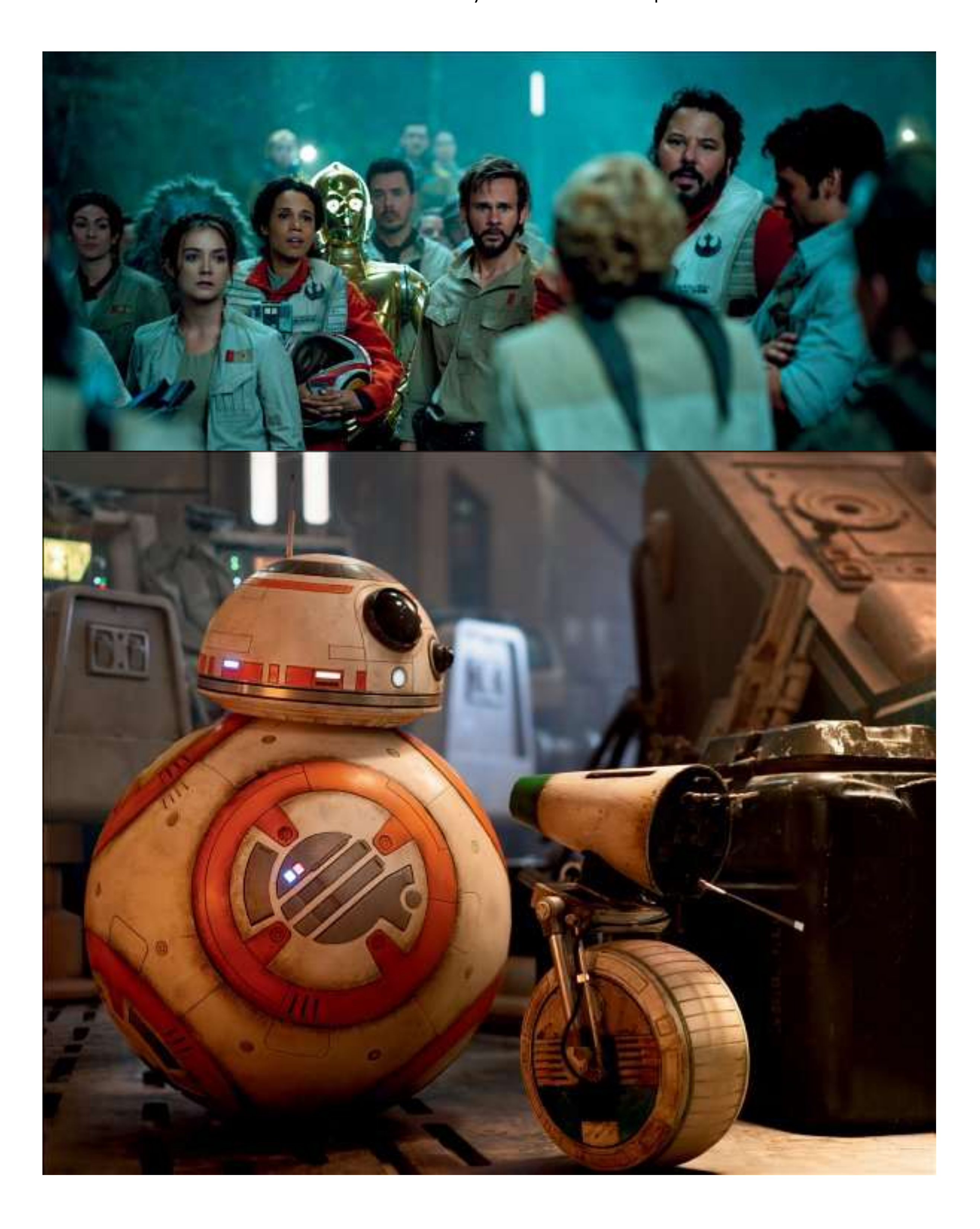




Un año después de escapar de la Batalla de Crait con solo unos pocos sobrevivientes, la Resistencia ha renacido con nuevos aliados y viejos amigos.



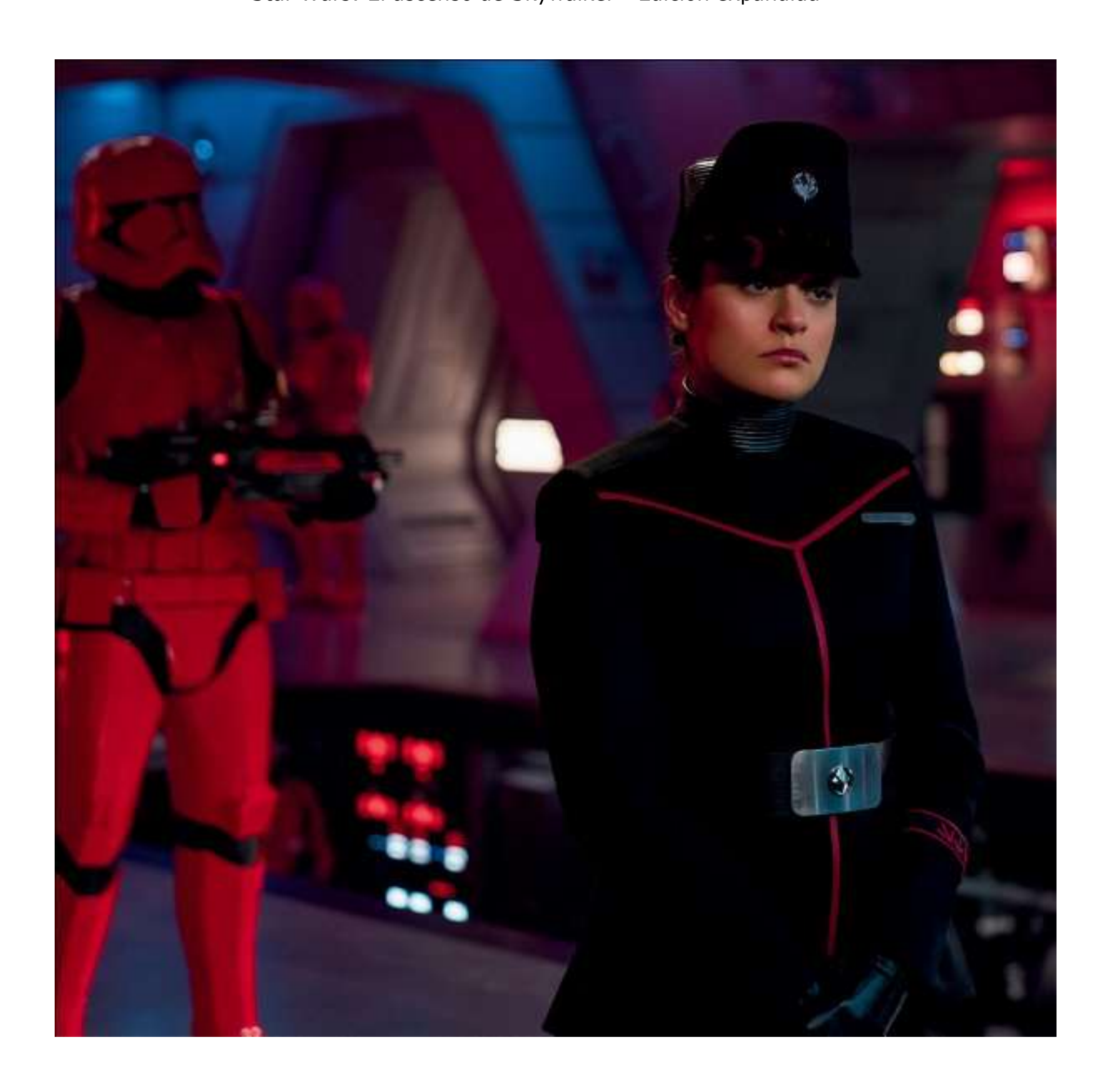


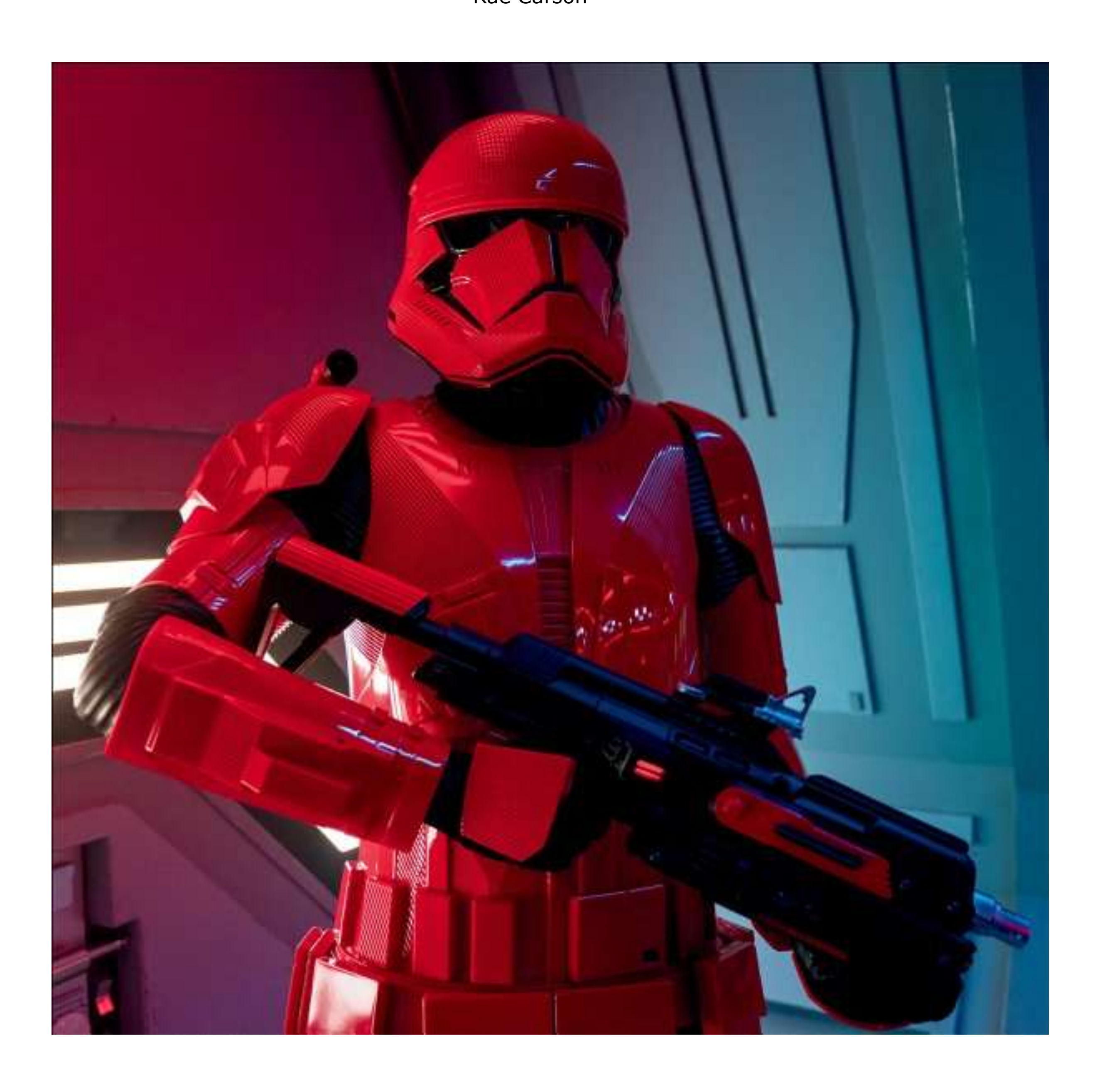




Los enemigos de la Resistencia usan muchas herramientas para difundir el terror y la opresión, incluidos los siniestros Caballeros de Ren y los terroríficos soldados sith carmesí.



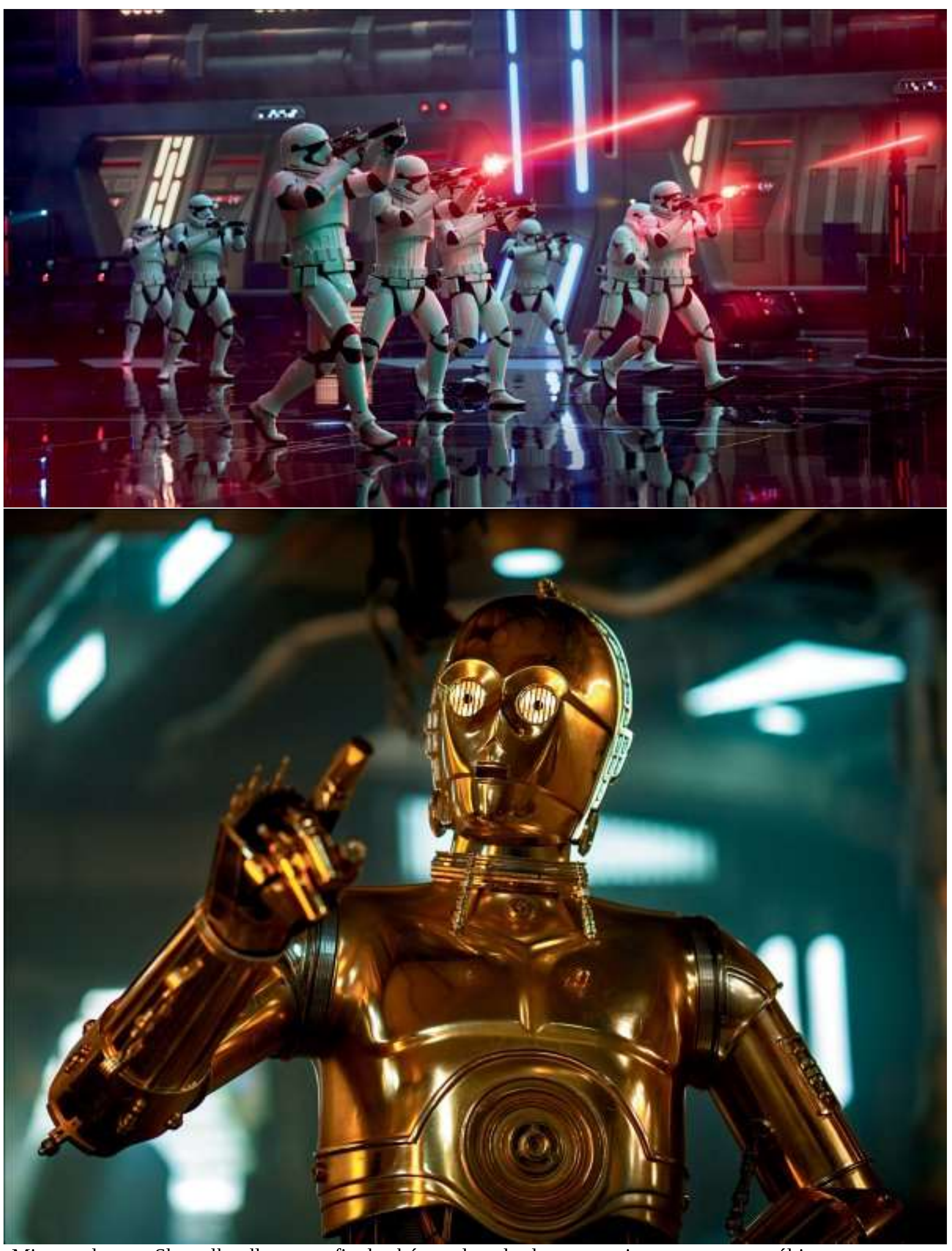






Después de casi acabar con la Resistencia, la Primera Orden ha barrido la galaxia tomando el poder y el control con su crueldad y precisión militar.





Mientras la saga Skywalker llega a su fin, los héroes de todas las generaciones se unen por última vez con

el destino de la galaxia en juego.



Agradecimientos de la autora

Cualquier rebelión decente comienza con un equipo valiente. Mi valiente equipo incluye, entre otros, a los editores Tom Hoeler y Jennifer Heddle; mi esposo, C. C. Finlay; mi agente, Holly Root; Lucasfilm Story Group, pero especialmente Pablo Hidalgo; mi compañero novelista Michael Kogge; J. J. Abrams y Chris Terrio por proporcionar un material tan excelente para trabajar; y, por supuesto, George Lucas, quien comenzó todo.

Pero con esto, la última novela de la Saga de Skywalker, encuentro que estoy muy agradecida con ustedes, lectores y fanáticos de *Star Wars*. Gracias por su entusiasmo, sus duelos con sables de luz, sus trajes impecables, su insaciable apetito por más libros, su total dedicación a los detalles. Gracias a los fanáticos que se sumergen en la galaxia de *Star Wars* sólo de vez en cuando, han estado siguiendo obsesivamente el material durante cuatro décadas, y a todos en el medio. Gracias por comprometerse con el material de manera crítica y alegre. Gracias por sus apasionados vlogs, blogs y podcasts. Esta es la mejor comunidad en cualquier galaxia, y estoy muy orgullosa de ser parte de ella.

El Ascenso de Skywalker puede ser la última de una saga, pero la Fuerza estará con nosotros. Siempre.

Agradecimientos del traductor

En el momento en que quise leer esta obra me di cuenta que no fue traducida al español tanto del lado oficial como del lado del fandom. Así que decidí traducirlo para mi querida comunidad.

Me siento profundamente agradecido con mi primo Marco Uriel Díaz, a mis amigos Francisco Javier Izquierdo, Jair Alejandro Vilchis y a Emanuel Peralta Acosta; por ayudarme de cerca en la supervisión del escrito.

Pero más que nada, a la comunidad del grupo STAR WARS GRUPO FANS de Facebook, que me expresaron su apoyo y respeto a este pequeño proyecto personal y que han seguido atentamente conforme iba avanzando. Les deseo lo mejor y juntos haremos de *Star Wars* la franquicia con el fandom más saludable y que siente profundo amor por la saga que a algunos de nosotros nos vio crecer.

Que la Fuerza les acompañe. Siempre.

Acerca de la autora

RAE CARSON se ha inspirado para crear historias desde que vio cierta película de 1977. Es la autora más vendida de *New York Times* y *USA Today* de ocho novelas, incluyendo la aclamada serie *Girl of Fire and Thorns*, la galardonada *Walk on Earth a Stranger* y *Star Wars: Most Wanted*. Ella vive en Arizona con su esposo, rodeada de gatos y productos vinculados.